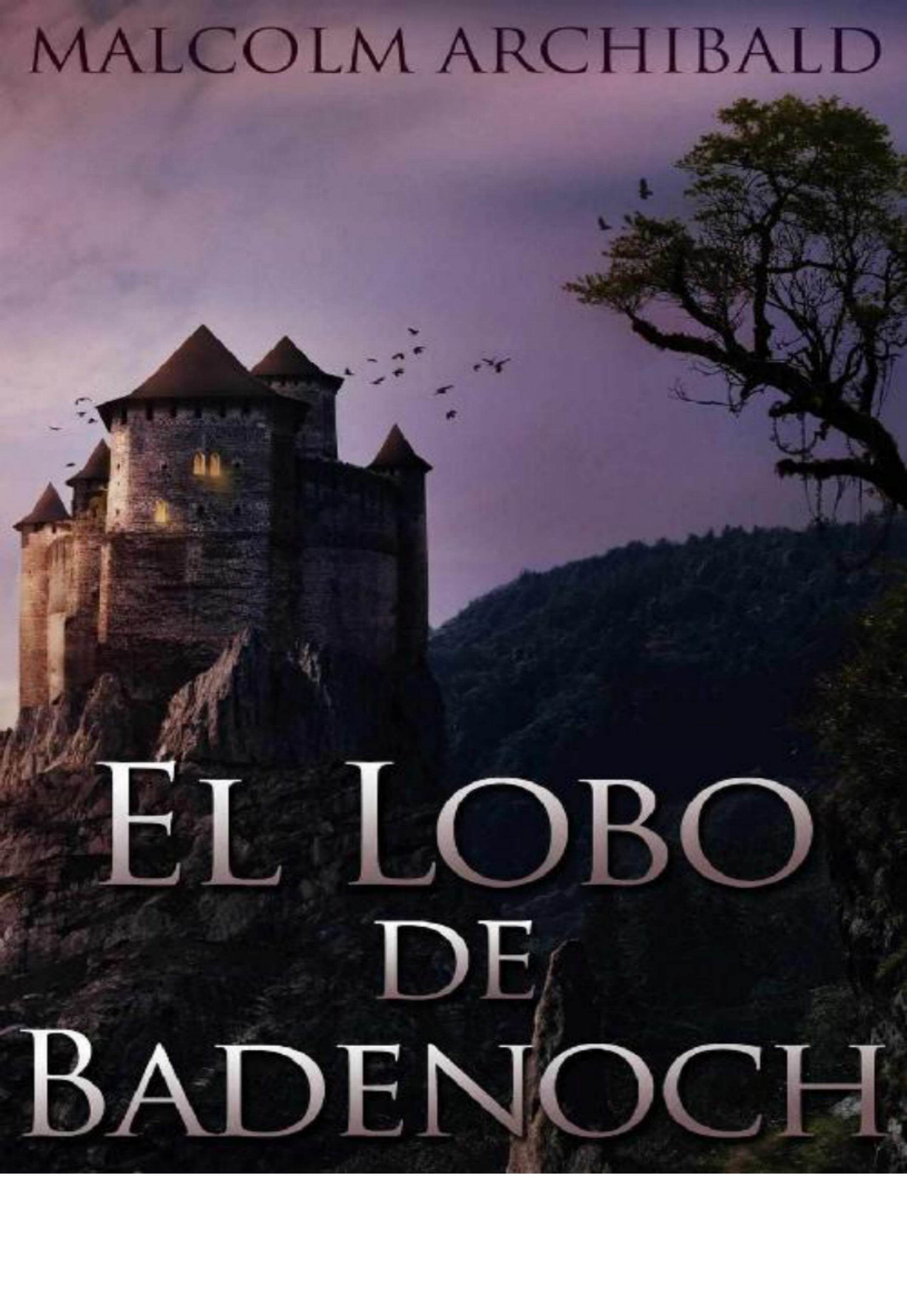

MALCOLM ARCHIBALD
EL LOBO
DE
BADENOCH

el Lobo de Badenoch

Malcolm Archibald

Traducido por Camila A. Gómez Zamo

"el Lobo de Badenoch"
Escrito por Malcolm Archibald

Distribuido por Babelcube, Inc.
www.babelcube.com
Traducido por Camila A. Gómez Zamo

Tabla de Contenidos

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecerles a las siguientes personas por su ayuda, sus consejos y su apoyo invaluable al escribir este libro:
Krista Krueger; Al Diaz; Judith Huey; William P Haynes; Nadia Nichelio; T. D. Langley y Shari Perkins
Especialmente: a mi esposa

EL LOBO DE BADENOCH

Otterburn, Northumberland, 1388

PRELUDIO

—Dos orbes, Fergus; ¡dos orbes y uno te traicionará!

Escuché esa voz en algún lugar en mi cabeza, pero las palabras no tenían sentido así que las ignoré.

—*¡Vigila la luna!*

Atardecía en Northumberland, el viento aplanaba el pasto y hacía que las ramas de los árboles saludaran frenéticas, pero todavía no salía la luna por lo que descarté esa advertencia y me concentré en lo que mi señor, James, el conde de Douglas, decía.

—Acamparemos aquí.

Lo miré y me estremecí de repente. Incluso en la luz tenue podía ver a los dos pájaros cerniéndose sobre él. El ave negra de la muerte esperaba en su hombro izquierdo con sus garras extendidas y el pico abierto, lista para dar el chillido de bienvenida. El ave brillante de la victoria era apenas más alta; movía sus alas suavemente en el aire y tenía ojos cálidos que auguraban un buen porvenir.

—¿Es eso sensato, mi señor?— Miré hacía atrás, al desierto ardiente que habíamos dejado atrás. —El conde Percy viene detrás con ocho mil lanzas.

—Y aquí nos vamos a encontrar—, dijo Douglas.

—Nos sobrepasa en número, mi señor—, percibí la irritación en mi voz, pero él decidió ignorarla.

—Si es así, entonces nuestra victoria será aún más gloriosa—. Sus ojos estaban tan serenos como su sonrisa.

A veces maldigo el regalo de la profecía que recibí de mi abuelo, Michael Scott, a quien a veces llamaban el Brujo, pero nunca por más de un día. Mientras el resto de nuestro pequeño ejército celebraba las victorias anteriores y esperaba la pelea contra los hombres de Percy con el entusiasmo que tienen los guerreros fronterizos, yo me sentía oprimido por la oscura depresión de aquel que conoce el futuro.

Estábamos en Redesdale; praderas verdes se extendían alrededor y las rápidas aguas del río saciaban a los caballos, a los hombres y al diverso ganado que habíamos capturado y que llenaba el aire de bramidos. Los hombres desmontaron rígidos, sus espadas reposaban

en sus fundas. Acariciaron a sus caballos y rieron a medida que la tensión del ataque disminuía. Uno de los jinetes nos observaba con ojos cavilantes, como si no fuese capaz de entender la relación entre el señor Douglas y yo. Le regresé la mirada y solo vi a un hombre en una larga capa negra; llevaba su espada con ligereza, como cualquier guerrero, pero percibí algo más que solo un soldado detrás de ese rostro inteligente. No había malicia allí, entonces volví a cumplir con mis deberes.

—¿Debería asignar centinelas, mi señor?

Mirando al cielo, el conde negó con su cabeza. —Ya está muy oscuro para una pelea, Fergus. Percy no es ningún tonto; acampará cerca, juntará todas las fuerzas que consiga del campo y nos atacará antes del amanecer, cuando nosotros estemos dormidos—. Su sonrisa era tan maligna como algo salido del infierno. —Excepto, claro, que no estaremos dormidos; estaremos despiertos y preparados.

Asentí. —Sí, mi señor, pero todavía pienso. . .

—Seré yo quien piense, Fergus. Capturamos el estandarte de Percy afuera de los muros de Newcastle—. Lo sostuvo en alto para que yo pudiera ver con claridad el azul y amarillo de Percy, ahora subordinados al azul y blanco de Douglas. —Su honor requiere que lo recupere y él es precipitado por naturaleza, por eso le suelen decir Hotspur[1].

Estaba de acuerdo. Percy Hotspur era un hombre valiente, pero era conocido por actuar antes de pensar.

—Entonces, arremeterá justo antes del amanecer y nuestras lanzas dividirán su formación en varias centenas. Eso es lo que va a suceder, así que dejemos que los muchachos duerman.

Poder dormir era un lujo preciado este verano de enfrentamientos. Mientras que algunos hombres se sacaban las armaduras y se tiraban bajo algún cobijo, otros cuidaban el ganado o perseguían a las pocas mujeres que nos acompañaban, o afilaban sus espadas o hablaban de los eventos ocurridos en los últimos días. Muy pocos bebían; no en las filas del conde Douglas. Los jolgorios eran para el largo invierno, cuando el fuego calentaba los hogares, la nieve dañaba los campos y solo los saqueadores más desesperados se atrevían a cruzar los estrechos pasos de Cheviot y Ettrick.

El viento se levantó más tarde esa noche; las nubes se movían frente a la luna llena y proyectaban sus sombras sobre nuestro campamento. Yo reposaba despierto, pensando en la advertencia sobre la luna pero especialmente en esas dos aves que competían sobre los hombros de mi señor Douglas. Podía entender una sola ave, la muerte o la victoria era el destino natural de un guerrero, ¿pero las dos a la vez? Sabía que tenía que estar equivocado y eso significaba que mis poderes se estaban desvaneciendo o que estaba errado. Meneé la

cabeza y me encogí de hombros; si mis poderes desaparecían, bueno, no iba a ser una gran pérdida. Todavía sería Fergus Scott de Eildon y eso era más importante que cualquier visión.

Recuerdo bien ese fatídico día. El jinete solitario cruzó la cresta y se dirigió al sur de nuestra torre; su cabeza estaba desprotegida y su caballo cubierto de pequeñas gotas.

—¡Mi señor!— Mostró un control de las riendas de su caballo que solo podía envidiar. Desmontó y vino hacia mi mientras yo salía de la torre. —¡Mi señor Fergus!

Negué con la cabeza. —No soy un señor—, dije. —Solo soy Fergus, el hijo menor de William de Eildon.

Él negó lo que dije. —No, mi señor. Usted es Fergus, señor de Eildon. Su padre y su hermano fueron asesinados en una emboscada. Mi señor, el conde Douglas me envió a decirle.

Lo miré; era un guerrero ágil con una mirada agria, una cicatriz le atravesaba la mejilla afeitada y su espada no cabía perfectamente en su vaina. No sentí nada. Aquí, cerca de la frontera inglesa, aprendemos a vivir con la muerte y a tratarla como a una acompañante.

—Su padre está muerto, señor Fergus, y mi señor sabe que usted querrá venganza.

No dije nada. No deseaba vengarme. —Mi padre era un guerrero. No hubiese querido otra cosa más que una muerte en batalla.

—Ahora es señor de la Torre Eildon—, dijo el jinete. —Mi señor Douglas desea verlo. Está cabalgando al sur para tener su venganza en Northumberland.

Asentí. Fue directo y honesto. El conde de Douglas era mi superior feudal. Quería que cabalgue al sur con él. —Traeré mi lanza.

Incluso mientras contemplaba la perdida de mi padre y de mi segunda visión, veía las dos aves cerniéndose sobre mi señor y pensaba con desesperación en quién triunfaría.

Con un quejido me volteé; escuchaba el murmullo del campamento que desaparecía de a poco y el mugido del ganado acorralado en un círculo de hombres. Mañana habría una batalla y mañana lo sabría. ¿Cuál de las dos premoniciones era la correcta? ¿El día vería la muerte de mi señor u otra victoria se añadiría al prestigio de los Douglas?

Dormí muy mal y con inquietud, y mi mente me atormentaba con sueños de fracaso. Algunos eran pesadillas, pero uno fue tan nítido que pude saborear el polvo y sentir el sudor bajando por mi cuerpo.

Vi un arbusto y tres cornejas negras picando los ojos de un caballero asesinado. Había sangre en todos lados: en el suelo, en mi ropa, incluso en el aire que respiraba. Iba a pie y andaba solo, aunque estaba rodeado de miles de hombres, Scotts, Douglases, Elliots, Nixons, Charltons, Robsons; algunos peleaban, otros caían exhaustos o yacían heridos en el suelo

mojado. No entendía quién era o qué estaba haciendo allí, pero había una sombra oscura de muerte en el horizonte y se escuchaba un estrépito de voces. Vi las aves en el cielo, negra y blanca, y escuché los gritos y el clamor de la batalla, y apenas reconocí mi propia voz llamándome desde detrás del arbusto y mi rostro entre el revoltijo de sangre.

Me desperté de un sobresalto y me limpie el sudor de la cara. Las visiones me agotaban, por lo que temblé durante un rato. Esta vez no había sido diferente. ¿Qué significaba esa visión? ¿Sería mi muerte pero la victoria del conde? ¿Sería mi último día en este mundo? Me encogí de hombros y traté de desechar el ruido de la batalla que seguía en mi cabeza.

Una flecha pasó silbando a un lado de mi cabeza y se clavó en la tierra. Me paré sobresaltado. El clamor estaba a mi alrededor, no en mi sueño, y ya estaba en el medio de la batalla.

Los ingleses tienen a los arqueros más expertos del mundo, razón por la cual ganan la mayoría de los combates. Las reglas son simples: si quieres derrotarlos, acércate. Mi señor tomó un riesgo muy grande al acampar al descubierto, a riesgo de la usual lluvia de flechas que diezmaría a sus guerreros antes de que la batalla iniciara, pero había apostado a que Percy querría pelear cara a cara y mano a mano.

—¡Por Percy!— Se escuchó el llamado, claro como una trompeta en la noche iluminada por la luna. —¡Por Percy! ¡A ellos! ¡A ellos, señores de Inglaterra!

El conde no había estado del todo en lo correcto; Percy no esperó a los refuerzos para atacar, pero sí llegó en la noche. Atrapados por sorpresa, nuestros hombres se tomaron unos preciados minutos en juntar sus fuerzas y los ingleses pudieron romper las filas desordenadas, pero un siglo colmado de guerras formó una raza que contraatacaba con la misma violencia.

Pude ver con claridad el plan de Percy. —¡Mi señor! ¡Están en ambos lados! ¡Percy envió un escuadrón por el norte mientras ataca en persona por el sur!

No cabía duda de esto; podía ver a los ingleses tan claramente como a mi propia mano mientras intentaba ajustar mi armadura. Mientras Percy se aventuraba con un ataque frontal para obtener la gloria, sus jinetes fronterizos, los Charltons y los Bells, los Fosters y los Storeys y los demás nos habían encerrado y se nos acercaban por detrás.

—¿Entonces Percy va al frente?— El conde sonrió; sus dientes relucían en la luz plateada. —Bien merecido tiene su apodo. ¡Es un hombre con agallas, merecedor del filo de mi espada!

Alzó su voz mientras su caballo avanzaba. —¡Es el mismísimo Hotspur, muchachos! ¡Conmigo! ¡Por Douglas! ¡Por Douglas!

La respuesta surgió de las miles de gargantas de hombres que

aceptaban el desafío al que el Buen Sir James dio fama, el Douglas Negro que fue siempre la mano derecha del rey Robert mientras batallaba para mantener la independencia de Escocia.

—¡Por Douglas! ¡Por Douglas!

—¡Mi señor, aún no tiene toda la armadura puesta— le advertí en vano. —Necesita su casco!

—¡No hay tiempo, muchacho!— Me sonrió y al ver en sus ojos el frenesí de la batalla entendí que no podía hacerlo entrar en razón. Solo la sangre lo saciaría ahora. —¡Vamos, Fergus, móntate y ven conmigo! ¡Por Escocia! ¡Por la gloria! ¡Por Douglas!

Así comenzó la acometida a través del luminoso valle, con el conde Douglas liderando una creciente fuerza de guerreros hacia el centro de la batalla. Los hombres se nos unían como se encontraran, algunos con sus botas y espuelas, otros solo con sus cascos o pecheras, con sus pares de grebas, y uno o dos solo con sus camisas. Un valiente, que debe haber estado cortejando a una dama, llevaba nada más que la piel que su madre le dio, pero aun así gritaba la misma frase que salía de nuestras bocas aquella loca noche de agosto.

—¡Por Douglas! ¡Por Douglas! ¡Todos morirán, señores de Inglaterra!

Sin prestar atención a nuestra seguridad más que un cazador a su presa, galopamos por el valle esquivando flechas en un tramo de bosque y lanzándonos hacia el clamor de la batalla.

—¡Por Douglas!

Mi señor iba en la primera fila, tenía la cabeza sin ninguna protección y el rostro expuesto a las espadas, lanzas y mazas por estar al frente, tal y como el conde siempre lo hace, como cualquier comandante escoses lo haría; como cualquier héroe lo haría.

—¡Por Douglas!

Nuestro primer impacto desestabilizó las lineas inglesas, tirándolos hacia atrás por la confusión, a pesar de que nos superaban en número cuatro a tres, tenían la ventaja de la sorpresa y sus armaduras completas. Pero éramos escoses, recuérdenlo; estábamos cabreados y seguíamos al conde de Douglas, un caballero único en su clase.

—¡Por Douglas!

Sus líneas se rompieron; comenzaron a retirarse y luego, por un golpe de suerte, el viento ocultó la luna detrás de una nube y la luz se desvaneció. El sonido de golpes cesó, los gritos de guerra se calmaron a medida que los hombres buscaban a sus compañeros y se preguntaban quién era amigo y quién era enemigo. Tiré de las riendas de Bernard, mi caballo castrado marrón, moví hacia atrás mi yelmo y miré al campo.

Todo lo que podía ver era una masa de hombres; no podía diferenciar escoceses de ingleses, todos lucían igual en la oscuridad.

—¿Mi señor?— Lo llamé una vez, titubeando, y luego grité para que pudieran oírme por sobre los quejidos de los heridos y los alaridos escalofriantes de los moribundos. —¿Mi señor Douglas?

—¡Aquí, Fergus! ¡Aquí, caballero de Eildon!

Cabalgué hacia él, empujando a las líneas desconcertadas que podían ser de Douglas, de Percy, o hasta monstruos del infierno por lo que entendía esa noche. El hombre desnudo estaba allí, riendo frenéticamente mientras vendaba una herida en su brazo, y puedo jurar que vi a una doncella a caballo, moviendo su largo cabello negro, pero pudo haber sido una valquiria que elegía a su presa o alguna otra criatura del otro lado. No la miré fijamente, por si acaso notaba mi presencia.

El viento cambió y movió las nubes otra vez; iluminados nuevamente por la luna, la batalla se reanudó, con los guerreros de ambas naciones disfrutando el desafío mientras arremetían cortando, apuñalando, despedazando y asesinando. El clamor del acero contra acero ahogó los sonidos contaminados de los hombres en agonía.

—¡Ahí está Douglas!— La voz tenía el duro acento de Northumberland y un gran grupo de hombres se abalanzó dando estocadas con sus lanzas fronterizas de nueve pies de largo para intentar ganarse el honor de haber matado al conde.

Ahora era mi turno de pelear, por lo que desenvainé mi espada, la misma que mi padre había usado y su padre antes que él, y me apresuré a defender a mi señor.

Pasé la mitad de mi vida practicando con la espada, e intercambié algunos golpes con bandas de ladrones, pero esa fue la primera vez que la usaba en una batalla real, y no tenía miedo. Recordé las palabras que me había enseñado mi tío. “Cuando se trate de lanzas”, dijo, “córtales la punta”.

Ahora me enfrentaba a tres, pero ninguno de los que las portaban quería matarme; yo solo era un obstáculo indeseado entre ellos y mi señor Douglas. Estando agachado, blandí mi espada de lado, sentí un ligero contacto al hacer pedazos la primera y dejé al atacante con solo un trozo de madera de seis pies. Me miró, más confundido que asustado, mientras tomaba mi espada; me detuve por medio segundo y se la incrusté en la garganta. Murió en una nube de sangre al momento en que Douglas esquivaba la lanza del segundo inglés y con destreza le cortaba la cabeza. Él murió sin poder acercársele.

El tercero pausó y por un momento pensé que se iría, pero era un hombre de verdad, aunque peleaba por el lado equivocado. Apuntó su lanza hacia mi señor. Lo matamos juntos chocando nuestras espadas al incrustarlas en la cavidad de su pecho. Su sangre se esparció para unirse a la neblina escarlata que se suspendía sobre la batalla y nos salpicaba a todos; nos veíamos como demonios infernales, tal vez algo

que todos somos en medio de la guerra.

—¡Ahora, Fergus! ¡A ellos!— Mi señor alzó su voz una vez más. —¡Por Douglas!

La respuesta llegó rápido desde miles de gargantas rugientes. —¡Por Douglas!

Pero los ingleses tenían la misma voluntad. —¡Por Percy!— Todos bramaron, y otra vez se encontraron los ejércitos, ninguno cedía una pulgada, nadie pedía compasión, solo estaba aquel valle del Rede repleto del choque de las armas, los aullidos de los guerreros y los gritos de los heridos.

Peleamos hasta que las nubes oscurecieron la luna de nuevo y otra vez retrocedimos para lamer nuestras heridas, jactarnos de nuestras hazañas, esconder nuestro temor y recuperar nuestro aliento. Y así pasamos la noche, peleando bajo el brillo de la luna, parando cuando estaba demasiado oscuro para distinguir enemigos de amigos y volviendo a batallar al instante en que la luz mejoraba. Éramos guerreros de la frontera, eso era lo que hacíamos.

Justo antes del amanecer, los inglés finalmente se dispersaron y nuestros hombres, regocijándose, los echaron de Redesdale, con el conde al frente y yo a su lado. Había cuidado su flanco toda la noche y aprendí que pelear una batalla era diferente a ahuyentar una banda de saqueadores. Pude ver a un guerrero experto en acción y aprendí una veintena de técnicas nuevas, pero ya estaba harto de la matanza y exhausto por derramar tanta sangre cuando por fin el ruido disminuyó.

—¡Ahora eres un guerrero, Fergus Scott!— El duque me sonrió, su cara estaba salpicada de sangre inglesa y sostenía la espada firme en su mano.

Le sonreí; estaba contento por su aprobación, y entonces apareció la flecha. En medio del clamor de la batalla oí el más breve de los silbidos, y luego vi el asta saliendo de su ojo.

Era una posibilidad entre mil, un terrible golpe de mala suerte y no pude hacer nada mientras el conde Douglas se tambaleaba y caía lentamente. Grité por la desesperación e intenté agarrarlo, pero los ingleses se reagruparon por cuarta o quinta vez esa noche y tuvimos otras cosas en las que pensar. Sostuve a mi señor por unos pocos segundos, y luego arremetí desesperado por la venganza, desesperado por matar.

Los Percy no pudieron aguantar la furia de mi embestida. Por más guerreros que fuesen, se rendían ante mi; caían como hojas en otoño mientras cabalgaba entre ellos en busca del arquero que asesinó a mi señor tan vilmente. Morir en batalla era un honor, pero cualquier caballero real merecía ser asesinado por otro, no ser asesinado de forma despreciable por un asesino invisible. Siempre pensé que los

arcos eran armas de cobardes, portados por un hombre que mata sin correr peligro; mi venganza cayó sobre los rangos ingleses, y el poder de los Douglas estaba conmigo, ignorantes de que su conde había muerto.

Durante esa última parte de la pelea me convertí en un verdadero guerrero que asesinaba sin compulsión y masacraba a quien se me opusiera. Decidido a vengar a mi señor, ignoraba toda súplica y no me detenía ante ningún rostro inglés.

Finalmente el grito "¡por Douglas!" era el único en aquel amplio valle de sangre y esos ingleses que no yacían muertos en el suelo huían o se encogían entre los cautivos. Solo Hotspur seguía peleando, como un digno señor de la frontera.

—¡Ríndete!— Le exigí, hiriendo a un valiente pero tonto escudero que intentaba proteger a su señor. —Ríndete, Percy, o muere en donde estás.

Protegido por su cota de malla y su coraza de acero, y rodeado de sus mejores hombres, Percy aún era un hombre peligroso. Matarlo no sería tarea fácil.

—¡No me rindo ante nadie!—, bramó, —¡excepto por James, el conde de Douglas!

—Parece que tenemos un dilema—, el hombre de la capa negra apareció de la nada y susurró en mi oído. —Hotspur solo tiene que resistir por otras dos horas para que los vientos cambien a su favor, ya que el obispo de Durham está viniendo con unos tres mil hombres.

Miré a este sombrío hombre con mirada firme, y luego detrás de él, a la curva de las colinas y al sur, hacia la oscuridad de la noche.

Sí estaba viniendo, porque pude ver a sus ejércitos marchando, fila tras fila de soldados ingleses, hombres armados e impasibles de Yorkshire y Durham, arqueros de Tynedale, tropa tras tropa de Jinetes fronterizos. Cabalgaban con estandartes ondulantes en la calma antes del amanecer y tenían escoltas adelante; se abalanzarían sobre nuestros hombres agotados y habría una segunda batalla que no podríamos ganar.

—Debemos terminar esto ahora—, dije.

—Una tarea difícil—, me contestó este sujeto sombrío, —con el conde Douglas muerto y probablemente escueto, y Percy con su armadura completa.

—No es tan complejo—, le respondí. Recordé a esas dos aves que se cernían sobre los hombros de mi señor. El mensaje se hacía más claro. —Sir Harry—, grité, usando el nombre por el que la madre y el padre de Hotspur lo habían bautizado, —Sir James, conde de Douglas, está en camino. Si se rendirá ante él, sígame. Si prefiere morir, tengo dos veintenas de arqueros de Ettrick dispuestos a disparar.

Eso último era una mentira, porque sabía que no había ni uno en estas filas, pero no le di tiempo para que reflexionara; espolié a mi

caballo Bernard y volvimos a trote hacia la colina llena de cuerpos. Confiando en el poder de mi visión, pasé sobre los cadáveres hasta el lugar en donde había dejado a mi señor.

Como había dicho el hombre de la capa, los guls ya habían estado haciendo su trabajo en el campo de batalla, por lo que Douglas yacía desnudo como un recién nacido, excepto por la flecha que sobresalía espantosamente de su ojo y por una nueva herida en su cuello. El ave negra de la muerte estaba posado en su pecho con el pico abierto, victorioso. Desmonté, arrastré el cuerpo de mi señor al socaire de un helecho, y me agaché a un lado para esperar a Hotspur.

No tuve mucho tiempo hasta que él llegó, su armadura repiqueteaba y lo seguía su séquito algunas yardas atrás. Doscientas lanzas Douglas los seguían, vigilándolos cuidadosamente.

—¡Sir James de Douglas! ¡Es Percy!— No desmontó. Era muy joven para ser sabio, y muy valiente para sentirse amenazado por simples palabras.

Sabía que él nunca había visto a mi señor: no conocería su voz. Lo llamé refugiado tras el arbusto. —¡Bien hecho, Sir Harry! Pelearon con bravura, pero la fortuna nos favoreció este día. ¿Te rindes ante mí? ¿Te rindes ante Douglas?

El ave negra yacía tranquila en el pecho de Sir James; todo dependía de la respuesta de Hotspur. Si elegía retomar la pelea, los miles que marchaban para el obispo nos alcanzarían antes del día. Si se rendía, la batalla era nuestra.

Repetí mis palabras. —¿Te rindes, Hotspur? O continuamos con la batalla?

—Me rindo, Sir James. Me rindo ante un valiente caballero.

Solo ahí vi al brillante ave de la victoria descender y supe que mi visión había sido verdad. La batalla de Otterburn había sido ganada por un caballero muerto, pero incluso mientras me derrumbaba por la pena y el agotamiento, aquel hombre con la larga capa negra me palmeó el hombro.

—Fergus Scott, creo que tu labor apenas está comenzando. Escocia te necesita.

Lo miré fijamente; mi mente estaba colmada por la muerte de mi señor y las palabras de un extraño no me interesaban.

Asintió con la cabeza mostrando su entendimiento. —Ve a casa, Fergus de Eildon, y recupera tu fuerza.

Lo vi alejarse al galope, levantando terrones de césped húmedo con los cascos de su caballo en el amanecer inminente, pero yo solo pensaba en enterrar a mi señor.

CAPÍTULO UNO

Octubre de 1388

Sobre la alta cumbre por encima de la ciudad yacía en la penumbra el castillo de Edinburgh, que temblaba ante las frías ventiscas otoñales. El viento soplaba a través de las troneras en las grises almenas, agitaba la bandera contra el asta y llevaba polvo y basura a cada rincón de la fortaleza. Me envolví más en mi capa de algodón con capucha, consciente de que este frío era solo el preludio del largo invierno que se avecinaba, pero más preocupado por el mensaje que me había traído hasta aquí.

Luego de regresar a salvo de la campaña en Otterburn, me instalé en mi tranquila torre a la sombra de las colinas de Eildon y me ocupé de mi pequeña porción del botín. Cumplí con mi parte, ayudé a mi señor a ganar la batalla y ahora no quería nada más que una vida pacífica, hasta que apareció un mensajero.

—¿Fergus Scott?— Aquel hombre ni siquiera se detuvo para recobrar su aliento al desmontar. Miré desde el parapeto y asentí.

—Estoy aquí.

—Pues Albany solicita su presencia.

El nombre me dio escalofríos, como debía ser, ya que Robert Stewart, el duque de Albany, era pariente del rey y uno de los hombres más importantes del país.

—¿Tienes al hombre correcto?— Pregunté. —No tengo ni riquezas ni una familia como para tener el interés de mi señor de Albany.

—¿Es usted Fergus Scott de la Torre Eildon?

Confirmé esa información.

—Pues póngase sus espuelas, Sir Fergus, y cabalgue a Edinburgh. Albany anhela su presencia y no es un hombre al que le guste esperar. Y vaya solo; no quiere que cargue con escuderos o sirvientes.

—No soy Sir Fergus—, le dije. —ni tampoco un caballero . .— pero el jinete ya estaba señalando que me apresure por lo que obedecí. Nadie que valorara su cabeza querría dejar esperando a Albany, y yo prefería que la mía estuviera sobre mis hombros y no decorando una pica.

Así fue que cabalgué quince leguas hacia el norte, a Edinburgh, llegué una oscura tarde de octubre y subí por la angosta cresta de la ciudad hacia el gran castillo en la roca. Ya había estado allí, había

visto sus casas altas y su gente estrepitosa, pero nunca había visitado el castillo, así que sentí algo como el asombro al cabalgar por el puente levadizo y atravesar la lúgubre puerta. La fortaleza se alzaba ante mi con un esplendor real, torre tras torre, muro tras almena y todo en la piedra gris de Edinburgh.

—¿Su asunto, señor caballero?— El guardia era muy serio pero respetuoso, como cualquiera lo sería ante alguien que portara los colores de Douglas.

—Mi asunto es con mi señor de Albany—, le dije, algo ostentosamente.

—Entonces sígame, caballero—, dijo el guardia. No parecía sorprendido por lo que dije. Sin dudas estaba acostumbrado a estar en la presencia de un duque.

Yo estaba familiarizado con los castillos y las torres de las Fronteras, pero esto era nuevo. La Torre Eildon, como muchas otras, tenía cuatro pisos con una única habitación en cada uno, y estaba resguardada por una cortina. Toda la torre podría haber entrado en el patio externo de Edinburgh; tenía capas de fortificaciones defensivas dentro, cada una construida con vívida roca volcánica. Nunca había visto algo parecido, y me estremecía mientras mi escolta me guiaba a través de otra puerta hacia el santuario de esta gran ciudadela.

Los edificios rodeaban este patio interno, con una torre más adelante y con enormes ventanas que nos observaban desde arriba. Tener ventanas de tal magnitud en un castillo era señal de una gran confianza en las fortificaciones exteriores. Un grupo de guardias me observaban, la fría luz otoñal se reflejaba en sus hachas de Leith y sus corazas de acero.

—Por aquí—, me ordenó mi escolta, y me encontré dentro del más impresionante de estos edificios; tapices brillantes colgando de las paredes, antorchas centelleantes en soportes ornamentales y una puerta de hierro tachonado que se abría delante de mí.

Nunca había visto una habitación como aquella; en un pasillo con un techo tipo cercha de madera, de las paredes colgaban telas de seda y satén, pero también se mostraba una gran variedad de armas. Había un fuego de bienvenida chispeando y rugiendo en un hogar tan grande como para asar un rebaño de bueyes.

Sin contar los guardias que nos vigilaban, había solo dos hombres que importaban en esa intimidante habitación. Ambos estaban sentados en pesadas sillas de madera tallada, uno era de estatura media, tenía barba y estaba vestido con largas túnicas de armiño blanco y rojo, y el segundo vestía la misma capa negra que usó la última vez que nos encontramos en el campo de Otterburn. Él fue quien se levantó y caminó hacia mí.

—Ah, Fergus Scott de Eildon—, su voz era más profunda de lo que

recordaba, con un extraño timbre que combinaba poder con un sentido del humor amargo, como si simultáneamente se riera y sintiera pena de todos los que se encontraba.—Te estábamos esperando.

—¿Es así, señor?— Les hice una reverencia, porque ya que asumí que el hombre de la túnica era Albany, sentí que su acompañante de ropa oscura también poseía gran poder.

—Así es, señor— El hombre de la capa oscura me devolvió la reverencia. —Acompáñanos.

Unos sirvientes presurosos acercaron un tercer sillón al fuego, porque incluso en este castillo real hacía frío. Albany ocupaba el asiento más y el hombre de la capa, la que le seguía, por lo que yo estaba en el centro con las flamas reflejándose en mi rostro y la gran habitación hundiéndose a mis espaldas. La piel de un oso blanco cubría el piso bajo nuestros pies.

—Te estarás preguntando por qué te llamamos, Fergus de Eildon —. Dijo Albany con tranquilidad y yo asentía.

—Tal vez ya lo sabes—, dijo el hombre de la capa. Me miró. —Tal vez deberías decirnos, Fergus Scott.

A pesar de que había peleado a la par de este hombre y ahora me sentaba a su lado en aquel espacioso salón, no podría haberlo descrito. Lo miraba y no veía nada. Era consciente de que era alto, con una cara larga y lúgubre, pero eso era todo. Ahora lo miré y vi en sus extraños ojos el reflejo de los míos, una boca que se burlaba de mi sonrisa, un rostro que podría ser un espejo reflejando el de mi padre, pero aún así no podía verlo.

—¿Quién es usted, señor?— Pregunté.

—¿Quién eres tú, Fergus Scott?— me replicó, con su boca que se torcía en una pregunta.

—Soy solo Fergus Scott de Eildon—, le dije, y él asintió.

—Y yo soy solo Thomas Learmonth de Ercildoun, pero creo que me conoces mejor como Thomas el Franco.

El nombre me hizo estremecer; no podía ser de otra forma, ya que si mi abuelo, Michael Scott, había sido uno de los hombres más sabios en Escocia, entonces Thomas de Ercildoun fue su par en todos los aspectos de la sabiduría, blanca, negra y entre medio. Desgraciadamente, Thomas de Ercildoun, o Thomas el Rimador, o Thomas el Franco, hacía mucho que ya no existía.

—No puede ser Thomas el Franco—, dije con voz débil, —porque ese hombre está muerto.

—Si tú lo dices—, respondió Thomas y quedó en silencio.

Fui el primero en hablar. —Dicen que volvió al Otro Mundo.

—Así dicen—, me sonreía. —También dicen que el Pueblo de la Paz me dio el regalo de la verdad y la profecía. ¿Qué piensas, Fergus?

No pensaba nada. Me quedé callado, pensando en cómo llegué a estar en la presencia del duque de Albany y de un impostor claramente loco.

—Entonces, Fergus—, el duque volvió a hablar, su voz sonaba tranquila y algo cansada. —Conociste a nuestro acompañante, y ya sabes quién soy yo, entonces tal vez podrías hacer lo que Thomas pidió y decirnos por qué te convoqué.

Sentí que la tensión aumentaba en aquella cámara mientras el fuego crujía y siseaba. Por alguna razón me di cuenta de que mi futuro dependía de mis acciones en los próximos minutos, sin embargo no sabía qué esperaban de mí. Respiré hondo y les dije la verdad.

—No sabría decirlo—, dije, —porque no lo sé con seguridad.

Albany miró a Thomas, quien negó con su cabeza lentamente. —Él sabe—, dijo Thomas, —pero no sabe que sabe—. Me miró con esos ojos como espejos.

—Aquel que sabe, pero no sabe que sabe—, dijo suavemente. —Está dormitando y debe ser despertado.

—No estoy durmiendo—, respondí.

—Una parte de ti, sí—, dijo Thomas. —¿Puedes recordar cómo supiste que el conde Douglas ganaría la batalla de Otterburn?

Asentí. —Solo lo supe—, dije.

—Y a esto también simplemente lo sabes. Entonces mira a mi señor de Albany, mírame a mí y dime qué sabes—. Se estremeció de repente y mi —¿Y qué más hay ahí, Fergus?

—No hay nada más—, le dije, mientras el gran fuego crujía en la chimenea y una corriente de viento traía humo aquella cámara real. Había una forma en ese humo, un augurio maligno en forma de dragón, pero se desvaneció tan rápido como apareció y saqué esa imagen de mi cabeza. Los dragones eran cosa de mitos; historias para niños. —No sé nada más.

—Quizás no— dijo Thomas, pero me miraba con desconfianza, como si estuviese ocultándole algo. —Tal vez todavía no; di lo que tienes que decir, Fergus de Eildon.

Suspirando, hice lo que debía, miré a uno y a otro pero no vi nada. Solo percibía una tristeza profunda, una pena oscura que parecía cubrir este lugar y se extendía hacia el norte. No, estaba equivocado; no se extendía al norte, se originaba allí, al lado de una masa de montañas grises y en el medio de un páramo desolado. Suspiré mientras la tristeza se profundizaba y temblé al darme cuenta de que había algo en el centro, un vórtice de horror que emanaba de un punto central, algo de una maldad tan atroz que me sacudí entretanto mi mente lo tocaba.

—¿Qué viste?— Me encontraba acostado en la alfombra de oso en el suelo y Thomas estaba arrodillado a mi lado, su cara parecía

perturbada pero no había ninguna expresión en sus ojos.

Le conté.

—Vi lo mismo—, dijo, y miró a Albany.

El duque asintió. —Entonces está confirmado—, dijo tristemente. —Temo que una gran maldad ha descendido en este reino, y es un mal que requiere más de un guerrero para curar.

—Y más que un vidente—, agregó Thomas, —especialmente uno viejo y acabado como yo.

Comenzó a envejecer ante mis ojos, en su cara se marcaron profundas arrugas y su cabello se desquebrajó, se volvió gris y empezó a caerse. Thomas el Franco apareció tan viejo como sus leyendas y quería que yo fuese su heredero.

—No puedo— dije débilmente.

—Es tu deber—, dijo Thomas, y sus arrugas se desvanecieron para volver a estar como había aparecido en Otterburn.

La mano de Albany era dura como el acero al ponerme de pie. —Necesitamos a un hombre con el fuego de la juventud, la astucia de un bandido de la frontera, la experiencia de un guerrero y el conocimiento de un vidente.

—Pues existe tal hombre—, dijo Thomas el Franco, —y está parado en la alfombra frente a mí.

—¿Yo?— Quería huir de mi destino, ya que no deseaba nada más que cultivar mis pocos acres a la sombra de las colinas Eildon. No quería aventurarme al País del Norte a acabar con aquella gran maldad.

—Solo sigue a tu mente—, me dijo amablemente Thomas, —y sabrás qué hacer—. Suspiró y se dio la vuelta. —Hay algo más, Fergus. Asegúrate de que no ponga sus manos en el Libro de la Tierra Oscura.

—¿Asegurarme de que quién no ponga sus manos en el libro?— Lo miré fijamente, pero Thomas ya había atravesado aquella enorme habitación. —Thomas, ¿qué es el Libro de la Tierra Oscura? ¿Debería saberlo?

Thomas cerró la puerta y me quedé solo con Albany y mis temores.

CAPÍTULO DOS

He estado consciente de mis poderes desde que era un joven que trabajaba en los acres de mi padre a la sombra de las colinas Eildon. Al principio fue un don pequeño, la habilidad de encontrar cosas que otros habían perdido, un cuchillo, una prenda de ropa, una moneda extraviada, pero luego descubrí que podía ver cosas que otros no podían. Todavía hoy no puedo describirlo apropiadamente, excepto poder decir que es más que una sensación y menos que algo concreto. Puedo ver una imagen, pero no puedo controlar lo que veo y raramente puedo entenderlo.

Thomas el Franco me dijo que siguiera a mi mente, pero no era algo muy fácil. ¿Cómo podría seguir una mente que no tiene ni forma ni orden? Sabía que el mal había venido de un área montañosa en el norte, pero nuestra Escocia tiene muchas zonas así y la mayoría están al norte. Tenía mucho territorio del cual elegir y a nadie que me guiara a ningún lado. Ajusté mi lanza a la montura y mi espada a la cadera, me despedí de la torre de Eildon y me encaminé hacia lo que esperaba fuera el norte.

Ahora, para aquellos que no conocen la geografía del país, déjenme explicarles un poco. Escocia es un país pequeño, un tercio del norte de las islas británicas que están en el oeste de Europa. El sur, mi propia frontera, es un area de dulces valles y colinas redondeadas, cortadas por el viento. Aquella es la arena, la tierra de nadie entre Escocia y nuestros vecinos predadores de Inglaterra.

Al norte de la frontera se encuentran las fértiles Tierras Bajas centrales, en donde están las ciudades de Edinburgh y Stirling, cada una bajo su propio castillo defensivo, y hacia el norte, pasando la ciudad amurallada de St John’s Town of Perth, esperan las Highlands, a donde me dirigía. Hay una planicie costera que se extiende alrededor de Escocia del este hasta Aberdeen, el Moray Firth y Caithness, pero no estaban en mi camino. Si estaba buscando montañas, entonces tenía que adentrarme hacia las tierras altas, el corazón del granito; el peligroso territorio de los clanes gaélicos.

A pesar de la amenaza constante de una invasión inglesa, nosotros, los habitantes del sur, mirábamos al norte con algo de inquietud, ya que los gaélicos eran gente de un calibre diferente. Así como eramos escoceses, ellos tenían su propia cultura y lengua distintivas, ambas más antiguas que nuestras tradiciones semi-normanas de castillos y cortes, justas y caballerosidad. Mientras teníamos señores y condes,

ellos tenían jefes de tribus y capitanes, y sabía que yo sería un extraño ahí, un forastero. Aún así, si iba a hacer lo que me ordenó el duque Albany, debía adentrarme en la fortaleza rocosa del norte, desenterrar cualquier mal que descubra y destruirlo. ¿Cabe alguna duda de que el sueño nunca me llegó aquella noche?

Desde Edinburgh me llevaron a través del Scotwater, o el fiordo de Forth, ese gran cuerpo de agua llena de naves que permite el acceso al centro fértil del país. El bote, una embarcación que funcionaba a fuerza de mujeres fornidas que reían por mi falta de experiencia en la navegación, me trajo a las costas de Fife, donde un robusto hombre que arreglaba una red de pesca rota señaló al norte con su pulgar cuando le pedí direcciones.

—¿Quieres ir a las Highlands?— Preguntó aquel hombre sombrío. —Pues buena suerte y que Dios te ayude, porque allí hay hombres que te escupirían por diversión y te comerían en el desayuno.

Su acompañante, una mujer con la cara colorada en un vestido rayado, asintió con sapiencia. —Si quieres vivir, fronterizo, sería mejor que pegues la vuelta ahora y vayas a casa. Es preferible que sean cien ingleses que un highlander.

Les agradecí por sus consejos y ánimo y guié a Bernard, el mismo robusto caballo marrón que cabalgué en Otterburn, hacia el camino. Mi segundo caballo, en el cual puse mi armadura y otras cosas necesarias, nos seguía dócilmente. Era de un gris apocado, al cual llamé Regal.

Desde aquel día en el castillo de Edinburgh no había experimentado más visiones, así que viajaba más con esperanza que con expectativa, dando un doloroso paso tras otro a través de las tierras fértiles de Fife. Aquí habían colinas, las empinadas Ochils, con sus cuestas divididas por ríos, y habían pequeños pueblos a los pies de las lomas repletas de mineros de espaldas anchas.

Pasé una noche de descanso en el castillo Gloom, esa extraña fortaleza de los Campbells cerca de las aguas precipitadas del arroyo Sorrow de un lado y el arroyo Care del otro; le dí las gracias al anfitrión por su hospitalidad y tomé el escarpado sendero a las Ochils. Estas eran unas colinas diferentes, sus cuestas externas me llevaban a una meseta parecida a los Cheviots de la Frontera, pero podía sentir la presencia de brujas entre los valles estrechos y las rocas azotadas por el viento, por lo que me apresuré. No estaba listo aun para encontrarme a esa gente.

Pero parece que ellos sí lo estaban. La visión vino de imprevisto, indeseada y sin ningún entendimiento.

Estaba parado en la escueta entrada del castillo, un viento amargo soplaba afuera y habían salvajes alrededor. Hablaban una lengua que no reconocía, pero que me era familiar de alguna forma, y yo estaba vestido

de blanco. Miré hacia abajo y vi unas lindas zapatillas verdes y un brazalete de flores en mi muñeca izquierda; sabía que no era Fergus Scott. También supe que me mantenía a salvo, aunque había una oscura sombra adelante, y cuando miré al espejo que formaban las quietas aguas, el rostro que vi no era el mío.

—¿Quién soy?— Pregunté y la voz llegó de las oscuras murallas al mi alrededor.

—La pregunta no es quién eres, mi preciosa. Sino ¿por qué estás aquí? ¿Cuál es tu propósito en este lugar mortífero?

No sabía la respuesta, pero de repente sentí un miedo profundo como jamás había sentido en mi vida.

—¿Dónde estoy?— La voz no era la mía, y no pude detener las lágrimas que pesaban en mis ojos, hasta que el alto hombre barbudo acercó su mano y palmeó mi hombro. Estaba sonriendo pero pude ver la malicia detrás de sus ojos y grité en silencio por el único hombre que podría ayudarme.

—¡Fergus!

Pero Fergus no estaba ahí.

Seguí viajando hacia el norte, a St John's Town of Perth, donde estaría seguro tras su fosa y el brillo plateado del río Tay. Encontré cobijo con los Black Friars, estabulé mis caballos y di un paseo por el pueblo, con sus casa altas, su plétora de iglesias y sus tabernas bulliciosas llenas de comerciantes que provenían de media Europa. Eventualmente me trepé a las murallas que nos encerraban y contemplé los alrededores.

—¿Por qué los muros...— Le pregunté a un burgués que estaba de guardia en el parapeto de piedra, —...y tan alejados de la Frontera?

Como respuesta señaló el río, blanco con las velas de los barcos comerciantes. —Los ingleses pueden llegar por mar como por tierra—, me dijo y luego, tomándome de los hombros, me giró para que viera el norte. —Y allí están las colinas Highland, de donde vienen los cáterans.

—¿Cáterans?— Era la primera vez que escuchaba el término y lo guardé en mi cabeza, ya que esa única palabra tenía una extraña cualidad que me deleitaba, aunque a su vez me causaba repulsión. En lugar de eso, analicé las colinas, pensando si era mi destino final.

—Los cáterans—, repitió el vigilante. —Son los hombres más ágiles de los valles de las Highlands. Vienen al sur a robar y violar, e incluso se llevan a nuestras mujeres—. Me miró con sus ojos sombríos. —Es mejor tener muros y corazones fuertes en esta tierra, mi amigo de la frontera—.

Asentí y comencé a estudiar estas colinas que eran tan diferentes de las de mi Frontera y hasta de las Ochils. Eran más altas, más definidas, menos redondeada por el viento, el hielo y la presencia

humana. Sin embargo parecían más antiguas; habían grandes elevaciones de granito y laderas bajas con densos bosques. Eran montañas oscuras que se desplegaban más y más hacia el norte; mientras más lejos miraba más entrelazadas y salvajes parecían.

—Sí—. El burgués se inclinó contra su lanza —Estos muros mantienen alejados a los cáterans, al menos por ahora, pero hay historias de un nuevo líder allá arriba.

Ese era el tipo de información que buscaba. —Dime más, por favor.

—No hay mucho más que decir, viajero. Las colinas guardan bien sus secretos y, a menos que seas uno del clan, sabrás solo lo que ellos quieran que sepas.

—Pues entonces dime lo poco que sabes.

Se encogió de hombres y cambió el peso sobre su lanza. —Solo sé rumores, pero las historias dicen que hay un nuevo señor allí arriba, en algún lado; alguien diferente a los jefes normales del clan.

—¿Será el Clan Donald? Su jefe es un gran hombre—. Me atreví a adivinar.

—¿Donald de las Islas?— El burgués miró notablemente al oeste. —Tal vez, pero lo dudo. Tiene sus propios problemas y sus propias tierras del otro lado del mar del oeste.

Me fui de St John's Town al día siguiente y seguí la orilla del Tay hacia Dunkeld, la vieja capital de los caledones y la verdadera entrada a las Highlands. Fue una cabalgata tranquila en la mañana a través de campos fértiles, pero noté que cada granja se escondía detrás de paredes de piedra robustas y los pocos viajeros que encontré llevaban espadas o lanzas como cualquier fronterizo.

—¿Tienen noticias?— Le pregunté a un grupo de cuatro hombres y me miraron de forma extraña antes de responder en gaélico. Supe que había cruzado el límite invisible entre las Tierras Bajas escocesas y los Tierras Altas gaélicas. La vestimenta cambió también; en lugar de las túnicas del sur, estos hombre vestían una sola pieza de tartán, diseñado con tonos multicolores que para mis ojos no familiarizados con esto, eran coloridos y barbáricos. Aunque ellos solo eran campesinos, también tenían armas, además de los gruesos bastones de sus contrapartes sureñas, y supe que tenía que prepararme para pruebas más severas adelante.

Dunkeld era un pequeño pueblo pintoresco extrañamente desprotegido ya que rodeaba los muros de su impresionante catedral. Las calles repletas de pequeñas casas eran amigables y se apiñaban, y John Peblys, el obispo, me dio la bienvenida con una sonrisa y una hospitalidad que reconocí como la típica en las Highlands. Luego de estabular a Bernard y a Regal, me recibieron en el cuerpo de la comunidad y me interrogaron con mucha sutileza acerca de mis intensiones, mi destino y mis ancestros.

—Mi nombre es Fergus Scott—, dije y fue casi la última verdad por muchos meses.

—¿Fergus Scott?— El obispo era un viejo hombre sabio con una brillante calva y ojos que habían sobrevivido a todo el mal que el mundo puede ofrecer. —¿Y hacia dónde se dirige, Fergus Scott?

—Al norte—, dije, —ya que creo tener parientes en las tierras norteñas.

—Ya veo—, asintió con aires de saber. —Así que lleva una lanza y una espada para encontrarse con su familia—. Su sonrisa era amable pero cínica. —Bien, Fergus, deseo que sus travesías sean dichosas, pero es un mal momento para viajar lejos.

—¿Un mal momento?— Intenté parecer inocente, pero aquel hombre había visto demasiado como para ser engañado. —¿De qué forma, dígame?

—Hay maldad en las tierras del norte, Fergus Scott—, me dijo con seriedad. —Y un hombre activo como usted no debería ir en esa dirección.

Asentí. —Oí que el mal viene de las Islas y no iré por allí.

Negó con la cabeza. —No hay mal en las Islas. Donald controla sus dominios desde Islay y puede extenderlo hasta Ross, pero es básicamente un buen hombre.

Confié en el obispo y saqué a MacDonald de mi lista mental de posibilidades. —Entonces, ¿de dónde proviene esta maldad, mi buen abad?

Cuando me miró pude ver una profunda preocupación en sus ojos viejos. —¿De dónde viene esa maldad, Fergus? Proviene del infierno y de sus sirvientes.

Eso no me ayudó en nada. —Trataré de evitarlo—, mentí.

—No creo que esa sea su intención—, me dijo cándidamente. —Y un extraño que habla una lengua desconocida tendrá problemas en encontrar la tierra de colinas, por lo que le aconsejo que al menos aprenda el idioma antes de que continúe. Su sonrisa mostraba más conspiración que religión, un hombre hablándole a un compañero en lugar de un sacerdote a un penitente. —Ve a *Tigh na bantreach uistean*, la casa de la viuda de Hugh. Ella te enseñará todo lo que necesitas saber.

Asentí, aunque no tenía deseos de perder tiempo con una vieja viuda. Quería empezar a moverme, no quedarme esperando y aprendiendo. —Como usted diga, padre—. Pero aunque solo le dije que estaba de acuerdo, sabía que tenía razón ya que si iba a viajar entre los gaélicos tenía que conocer su idioma y lo más que pudiera sobre su cultura. Sin dudas esta vieja viuda sería una buena maestra y podría pagarle con una o dos monedas, si es que las usaban por aquí. Como verán, ya había formado mis prejuicios sobre la *Gaeltachd*, la

tierra de los gaélicos que ocupaba más de la mitad del país de Escocia.

El obispo me vio partir con tristeza en sus ojos y una sonrisa benigna en su cara. “Apresura tu regreso, Fergus Scott, y el mundo estará mejor con tu llegada”.

Lo saludé al cabalgar, pero mi mente estaba fija en otro lado.

La viuda de Hugh vivía en una pequeña granja a una media milla de Dunkeld, no muy lejos del río Braan y cerca de una cascada que chocaba contra un suave borde y explotaba en cien millones de partículas de agua turbulenta más abajo. A su alrededor, los árboles inclinaban sus cimas en sumisión. Me acerqué con algo de vacilación; me preguntaba exactamente qué clase de vieja rugosa sería esta viuda.

Sorprendentemente en esta tierra de labranza comunal y grandes franjas de cultivos Run Rig[1], los campos eran pequeños pero estaban bien cuidados, ya preparados para el invierno y con muros de piedra seca marcando los límites. La granja era igual de pequeña, tenía paredes de piedra seca y un techo de brezo, todo asegurado para prevenir el viento gracias a grandes rocas atadas con cuerdas de brezo trenzado. Detuve a Bernard afuera de la menuda puerta delantera y me bajé.

—¿Y quién eres tú?— Habló primero en gaélico y pronto lo tradujo al escocés cuando se dio cuenta de que no entendía.

Era tan vieja como esperaba, e incluso más fea, con un rostro oscurecido por los años de veranos en los campos e inviernos sentada al lado de un fuego que desprendía hollín, pero sus ojos eran brillantes y vívidos como los de un cernícalo cazando.

—Mi nombre es Fergus Scott—, dije —y estoy buscando a alguien que me enseñe gaélico. ¿Tengo el honor de dirigirme a la viuda de Hugh?

Su risa era tan fea como su apariencia, resonó con aspereza contra los árboles y opacó el sonido de las cataratas en aquel lugar resguardado.

—¿Yo? *Bantreach uistean*—. Al acercarme, puso una garra añeja en mi hombro. —No, mi muchacho, no eres tan afortunado. La viuda de Hugh no es tan bella como yo, ni tiene esta figura—. Se rió de nuevo. —Quédate aquí con tus caballos e iré a preguntarle si quiere verte.

Esperé con un poco de inquietud mientras la cascada golpeteaba a través de los árboles. Si la vieja era la más linda de las dos, ¿cómo sería la viuda de Hugh? Me estremecí, cerré los ojos e intenté tener una visión. Todo lo que vi fue oscuridad. No había nada más, ni malo ni bueno, futuro, presente o pasado. Solo había un vórtice oscuro del cual se arrastraba una pequeña voz.

—¿Está tan cansado, viajero, que puede dormirse incluso en mi puerta?

No estaba seguro de si la voz pertenecía a mi visión o a la realidad,

por lo que dejé mis ojos cerrados y contesté.

—No estoy cansado. Estoy buscando a la viuda de Hugh.

—Bueno, señor, no la encontrará a menos que abra sus ojos. Es la primera regla de las búsquedas y la más importante, ¿sabe?. Tener los ojos abiertos.

Los abrí y me alegré de haberlo hecho. En lugar de la vieja, me sonreía una mujer joven. Podría decir que estaba en sus veintes, tenía cabello castaño rojizo y ojos tan claros que podía verme reflejado en ellos. Estaba tan inmerso en esos ojos que no podía describir su cara, excepto tal vez decir que un ángel estaría celoso, si los ángeles tuvieran permitido deambular por la tierra provocando tentaciones desenfrenadas en los corazones y pasiones de los hombres.

—¿No es mejor ahora?— Su voz era como un líquido, por la suavidad con la que fluía, y por un tiempo no pude hablar. —Sus ojos pueden estar abiertos, señor, pero su boca está cerrada con firmeza. Ha encontrado a aquella que buscaba, así que ¿qué necesita de mí?

—¿Viuda de Hugh?" la miré fijamente. "¿Eres la viuda de Hugh?

—Así es como algunos me llaman, por mis pecados—, dijo esta encantadora mujer. —Otros me llaman Seonaid.

—Seonaid—. Repetí el nombre. Sonaba como el vino fino que fluye de una botella. —Es un nombre muy lindo.

Su reverencia eran tan baja como la de cualquier reina, y tan burlona como la de una hermana menor. —Gracias, amable señor. Pero ahora podría contestar mi pregunta; ¿qué necesita de mí?

—El obispo me dijo que eres una maestra. Puedes enseñarme gaélico.

—Puedo, sí—. Sus ojos vagaban de mi cabeza a mis pies. —Puede parecer lo suficientemente presentable para ser un viajero, pero ¿cómo sé que puedo confiar en usted? ¿Quién eres y de dónde vienes, joven?

¿Joven? Me sentí ofendido. Teníamos la misma edad y estaba seguro de que había visto más de la vida que cualquier mujer viviendo en tal reclusión. —Soy Fergus Scott de Eildon, en las Fronteras. ¡Y soy tan confiable como cualquier insigne conde!

—Oh—, arrugó su cara. —Eres un fronterizo de una familia de jinetes, y tan confiable como un conde, ¡por tu propia palabra! Los fronterizos tienen mala reputación aquí arriba. Aquí se los conoce como ladrones y bandidos, asesinos llenos de malicia y engaño—. Su sonrisa volvió, inocente como una paloma arrullando. —¿Está intentando engañarme, Fergus Scott de Eildon?

—Claro que no—. Y aunque dije esas palabras irritado, sabía que eran una mentira ya que no tenía intenciones de revelar mi verdadera razón para viajar al norte.

—Está bien—, dijo Seonaid solemnemente, —porque odiaría invitar a un mentiroso a mi hogar y enseñarle gaélico de la única

forma en que sé, lo cual pretendo hacer con usted, fronterizo o no—. Dio un paso atrás moviendo la nariz. —Una vez que se haya lavado, por supuesto.

—¿Lavado?— La miré fijo sin haber entendido por completo que había accedido a mi pedido.

—No me gustan los hombres sucios y usted tiene encima la tierra de un viaje largo.

Parecía una petición razonable de una mujer orgullosa, por lo que acepté. Dejé a Regal donde estaba y llevé a Bernard a un lugar apartado en las orillas del Braan, me saqué mi ropa y me metí. Respiraba entrecortado por el frío de este torrente que se formaba de la nieve y comencé a frotarme con puñados de arena fina del fondo del río.

—Ahora quédese ahí, Fergus, mientras lo revisamos—. Mi morena Seonaid me sonrió desde la orilla mientras revolvía mis alforjas.

—¡Detente!— Di un solo paso hacia ella, pero me detuve al darme cuenta de que hacerlo revelaría más de mí de lo que me importaba mostrar. —¿Qué está haciendo?

—Revisando sus alforjas—, me dijo con calma. —Para ver si usted es quien dice ser.

Di otro paso mientras me cubría, hasta que la vieja emergió del resguardo de un árbol:

—Vamos, joven Fergus—, me invitó. —Han pasado muchos años desde que vi a un joven desnudo y quién sabe qué es lo que podría hacer—. Su carcajada era más intimidante que la insignia de batalla de Percy en Otterburn. —¡Vamos! ¡Estoy esperando! ¡Sé justo cómo tratar a un descarado joven como tú!

Seonaid se reía mientras la vieja se acomodaba en una roca alisada por el agua y extendía sus brazos en bienvenida. —¡Yo me quedaría ahí si fuera usted, Fergus!

—Es un joven atractivo, Seonaid—, dijo cándidamente la vieja. —Es un poco alto, ciertamente no un gigante, y esbelto—. Ladeó la cabeza. —Sí, Seonaid, no lo habría soltado de mi cama en mi juventud. Tampoco lo soltaría ahora—, su risa burlona me hizo sonrojar con vergüenza mientras el agua me cubría hasta la cintura.

—No lo atormentes tanto—, la reprendió Seonaid, pero sentí que estaba disfrutando mi incomodidad. —Solo es un hombre.

Permanecí en ese lugar mientras Seonaid vaciaba mis alforjas con cuidado y revisaba el contenido. Sabía que ahí no había nada incriminatorio, solo un cambio de ropa, un puñado de monedas y una bolsa con avena para el viaje.

—Soy Fergus Scott de Eildon—, insistí, —un caballero.

—Como digas—, dijo solemnemente, —pero aún así podría no ser confiable.

La visión llegó inesperadamente y me estremeció su claridad. Hasta ese segundo las visiones habían sido ambiguas, podían tener diferentes interpretaciones, pero aquí no había nada más que horror, dolor y muerte.

Seonaid estaba arrodillada con sangre en su rostro y en sus manos. Vi un cuerpo en el suelo a su lado, un hombre joven vestido con una tela a cuadros y de cara al piso. Era un hombre de mi complexión y altura y habían heridas de cuchillo en la espalda y la ingle. Seonaid estaba llorando; se estaba meciendo de adelante a atrás sobre sus rodillas y de repente abrió su boca en un gran lamento frenético que paró los cabellos de mi nuca y llamó a los espíritus del pasado para presenciar su angustia, dolor e ira.

El hombre estaba muerto, lo sabía, pero no podía ver su rostro. Por un segundo me pregunté si había presenciado mi propia muerte y si así era, dónde y cuándo había sido, y cuál había sido el papel de Seonaid en ella.

La pena era estremecedora, me tumbaba con su fuerza, pero también sentía algo más, un deseo de venganza tan profundo que su intensidad me hacía retroceder.

Cuando miré hacia arriba, ambas mujeres me estaban observando.

—Parece que todo está bien—, dijo Seonaid al final, como si fuese una pequeñez. —Ya puede salir.

—Saldré cuando hayan terminado—, dije.

—No iré a ningún lado—, dijo amablemente. Sonrió de nuevo. —Quieres que te ayude, Fergus Scott, pero quiero algo a cambio.

—¿Qué quieres?

—Transparencia. Su rostro cambió de repente y aunque la belleza no se fue, había una profunda inteligencia que nunca había visto en una mujer, ni en muchos hombres. —Quiero la verdad.

Desnudo en la corriente del río con dos mujeres mirándome me sentí más vulnerable de lo que me había sentido jamás. Extrañamente, aunque había enfrentado a muchos hombres en batalla, ahora me preocupaba más cómo me veían estas desconocidas. Respiré profundo y decidí afrontarlo descaradamente.

Seonaid me pidió lo único que no podía darle y mientras la miraba recordé esa imagen.

—Estoy saliendo—, les dije. —Pueden mirar o cubrir sus ojos, como les plazca, y estoy seguro de que puedo encontrar a otra maestra.

—Estoy segura de que puedes—, me contestó sin que mi declaración la afectara en nada. Se deslizó sobre un árbol caído, se sentó cruzando sus rodillas y nunca apartó la mirada de mi rostro.

Salí del río y dejé caer mis manos para mostrar que no tenía nada de qué avergonzarme, aunque en verdad, el frío del río había disminuido lo que esperaba que fuera el objeto principal de la

atención de Seonaid.

—Oh por Dios—, dijo la vieja. —Oh por Dios, Seonaid, mirá eso. Y eso luego de diez minutos en el río—. Su risa ya no era burlona cuando pasé a su lado y comencé a vestirme.

Seonaid no se afligió ni sonrió, pero observaba cada movimiento que hacía. No dijo nada hasta que le pregunté rotundamente si me enseñaría gaélico.

—Dije que lo haría—, respondió, —y mantendré mi palabra.

Asentí. —Gracias, Seonaid—. Me guardé la visión para mí mismo.

—Y tal vez en algún momento me dirás por qué viajas al norte—. Ladeó su cabeza mientras hablaba y miró justo en mi alma de la forma en que algunas mujeres lo hacen.

—Tal vez—, contesté y miré a otro lado. Mi visión había tocado algo fundamental en esta mujer y sabía que pasaría mucho tiempo para que volviera a aventurarme tan profundamente en su ser. Seonaid no solo era una viuda hermosa; tenía determinación.

Nunca había aprendido un nuevo idioma de forma consciente, aunque hablaba tres. Hablábamos escocés de forma cotidiana pero cualquier documento legal estaba escrito en latín, y por supuesto todo caballero sabía suficiente francés para poder manejarse. El gaélico era fácil. Una vez que estuve cómodo en la granja de Seonaid, parecía que el idioma fluía hacia mí. Era tan natural como su estilo de vida.

—Dormirás con el ganado—, me dijo Seonaid severamente.

—Sabía que me había lavado por una razón—. Mantuve las conversaciones sencillas.

No me molestaba dormir con el ganado. Son bestias limpias, de olor dulce y amigables, y me aceptaron como a uno de los suyos. Mis lecciones de gaélico comenzaron al día siguiente; Seonaid y la vieja se turnaban para instruirme mientras las ayudaba con los trabajos diarios.

Cultivar es lo mismo en cualquier lugar del mundo en el que estés, y podía cuidar del ganado en la Gaeltachd como en las Fronteras, mientras que techar con brezo de las Highlands no era diferente de usar la variedad que crece en las colinas Eildon. En una semana aprendí los términos gaélicos para las cosas de todos los días y Seonaid nunca me presionó para saber las razones por las que estaba tan lejos de mi hogar. En un mes era tan fluido en gaélico como en escocés y me preparé para el viaje hacía el norte y lo desconocido. Me despedí de mi ganado amigo y pienso que sintieron que me iba, pero no sería tan fácil despedirme de Seonaid.

—¿Y a dónde vas?— me preguntó. Frunció el ceño cuando le dije que me dirigía al norte en busca de algo.

Se quedó parada por un momento con la cabeza ladeada y el ceño se fue alivianando. —Sí—, dijo al final. —Pensé que eras un buscador.

¿Qué es lo que buscas?

—No estoy seguro—, le dije con honestidad, —pero no es bueno.

—Lo sé—, dijo. —Los hombres que buscan el bien llevan una cruz, no una espada y una lanza. ¿Esta maldad tiene un nombre?

—Tampoco estoy seguro de eso—, le dije, —pero existe y tengo que encontrarla.

Por un momento Seonaid me miró con una tristeza inmensa, como si todos los problemas del mundo hubieran descendido sobre su delgada espalda, y luego suspiró. —Que así sea, Fergus Scott, que así sea. Y cuando halles a este gran mal, ¿qué harás con él?

Sentí que había algo más que solo curiosidad detrás de esa pregunta. Seonaid tenía un propósito interior que estaba dispuesta a compartir tanto como yo estaba dispuesto a compartir mi visión. Toqué la empuñadura de mi espada que colgaba de una clavija detrás de la puerta, donde había reposado desde que entré en esta sencilla casa. —Debo destruirlo—, dije y hubo un momento de gran y profundo silencio.

Allí, algo cambió en Seonaid. Vi que tomó una decisión con tanta claridad como si estuviese viendo el arroyo Braan o las ramas desnudas de los árboles alrededor. —Entonces necesitarás dos cosas, Fergus.

—¿Solo dos?— No pude evitar la burla en mi voz; ¿qué sabría esta mujer que podría ayudarme? Y más importante: ¿cuánto podría confiar en una mujer gaélica?

—No dije *solo* dos, Fergus—. Su voz era imponente y la luz en sus ojos era diferente; no era la chispa traviesa de la juventud, sino la oscura e inalterable llama de la sabiduría madura.

—¿Cuáles serían estas dos cosas?

—Necesitarás una espada y necesitarás un acompañante.

—Ya tengo una espada—, le dije, —y no necesito compañía.

—La espada que llevas sería aceptable en el sur—, contestó, —pero no en la Gaeltachd. Y sí necesitas un acompañante; entiendes el idioma, pero no conoces las costumbres, las tradiciones y la geografía. Yo sí, por eso iré contigo.

¿Alguna vez intentaste discutir con una Highlander decidida? Sería como intentar hacer que el sol dejase de brillar. Rió cuando le ordené que se quedara; se burló cuando se lo imploré y sonrió cuando le dije que sería peligroso.

—Si es peligroso para mí, Fergus—, dijo, —entonces también será peligroso para ti. Dame cinco minutos para que junte mis cosas y estaré contigo.

No deseaba un acompañante, pero si tenía que tenerlo, entonces Seonaid sería tan buena como cualquiera. Era fuerte, decidida, rápida y hábil. Le di quince minutos pero solo necesitó los cinco que había

pedido. Montaba un garron[1] robusto, el poni de lomo ancho de las Highlands, y tenía una capa tartán oscura de viaje con capucha; me dirigió una mirada tranquila mientras llegaba a mi lado.

—¿Estás listo, Fergus de Eildon?

Asentí sin mucho entusiasmo, —estoy listo, Seonaid—.

—Entonces vamos a encontrarte una espada de verdad.

Suspiré, me despedí de la vieja mujer que se quedaría a cargo de la granja y dirigí mi visión hacia el norte. Si hubiese tenido una idea de lo que pasaría más adelante habría dado la vuelta en ese mismo momento.

CAPÍTULO TRES

Dunkeld fue alguna vez la capital de la vieja Escocia y por eso está situada tan convenientemente. Hacia el sur hay excelentes tierras para la agricultura, mientras reposa a la orilla de un poderoso río y en el norte hay un cómodo paso que lleva a las colinas de las Highlands. Por este espacio me llevó Seonaid, cabalgando tan fácilmente como cualquier hombre y sin ponerse su capucha a pesar del frío del invierno.

—Disfruta el frío—, me dijo con su rostro ruborizado, —y disfruta la escarcha. Hace que el camino sea más fácil de transitar.

Le dije que teníamos escarcha y frío en las Fronteras también, pero apenas se rió. En realidad nunca la había visto tan animada al cabalgar al norte, hacia el paso, con las colinas de bosques densos que se agolpaban a nuestro alrededor y el cielo preñado de nubes tormentosas.

—¿Qué tan al norte viajas?— Me preguntó luego de haber cabalgado cerca de una hora.

—No estoy seguro.

—Hoy viajaremos hasta Aberfeldy—, tomó la decisión por ambos.

No conocía ese nombre y lo admití. —Sabré el destino cuando llegue—, le dije, recordando más la atmósfera del lugar de mi visión que la geografía específica.

—Estaremos en Aberfeldy antes del anochecer—, me informó, —y luego veremos si te conseguimos una espada real, no un juguete para niños.

No le respondí, aunque pude sentir cómo crecía la ira en mí. La espada de mi padre había hecho bien su trabajo en Otterburn y no veía nada malo en ella.

Seguimos el curso del Tay ese día, cabalgando al norte y al oeste e incluso al sur, según las curvas del río, pero extrañamente sabía que podía confiar en Seonaid y dejarle que me guíe, aunque estaba impaciente por ir al norte. Albany dependía de mí, como también Thomas Learmonth y toda Escocia, sin embargo creo que era la idea de estar en una especie de cruzada lo que me impulsaba. Contar cuentos apasionantes de aventuras en las fogatas de invierno ha sido con seguridad la ruina de más de un joven influenciable.

Dunkeld fue un lugar bello, engrandecido por su abadía, pero Aberfeldy tenía una atmósfera totalmente propia. Aquí, el río Tay era ancho, formidable y fluía con rapidez, pero había un bote en el que un

matrimonio nos transportó a remo con bastante habilidad, quejándose sobre la hora a la que los solicitamos.

—No es hora para estar buscándonos—, dijo la mujer. —Unos cristianos decentes no deberían estar afuera tan tarde.

—Estamos viajando—, dije.

—Bien, un ciego con una oreja lo sabría—, respondió. —¿Pero por qué viajan en medio del invierno? ¿No tienen un hogar a donde ir?— Me miró con el rabillo de sus ojos oscuros. —Eres del sur, ¿no?

—Él tal vez sí—, interrumpió Seonaid, —pero yo no. Soy *bantreach Uistean* de las orillas del Braan.

—¿Seonaid?— dijo el hombre. Había estado luchando contra la corriente y así su esposa podía hablar mientras él hacía el mayor esfuerzo. —Sentimos escuchar tus noticias. . .

—El tiempo del duelo ha pasado—, dijo rápidamente Seonaid, dándome una mirada reveladora. —Él es Fergus de Eildon, viaja al norte conmigo.

—Están yendo hacia el sur y el oeste—, señaló la mujer con amargura.

—Tenemos que recoger una espada. Fergus solo tiene ese pequeño juguete.

La mujer me miró y dio una estrepitosa carcajada. —Eso duraría un solo golpe y luego tendrías una muerte rápida a manos de un gallowglass.

—¿Un qué?— El término no me era familiar.

—Un gallowglass—, repitió su esposo con más amabilidad. —Hay dos tipos de guerreros en las Highlands, Fergus. Están los cáterans, hombres con armaduras livianas que aparecerán bajo tu guardia antes de que puedas respirar y te sacarán las tripas mientras aún los estás buscando, y están los gallowglass. Son la infantería pesada, hombres grandes con espadas largas a dos manos y arcos; un movimiento de sus claymores partiría ese cuchillo que tienes y te cortaría a la mitad.

Miré hacia otro lado; no estaba dispuesto a discutir con esta gente crédula, pero bien intencionada. Fui entrenado para usar lanzas fronterizas de nueve pies y era muy hábil con la espada. No esperaba que algún salvaje de la Gaeltachd fuese a ser una amenaza real contra un hombre que ha peleado al lado del conde Douglas y ha enfrentado a guerreros de Percy de Northumberland.

—Ya lo veremos—, dije.

—Tal vez no por mucho—, dijo el hombre y escupió en el río.

—¿Van a visitar a Peallaidh ahora?— La mujer miraba hacia arriba, donde la tarde ya estaba cambiando a una larga noche de invierno. —Puede ser peligroso.

Seonaid me dio una mirada. —Lo sé, pero conoció a Hugh, así que estaremos lo suficientemente seguros.

—¿Quién es Peallaidh?— Pregunté, —¿y por qué lo vamos a visitar?

El guía y Seonaid intercambiaron una mirada reveladora. —Peallaidh es un forjador de espadas—, claramente eligió sus palabras con cuidado. —Él te encontrará una claymore apropiada para el norte.

—¿Un herrero?— Conocí a muchos herreros y ninguno era peligroso. —¡No creo que vaya a amenazarnos!— No dije que era un guerrero de la Frontera; no era algo que tuviera que decirse.

La mujer miró a Seonaid y levantó sus cejas. Seonaid frunció un poco el cejo y negó con la cabeza, como advirtiéndole que no hablase. Sentí que mi frustración crecía, ya que no me gustaba que me excluyeran de nada.

—Quédense con nosotros esta noche—, dijo el hombre mientras daba un último barrido del remo que dirigía el bote a una playa entre dos árboles tristes. Lo amarró eficazmente. —Normalmente Peallaidh está de mejor humor pasando el mediodía. Visítenlo en ese momento.

—Su hospitalidad es bienvenida—. Seonaid aceptó con una reverencia.

Pasamos la noche en la gran cabaña de estas personas y nos fuimos antes del alba del día siguiente. En el invierno de las Highlands, la luz no llega hasta después de las nueve de la mañana y se puede desvanecer a las tres de la tarde, así que teníamos cerca de seis horas para ir a buscar a Peallaidh, comprar una de sus espadas aparentemente invaluables e irnos.

—¿No hay otro forjador de espadas?— Pregunté, pero Seonaid negó con la cabeza.

—Hay muchos forjadores— dijo, —pero Peallaidh es el mejor de Athol, y probablemente el mejor de Escocia—. Me dio una pequeña sonrisa a medias. —Ahora, no dejes que su apariencia te desaliente, Fergus, y déjame hablar a mí.

—¿Por qué me desalentaría su apariencia?—

Pero no dijo más nada, solo continuó guiándome fuera del conjunto de cabañas de paja que formaba Aberfeldy hacia las colinas circundantes con sus bosques apretujados. Oí el sonido de agua que caía.

—Son las cascadas de Moyness— dijo Seonaid y en poco tiempo me encontraba llevando a Bernard por un camino estrecho sobre un desfiladero profundo, por el cual cruzaba un arroyo rápido y espumante. He visto muchos arroyos y ríos en las Fronteras, pero nada como esto; descendía al Tay en una serie de saltos y brincos espumosos, y un bosque denso de abedul sobresalía, ahora desnudo del foliage que sin dudas habría ocultado el río durante el verano.

—Sígueme—, ordenó y se adelantó por el estrecho camino, pero su caballo pisaba con tal firmeza que podía cabalgarlo, mientras que mis

hobblers de la Frontera, quienes eran excelentes para las colinas azotadas por los vientos en el sur, se balanceaban de un lado a otro. Desmonté y los llevé con cuidado, siempre prestando atención al denso bosque a mi derecha y a aquella caída engañosa a mi izquierda.

Oí pisadas dos veces y desajusté mi espada de su funda, pero Seonaid solo negaba con su cabeza. —Nadie se atrevería a atacarnos aquí, Fergus; todos se cuidan mucho de Peallaidh y sus uruisgs—. Miró sobre sus hombros. —Lo entenderás cuando lleguemos.

Estuve por preguntar qué era un uruisg, pero Seonaid estaba adelante de mí y el estruendo del río ahogaba mis palabras. Miré hacia el río una sola vez y vi algo moviéndose entre la espuma blanca del agua. Cuando volví a mirar se había ido, y resoplé al pensar en que alguna nutria vivía a salvo allí abajo.

El sendero se inclinaba cada vez más y pude avistar la cascada. Nunca antes había visto algo así; era más alta que cualquier cascada de la Frontera, un chorro monumental que descendía con un terrible rugido y explotaba en el arroyo. El sendero bordeaba uno de los lados y cruzaba hacia el otro por un puente de madera tembloroso que casi rozaba el agua.

—¡No podemos cruzar por ahí!— Dije.

—No tenemos otra ruta—, me dijo y, sonriendo levemente, llevó a su caballo al puente.

Por supuesto, a donde ella cabalgara yo tenía que seguirla, pero balancearse en esos tablones fines, sin un barandal y una caída de cien pies de un lado y la catarata del otro era peor que enfrentarse a la embestida de los Percy en Otterburn. Al menos en la batalla había tenido el apoyo de mis camaradas y todo acto de valentía sería presenciado y reconocido. Aquí, solo Seonaid podía verme y su actitud era tan despreocupada que no parecía pensar que cruzar requería algo de coraje.

Me detuve a mitad de camino, puramente por fanfarrón, y miré hacia atrás por donde habíamos venido. Parecía estar abrazando el borde de una grieta; el acantilado yacía debajo y una pendiente repleta de árboles arriba, y a lo lejos estaban las tierras fértiles alrededor de Aberfeldy. Ya me había alejado mucho de Eildon y no estaba más cerca de encontrar este mal que plagaba la tierra.

—¡Ven, Fergus!

Atravesé el punte y seguí subiendo por un camino más estrecho y empinado. Había que enfrentar otra cascada, la Alta Moyness según Seonaid, y luego llegamos a un pequeño claro aislado a un lado del acantilado y a una colección de cuevas profundas en las rocas.

—Aquí estamos—, dijo alegremente. Ni siquiera le faltaba el aliento cuando se deslizó de su montura y elevó su voz en un grito claro que hizo eco sobre el estrépito de la cascada.

Me paré a su lado, sosteniendo con una mano las riendas de Bernard y con la otra la empuñadura de mi espada, ya que en verdad me sentía nervioso en este lugar extraño de aguas estrepitosas y árboles susurrantes.

—No necesitas la espada—, me regañó, pero estaba equivocada, ya que en el instante en el que hablaba un rugido salió de la cascada y algo emergió, goteando agua y cubierto de cabello. Corrió hacia nosotros gruñendo, desafiante, y extendiendo sus brazos como las ramas de un árbol hirsuto.

Nunca desenvainé una espada tan rápido en mi vida como lo hice en aquel momento mientras giraba para enfrentar a nuestro atacante; luego solté una blasfemia y di un paso atrás.

Lo que sea que fuese esa cosa, no era humana, aunque tampoco era como algún animal que hubiese visto jamás, o hubiese querido ver. Tenía el tamaño de un hombre, aunque encorvado y más musculoso, y estaba cubierto de un pelaje castaño grisáceo. Apenas tuve tiempo de mostrar mi espada cuando ya estaba sobre nosotros, aunque me ignoró y agarró a Seonaid con sus largos y peludos brazos.

—¡Déjala!— Avancé buscando un espacio por donde pudiera matar al monstruo sin herir a Seonaid, lo cual era difícil ya que la tiró al suelo luchando contra ella en aquel estrecho lugar. Ahí fue cuando escuché el sonido más improbable que pensé escuchar ese día; Seonaid estaba riendo y empujando a aquella bestia con sus palmas abiertas.

—¡Quítate, bestia peluda!

Di un paso atrás, ya que ciertamente no estaba asustada; incluso había habido afecto en su voz. —¿Seonaid?— Mantuve la punta de mi espada en dirección al monstruo. —¿Debería matarlo?

Las palabras parecieron alertar a la criatura sobre mi presencia. Soltó a Seonaid como si fuese un saco de carne, se volteó hacia mí y por primera vez lo vi con claridad.

No era un hombre ni una bestia, aunque tal vez algo entre los dos, con ojos castaños oscuros que me miraban con furia y un una postura encorvada como la de un luchador de Cumberland antes de empezar una pelea. Levanté la punta de mi espada y me preparé para arremeter hacia su garganta, pero Seonaid se paró entre nosotros y sacudió su cabeza.

—Fergus, este es Peallaidh, por quien hemos viajado todo el día. Peallaidh, él es Fergus, mi acompañante de la Frontera.

Observé a la criatura peluda que se encontraba a unos pasos frente a mí, mostrando sus dientes en lo que podía ser un gruñido de odio o una aparente sonrisa. Para mi sorpresa, me habló, pero en un lenguaje que no reconocí. No era escocés ni gaélico, sino otra cosa, algo que sonaba similar al aullido de un lobo pero mezclado con palabras que casi entendía, que podía llegar a razonar. Dije que habló, pero las

palabras no salieron de su boca, sino que parecían haber aparecido dentro de mi cabeza, como si las hubiese traspasado de alguna forma desde su cerebro al mío. Me esforcé para entender el significado, hasta que Seonaid las tradujo.

—Peallaidh dice que si lo matas no te entregará una espada—. Sonaba casi entretenida. —¿Debería decirle tu respuesta?

La criatura peluda siguió mirándome de forma hostil, pero su boca se abrió más y noté que estaba intentando sonreír. Si estaba preparado para ser amigable, entonces también yo, un Scott de Eildon, entonces envainé mi espada en lo que esperé que sería un ademán dramático. Ahora, pensé, puede abalanzarse sobre mi y hacerme pedazos con esos colmillos. —Dile a. . . él . . . que es un placer conocerlo. Si es tu amigo, entonces no tiene razón alguna para temerme—. Tragué mi propio miedo mientras hablaba y Seonaid dio una pequeña reverencia.

—Sorprendente, Fergus, casi pareciera que te agrado—. Su risa era más burlona que amigable y se volvió para darle toda su atención a la cosa y hablar en aquel extraño idioma lobuno.

Cuando la criatura se enderezó y mostró su altura total, y cuando puso sus patas peludas en cada hombro de Seonaid, pude ver la amplitud de su pecho y solo pude intentar adivinar su poder. También vi que estaba completamente desnudo y que tenía los atributos de un hombre adulto, pero ella no parecía interesada ni perturbada. Le dijo algo a Peallaidh y él levantó sus alforjas con una mano, dando un gruñido que podía haber sido un gracias.

—¿Qué eres?— Pregunté de manera descortés. —Nunca he conocido a algo como tú.

Peallaidh me miró de lado, pero fue Seonaid quien contestó por él.

—Peallaidh es un uruisg—, dijo tranquilamente. —Algunos los llaman espíritus de agua porque viven cerca de las cascadas y arroyos rápidos, pero son mucho más que eso—. Le habló de nuevo a la criatura, sonrió y asintió. —Ven Fergus—, dijo, —y elige tu espada.

A pesar de tener el don de un vidente, mi vida hasta esa tarde había sido totalmente convencional. Me había relacionado con gente ordinaria y me preocupaban las cosas normales. Las fluctuaciones en las estaciones, la abundancia de las cosechas, la muerte por espada o por lanza, o la sonrisa agradable de una dama dispuesta a aceptarme, lo cual había ocupado mi mente y me había dado experiencia. Ahora, apenas a unos días de marcha de la frontera de las Highlands, me había metido en un mundo que no era ni convencional ni normal. Al atar las riendas de mis caballos en la rama de un provechoso árbol, miré que Seonaid comenzaba a seguir a la criatura sin pensarlo dos veces.

Lo que pensé que era una grieta angosta en la pared del peñasco era una cueva que se extendía profundamente hasta donde me

alcanzaba la vista y luego continuaba más allá por una distancia desconocida. Dudé por un momento, pero Seonaid ya se me había adelantado y solo podía seguirla, sosteniendo con una mano el puño de mi espada y tragando mi miedo.

La entrada estaba oscura pero luego de unas pocas yardas, la cueva daba un giro abrupto y llevaba a un tramo de escalones que bajaba hacia el centro de la colina que tanto trabajo nos había costado subir. Aquí habían antorchas, grandes trozos de madera cuya luz parpadeante iluminaba el interior de la cueva casi como si fuese la luz en un día de invierno, mientras que un repiqueteo constante resonaba en las paredes.

Peallaidh pensó algo en su lengua incomprensible y Seonaid asintió con su cabeza. —Dice que puedes oír a los herreros trabajando. Debes elegir cuál es la claymore que quieres.

La criatura nos guió en la gran caverna, donde había otros de su clase martillando el hierro ardiente, trabajando en las forjas y que apenas nos miraron cuando entramos. Una pared completa estaba adornada de espadas de un tipo y un tamaño que nunca había visto.

—Peallaidh es el mejor herrero en Athol—, murmuró Seonaid. —Y puedes ver por qué no pensamos que tu propia espada es apropiada para la Gaeltachd.

Caminé a lo largo de las muestras de espadas, pensando. Mi arma tenía tres pies de largo, cuando la más corta de las que se mostraban medía cuatro y otras mucho más de cinco. Eran similares a las grandes armas de dos manos que portaban héroes como William Wallace, con anchos filos dobles, pero cada una tenía un pomo con borla y guardas angulares inclinadas que terminaban en cuatrifolios.

—No es una espada de dos manos—, dije levantando la más cercana de la pared. Había recibido entrenamiento en peleas con espadas desde pequeño y supe de inmediato por su balance que sostenía algo creado por un maestro.

—No—, Peallaidh estaba a mi lado con sus ojos amigables y su idioma que ahora era tan inteligible como el mío. Sus palabras se filtraban en mi cabeza. —Es una espada de una mano y media.

Lo miré de frente, más asombrado por haberlo entendido repentinamente que asustado de su apariencia burda. —Entendí lo que dijiste.

—Aquí bajo tierra—, dijo —nuestras mentes se encuentran. Solo ocurre con aquellos que posean el don del entendimiento; es una señal de compañerismo. Seonaid lo tiene y su esposo Uistean lo tenía. Ahora tú. . .— Me miró a través de unos ojos nublados y tristes. —Son pocos los que tienen el don, Fergus, pero me han dicho que es un símbolo de un linaje compartido. En algún momento del pasado, tuvimos un ancestro en común, tú y yo.

Hace apenas media hora había estado aterrado de esta criatura hirsuta, pero ahora afirmaba que éramos parientes. Sin saber muy bien cómo reaccionar, tomé sus manos, y sentí una fuerza latente más poderosa de lo que jamás había experimentado. —Entonces somos primos—, dije.

—De alguna forma—, coincidió Peallaidh. —Aunque la línea de sangre es antigua.

—La sangre es sangre—, dije y moví mi pulgar por la hoja de la espada. Mi sangre la bautizó mientras el filo me cortaba.

—Y perdura a través de muchos siglos—, concordó. —Esta espada muerde; no es la adecuada para ti.

Percibía que Seonaid nos miraba de espaldas a Peallaidh, con su rostro curioso, pero en ese instante la espada y su creador eran más importantes que cualquier mujer.

Él me miró por un largo rato; podía sentir su mente dentro de la mía, inquiriendo mi carácter, introduciéndose cuidadosamente en aquellos rincones oscuros que siempre mantenemos ocultos incluso de nuestros amigos más cercanos. Lo dejé entrar, ya que supe de repente que podía confiar en este hombre extraño que sostenía tener parentesco.

—Intenta esta—, me sugirió finalmente, alcanzó una con uno de sus largos brazos y la sacó de la pared. —Concuerda más con tu carácter. Prueba su balance.

Tenía razón. La espada encajaba perfectamente en mis manos, como si estuviese hecha para mí y la blandí como práctica. Nunca había escuchado un sonido similar; un dulce zumbido tan delicado como la canción de los ángeles y tan severo como el beso de la muerte. Al sostener esa espada supe que Seonaid había hecho lo correcto a traerme aquí. Mi espada fronteriza era un arma confiable y leal que me había sido de gran utilidad, pero desde el instante en que mi puño sujetó el mango de la claymore de Peallaidh, sabía que éramos uno solo.

—¿Es una espada mágica?— Pregunté, ya que había crecido con las historias de Arturo y la mesa redonda y su espada Excálibur.

—No—, negó con su peluda cabeza. —Solo una bien hecha.

Sonreí y comencé a sentir el peso sobre mi muñeca. —¿Por qué se la llama claymore? ¿Qué significa esa palabra?

—El nombre es espada grande en gaélico—, me contestó Seonaid. —Es el arma preferida de los gallowglass.

Aquel nombre me anclaba de nuevo a la tierra, pues sospechaba que podría tener que enfrentarlos si permanecía en el norte. Si hubiera usado mi espada corta contra semejante arma, mi tiempo aquí habría sido limitado. Sabía que tendría que averiguar más sobre estos gallowglass aparentemente tan feroces.

—Ahora debes irte—, dijo con tristeza Peallaidh, —ya que tienes la espada que querías. Nadie se queda aquí.

Seonaid me dirigió una mirada que no necesité volver a ver para interpretar. —Esperaba pasar la noche, amigo Peallaidh—, dije, —si no te opones a tener nuestra compañía—. En realidad no tenía deseos de quedarme con aquellas criaturas peludas tan profundamente bajo tierra, pero ella no mostró miedo, obviamente quería quedarse y. . . . Y no había otro y.

Creo que cada uno de estos uruisgs había estado escuchando nuestra conversación, pues al segundo de dejar de hablar tiraron sus herramientas y se amontonaron a nuestro alrededor, todos hablando pero sin mover sus labios. Entendí cada palabra cuando abrieron las bolsas que Seonaid había traído y se dieron un banquete con pan y queso, junto con el pescado que habían atrapado en el arroyo ruidoso de afuera.

Comimos bien y a pesar de que estaba nervioso, disfruté de la buena camaradería en aquella extraña cueva a sotavento de la cascada de Moyness. Los uruisg cantaban canciones viejas de tiempos en que las personas aún no había llegado a la tierra, extrañas canciones sobre clima y la tierra y los animales que la habitaban, y yo les respondía con las baladas sobre jinetes de la Frontera. Me escuchaban al cantar sobre enemistadas y sobre amor que cruzaba fronteras, cadenas de colinas e incluso nacionalidades, y asentían cuando cantaba sobre caza y pesca y la sensación del viento en mi cara.

—Y ahora es mi turno— dijo Seonaid poniéndose de pie.

Rodeada de estos monstruos peludos y yo, el guerrero fronterizo a su lado que cuidaba su espada nueva, se veía tan calmada como cualquier doncella bajo el seguro amparo de su madre. Cantó despacio, su voz clara retumbaba en aquella sala oscura y todos escuchamos lo que debe haber sido la canción más triste jamás escrita.

Era una canción sobre el amor entre un hombre y una doncella y sobre la paz y alegría que traía aquel amor, del verdadero disfrute de la compañía y la confianza, y me preguntaba si alguna vez alguna dama me incluiría en una canción como esa. La observaba, consciente de cada vuelta de su cabello y del destello de sus ojos, de cada matiz en su voz, de la forma en que su boca se abría y se cerraba, de cada curva de su cuerpo y de la sana esencia de su femineidad.

Y luego endureció su voz y habló de los ataques de los hombres del norte. Noté que temblaba y quise contenerla, pero fue Peallaidh quien usó su pata peluda para sostenerla cuando se tambaleó y pareció estar a punto de desplomarse. Se recobró y siguió, con lágrimas cálidas en su rostro mientras volvía a contar una triste historia sobre un joven asesinado mientras intentaba defender a su esposa, y sobre la brutalidad de los guerreros que intentaron cazar a la afligida mujer,

pero que no pudieron encontrarla.

Peallaidh la atrapó cuando se desplomó y los uruisgs se apiñaron a su alrededor, todos tratando de ayudarla, y ahí supe que eran criaturas mejores y más gentiles que el hombre que les temía. Dejé a un lado mi espada y fui al lado de Seonaid.

—Estoy bien—, dijo, pero Peallaidh y yo luchamos para recostarla y alimentarla con los bocados más deliciosos que podíamos encontrar. Intercambiamos miradas, el gran monstruo peludo y yo, y sabía que me estaba sonriendo, aunque la expresión en su boca podía ser un gruñido de odio o un gesto de dolor, pero al instante en que Seonaid se levantó, nos separamos siendo amigos. Confiaba en este uruisg a quien le había temido alguna vez y sabía que a pesar de que nuestro parentesco era distante, podía ser tan fuerte como cualquier vínculo de hermandad forjado en el hierro y el fuego de las contiendas fronterizas.

Le di la mano. Cuando Peallaidh la tomó habían lágrimas en sus ojos y no puedo manifestar la emoción que inundó mi mente. La raza humana todavía no creó palabras suficientes para describirla, pero supe que podía confiar en esta criatura peluda con mi vida y mi alma, y entender eso me volvió más humilde.

Luego de cantar elegimos bailar, algunos de los uruisg marcando el tiempo en las paredes de la cueva y otros pisoteando con la gracia de una manada de terneros en los pastizales veraniegos. Yo no era mejor, ya que los fronterizos no son conocidos por su gracia. Sin embargo, hice lo mejor que pude y Seonaid no se quejaba mientras reía y bailaba, ligera como un hada en un pétalo de primavera. Debe haber sido casi al atardecer cuando eventualmente nos retiramos a nuestras camas de brezo fresco.

Nunca dormí tan profundamente; no temía un ataque inglés y sabía que los uruisg eran amigos.

CAPÍTULO CUATRO

El amanecer trajo una lluvia penetrante que cubría las colinas por completo y llegaba a helar hasta los huesos, mientras me despedía de los peludos uruisg y su agradable cueva. Seonaid le dio un último abrazo afectuoso a Peallaidh y se dirigió a su caballo mientras yo alimentaba a Bernard y lo guiaba por el camino resbaladizo a un lado del arroyo. Miré hacia atrás, recordando una de las noches más placenteras de mi vida, y cuando levanté mi mano en un saludo amigable, los uruisg se amontonaron para llamar mi atención y me respondieron el saludo.

La visión llegó de la nada por lo que en un momento estaba parado junto a Peallaidh y al otro me estaba tambaleando en un vasto páramo con grandes cumbres de granito detrás de mí.

Había gente alrededor, hombres altos con armaduras oscuras que llevaban espadas largas. Formaban un círculo y enfrentaban algo o a alguien que no podía ver, pero que sabía que era oscuro y maligno, y era la razón de mi viaje. El cielo estaba negro y el páramo se extendía hasta una cadena de cordilleras tan altas que sus cimas se desvanecían en una gruesa nube gris, sin embargo sabía que había algo peor dentro de aquel círculo de hombres armados.

Avancé con dificultad, tratando de empujar lo que me obstruía pero había una barrera, algo que no podría atravesar, aunque sabía que alguien pedía desesperadamente mi ayuda.

—¿Quién eres?—Grité, —¿qué quieres?

Pero la voz era muy débil para oírla y solo notaba de un miedo terrible y una desesperación tan intensa que dolía.

—¿Fergus?— Seonaid me miraba de cerca con ojos preocupados.

Me di cuenta de que yacía en el suelo, Bernard me frotaba su hocico y media docena de uruisgs se amontonaban detrás de Seonaid.

—Estoy bien—, traté de sentarme y sacudirme el mareo de la cabeza.

—¿Fue una visión?— Preguntó Seonaid.

Siempre he escondido mi maldición de la clarividencia, pero instintivamente supe que podía confiar en esta mujer sobre todos los demás. Me escuchó relatar mi visión, asintiendo sabiamente como si lo que describía significaba algo para ella. Ciertamente no significaba nada para mí.

—¿Un gran páramo delante de unas cumbres de granito; un semicírculo de hombres con armaduras negras y alguien pidiendo tu

ayuda?— Miró a los preocupados uruisg y habló en aquel idioma que creía que había sido tan claro la noche anterior. Esta mañana no entendía una palabra. Cuando le contestaron, volvió a prestarme atención.

—Hay muchos páramos en la Gaeltachd y cerca de la mitad tienen cumbres de granito en el fondo. ¿Puedes decirnos algo más? ¿Tal vez si una colina tenía una forma llamativa o si alguna construcción sobresalía?

Capaz que algunas personas tienen el poder de volver a entrar en sus visiones, o de provocarlas a su merced, pero yo no soy una de ellas. Estas cosas llegan o no. Intenté recordar algo que pudiese servir. —Todos los hombres eran altos—, dije despacio, —y vestían armaduras oscuras desde el cuello hasta los pies. Llevaban espadas largas y tenían sus visores cerrados por lo que no pude ver sus rostros.

Seonaid negó con su cabeza. —No reconozco a los que describes, pero no son gallowglass. ¿Cuántos había?

—Al menos diez; tal vez doce—, traté de rememorar el número de figuras sombrías de mi visión. —Y habían otras filas de hombres más pequeños, tres, tal vez cuatro. Todos miraban a aquella cosa, u hombre: No pude distinguirlo.

Seonaid le dio una mirada a Peallaidh y volvieron a hablar y asentían a algo que solo ellos compartían.

—¿Y puedes decirnos algo sobre la persona que pedía ayuda?

Me concentré. —Era una joven—, dije. —Una muchacha joven, creo, y sonaba aterrorizada—. Miré hacia arriba. —No recuero nada más.

—Creemos saber donde ocurrió este encuentro—, dijo Seonaid. —Puedo llevarte allí, pero será peligroso.

Toqué la empuñadura de la claymore, que sobresalía por detrás de mi hombro izquierdo. —Tengo una tarea que cumplir y no tengo miedo del peligro—. Mientras hablaba me di cuenta de lo estúpidas que sonaron esas palabras, como las de un adolescente antes de su primer saqueo de ganado, pero Seonaid intentó ocultar su sonrisa y no podría decir si Peallaidh estaba sonriendo o no.

Ella asintió con solemnidad, aunque sabía que seguramente se estaba burlando. —Es un viaje de dos días—, dijo, —tal vez tres y tendremos que ser muy cuidadosos.

—¿A dónde vamos?— Pregunté y me pareció sentir que su respuesta me enfriaba por dentro.

—El páramo de Garnish—, dijo seriamente, —en Badenoch.

Otra vez me despedí de los acogedores uruisgs y Seonaid nos encaminó al norte. Al cabalgar al lado de grandes ríos y pasando grandes colinas de granito, me dijo algo sobre el lugar al que íbamos.

—No puedo estar segura, por supuesto—, comenzó, —pero tu

visión sonaba como Badenoch.

Incluso cuando ese nombre no significaba nada para mí hacía que se pararan los vellos de mi nuca. Badenoch; sonaba como una canción o los remanentes de una antigua maldición. —Dime más—, le ordené.

—Badenoch es el nombre de un gran trecho de tierra que yace a un lado de la parte alta del valle Spey y se extiende profundamente a cada lado de la zona de las colinas. Incluye parte de las Monadhliath, las montañas grises, y los Cairngorms, las montañas azules.

La frené con la palma abierta. —¿Las Monadhliath? ¿Montañas grises?

Me miró con el ceño fruncido. —Eso dije.

—En mi primera visión—, dije —vi el mismo páramo pero con un fondo diferente. Las montañas eran grises. . .

—El páramo que viste yace en medio de los dos grupos de colinas —. Explicó. —Creo que has confirmado mi creencia. Nos dirigimos al páramo de Garnish en Badenoch y que Dios nos ayude si estoy en lo correcto.

Me mantuve en silencio por un momento mientras examinaba los nombres en mi cabeza. El páramo de Garnish en Badenoch. ¿Sonaba correcto? ¿Ese era el lugar al que me envió mi señor Albany?

—¿Es un lugar tan malo este páramo de Garnish?— Pregunté finalmente.

Ella asintió. —Algunos dicen que un lugar es tan malo como quienes lo habitan; otros, que tiene la gente que se merece. En ambos casos, este páramo contaría como un lugar que es mejor evitar. Es muy vasto, oscuro y perturbador. Incluso en un día soleado se siente un mal augurio en la atmósfera, como si hubiese una sombra, no de las nubes ni de las colinas alrededor, pero que proviene del interior, por debajo de la tierra negra o del mismo mundo.

Asentí, tomando en cuenta los detalles. Hay lugares malos en mi Frontera también; pensé en Tarras Moss donde los malhechores subsisten gracias a los saqueos y en Liddesdale, de los Armstrongs salvajes, pero este páramo sonaba tan maligno como para espantar al mismo Lucifer.

—Dime más—, dije frenando a Bernard ante el abrupto final del camino a la orilla de uno de los diez mil arroyos que marcan este país. Cuando Seonaid cruzó sin pensarlo dos veces la seguí, aunque un poco avergonzado.

—Hay más— admitió. —En los viejos días, más allá de la memoria de los hombres, el páramo de Garnish era un sitio religioso. No sabemos que ocurría en ese lugar, pero hay una veintena de templos antiguos y de círculos de piedra que permanecen ahí desde épocas más penosas. Algunos de los más viejos hablan de sacrificios humanos y ofrendas de sangre a la luna, pero no lo sé—. Se encogió de hombros

de forma encantadora, —nadie lo sabe, en realidad. Los más viejos dicen lo que sus abuelas decían en las fogatas de invierno y sus abuelas probablemente adoptaron las historias de las abuelas de sus bisabuelas. Así que fue hace tanto tiempo que la gente se ha olvidado.

Le sonreí, porque en la Frontera hay grandes narradores de historias y mi abuela podía hablar sin parar si le daban la oportunidad. Cuando era un niño, nuestras fogatas también eran lugares para contar historias y canciones, a menos que los hombres hubiesen salido a asaltar o a detener un ataque de los ingleses o de las familias de jinetes de Liddesdale.

—¿Y cómo son sus habitantes?— Pregunté, tratando de sonar desinteresado.

Seonaid se volvió para mirarme a la cara desde el lomo de su caballo. —Rézale a Dios para que esté equivocada, Fergus Scott de Eildon, porque si no, enfrentarás una pesadilla peor que la que cualquiera en tu Frontera pudiera concebir—.

Pensé en la sangre derramada en Otterburn y en los llantos de las viudas durante aquel prolongado asalto. —Lo dudo— dije.

—¿Has oído de *Alistair Mor Mac an Righ?* ¿O sea, Gran Alistair, el hijo del rey?

Negué con la cabeza levemente. —Nunca—, admití.

—Entonces, ¿has oído sobre el lobo de Badenoch?

Negué de nuevo. —No he oído—. Sonreí tontamente. —Los criminales refugiados en las Highlands no son muy conocidos en el sur. Tenemos que controlar a nuestros vecinos ingleses y nos preocupamos de los clanes de bandidos.

—Entonces son muy ignorantes en el sur—. Era la primera vez que sentía enojo en la voz de Seonaid y me interesaba. ¿Qué fue lo que dije para irritarla tanto?

—No intentaba que pareciera menos importante—, me retraje un poco, —pero las noticias no se filtran al sur.

—Bueno, tal vez la ignorancia volverá para lastimarte—, dijo y se retrajo en un profundo silencio que no pude romper por el resto del día.

Viajar puede ser el peor aburrimiento del mundo o una sucesión de aventuras que prueban el límite de tu resistencia y paciencia. Los siguientes días me resultaron tediosos, aunque en verdad, el escenario se volvía más magnífico a medida que nos adentrábamos. Si no tuviera a Seonaid para que me instruyera, no sabría los nombres de las montañas que atravesamos o los ríos que cruzamos, pero sí sabía que estábamos en la provincia de Athol y nos dirigíamos constantemente al norte, hacia los duros confines de Badenoch.

Pasamos la noche en Dalnaspidal, un lugar musgoso, sombrío y agotador, donde una planicie limita con una gran masa de agua que se

extiende hacia el oeste entre colinas de pizarra verde y solo con el canto de las aves por compañía. Alguna vez hubo un asentamiento, pero ahora solo quedaban las paredes derrumbadas y los restos desechos por el viento de ortigas marchitas en los campos que alguna vez proveyeron de comida a las familias.

—¿Qué ocurrió aquí?— Me pregunté pero Seonaid no se dignó a responder de forma directa.

—Tu conocimiento sureño no se extiende tan lejos al parecer—, me dio una respuesta indirecta. —Tal vez deberías aprender rápido, Fergus Scott de Eildon.

No me dijo más y me di cuenta de que mi insulto no intencional había tocado más profundo de lo que sospechaba. La gente de la Gaeltachd es orgullosa y es mejor no enojarlos, en particular a la especie femenina.

En la Frontera, buscamos los sonidos de cascos tamborileando contra el suelo y tenemos las espadas colgando de nuestras camas. Los cáterans gaélicos viajan a pie, visten zapatos de piel de venado suave que no hacen ruido; es la única excusa que pude encontrar por no haber escuchado la horda que descendió sobre nosotros en la oscuridad de la madrugada.

Lo primero que sentí de su llegada fue una mano dura tapando mi boca y algo frío presionando contra mi garganta. Me retorcí por instinto, golpeando con mi cabeza de la forma en la que mi padre me había enseñado y tuve la satisfacción de sentir el sólido crujido de la nariz de mi atacante contra mi cráneo.

Maldijo en gaélico y relajó su mano lo suficiente para que pudiera liberarme con un giro y tomar mi espada fronteriza; la claymore era muy larga para tal enfrentamiento íntimo. La sostuve cerca, mirando ferozmente hacia donde media docena de agresores se paseaban en el fondo.

—¿Quiénes son?— Los reté en escocés y gaélico y mostré mi espada. —¡Estoy armado y preparado!

Se hizo silencio, excepto por el jadeo del hombre a quien, con suerte, le había roto la nariz.

—¡Cáterans!— Había miedo en el susurro de Seonaid.

—¿Quién los envió a atacar a unos viajeros pacíficos?— Deseaba con desesperación el escudo que todavía estaba atado en el lomo de Regal. Tomé a Seonaid y la puse detrás de mi para cubrirla, aunque sospechaba que estábamos rodeados. Ningún atacante que se precie aparecería de un solo lado; deben haber cubierto todas las rutas de escape mientras que un pequeño grupo estudiaba nuestra fuerza.

—Alistair Mor—, dijo alguien y el nombre quedó suspendido en la oscuridad como una terrible maldición. —El señor de Badenoch.

Sentí que Seonaid temblaba contra mi espalda y supe que tenía que

pensar rápido. Hay dos cosas que distinguen a los fronterizos del resto de la gente; uno es su constante disposición para la guerra, un estado requerido por la cercanía de un enemigo nacional y por las contiendas incesantes de los clanes de la Frontera; la otra es su astucia. Siempre se nos llama a pelear contra las probabilidades; así es la naturaleza de defender una frontera muy sangrienta y por eso aprendemos trucos para igualar la situación. Ahora recurría a aquella astucia fronteriza para sobrevivir a la situación.

—*¿Alastair Mor Mac an Righ?* ¿Alistair, el hijo del rey?— Traté de reflejar sorpresa en mi voz y deleite en lugar del terror que sentía. Todavía no estaba listo para enfrentar al lobo de Badenoch, pero parecía que el destino había decidido por mi vida en mi lugar.

—El mismo—, contestó la voz susurrante. —Él quiere saber de cada persona que viaja a través de sus tierras.

—Pues bien, mis amigos—, dije tan jovialmente como pude, —nos han hecho un favor, pero pudo haber sido una tragedia con facilidad. Estoy viajando al norte para encontrarme con su señor y ahora nos pueden escoltar ante su presencia—. Noté que Seonaid se puso rígida, pero mi treta, tan simple como era, parecía funcionar. Sentí, en lugar de escuchar, que los cáterans se relajaban, aunque no oí el sonido que se hace al deslizar las armas de vuelta a sus vainas. Envainé la mía primero, esperando mostrar el ejemplo, pero estos hombres eran reacios a quedar desarmados.

El repentino resplandor de una antorcha me hizo parpadear y mirar alrededor. Deben haber sido unos veinte hombres nervudos con pieles de venado y tartán con suaves zapatos de cuero en sus pies y el demonio en su mirada. Portaban puñales, el largo cuchillo de filo simple de las Highlands y algunos llevaban targes tachonados para protegerse.

—¿Por qué?— Esa voz susurrante habló de nuevo. —¿Por qué buscas a Alastair Mor?

—Quiero unirme a él—, dije y tomé unos minutos para que captaran mis palabras.

—¿Por qué?— dijo la misma voz y sentí que el círculo se cerraba, aunque se movieron con tanta suavidad sobre el brezo que no pude oír el barrido de sus pies.

Tenía suerte de que me era fácil engañar; ese es otro rasgo de la frontera, en donde un ingenio rápido es normalmente tan importante como una espada lista.

—Soy un cuatrero— dije, como si estuviese orgulloso de haber sido alejado de mis familiares y mis tierras. —Maté al hombre equivocado en un robo de ganado.

La risa era sincera; estos cáterans entenderían el concepto de robo de ganado y sabrían lo fácil que es cortar la garganta equivocada, o

atravesar el cuerpo equivocado con una lanza en un instante de mal genio o tentación.

—¿Y cuál es tu nombre, hombre sin familia?

Pensé con desesperación; ciertamente no podía darles mi nombre, pero tenía que ser cuidadoso de no usar el nombre de alguien de quien hubiesen escuchado. Me pregunté cuál nombre impresionaría más a estos hombres salvajes y elegí uno de los más infames y serios de todas las familias de jinetes de la Frontera.

—Ill Will Armstrong— dije —de Liddesdale.

Los Armstrongs infestaban aquel valle retorcido de bandidos y exiliados. Podían juntar tres mil lanzas, pero el lado en el que peleaban dependía únicamente de su voluntad del momento. William era un nombre común entre ellos, por lo que Ill Will sería difícilmente rastreado, a menos de que me preguntaran cuál rama. . .

—¿Ill Will? ¿De qué rama de los Armstrong? ¿Mangerton? ¿Dryhope? ¿Whithaugh?

Me sorprendía que este cáteran de Badenoch supiera tanto sobre las ramas de la Frontera, cuando yo sabía tan poco sobre ellos, pero respondí con la mayor rapidez que pude.

—Ahora de ninguna familia—, dije tranquilamente. —A menos que Alastair Mor quiera incrementar su clan.

No hubo respuesta a mi débil intento de ser gracioso, pero sentí que la atmósfera se alivianaba más.

—Eso es decisión de Alastair—, dijo esa misma voz susurrante y supe que estaríamos a salvo por esa noche, al menos.

Seonaid no estaba tan feliz al recostarnos cerca de lo que quedaba del calor de la fogata.

—¡Fergus! Estamos metiendo nuestras cabezas en la boca de un oso y retándolo a que nos muerda.

—Si no hubiese sido así—, le dije con franqueza, —estaría muerto con cientos de heridas de puñal y estos caballeros desagradables estarían dándose sus gustos contigo justo ahora.

La austeridad de mi comentario la dejó callada, pero se mantuvo rígida contra mi espalda toda la noche. Tampoco dormí y mantuve mi puño cerrado sobre la empuñadura de mi espada. Los cáterans siguieron formando un círculo a nuestro alrededor y sospecho que los pocos que durmieron lo hicieron con un ojo y las dos orejas abiertas. Confiaban tan poco en mí como yo en ellos.

En la lluvia con aguanieve de la mañana, los cáterans parecían más peligrosos de lo que fueron a la noche. Había veinte de ellos, hombres de rostros duros que hablaban en gaélico muy rápido y se movían tan velozmente a pie como nosotros a caballo, trotando a nuestro alrededor mientras nos guiaban a las desalentadoras colinas grises del norte.

Seonaid y yo no hablamos mucho en ese viaje, ya que yo estaba muy resuelto a observar la ruta y a evaluar a nuestra escolta y ella estaba combatiendo visiblemente su temor. Tuve la oportunidad de tomar nota de nuestro entorno. Había pensado que Dalnaspidal era un lugar inhóspito, pero era un salón repleto de lujos comparado con la desolación por la que viajábamos ahora.

Estaba acostumbrado a las extensas colinas de la Frontera, las cuales siempre tenían algún matiz verdusco excepto con los mantos de nieve en el invierno, pero estas montañas por las que nos adentrábamos estaban desprovistas de cualquier tipo de vegetación, excepto por hiervas algodoneras muertas y la zona extraña de brezo marrón marchito. Se elevaban a ambos lados, riscos oscuros de granito sin formas puntuales que inspiraran la imaginación y sin habitantes amigables que indujeran camaradería y esa completa desolación que me daba escalofríos. Había escuchado que las Highlands eran infértiles, pero esto iba más allá de las descripciones, más allá de cualquier cosa que hubiese pensado y me estremecía ante la expectativa de lo que yacía ante nosotros.

Nuestros escoltas no parecían pensar nada sobre el escenario, aunque pausaron dos veces para perseguir a un ciervo que galopaba y matarlo en el camino. Nunca había visto seres humanos que se movieran tan rápido como ellos al perseguir a esta criatura de gran ornamenta; iban agachados para poder inmovilizarlo y luego lo cortaron en lonjas con sus largos puñales. Volví a sentir escalofríos puesto que hasta ese momento había pensado que los jinetes de la Frontera podrían encargarse de cualquier soldado, pero ahora me daba cuenta de que estos cáterans podían igualarlos en golpes y trancos. No eran enemigos despreciables y Seonaid me había dado a entender que eran mucho más inferiores a los gallowglass, la infantería pesada. Mi experiencia combatiendo a Percy de repente ya no contaba para nada y entendí que tendría que aprender el arte de la guerra una vez más.

Viajábamos por el camino principal hacia el norte, subiendo por un sendero empinado en la montaña sin nada alrededor más que el triste granito gris y más de lo mismo adelante. Cada cuesta nos traía una vista más amplia y grandiosa de más montañas escabrosas; la presencia humana parecía un recuerdo lejano en esta tierra de arroyos estrepitosos, de tierras pantanosas traicioneras y de águilas en lo alto volando en círculos.

Luego de un largo rato nos detuvimos y el líder, el hombre que susurraba la noche anterior, tomó una gran bocanada de aire. —Badenoch— dijo e hizo un movimiento con sus brazos abiertos enseñando lo que había adelante.

Tuve que mirar dos veces por el sobresalto. Había esperado más

tierras espantosas, cumbres estériles y rocas desérticas, pero en su lugar vi una extensión de tierra que podría ser considerada decente en cualquier parte de Escocia. Al oeste estaban alineadas las colinas grises de Monadhliath, mientras que al este, más altas y desapareciendo entre las nubes, estaban las Grampians, pero entre ellas había un trecho de tierra nivelada dividida por el serpenteante río Spey.

Había pequeños poblados y lagos fríos, varias fortalezas formidables y tierras en barbecho donde crecerán cultivos de verano y pastará el ganado. Solo en un rincón había oscuridad y sabía que ese era el Páramo de Garnish.

—Badenoch—, dijo el guía susurrante sin intentar ocultar el completo orgullo en su voz.

Miré y no pude evitar sentir admiración, a pesar de mis dudas sobre el oscuro páramo. Seonaid cabalgó cerca de mí mientras descendíamos por el paso de la montaña a las tierras bajas, donde estos amigables poblados anidaban bajo nubes azuladas de humo de turba a un lado de las aguas pardas de muchos ríos.

—Es un bello lugar—, comenté.

—Es un lugar seguro—, me aseguró mi escolta, —siempre que Alastair Mor sea el señor.

Era otra perspectiva de Alastair Mor y una que me dejó sintiendo algo incómodo. Recordé el respeto que los vasallos sentían por el conde Douglas, quien mantenía la paz en sus tierras mientras que lideraba miles de lanzas para arruinar y destruir a sus vecinos Percy. ¿Era este Alastair Mor peor?

—Que no te engañen—, Seonaid debe haber leído mis pensamientos. —No todo es lo que parece.

—Tal vez no—, coincidí, pero olí el aroma del humo del fuego de turba y traté de imaginar la buena comida de estas tierras fértiles.

Los cáterans nos llevaron a un fuerte castillo que nos observaba amenazante desde su eminencia cerca del poderoso río Spey y que estaba apenas a unos pasos del poblado de *Cinn Chiubhsaich*, o Kingussie. En ese momento estaba menos preocupado por el pueblo que por el castillo, ya que un estandarte suelto que se arrastraba por el aguanieve anunciaba que el señor estaba en casa.

Ruthven era la primera fortaleza de las Highlands que me cruzaba y era muy diferente de lo que había visto en la Frontera. Era sólida y desalentadora, como debería ser, con torres redondas en dos de sus esquinas y una gran entrada vigilada por arqueros atentos y media docena de cáterans, pero en su interior parecía más un pequeño asentamiento que el lugar de la nobleza gobernante. Había mujeres y niños corriendo libres, una manada de cabras, cáterans armados en abundancia y un aire de confusión amigable que nunca antes había

conocido.

—Es un lugar placentero—, le dije al cáteran que susurraba, quien me sonrió con gusto y me condujo al interior de la fortaleza, cuya torre, a diferencia del estilo fronterizo, no sobresalía de la altura de las murallas. Esa era otra diferencia entre las fortalezas de las Highlands y aquellas en la Frontera. Allí en el sur, el fuerte principal tenía unos tres o cuatro pisos más arriba de las murallas que lo rodeaban y miraban en todas las direcciones, pero aquí las murallas eran la defensa principal y todo lo que estaba dentro tenía la misma altura.

—Alastair está ahí—, dijo casualmente el cáteran, como si hablase de un compañero y no del señor de esta gran provincia de Badenoch. —Te está esperando.

—¿Dices que nos está esperando?— Miré al hombre. —¿Cómo puede ser?

—Es Alastair—, dijo, como si fuese suficiente su explicación, y tal vez lo era.

Seonaid se mantuvo cerca de mí al entrar, había niños parloteando en el escalón exterior y un grupo de cáterans jugando a los dados y vaciando un jarrón del agua de la vida, ese intenso licor que conocemos como whisky. Había una puerta tachonada, una escalera iluminada por antorchas parpadeantes, un gran salón donde humeaba un fuego de la noche anterior y un puñado de hombres se congregaba alrededor de una larga mesa. En general, la atmósfera parecía más la de un salón domestico que la morada de un soberano salvaje, y me preguntaba si había llegado al lugar correcto mientras entrábamos. Incluso había mujeres, conversando con los hombres, molestando a los niños pendencieros y hasta, en un caso, golpeando en broma a quien debe haber sido el hombre más alto que he visto en mi vida.

—Debes ser Ill Will Armstrong, ¿no?— Dijo el hombre alto y cuando me miró supe que era Alastair Mor: el Gran Alistair.

No fue su tamaño, aunque fácilmente pasaba los seis pies por unas seis pulgada, ni la anchura de su espalda, aunque era lo suficientemente impresionante. No fue su ropa, ya que llevaba una camisa de lino, o leine, idéntica a la de los demás, y no mucho más aparte. Fue meramente la fuerza que emanaba de sus ojos. Yo, quien había peleado con el conde Douglas y quien logró que Hotspur se rindiera, nunca había visto a un hombre con un poder tan intrínseco como Alastair Mor.

—Soy Ill Will Armstrong—, dije —y ella es. . .

—Bantreach uistean—, dijo —a quien encontraste a las afueras de Dunkeld y quien decidió venir contigo—. Rió por la expresión en mi cara. —No estés tan sorprendido, mi bandido de la Frontera. Soy Alastair Mor y hay muy poco que no conozco al sur de la línea

divisoria de las Highlands.

Asentí. —En ese caso, mi señor, sabrá por qué estoy aquí—. Esperé. Si sabía la verdad, ya era un hombre muerto, porque a pesar de la familiaridad casual del castillo Ruthven, estaba muy consciente de las claymores apiladas sin cuidado contra las paredes y los rostros de aquellos hombres joviales no eran pacíficos. Este era tanto el fuerte de un guerrero como su hogar y aunque estaba preparado para pelear por cada segundo de mi vida, sabía que no podría derrotar tales números.

—Eres un rebelde—, dijo y me alegré de que hubiera aceptado mi historia, aunque no se me ocurría como estos cáterans habían difundido la noticia tan rápido. Todavía tenía que aprender que la gente de las Highlands tenía una forma extraña de transmitir la información de hombre a hombre y lugar a lugar. —Un criminal de Liddesdale, que ya es un valle alejado de la sociedad normal, si algo en la Frontera puede ser llamado normal.

Asentí nuevamente, en deferencia a su conocimiento y en gratitud a su arrogancia de no revisar las mentiras que había dicho. Liddesdale sí estaba fuera de las convenciones de la Frontera, tanto así que tenía su propio guardián de la sombría fortaleza de Hermitage. Había elegido bien mi alias, al parecer.

—Toma un trago, mi bandido de la Frontera. Debes estar cansado luego de tu viaje—. Me pasó un enorme cuerno; tenía un marco plateado en el borde y diseños entrelazados celtas que envolvían el resto. Él sonreía cuando puse el cuerno en mi boca y bebí, con miedo al principio en caso de que estuviese envenenado, pero luego de un sorbo supe que era seguro. Esa cerveza igualaba a la mejor que había probado en mi vida.

—¿Qué es esto?— Pregunté, pero no fue Alistair quien contestó, sino la belleza curvilínea de cabello oscuro que estaba su lado.

—Cerveza de brezo—, me dijo en una voz tan clara y dulce como la hidromiel más fina. —Proviene de una antigua receta picta y la reservamos para nuestros huéspedes más especiales.

Bebí profundamente, consciente de cómo fluía dentro de mí y alcanzaba cada parte de mi cuerpo, hasta que me sentí completamente relajado y en mi hogar.

—¿Y Seonaid?— Alistair la invitó.

—No para mí—, lo rechazó.

—Como desees; no es de mucha importancia—. Ignoró la rudeza de Seonaid con una magnanimidad que mostraba lo gran hombre que era. Hice una pequeña reverencia para mostrar mi apreciación.

—Busca un lugar entre mis hombres—, me invitó cordialmente, —y Seonaid, puedes buscar uno entre las mujeres.

Di una segunda reverencia en agradecimiento, lo cual pareció una

cosa ridículamente formal en este ambiente relajado y Seonaid hizo una también.

—Espera. . .— Alastair Mor levantó una mano. —Esta mujer, Seonaid. . . ¿Es tuya? ¿La reclamas exclusivamente o será igual que las demás?

Dudé por un momento sin saber qué contestar. Si decía que era mía, podía ofenderse y hablar de más. Si decía que no lo era, Alistair Mor podía demandar saber exactamente por qué estaba conmigo y aún no estaba listo para develar todo.

—No le pertenezco a Ill Will—, dijo Seonaid por mí, —pero estamos viajando juntos.

No la había conocido por mucho tiempo, pero hubo algo en el tono de su voz que me hizo mirarla. Vi el ave sentada sobre su hombro, tenía su pico abierto y mostraba dientes internos curvos y afilados, y sus ojos eran brillantes y duros como los hornos del infierno. Era escarlata; la primera que había visto de ese color y sabía que significaba el odio puro que emanaba de su ser. Hasta ese segundo no sabía que poseía el poder para detectar esa emoción, pero ahora me preguntaba por qué no lo había sentido antes. Seonaid estaba tan consumida por su ira hacia este encantador y amigable hombre que me pregunté si debería advertirle. Sin embargo no dije nada, mientras Alastair se inclinaba en reconocimiento de sus palabras.

—Entonces encuentren una habitación en algún lado—, nos invitó con solemnidad, y supe que había encontrado a un señor generoso que reemplazaba al conde Douglas.

—Ven por aquí, Fergus—, dijo Seonaid, con una voz tan quebradiza como el hielo fino y con aquella ave escarlata tan a la vista que me preguntaba cómo no la había visto Alastair y la había alejado con un movimiento casual de su mano.

Aún así la seguí mientras caminaba velozmente y dando zancadas poco femeninas desde aquel salón hasta el corazón del castillo. Ruthven no era grande para ser el fuerte de un jefe tan poderoso y con tantos guerreros, sus siervos y familias estaba sobrepoblado, pero Seonaid era una mujer con un poco de ingenio y tan pronto dijo que teníamos el favor de Alistair Mor, hizo que echaran al insignificante jefe del clan MacPherson que estaba de visita y tomamos su lugar en una pequeña habitación en la torre noroeste.

—Seonaid, ¿por qué odias tanto a Alistair?— Pregunté, pero en lugar de una respuesta ignoró mi pregunta y miró alrededor de nuestro cuartel.

—Este lugar apesta—, dijo arrugando su nariz y comenzó a buscar cepillos, baldes y agua caliente, lo cual tuvo agitada a la mitad del castillo mientras que la otra mitad observaba entretenida cuando mandó a limpiar y fregar a un grupo de sirvientes. —No puedo tolerar

una casa sucia y tampoco lo harás tú, Ill Will Armstrong, mientras compartas mi cama.

Estuve a punto de protestar el hecho de no haber tenido el placer aún, sin embargo me di cuenta de que tal confesión no era aconsejable con esta compañía. Sin importar que tan agradable fue la bienvenida del señor Alistair, la mayoría de sus hombres tenían rostros que asustarían al diablo y algunos tenían cicatrices que hablaban de batallas amargas y mal genio. Me di cuenta de que un hombre incapaz de controlar a su mujer sería tomado por enfermo en tal compañía, por lo que reí como si fuera gracioso y la dejé continuar.

Los guerreros que se amontonaron arriba de las escaleras a observar cómo Seonaid organizaba a los sirvientes eran altos, tenían pechos anchos y reían. Vestidos con camisas de lino suave y apenas algo más, se burlaban de sus esfuerzos con rimas ingeniosas y me guiñaban el ojo.

—Tu dama es feroz, fronterizo.

—¿Es tan fiera debajo de las mantas como fuera de ellas?

—¿Te mandonea tanto como a esas sirvientas?

El hombre más feo y ancho era quien me enfrentaba. —Cuando hayas terminado con ella, fronterizo, la quiero para mí. Es más, podría solo tomarla, hayas terminado o no.

Reconocí el desafío y supe que sería inevitable con esta gente. Ninguna banda de guerreros aceptaría a un recién llegado desconocido sin primero probar su temple y este hombre sería mi transporte para volverme parte del lugar, o sería un final rápido para mi misión y mi vida.

—La dama no es mía para comandarla—, le dije de la forma más informal que pude, teniendo en cuenta que mi corazón latía más rápido que la corriente del Tweed, —pero si lo consiente, puedes tomarla y tenerla a tu disposición.

—¿Y si se rehúsa?— Aquel hombre horrible dio una de las sonrisas más malvadas que había visto en mi vida. A juzgar por los colmillos que me mostraba, pensaría que estaba relacionado con los lobos.

—Entonces debemos atenernos a su decisión—. Traté de permanecer calmado, ya que sabía cuales serían las siguientes palabras.

—Yo no lo haré—, dijo. —La tomaré, aquí y ahora, lo quiera o no.

Asentí. —Que así sea—, dije. Pude sentir que Seonaid me observaba y escuché su aspiración brusca; pensó que la estaba abandonando a la merced de ese hombre. —Puedes tenerla—. Les di a todos un momento para digerir mi supuesto consentimiento tan manso y poder sentir su decepción, —si puedes matarme primero.

Un clamor llenó la habitación cuando los guerreros agrupados mostraron su aprobación.

—¡Tienes una pelea en tus manos, Lachlan!— Dijo un gigante pelirrojo. —¡Debes matar a este Armstrong para ganar a la mujer!

—¡Bien dicho, Ill Will!— Un guerrero pecoso palmeó mi espalda con unas manos tan duras y pesadas como un yunque de herrero. —Ahora veremos que clase de hombre tienen en Liddesdale.

Los demás estaban igual de complacidos ante la expectativa de una pelea a muerte, ya que sabía que el feo Lachlan no mostraría piedad y yo no deseaba tenerle misericordia. Si peleaba contra él y lo dejaba vivir, solo vendría una noche a cortar mi garganta mientras duermo y tomaría a Seonaid de todas formas.

—¡No!— Seonaid se puso en medio de nosotros, tenía las mangas levantadas hasta los codos pero aún así estaban húmedos con agua y motas de espuma. —No me conviertan en el objeto de su pelea. Tú, Lachlan Beg, eres un importante guerrero. Viniste a esta habitación específicamente a buscar una riña con Ill Will. Soy tu excusa, no tu razón.

Lachlan asintió, —sí—, dijo —pero aún así te tendré, mujer, y antes de que su cuerpo se enfríe.

Ignoró eso y se volvió hacia mí, —y tú, Ill Will, no tienes ningún otro lazo conmigo más que nuestra compañía. Puedes irte y dejarme pelear mis propias batallas: Puedo manejar a hombres como Lachlan.

Asentí. —Puedes tener razón, Seonaid—, acepté —pero lo hecho, hecho está. Lachlan y yo pelearemos y tú eres el premio.

Dio un bufido, —¡como si cualquiera de ustedes fuera lo suficientemente hombre para tenerme!— Pero vi un titubeo en ella que no había estado allí antes y supe que mi dama Seonaid estaba asustada debajo de su enojo y desdén.

Alistair Mor sonrió cuando escuchó sobre el desafío. —Excelente— dijo con una sonrisa en su atezado rostro y su pulcra barba negra moviéndose de arriba a abajo. —No hay nada como derramar un poco de sangre para mantener a todos contentos—. Me miró de arriba a abajo, y luego asintió con su cabeza hacia Lachlan —Pueden pelear mañana al mediodía, afuera de los muros del castillo—. Su sonrisa se ensanchó. —Pueden pelear cada uno con el método que deseen, con su arma preferida, excepto con flechas.

Asentimos y dimos unos pasos atrás, mirándonos sin desagrado ni miedo. Era un desafío honorable entre guerreros, acordado justamente y que aceptamos de forma honrada, y nos mataríamos sin piedad ni odio.

Seonaid me estaba esperando en nuestra recámara, observándome con ojos inexpresivos. —Podría matarte—, dijo sin rodeos. —Es un guerrero experto.

—Lo sé—, le dije. Probé el filo de la claymore e intenté moverla, pero no había lugar en aquella pequeña habitación. No era un buen

presagio.

—Deberías haberlo dejado tomarme.

—Debería—, coincidí. —Pero no te habría gustado eso.

—¿Y qué significa para ti lo que es de mi agrado y lo que no?— Su ira había vuelto, creciendo como una fogata y con la misma rapidez.

No dije nada, no tenía nada para decir. De repente la sentía torpe en mi mano y me pregunté si había tomado la decisión correcta. No podía admitir que estaba muy asustado, ya que enfrentar a los hombres de Percy en un combate abierto era una cosa pero pelear contra un gallowglass experto uno a uno era totalmente diferente.

—No esperes que vaya a mirar—, dijo rápidamente —y no esperes que te lo agradezca si ganas, o que llore si pierdes. El mundo estaría mejor sin esa arrogante cabeza fronteriza que tienes.

No dormí mucho esa noche en la habitación de piedra que compartía con Seonaid. A pesar de que me había endurecido por la guerra, la idea de un duelo a muerte, *a'loutrance* no era algo que buscara. Tiré mis frazadas, me levanté dos veces y miré fuera de la ventana con forma de flecha para observar el oscuro campo, me estremecí con el viento penetrante del norte y eventualmente pasé por encima de la figura de Seonaid para caminar afuera.

—Pensarán que estás asustado—, su voz sonó por debajo del tartán de lana que actuaba de frazada.

Había pensado que estaba dormida. —Pueden pensar lo que quieran—, le dije.

Oí el sonido de la tela moviéndose cuando se levantó. Se veía más pequeña, su cabello estaba enmarañado y su rostro se veía hinchado por el sueño. —Puedes vivir o morir mañana, Fergus, pero si piensan que moriste sin miedo habrás dejado un mejor recuerdo. Los guerreros gaélicos valoran la valentía más que otras cosas, y no se recordará a un hombre que creían asustado. Incluso si ganas habrá alguien más que llegue a desafiarte. Acuéstate y descansa lo más que puedas—. Me empujó con una mano pequeña y repentinamente cariñosa. —Ahora, Fergus.

Reconocí el buen consejo e hice lo que me ordenó.

—De todos modos—, llegó esa voz clara desde el otro lado de la habitación, —tus paseos nocturnos me mantienen despierta y tal vez tenga que ahuyentar a Lachlan Beg mañana, luego de que te haya cortado la cabeza.

Pensé que no podría conciliar el sueño luego de esa pequeña broma, pero al parecer pude ya que un sirviente me despertó poco más tarde después del amanecer.

—¿Aún estás en la cama, fronterizo? ¿Y así pasarás tu último día de vida? ¡O eres muy valiente o muy haragán!— Esa fue mi presentación a la idea gaélica de respeto por los superiores. Habría

azotado al chico por su insolencia, pero Seonaid me ganó; lo persiguió y lo echó de la habitación con la vaina de mi espada y le hizo algunos cortes al mismo tiempo.

—Es la única forma de tratarlos—, me dijo con algo de satisfacción. —Entonces, Fergus, ¿pudiste dormir algo, al menos?— Dio un paso atrás, aún con la misma vestimenta, sin lavarse, con el cabello despeinado pero más atractiva que cualquier mujer que hubiese visto antes. —Sí, te ves mejor y ese muchacho va a esparcir la noticia de que roncaste toda la noche. Crecerá el rumor, entonces tendrás la reputación de ser un hombre que no se preocupa por Lachlan Beg, lo cual dejará un mejor recuerdo de tu cadáver que la historia del cobarde que deambulaba por el castillo durante la noche.

Le agradecí su preocupación y ella resopló de forma poco femenina.

—Si; tú nos metiste en este lío, Fergus Scott, y espero que nos puedas sacar. Realmente pretendo huir de este lugar cuando estés peleando contra Lachlan, así que trata de que dure algunos minutos antes de que acabe contigo.

Luego de asegurarle que daría mi mejor esfuerzo, le hice la pregunta que me había estado molestando desde el día anterior. —Seonaid, ¿por qué odias tanto a Alistair?

Creo que habría sido más fácil darle una bofetada o lanzarle un balde de agua helada mientras dormía; el efecto habría sido el mismo. Me miró como si hubiese salido del infierno, dio un paso hacia atrás y torció su labio.

—Hay algunas cosas que nunca deberías preguntar, Fergus Scott, y esa es una de ellas—. Nunca había oído tanto veneno en la voz de una mujer, ni siquiera de aquellas mujeres en Northumbria que habíamos vuelto viudas. —Ocúpate de tus asuntos y deja mi vida en paz.

No había mucho que pudiera responder, pero logré un pobre —como desees— mientras salía de la habitación, ya que tenía que prepararme mucho antes del mediodía.

El castillo entero se vació para observar el combate. Los guerreros estaban ahí, por supuesto, con Alistair Mor a la cabeza, todos riendo y disfrutando de la expectativa de una buena pelea, como era propio de hombres de tal rango y profesión. Las esposas y las mujeres llegaron parloteando en un gran grupo, hacían apuestas sobre el resultado y con sus dedos sucios me señalaban, el extraño en el medio que se atrevía a enfrentar a Lachlan Beg. Sin embargo, solo había una mujer que merecía un segundo vistazo; la belleza de cabello azabache y rostro pálido que me había servido la cerveza de brezo ayer y quien le dio el lujo a sus ojos de detenerse en mí, mientras me sonreía en forma de ánimo.

Dio una reverencia cuando me incliné y acarició a una bella niña

rubia que debe haber sido su hija.

¿Por qué las mejores estaban casadas? Me pregunté y luego miré a Seonaid con algo de culpa, aunque no sabía por qué sentía tal emoción.

Al último estaban los niños, un fuerte grupo de jóvenes, algunos descalzos incluso en el frío del norte y envueltos en tartanes, ya fuesen chicos o chicas. Reían, hacían travesuras y se metían en problemas, como lo hacen los niños y algunos me dijeron qué tan rápido iba a morir.

—¿Puedo quedarme con tu caballo cuando te mate?— una pequeña e inocente dama me preguntó, limpiando su nariz mocosa con el dorso de su sucia mano.

—Y cuando Lachlan corte tu cabeza, ¿puedo quedarme con tu espada?— preguntó un niño igual de encantador mientras observaba la claymore que se sentía torpe en mis manos.

Les sonreí a ambos y no les prometí nada.

Alistair nos había honrado. Creó un circulo en el cual pelearíamos marcado con varas y con una Era la primera vez que veía a estos famosos luchadores completamente vestidos con sus trajes de combate y me provocó algo de asombro. Todos eran hombres grandes y, excepto por Lachlan, atractivos, o lo habían sido en algún momento hasta que las cicatrices de batalla desfiguraron sus rostros. Todos vestían una cota de malla que se extendía hasta sus rodillas y tenían un gran yelmo en sus cabezas. Cuchillos largos colgaban de sus cinturas y llevaban una claymore que podrían ser reflejos de la mía, o la igualmente letal hacha de Lochaber, un arma desagradable de cuatro o cinco pies con cabeza ancha y a veces con una pica curva detrás. Me sonreían, como a un amigo, y me deseaban una buena muerte.

—¿Y si gano?— Pregunté, pero rieron intensamente, como si fuese una broma infantil, y se acomodaron para disfrutar mi inevitable deceso.

Llevé a Bernard al círculo, lo até a uno de los palos, le di un puñado de avena y caminé lentamente al centro. La claymore se sentía pesada en mis manos y mis golpes de práctica eran lentos y torpes. Vestía el hauberk[1] con el que había combatido en Otterburn, con una coraza y un yelmo arriba y placas de acero que protegían mis muslos y canillas.

La primera cosa que noté fue el ruido. Todos parecían hablar a la vez, dando consejos, riendo de mi postura, abucheos, burlas, deseos de suerte y apuestas sobre tiempo que tomaría matarme.

—Durará cinco minutos—, dijo alguien y el resto se le rió.

—Tres minutos como mucho—, gritó otro, pero incluso eso les pareció generoso.

—Lachlan lo matará al comienzo. ¡Está sosteniendo su espada como si fuera una pica!

Desafortunadamente no podía negarlo; la sentía cada vez más torpe, sin importar lo ligera y bien balanceada que me pareció en la cueva de Peallaidh, especialmente cuando vi que Lachlan entraba del lado opuesto del círculo con su espada colgando de su espalda y su rostro cruzado por una gran sonrisa.

—¡Saludos, Ill Will Armstrong!— Su grito fue tan alegre como si se estuviera encontrando con un viejo amigo perdido. —Terminemos con esto así puedo cantar sobre tu muerte—. Sacó su espada y la probó. La gran espada silbó en el aire.

Incluso en aquel típico día aburrido de diciembre, el acero parecía atrapar la luz del sol para resplandecer, un brillo plateado que había terminado con la vida de media veintena de hombres más experimentados que yo.

—Ven, fronterizo, y enfréntame.

Di un paso adelante, sosteniendo mi espada con fuerza, con ambas manos en la empuñadura y el filo recto contra mi hombro. Había preguntado cómo peleaban estos Highlanders y busqué consejos de quien pudiera dármelos, pero era la primera vez que veía a un verdadero guerrero gaélico en acción y era una visión terrorífica. Se veía enorme y completamente formidable. No es extraño que sus ancestros hayan expulsado a los nórdicos de las islas y el rey Robert haya buscado alianza y amistad con Angus Og MacDonald: este hombre asustaría a cualquier campeón en el mundo.

Entrecerré mis ojos con la esperanza de ver al ave de la muerte posarse en sus hombros, pero no hubo nada. No sería asesinado en este día y esa información me provocó un miedo terrible. ¿Iba a morir de esta forma? ¿En una pelea sin sentido fuera del castillo de Ruthven, a muchas millas de mis gentiles colinas de Eildon? Dios bendito, que final tan inútil para una corta vida.

El ruido se acabó abruptamente cuando Alastair Mor se paró.

—¡Peleen!— ordenó lacónicamente y Lachlan comenzó a avanzar.

También me moví, cuidándome del golpe de aquella espada mortífera, observando los ojos y los pies de mi adversario, y todo el tiempo deseando estar en otro lugar; cualquiera, excepto en los límites de esta círculo, con esos ojos gaélicos observando cada cosa que hacía y sus mentes foráneas evaluando cada movimiento.

Y el ave de la muerte aún no aparecía.

Su primer movimiento me tomó por sorpresa; corrió hacia mí gritando, se detuvo y saltó muy alto en el aire, dando un golpe con su espada de forma lateral, lo que me habría decapitado si no lo hubiese esquivado y corrido.

La multitud gritó, aullando por su héroe, y sentí el sudor frío

saliendo por mis poros. Nunca hubiera imaginado que un hombre tan grande podía saltar tan alto, especialmente vistiendo una larga cota de malla; su fuerza debía de ser inmensa.

—¡Mátalo, Lachlan!

La sugerencia provino de cientos de gargantas y supe lo que se sentía ser la víctima de un sacrificio. Alcé mi espada y avancé, aún buscando aquella elusiva ave negra, pero sin hallar nada. Blandí mi espada y sentí su música al cortar el aire, y Lachlan levantó la suya casi con desinterés para bloquearme. El choque de acero contra acero retumbó por los muros del castillo y el temblor de ese contacto me estremeció los brazos: era fuerte. Era mucho más fuerte que yo y lo sabía.

Traté de retirar mi espada pero él me siguió, manteniendo el contacto usando el simple método de presionar su espada contra la mía y empujándome hacia atrás, de un terrible paso a otro paso. Sostuvo mi mirada sin sonreír, sin burlarse; estaba tan seguro de conocer mi fuerza que no había ni un poco de miedo en él. Sentí que creía que sería un asesinato de rutina, algo que hacer antes de las demás cosas en su día; algo para pasar el aburrimiento; un placentero pasatiempo en un día monótono.

—¡No!— En lugar de empujar, me alejé y lo agarré desprevenido, por lo que tropezó. Traté de tomar esa oportunidad con un corte rápido pero se recuperó más rápido que cualquier hombre que haya combatido antes y lo bloqueó sin esfuerzo.

—¡Buen intento, Ill Will!—

El grito de Seonaid me llegó claramente por encima del clamor de la multitud y me encogí; me había dicho que iba a escapar mientras peleaba. Ahora sabía que debía ganar, ya que Lachlan no parecía el tipo de hombre que sería caballeroso con una dama; no habría poesías románticas luego de su conquista brutal.

Di un corte de lado, esperando atraparlo por sorpresa, pero lo bloqueó con tanta indiferencia que casi parecía cansado, volteó mi espada con un giro rápido de su muñeca y me cortó. La punta de su espada arrasó con la correa de cuero de mi hombro izquierdo e hizo que mi coraza se cayera de un lado. Cuando intenté volverla a su lugar, dio otro golpe rápido y mi coraza retumbó contra el suelo. Alguien vitoreó, pero la mayoría quería sangre.

—¡Mátalo, Lachlan! ¡Aposté por dos minutos!

¡Dos minutos! ¿Era todo lo que había durado hasta ahora?

Lachlan dio un paso atrás, sonriendo, y supe que no iba a matarme rápidamente. En lugar de despacharme en minutos, iba a usarme como ejemplo de su habilidad. Moriría de poco, humillado por este campeón de Badenoch. Creo que había algo de locura en mi siguiente arremetida, pero Lachlan me esquivó como si yo estuviese ciego y

cortó mi camisa de lino, sonriendo de buen humor al rozar mi piel con su hoja.

Me quedé ahí, jadeando, con jirones de lino colgando sobre mi cintura y un delgado hilo de sangre en mi pecho.

La multitud aclamaba, disfrutaban el espectáculo de su héroe que humillaba a ese imprudente forastero del sur. Busqué entre los rostros borrosos tratando de encontrar a Seonaid, pero solo veía extraños. Su claymore volvió a golpear y la detuve desesperadamente; sentí la sacudida en mis brazos y luego la quemadura cuando su hoja cortó mi pierna por encima de la armadura, tiró mi hebilla y dejó salir la sangre. Di un grito ahogado por la punzada y retrocedí, aunque Lachlan me siguió riendo por el placer de una victoria fácil.

—¡Recuerda las reglas!— Las palabras no provinieron de Seonaid. Había alguien más en el círculo, alguien viejo y sabio que observaba.

Thomas el Franco de Ercildoun pareció elevarse desde el suelo, y sus ojos ardían en los míos. —No puedo pelear por ti, Fergus, pero así como puedes sangrar, puedes pensar. Recuerda las reglas.

¿Las reglas? ¿Qué había dicho Alistair? Sus palabras volvieron a mí. "*Pueden pelear con el método que deseen*". Si tuviese que elegir un método, ¿con cuál era mejor? ¡Con el que me había entrenado, por supuesto!

Eludí su ataque cuando amagó por la derecha, pero en lugar de detenerse, continuó y golpeó mi espada, haciéndola a un lado para luego clavar la punta de la suya profundamente en mi muslo derecho desprotegido. Lo único que evitó que gritara fue el orgullo, pero sabía que debía seguir el consejo de Thomas del Franco. Tiré la claymore, me volteé y corrí, ante los abucheos de la multitud y el deleite de Lachlan Beg.

—¡Cobarde! ¡Vuelve y muere como un hombre!—

No tenía intenciones de morir aquel día, ya que aunque no había visto el ave negra cernirse sobre su hombro, tampoco la había sentido sobre el mío. Podía oír los pasos lentos de Lachlan sobre la tierra húmeda mientras me seguía, pero seguí avanzando hasta alcanzar a Bernard. Mi caballo seguía exactamente donde lo había dejado, como lo había entrenado y lo monté de un salto como todo fronterizo lo ha hecho desde su niñez.

En cuestión de segundos desenvainé mi espada y corté la cuerda con la que lo ataba, y luego me giré para enfrentarme a un Lachlan que arremetía contra mí. Para darle crédito, la idea de hacer frente a un hombre montado no lo molestó ni un poco e inclusive reía mientras corría hacia mí con su espada levantada.

—¡Es momento de terminar, Ill Will! ¡Tu Seonaid ahora es mía!

Nunca había presenciado el poder del golpe de una claymore, pero me imaginé que podía matarnos a Bernard y a mí de un corte. La

multitud aún lo aclamaba gritando su nombre, por lo que giré y saqué mi lanza de su lugar al lado de la montura.

La lanza fronteriza no es tan larga o pesada como las armas que se usan en las justas. Solo tiene nueve pies y se siente ligera en la mano, es más larga que el filo de una espada pero casi igual de práctica. La manejaba con facilidad. Controlé a Bernard solo con mis piernas y corrí a la izquierda de Lachlan. Como esperaba, intentó golpearme pero hice que Bernard se parara en sus patas traseras y ataqué, dándole en su mano derecha. Ahora, me han dicho que la mano es la parte del cuerpo en la que se siente más dolor y ciertamente Lachlan lo pensó. Dio un aullido, soltó su claymore y lo volví a atravesar con mi lanza encima de los dedos de su mano izquierda. Ningún hombre sobre la tierra podría sostener una espada teniendo ambas manos atravesadas, y él no era una excepción.

Se quedó de pie, sangrando como un colador y maldiciéndome. No corrió pero intentó patear a Bernard con sus grandes pies. Si el coraje fuera la única virtud, Lachlan sería un buen modelo, pero no me interesaba medir su bravura, aunque solo en venganza de mi propia humillación reciente y todo hombre de la frontera puede usar su lanza como si fuese una extensión de su cuerpo. Girando a su alrededor, incrusté mi lanza bajo su cota y tiré hacia arriba, arrastrando su armadura hasta su cabeza, y luego espolié a mi caballo.

Bernard trotó hacia adelante, Lachlan perdió el balance y su cota de malla se atascó en sus hombros. Cambié a un medio galope y lo arrastré hasta que pudo liberarse de la cota y quedó solo con su fina camisa de leine, aquella larga prenda blanca que estos guerreros usaban bajo su armadura. Ante los ojos de la multitud, que ahora estaba más sumisa, usé la misma técnica con la lanza y Lachlan quedó desnudo frente a sus compañeros, gritándome con odio pero sin poder contraatacar. La sangre goteaba de sus manos sobre el césped enlodado y supe que Alistair Mor me observaba con gran interés, mientras que la mujer de cabello azabache estaba sentada con la cabeza entre las manos y sus ojos fijos en mí.

Incrusté la lanza en el suelo, retrocedí unos pasos y desenvainé mi espada. El sonido de la hoja de acero saliendo de una vaina de madera pareció particularmente siniestro en aquel lugar cerrado y blandí mi espada muy alto para asegurarme de que todos la vieran.

Hubo un silencio total alrededor del círculo, pero vi que Alistair Mor me clavaba su mirada con ojos divertidos y cavilantes. Mirándolo, le di mis saludos presionando la empuñadura de mi espada contra los labios, y me volví hacia Lachlan.

—¡Acércate, fronterizo!—Su grito no mostraba miedo, solo furia, —¡y aún así te mataré!

Me acerqué, blandí mi espada pero en el airé volteé el filo y lo

golpeé con todo el ancho en su amplia espalda. Su grito de sorpresa dejó a la multitud sin aliento, pero luego comenzaron a reír a carcajadas al verme perseguirlo alrededor del círculo y golpearlo con diversión en cada parte expuesta de su cuerpo. Vi a un grupo de sirvientas paradas cerca del frente de la multitud y lo llevé hacia allí, se tropezó con una de las cuerdas que nos limitaban y cayó de bruces. Sonreí con malicia y puse en alto mi espada, apunté con cuidado y di un último corte en su espalda que lo lanzó al medio, desnudo y derrotado.

La multitud vitoreó y río con gusto mientras que las sirvientas, dando risitas, rodearon al gallowglass desnudo.

—¡Mi señor!— Me aproximé a Alistair Mor y lo saludé apretando los puños. —Parece que he ganado este día. Por ser el vencedor, ¿podría tener el derecho de pedirle un favor?

—Lo tienes, mi amigo fronterizo, ¿cuál sería?

—Ruego le perdone la vida a Lachlan Beg. Peleó bien y se enfrentó a la muerte con una valentía que nadie podría negar. Derrotarlo fue un honor.

Miró hacia Lachlan, quien intentaba ocultar sus vergüenzas de la risa de las mujeres mientras le dedicaba a su vencedor una mirada inexpresiva. —Podrías matarlo—, dijo.

—Podría—, coincidí, —¿pero de qué serviría? Solo te privaría de un guerrero valeroso.

Sus ojos cavilantes me sonrieron. —Tienes compasión, mi bandido de la frontera. No es una característica que hubiera esperado de un hombre de Liddesdale, pero también pareces tener sentido del humor, lo cual evita que seas un total desperdicio. Puedes dejarlo vivir, pero dudo que el hubiese hecho lo mismo por tí.

—Tengo otro requisito—, agregué como una pequeñez.

—Dilo—.

—Lachlan conserva su vida siempre y cuando deje en paz a mi mujer—. Me enderecé en la montura para impresionar. —¡Seonaid es mía y de nadie más!— La busqué con la mirada en la multitud y la vi entre un grupo de niños. Estaba contento de que no hubiera huido, ya que sabía que con el tiempo querría a mi señor Alistar tanto como yo.

—¡Ven, bantreach Uistean!— La voz de Alistair resonó entre la gente y vi que alguien la empujaba hacia adelante. Se acercó con gran reticencia pero una vez en el círculo, corrió a mi lado.

Nunca la había visto tan asustada, por lo que puse mi mano izquierda sobre su hombro. —¡Quiero que todos presencien mis palabras!— Gritó Alistair Mor y si alguien hubiese soltado una moneda en aquel instante, el sonido habría retumbado como un trueno.

—Esta mujer, alguna vez llamada bantreach Uistean, será conocida

en adelante como Seonaid: ella es la mujer de Ill Will Armstrong. ¡Si alguien intenta tomarla sin el permiso de Ill Will, ese hombre tendrá que responder ante mí!

El silencio continuó, tan denso que se podía cortar y comer en pedacitos, y luego Alistair asintió y bajó el tono de su voz. —Bien, ya está resuelto, Will; los espero en mi mesa esta noche.

CAPÍTULO CINCO

—¿Por qué hiciste eso?— Seonaid me enfrentó desde el otro lado de nuestra gran recámara, tenía sus manos en los labios y su rostro estaba rojo de la furia.

—¿Por qué hice qué?— Pregunté, asombrado.

—¿Por qué tuviste que hacer que llamara la atención así?

—Pensé que estarías complacida—, le dije con más aspereza de la que un caballero gentil debería. —¡Ahora que tienes la protección de Alistair Mor, puedes pasear segura por cualquier lugar del castillo o probablemente por cualquier parte de Badenoch! ¡Nadie se atrevería a meterse contigo!

—¡Eres un tonto, Fergus!— Seonaid habló en una voz sibilante y sus palabras me cortaban con tanta fuerza como la espada de Lachlan. —¿No te das cuenta de que ahora estamos marcados? Nos observarán a donde sea que vayamos. ¿Como podríamos escapar?

—¿Escapar?— La miraba fijamente. —¿A qué te refieres con eso? ¿A dónde iríamos?— Creo que abrí mi boca por la sorpresa de tal idea de traición. —Seonaid, ¿no puedes ver que Alistair no ha sido más que amable con nosotros? Tengo toda la intención de permanecer aquí y convertirme en un caballero en su castillo. No puedo imaginar un señor más noble o una formación más valiente de camaradas que estos guerreros gallowglass.

Su bofetada me tomó por sorpresa cuando explotó contra mi cara y antes de que pudiera protestar, agregó otra. La miré de nuevo, demasiado estupefacto como para estar molesto. —¿Por qué fue eso?

—¡Por ser un completo idiota, Fergus Scott! ¿No ves lo que ha pasado?

Me encogí de hombros. —Sí, nos han aceptado en el castillo de uno de los más grandes señores de Escocia.

—Estamos bajo el poder de uno de los hombres más malvados que ha pisado esta tierra—, replicó —y ahora sabe todo sobre nosotros, incluso si piensa que somos hombre y mujer, lo que te puedo asegurar, Fergus, ¡no lo somos!

Me quedé parpadeando sin poder entender su versión de los eventos. —Bueno, Seonaid. Ese hombre que crees que es tan malvado nos ha dado su apoyo y protección y nos invitó a cenar en su mesa esta noche. ¿Asumo que vas a declinar la oferta?

—Rechazar una oferta de Alastair no es recomendable—, me dijo, repentinamente calmada. —Oh Fergus, pensaba que eras diferente

cuando nos conocimos, pero ahora veo que no. Pensé que tenías el poder para resistir su fuerza, pero has sucumbido tan fácilmente como los demás.

—¿Sucumbir ante qué?— Sus palabras no tenían ni un poco de sentido mientras me preparaba lo mejor que podía para esa noche. Estaba orgulloso de que mi señor Alistair nos hubiera invitado a su mesa y solo quería probarle que era digno de pelear a su lado.

La noche fue tan animada como lo esperaba; Alistair nos dio la bienvenida con los brazos abiertos y un corazón generoso y la mesa crujía bajo el peso de más comida de la que había visto en mucho tiempo. Había pan y pescado, aves de corral y res, venado y queso, manzanas frescas del depósito y platos de zarzamoras heladas, y cerveza, aguamiel, vino y whisky suficientes para hacer mover una flota.

—Nunca había comido tan bien—, elogié a mi señor, como era esperado. —Badenoch realmente debe ser una provincia rica para poder permitirse tanto.

—Sí—, dijo Angus. Era otro de los capitanes gallowglass, un hombre alto con rostro oscuro y saturnino, y con la voz de un ángel cuando cantaba. —Pero Badenoch no es el único que abastece a Alistair; puede pedir comida de Buchan también, e incluso de Moray, en donde cada hombre caza a sus presas.

Sus risas retumbaron y Seonaid fue la única que no se unió. En su lugar, me dirigió una mirada que probablemente significaba algo, pero la ignoré.

Había otros gallowglass allí: Duncan, con cabello corto rojizo y bigotes que formaban ondas, Callum, a quien le faltaba un ojo y tenía una cicatriz desde sus cejas hasta su barbilla, Kenneth, quien apenas pronunció una palabra pero que observaba de forma especulativa a Seonaid hasta que se encontró con mi mirada y miró de prisa a otro lado, y Murdoch, con una espalda tan ancha como uno de los lados de un establo. Lachlan también estaba ahí pero con el ánimo hundido; luego de más o menos una hora se me acercó y busqué tocar el puñal que había puesto bajo mi tartán.

—Vengo en son de paz, Ill Will—, dijo y me dio la mano.

Se la estreché, sorprendido por su fuerza y nos abrazamos como los camaradas y compañero de armas en los que en verdad esperaba que nos convirtiéramos.

—¿Dejamos que el pasado se quede en el pasado?— Gruñó en mi oído.

—Será lo mejor—, acepté y sellamos un poderoso juramento de amistad con nuestra sangre recientemente derramada y un flujo continuo de cerveza.

—Podrías haberme matado con facilidad, Ill Will Armstrong—, dijo

Lachlan mirándome desde su lugar en la mesa. —Pero no lo hiciste. Nunca lo olvidaré.

Le sonreí. —Lachlan, camarada—, dije —algún día podría necesitar la protección de tu espada. ¿De qué serviría si yacieras muerto?

Se rió y me apretó en un abrazo tan fuerte que tumbó la mitad la mesa, por lo que Kenneth y Murdoch comenzaron a farfullar por la furia. También nos reímos de ellos y le dimos una palmada en el trasero a una esclava por tardarse en limpiar, lo que mejoró el humor de Kenneth, quien la agarró y la movió a un rincón silencioso durante unos pocos minutos de placer.

Luego de eso, cantamos muchas de las canciones nasales y conmovedoras gaélicas sobre la naturaleza, sobre viejas batallas, amor, y un grupo de sennachies contó historias antiguas de Fingal y Cuchillain mientras todos los presentes escuchábamos y nos uníamos en los coros. Nunca había oído estas canciones sobre viejos héroes de los caballeros de la Rama Roja y las leyendas fingales de la Gaeltachd, y las escuché con asombro y algo de envidia, ya que las nuestras no son tan antiguas. Nuestras leyendas arturianas parecían sosas y jóvenes en comparación.

Y durante todo ese tiempo Alistair Mor nos observaba a todos con esos ojos que reflexionaban con tranquilidad y Seonaid lo vigilaba a él, ocultando con dificultad su odio. Sin embargo era un poco extraño que, sin importar cuánto me esforzara, no podía evocar una visión en la cena, ni en el castillo Ruthven, en cualquier caso. No percibía el futuro y no tenía señales de caracteres ni de verdades. Y en ese momento no me preocupaba acerca de tal disminución de mis poderes, lo que debería haber sido una advertencia. Pero la cerveza de brezo que seguía fluyendo dulcemente, el whisky fuerte y la compañía compensaban las limitaciones de mi clarividencia, la cual era tanto una maldición como una bendición de todos modos.

—¡Por el jefe!— Levanté mi cuerno en un brindis al que se unió el resto y cantamos otra canción sobre una guerra gloriosa, hasta que los sennachies comenzaron una vez más, lo que nos provocó un revuelo de pensamientos marciales con sus historias, mientras que en un rincón una bella arpista tocaba su instrumento. La belleza de cabello azabache al lado de Alistair me guiñó un ojo, me sonrió y le susurró a la tranquila niña rubia que se sentaba sobre la mesa.

Para ese entonces sabía que Alistair estaba casado, pero su esposa carecía de atractivo por lo que pasaba su tiempo con una sucesión de mujeres y concebía hijos cuándo y con quién quisiera. Era su derecho, por supuesto, porque era el señor de Badenoch y aún más que eso; podía hacer lo que deseara con su gente y con sus tierras. Les sonreí con aprobación a él y a su acompañante sensual en el momento en

que interrumpió la historia con un abrupto golpe con su cuerno tan elaboradamente decorado contra la mesa.

—Es suficiente, mis amigos; disfrutamos de sus historias pero ciertamente es tiempo para escuchar a alguien más. Ill Will: cuéntanos sobre tu frontera. Es famosa por sus baladas sobre clanes de jinetes; cuéntanos una historia sobre los bandidos y sus costumbres. Cántanos algo sobre robos de ganado de la frontera inglesa, o de contiendas entre los salvajes Armstrongs y sus vecinos.

Demasiado ebrio para sentirme tímido, me levanté ante tal reto en aquella ruidosa mesa y canté algunas de las canciones que todos los fronterizos aprendemos en la falda de nuestras madres. Canté sobre los saqueos de Liddesdale y de las hazañas del gran Wallace cuando desafió al rey inglés Edward Longshanks. Sobre las proezas de Douglas el Negro cuando desconcertó a un poderoso ejército en Weardale. Sobre viudas y héroes de la Frontera, sobre la batalla de Halidon en donde miles de escoceses cayeron ante una lluvia de flechas inglesas, pero siguieron marchando porque eran guerreros, y de la batalla de Cattraeth, que era tan antigua que ni siquiera nuestros bisabuelos conocían al ancestro de algún sobreviviente, pero en la cual había participado el mismísimo Arturo. Y durante todo ese tiempo, Alistair Mor escuchaba y Seonaid lo observaba con ojos feroces y venenosos escondidos detrás de sus manos.

—¡Bellas canciones, Ill Will!— Dijo Alistair cuando mi garganta se secó y mi voz se tornó ronca. —Puedes pelear y puedes cantar. ¿Puedes follar también?

Vociferé que podía tanto como cualquiera de la Gaeltachd, olvidando, por supuesto, que debía estar atado a Seonaid, pero los demás celebraron mi entusiasmo e ignoraron mi compromiso.

El baile que vino después fue más salvaje que cualquier cosa que podría haber imaginado. Había gaiteros tocando su rítmica música que paraba los cabellos de la nuca y llenaba de vida los pies, por lo que todos estábamos en dos patas y bailando en el centro del gran salón, incluso antes de que se acabara la cerveza. Me uní a los mejores, y observaba a los bailarines descalzos dando brincos ágilmente alrededor de las hojas desnudas de las espadas; un solo error conllevaría pies y dedos cortados, pero eran muy experimentados como para cometerlo. Di uno de los agudos gritos gaélicos cuando una veintena de mujeres con miradas atrevidas entraron en grupo desde donde sea que se habían estado escondiendo y elegí una compañera para los reels[1] y danzas de espadas que se volvían más salvajes a medida que el whisky circulaba.

Hubo dos pausas en las festividades esa larga noche. La primera, cuando el suministro de cerveza se cortó y Alistair mandó a colgar a una sirvienta, y la segunda, cuando la niña rubia comenzó a

deambular por el piso de piedra de la habitación. No sabía por qué todos quedaron en silencio o brindaron por la niña, pero aún así los imité, elevando mi cuerno mientras ella pasaba silenciosamente como si fuese sonámbula.

Sentí la fuerza de su mirada sobre nosotros, mientras le asentía a la gente a su derecha e izquierda. Pero sus ojos parecieron fijarse en mí, como si hubiese inspeccionado a todos y ninguno fuera suficiente, por lo que decidía detenerse dentro de mi mente.

La idea era tonta pero la impresión de sus ojos permaneció conmigo luego de que desapareciera por las escaleras, subiendo hacia alguna habitación secreta de su propiedad. Tan pronto se hubo ido, la música comenzó otra vez y nos preparamos para bailar, además de que había llegado el nuevo suministro de cerveza. Como nadie mencionó algo sobre el cuerpo de la sirvienta que colgaba del mástil, yo tampoco lo hice.

El destello de luz llegó de la nada, quemándome con su intensidad, y di un grito ahogado mirando hacia arriba. No había nadie allí, pero podía ver una pantalla que parecía de cristal pero con algún tipo de forma distorsionada del otro lado. Esta visión era diferente a todas las otras. Estaba atrapado y me retorcía entre ataduras invisibles mientras me esforzaba por enderezar la malformación difusa. No podía, pero sentía un gran dolor, aunque no uno físico: era un tormento de la mente, una agonía de frustración y miedo que no podía entender pero que rasgaba mi alma con ganchos punzantes. Cerré mis ojos y pude liberarme de esta intromisión indeseada, entonces regresé a una noche muy placentera y al festín.

No sé que fue de Seonaid; debería haberse unido al resto y divertirse, pero alguna debilidad interna la forzó a irse, o tal vez encontró a algún nuevo compañero para pasar la noche, por lo que cuando la belleza de cabello negro rozó su cadera contra la mía no objeté mucho.

—¿No eres la mujer de Alistair?— Pregunté y su risa era tan pura como el placer fundido y tan malvada como el pecado de Eva.

—Soy mi propia mujer, Ill Will Armstrong de Badenoch, y tuya si eres suficientemente hombre.

Tenía el cuerpo de una diosa y la sonrisa de una ninfa, pero eran sus ojos los que vertían deseo dentro de mí mientras me sonreía. —¿Bailamos, Ill Will?

No me opuse y la seguí hacia la pista, mirando sus caderas fluyendo como seda y el delicado arco de sus pies en la losa gris. Incluso los loberos se apartaban para darle paso. Bailamos juntos y me susurró su nombre al oído.

—Soy Aela—, dijo y agregó con una risa que me sacudió el cuerpo, —significa pasión.

Le creí y recorrí con urgencia su cuerpo que parecía hecho únicamente como un recipiente para mis necesidades, y ella ronroneó y me correspondió de igual forma.

Esa noche pareció tan corta que pudo haber transcurrido en un instante, o tan larga que podía haber durado para siempre, pero en algún momento vi a Alistair sonriéndome como un padre indulgente y en otro tomé un quaich, el tazón de whisky de dos manos gaélico, lo llené de promesas doradas y vacié su contenido sin parar para respirar. Aela y media docena de sus amigas risueñas me alentaban y Lachlan marcaba un ritmo sobre la mesa con el mango de su puñal. Limpié mi boca y le sonreí a la concurrencia.

—Eres un verdadero hombre, Ill Will—, dijo Aela acezando y apoyándose en mí de una forma más que amigable.

Por supuesto que yo la alenté, ¿qué hombre de sangre caliente no lo haría? —Por supuesto que lo soy—, acepté —y sospecho que también eres una verdadera mujer—. Miré fijamente su escote tan ostensible para probar mi punto, ella rió como una niña y arqueó su espalda para ofrecerme una mejor vista.

—¡Qué premio era Seonaid, Will!— mi buen amigo Lachlan exclamó, palmeando mi espalda con manos como palas.

—¿Qué premio quién?— Contesté y el grupo entero estalló en carcajadas, mientras los gaiteros tocaban una jiga de otro mundo cuya complejidad causaría que cualquier MacCrimmon escuchase verde de celos. En caso de que lo hayan olvidado, los MacCrimmons son los gaiteros de MacLeod, bendecidos por las hadas para producir la música con gaita más compleja del mundo.

Con tan buena compañía, cómo me habría resistido cuando Aela entrelazó su mano con la mía y me llevó a uno de los rincones más oscuros del salón. Riendo, la acompañé, pasando sobre las nalgas y los pechos en movimiento de las parejas que copulaban debajo de los tartanes o encima de ellos, o solo en donde lo creyeran adecuado. También había un trío metido en una práctica que no me había encontrado nunca, y me habría tentado a observar si no fuese porque Aela fue muy insistente en que la ayudara a desvestirse.

Ese fue un procedimiento que no llevó mucho tiempo, me tomé un instante lujoso para admirar sus curvas generosas antes de dejar caer mi leine y la acompañé en el rincón más oscuro del salón. No tenía mucha experiencia con las mujeres, pero las sirvientas y señoritas con las que me había liado no podían ni empezar a compararse con ella. Me llevó a nuevos niveles y me mostró cosas que no habría creído posibles, y cuando yacía allí, feliz y recuperándome, me revivía, incitándome con sus uñas o su lengua y en pocos minutos volvíamos a jugar a la bestia de dos espaldas. No pensé en Seonaid ni en ninguna otra mujer aquella noche. Aela ocupaba tanto mi mente como las

curvas de su cuerpo ocupaban mis manos.

Alistair no fue un mal anfitrión y no sé cuanto duró esa noche, pero cuando desperté mi cabeza estaba nítida como el hielo de enero y mis camaradas gallowglass se reían de mi como si fuésemos niños jugando en el verano.

—¿Oíste las noticias, fronterizo? ¿Las oíste?— Angus me sonrió por encima del borde de su cuerno para beber.

Le dije que no había oído nada aparte de los dulces susurros de Aela en mi oído y sus gemidos pidiendo más de lo que podía darle. Se rieron de mi ingenio, palmearon mi espada rasguñada y me llamaron uno de los mejores hombres con vida, y luego se tornaron más serios nuevamente.

—Es un buen recuerdo, fronterizo, pero ahora es momento de ganarte la hospitalidad de Alistair.

Asentí, tomé unos sorbos de la cerveza de bienvenida y arranqué un trozo de pan. —¿De qué manera, Kenneth?

—De la manera tradicional, fronterizo; con sangre, espadas y hierro. ¿Estás listo para estropearte un poco?

Volví a asentir mientras reía y masticaba. —¿Estropearme? Conozco el juego, mi amigo gaélico. ¿No cabalgué junto al conde Douglas a Otterburn y dejé a Northumberland como un páramo humeante? ¿No ayudé a quemar una veintena de pueblos ingleses y dejé viudas lloronas lamentando a sus muertos? ¿No enfrenté al poderoso ejército Percy y los maté de a docenas?

Uno debe alardear en compañía de sus pares: sabían que exageraba, ya que habrían hecho lo mismo.

—¡Buen hombre!— Dijo Lachlan, quien ahora había aceptado por completo el tenerme como su camarada y me palmeó la espalda. —Y ahora puedes hacer todo de nuevo, en Moray.

Reí, pero admití que no tenía idea de dónde quedaba ese lugar.

—Ya lo verás—, me dijo con sobriedad, —ya que Alistair explicará todo esta noche y pronto estaremos en marcha—.

El gran salón de Ruthven estaba lleno esa noche. Los gallowglass estaban al frente de la asamblea, mientras que la gran masa de cáterans ocupaban el resto, y algunos espectadores se escurrían entre los espacios que quedaban.

Alistair se veía diferente de alguna forma; su cabello estaba más greñudo, su barba más espesa y sus ojos menos cavilantes y más duros. A su lado, Aela me buscaba con una sonrisa cómplice. Le respondí, enderecé mi espalda y toqué el puñal bajo mi tartán. Con un señor como Alistair y una dama como Aela, pelearía contra el mismo diablo. Ill Will Armstrong ha encontrado su lugar en la vida y era en este salón de guerreros en Ruthven.

—He sido insultado—, comenzó Alistair y esperó a que el susurro

de la ira desapareciera antes de continuar. —Todos saben que me casé con Euphemia, la condesa de Ross, con la intención de engendrar una familia.

Todos asintieron. Era natural que un señor tomara a una mujer como esposa y esperara tener una familia; todo hombre necesita un hijo para que lleve su apellido.

—También serán conscientes de que la mujer Euphemia es infértil. Aré sus campos y sembré mi semilla, ¡pero no hubo cosecha!

El murmullo de ira y entendimiento creció. Todos comprendían a Alistair, ya que una esposa infértil era peor que incluso no tener esposa. Tenía todas las responsabilidades de cuidar a una mujer pero ninguno de los beneficios de saber que tendría hijos que mantengan su linaje. Bufamos por la infamia de Euphemia, condesa de Ross, por decepcionar a nuestro señor de tal forma.

—¡Por eso busqué consuelo en los brazos de Mairead!— Señaló a la mujer no tan joven que se sentaba a su izquierda y expresamos aullando nuestro aprecio por ella. En realidad, Mairead Inghan Eachann debió haber sido una mujer atractiva si Alistair no la hubiera utilizado para procrear constantemente. Se decía que había concebido más de cuarenta hijos, ninguno de ellos de su esposa y nos preguntábamos exactamente cuántos habían salido del vientre de Mairead.

Ella nos sonreía con cariño y nos saludaba con un brazo regordete. Le devolvimos el saludo y blandimos nuestras dagas en forma de lealtad, ya que si Alistair la había elegido, ¿quiénes éramos para discutir con nuestro señor?

Le di un vistazo a Aela, me preguntaba qué pensaba sobre Mairead, pero parecía despreocupada por compartirlo con otra mujer y me volví a maravillar con la generosidad de mi señor y de su gente. Me decidí a pelear con más fuerza por ellos.

—Sin embargo—, dijo Alistair y bajó su voz, por lo que tuvimos que hacer un esfuerzo para escucharlo. Incluso los niños chillones guardaron silencio en aquel castillo mientras Alistair nos miraba amenazadoramente bajo un ceño oscuro. —Sin embargo, mi clan y mi familia, hay algunos que ven las cosas de forma diferente. Uno es Alexander Burr, el obispo de Moray.

Ahora no hubo más sonidos. Incluso yo había oído de la hostilidad entre Alistair y su vecino, el obispo de Moray. Burr era un hombre poderoso en la iglesia y tenía mucho para decir sobre su posesión, incluso sobre Badenoch.

—Todos saben que mi provincia de Badenoch es en donde estamos parados ahora y Moray está al norte: empieza justo a las afueras de mi páramo de Dava y se extiende a través de Laigh, el país bajo de Moray que llega hasta el mar. El obispo tiene influencia en esas tierras bajas,

¡con sus caballeros y sus vasallos y sus burgos y sus costumbres y su iglesia y sus creyentes e hipocresía santurrona!

Su voz se alzó mientras hablaba y nosotros chiflamos de nuevo ante sus palabras, aunque uno o dos vistazos iban dirigidos hacia mí para ver qué pensaba de ese insulto contra la gente de la que alguna vez formé parte. No me importaba, porque ahora era un highlander, un gaelo, un gallowglass de Alistair Mor, pero por todo eso pelearía con caballo y lanza en lugar de usar mi claymore y puñal.

Lachlan puso una mano amigable en mi hombro y yo asentí, hombre a hombre y guerrero a guerrero. Eramos como familia, Lachlan y yo, hermanos en nuestra sangre derramada.

—Este mismo obispo, este Alexander Burr, ha decidido apoyar a Euphemia de Ross. Ha ignorado las restricciones de su propia iglesia que dice que los matrimonios existen para procrear hijos, ¡y me ha excomulgado! ¡A mí!

Nunca había oído tal quietud ante el horror como el de aquel día. Ser excomulgado significaba tener prohibida la entrada a la iglesia, al cielo, a todo acto decente, y estar alejado de la sociedad. ¡Este obispo advenedizo, este clérigo poco hombre, hizo de nuestro señor un apóstata! Nos paramos en un solemne apoyo a Alistair y nuestros puñales formaron un mar punzante de acero mientras jurábamos vengarlo.

—Voy a responderle—, dijo Alistair en voz baja. —*Vamos* a responderle. Capitanes: ¡junten a sus hombres! ¡Quiero a cada hombre en Badenoch armado y listo para la guerra: le mostraremos a Alexander Burr, obispo de Moray, lo que significa insultar a Alistair Mor! ¡Destruiremos su provincia de Moray, vaciaremos sus pueblos, arruinaremos sus campos y volveremos viudas a sus mujeres gordas y perezosas!

Nunca había escuchado un discurso tan motivador y me uní a los gritos del resto para expresar nuestro aprecio. Aclamamos a Alistair hasta que las vigas temblaron y abandonamos el salón para comenzar a reunir a los guerreros de Badenoch y a cualquiera que pudiésemos convencer de que venga con nosotros.

Todos teníamos ganas de pelear, por supuesto, y apenas noté a Lachlan cuando me dijo que el mensajero, el hombre que había informado a Alistair sobre la excomulgación, había sido arrojado de cabeza a la fosa de agua de Lochindorb. Asentí, aceptando un tanto distraído que esa era la única cosa posible que se podía hacer con un hombre así, y nos preparamos para la guerra.

—¡Fergus!— Escuché el nombre como si viniera de un largo túnel y casi no pude reconocer a la mujer que había hablado. Me detuve para mirarla detenidamente.

—¿Seonaid? ¿Sigues aquí?— Se veía más vieja, como encogida,

con un rostro delgado y pómulos prominentes.

—¡Fergus! ¡No puedes ir!— Tenía ojos viejos y cansados, algo diferentes a la vivaz Aela con quien había estado la noche anterior, ¿o las últimas noches? El tiempo parecía borroso al disfrutar de la hospitalidad de Alistair en el castillo Ruthven.

La corrí a un lado sin ser brusco, ya que me había ayudado en el pasado, pero sin tanta gentileza como para alentarla a que se quede. —Debemos ir todos—, le dije. —El obispo de Moray ha insultado a Alistair y tendremos nuestra venganza.

—¡Fergus!— Puso su mano urgente sobre mi manga; la saqué de encima con más fuerza. —¡Fergus, no eres tú mismo! ¡Vuelve a mí!

—¿No soy yo mismo? ¿Entonces quién soy?— Me reí de mi propio chiste, le di un beso intenso y le palmeé el trasero con fuerza cuando retrocedió. Disfruté de su aullido sobresaltado. —Oh sí, soy Ill Will Armstrong, un bandido de Liddesdale. ¡Creo que me gustá más el nuevo yo que el viejo, Seonaid!!

No sabía por qué lloraba mientras me alejaba, pero la dejé en las escaleras de caracol mientras corría a afilar mis espadas y a asegurarme de que tenía una lanza de repuesto sujetada al lomo de mi caballo. Me di la vuelta cuando llegaba al pie de la escalera:

—¡Seonaid!— Exclamé y dio un paso esperanzado hacia mí.

—¿Fergus?—

—No me llames más por ese nombre. Soy Ill Will ahora. Si vuelves a llamarme Fergus retiraré mi protección sobre ti y dejaré que mis camaradas decidan hacer lo que quieran contigo—. Eso la mantendría bajo control, pensé, mientras hacía las últimas preparaciones para el viaje. De cualquier forma, estaba consciente de sus ojos fijos en mi espalda hasta que estuve fuera de vista, pero no le di importancia a la idea. De todos modos, ¿quién se creía que era? Solo era la esposa de algún hombre muerto.

—¡Alistair va a enviar las cruces ardientes!— Lachlan tocó mi brazo mientras yo medía el peso de mi lanza. —Llamará a todos los clanes de Badenoch—.

Nunca antes había visto una cruz ardiente, aunque había oído de ese método único para llamar a los guerreros para un asalto o una guerra. Nos reunimos para observar cómo Alistair ataba una cabra en el patio de Ruthven, la degollaba y derramaba su sangre en un cubo de madera.

—¿Para qué lo hace?— Pregunté.

—Mira y aprende—, me aconsejó Lachlan y eso hice.

Luego Alistair le ordenó a Aela que supervisara mientras los sirvientes fabricaban una docena de pequeñas cruces de madera de serbal. Después de que ella dio su aprobación, las puntas de cada cruz se cubrieron con alquitrán y se prendieron fuego e inmediatamente

una de esas puntas se impregnaba con la sangre de cabra.

—Ahora—, ordenó Aela, y le dio las cruces a una docena de cáterans enjutos, —corran a los clanes. Corran a los cuatro rincones de Badenoch y convoquen a los hombres—. Bajó su voz hasta ser un susurro, —y que el infierno le de la bienvenida a quien rechace el llamado.

—¡Traigan a los clanes!— Alistair enfatizó su orden con un gran grito, —¡llamen a la confederación del clan Chattan por completo! ¡Quiero a los Mackintosh y MacGillivray, a los MacPherson y los Davidson, a los Shaw y al resto!

Los mensajeros salieron de la puerta principal de Ruthven con las cruces humeantes y empapadas y se dispersaron hacia las altas colinas de Badenoch con su llamado a la guerra. Sabía que nadie ignoraría la orden de su señor. Las cruces ardientes juntarían a todos los clanes de Badenoch para pelear por Alistair Mor y reuniríamos a los gallowglass y cáterans en Ruthven, refinaríamos nuestras habilidades y alardearíamos sobre las grandes hazañas que haríamos.

No tuvimos que esperar mucho. Antes de que hubiesen pasado dos días, los clanes desfilaban desde las colinas de Monadhliath detrás de sus jefes, con gaitas chillando para advertir de su avance y sus tartanes formando una masa de colores que ondulaba en los campos verdes de primavera. Esta era la tierra de la confederación del clan Chattan, y se congregaban detrás de sus jefes y bajo sus estandartes. Los Shaw, MacGillivray, Mackintosh, MacPherson, Davidson, MacBean, Cattanachs, MacPhails, MacLean of Dochgarroch, MacQueen y Gillanders. Hombres salvajes de las colinas y valles, granjeros pacíficos que eran llamados a pelear por su señor, arrendatarios y guerreros, arreadores y molineros; todos se congregaron entre los muros de Ruthven y esperaron a oír la voluntad de su señor.

Yo, quien disfrazado de Fergus había marchado con el conde Douglas y había visto a los apretujados jinetes de las Fronteras, nunca había presenciado tal despliegue. Pensaba que conocía luchadores, pero ellos eran diferentes; estos eran guerreros nacidos de héroes, hombres cuyo lema era su coraje entre las razas marciales del mundo; estos eran los highlanders con reputación, la semilla de los gaelos; los clanes guerreros de Badenoch reuniéndose en apoyo a su señor. Este era el ejército de Alistair, listo para la guerra.

Él los examinaba desde las almenas, parado a contraluz del sol creciente que convertía su silueta en una sombra negra mientras el son de las gaitas sonaba a través de la llanura hasta el sinuoso río Spey.

—Eso bastará—, dijo con tranquilidad, pero su voz cargaba el hierro de la justicia en litigio y sus ojos ardían con la furia de una amistad rota, —eso bastará bien. Ahora desatemos nuestro poder sobre el obispo errante. Quememos la hondonada de Moray hasta que

los lamentos de las viudas hagan que los ángeles lloren en sus nubes.

Alzó su voz hasta convertirla en un bramido como nunca había escuchado. —¡Hombres de Badenoch!— exclamó y el ejército congregado elevó su grito de guerra, con sus altos emblemas gaélicos que se elevaban hasta las cimas de las Monadhliath y con sus espadas formando un bosque de acero centelleante y la promesa de una venganza sangrienta.

No todos tenían espadas, por supuesto; los pobres llevaban lo que sea que pudieran usar como armas: horcas y mayales, caschroms, bastones, cuchillos y puños desnudos, pero todos eran letales y no había duda del espíritu de aquella hueste.

—¡Hacia Moray! ¡Síganme hacia la gloria, la venganza. . .— hizo una pausa por un momento significativo, para que el silencio chirriara por la tensión y el tiempo pareciera estirarse por siempre, —y los saqueos!

Probablemente un estrépito similar habría derrumbado las murallas de Jericó, pero Ruthven permanecía sólida en su colina mientras Alistair observaba cómo se formaba su ejército. De este lado estaban Lachlan, Kenneth y Angus y yo con ellos, ansioso de servir a mi señor en el empeño que eligiese.

Entonces comenzaron los truenos, con un sonido estridente y resonante que venía desde las siniestras colinas y los rayos que descendían velozmente desde las nubes negras, azotando el suelo como las lanzas de un dios vengativo. Miré atemorizado, pues nunca había visto una tormenta así, pero Lachlan me palmeó la espalda para reconfortarme.

—No tiene importancia, hermano; solo es el clima y pronto marcharemos hacia la gloria.

—¡A la gloria!— Nos dimos un apretón de manos y formamos un círculo de sangre y hierro que ningún hombre podría romper. Éramos los gallowglass de Alistair Mor, señor de Badenoch, y nada podría detener nuestro camino hacia la victoria.

Aquella misma noche llegaron los gorilas. No tuvimos ningún aviso de que llegarían, pero cuando se escuchó un martilleo en la puerta externa y el guardia miró hacia afuera, anunció —aquí hay una docena de caballeros, Alistair; hombres altos con armaduras negras. ¿Le ordeno a los gallowglass que los maten?

Miramos hacia arriba esperanzados y Kenneth tomó su hacha de Lochaber, hasta que oímos su respuesta.

—¡Por el Señor, no! ¡Tráiganlos a la compañía!— Alistair siempre fue el anfitrión más hospitalario y cuando dio esa orden, nos dimos cuenta de que debió haber llamado a esos extraños. Si no lo hubiese hecho, los cáterans que patrullaban los límites de Badenoch le habrían anunciado de su avance.

Los doce caballeros entraron al momento en que la tormenta alcanzaba su apogeo y la luz parpadeante se reflejaba en su armadura mientras se alineaban frente a Alistair. Todos eran altos y vestían una armadura negra que no había visto jamás, y todos tenían visores que ocultaban sus rostros. Lachlan y Kenneth deseaban probar sus habilidades con unos pocos golpes de sus claymores, pero Alistair desestimó tal idea sensata con un movimiento casual de su mano.

—No, mis amigos; yo los conozco. Son familiares de tierras lejanas y deben ser tratados como tal. Cuando vayamos a la guerra, estos hombres serán mis guardias personales, dejando que ustedes, los gallowglass, sean quienes batallen realmente.

Dimos unos gritos ante su afirmación, ya que la pelea era el deleite de los guerreros y nadie quería esperar junto a su señor, quien por necesidad pasa más tiempo dirigiendo el curso de la batalla que participando en ella. Levantamos nuestros cuernos para beber ante los hombres silenciosos que nos rescataban de tal onerosa carga y nos seguimos preparando para la campaña próxima. Seguimos bebiendo, por supuesto, y la bella criada regordeta que tenía de rodillas me ayudó a drenar mi cuerno personal de forma bastante efectiva. No era tan hábil ni imaginativa como Aela, pero tenía la energía suficiente, por lo que se la pasé a Lachlan cuando hube saciado mi deseo.

—Gracias, hermano—, dijo y los miré mientras copulaban hasta que me aburrí de tal monótono deporte y fui en busca de Aela, pero al no encontrarla por ningún lado, gasté mi frustrada energía golpeando a uno o dos esclavos.

—¡Ill Will!— Aela interrumpió mi placer con una risa. —¿Me buscabas?

—Así es—, dije y me olvidé de todo lo demás por un rato, ya que ella podía distraer a un hombre más efectivamente que cualquier otra mujer que haya conocido.

CAPÍTULO SEIS

—¡A la guerra!— Rugió Alistair y nosotros, los gallowglass, lo vitoreamos con energía, ya que ¿de qué estaba hecho un guerrero sino de la guerra?

Salimos del castillo de Ruthven cuando el atardecer primaveral se alzaba sobre las montañas Cairngorm y miré a mi alrededor con asombro. Había creído que era invierno, pero los gansos se dirigían al norte en grandes bandadas, la escarcha disminuía su contacto con el suelo y los pobres volvían a trabajar en las tierras alrededor de sus negras casas. ¿Qué le había pasado al tiempo? Me encogí de hombros: no importaba, ya que estaba entre amigos y cabalgaba a la aventura. ¿Qué más podría querer un hombre?

Era agradable cabalgar hacia la guerra una vez más, escuchar los alardes de mis compañeros guerreros y el continuo golpe de sus pasos en el suelo. Me complacía escuchar el repiqueteo de las espadas contra las cotas de malla, el resoplido de los caballos y el murmullo de voces masculinas mientras cantaban excitantes marchas y peanes que helaban la sangre sobre la victoria inminente. No me había dado cuenta de lo mucho que extrañaba los olores del sudor y la sangre, de los caballos y el metal húmedo, o el espectáculo de hombres armados marchando al unisono.

Alistair nos lideraba desde el frente, como era apropiado de cualquier líder de guerreros escoceses y su nueva guardia se formaba a su alrededor en rangos firmes. Eran guerreros silenciosos, ni una canción o una maldición salía de sus viseras, pero les permitíamos sus excentricidades ya que su presencia nos permitía enfocarnos en búsquedas más honorables, como la de pelea y sangre.

—¿No es bello, Will? ¡Apuesto a que nunca has visto un paisaje como este en tus tierras del sur!

Estaba de acuerdo con Kenneth y sonreí por estar acompañado de tan valiente conjunto de guerreros.

—¡A la guerra!— Grité y mis compañeros gallowglass repitieron mis palabras.

—¡A la guerra!

Marchamos hacia el norte por el páramo de Garnish, aquel lugar que Fergus alguna vez consideró siniestro pero que era tan amigable como cualquier otro sitio que había visitado, con piedras antiguas que hablaban de largas estadías y con su círculo de picos y colinas circundantes. Miré al rededor, olfateé el fresco aire primaveral y me

uní a las canciones gaélicas mientras las gaitas tocaban sus rítmicas melodías de gloria. Seguimos el ancho río Spey hacia el norte hasta el páramo Dava, un lugar ondulante, sombrío y extraño de brezo duro, pinos dispersos y horribles colinas bajas, vacías y uniformes.

Al centro de este páramo había un lago de un hierro metálico más que de color azul bajo el brillante cuenco de un cielo primaveral. El ejército rodeó las costas, en donde árboles solitarios yacían como centinelas ocasionales junto al brezo oscuro y pronto el humo de nuestros campamentos comenzó a ascender, azul y difuso, hacia el cielo.

—Lochindorb—, comentó Lachlan con tranquilidad y apuntó al medio del lago.

He hablado del castillo de Edinburgh y he visto muchos castillos en las Fronteras, en donde los límites de dos reinos se encuentran. Algunos, como Hermitage o Alnwick, son grandes e impresionantes, otros como mi propia fortaleza en Eildon son pequeños y robustos, pero nunca había visto algo similar al castillo que dominaba Lochindorb.

Sus muros de piedra se erguían tan a ras de la isla en la que había sido construido que parecía salir del agua, como si flotara en medio del lago. Había torres redondas edificadas en las esquinas irregulares y busqué en vano señales de alguna ventana o puerta. Parecía haber solo puras e interminables piedras.

—Es un buen lugar para defendernos—, confirmé.

—Es Lochindorb—, dijo simplemente.

Traduje su nombre como "lago de problemas" y asentí. Se veía como un lugar que podía tratar cualquier tipo de inconveniente. Mi señor había elegido bien.

Solo los capitanes de guerra y un puñado de mujeres acompañaba a Alistair mientras abordamos una flotilla de naves y zarpamos desde un muelle para adentrarnos en el lago. Las grandes velas crujían y los remeros cantaban una corta canción mientras nos impulsaban por el agua; todas eran nuevas experiencias para mí, pero ¿no era la vida en el séquito de Alistair un conjunto de experiencias? El viento era frío mientras elevaba las crestas de las olas, pero ninguno de nosotros lo sentía ya que disfrutábamos del calor del favor de nuestro señor, y rodeamos con cautela el castillo hasta la puerta en el agua, la cual se ocultaba de la costa por un saliente en el muro. Un gaitero tocó mientras desembarcamos y una vez que atravesamos la enorme puerta o rastrillo de hiero, el patio estaba tan vacío como debía estarlo un lugar para la guerra y era tan seguro como cualquier castillo de Escocia.

Murmuré para mí mismo los detalles técnicos, como me habían enseñado a hacerlo cuando mi nombre todavía era Fergus Scott y la

vida tenía menos color. —Es un castillo con murallas externas, un recinto con cortinas de más de veinte pies de altura y seis pies de ancho, cuyos ángulos están fortificados por torres redondas. La puerta de entrada está en el muro este, firme por la planchada, y hay una serie de edificaciones a lo largo del muro sur. . .

—¿Qué estás diciendo?— Lachlan me miraba con sospecha, —¿es algún tipo de conjuro?

—¿Qué?— Negué con la cabeza. —¡No, para nada, Lachlan, hermano! Solo estaba observando para mí mismo lo segura que es esta fortaleza.

Asintió. —Hasta el rey Edward Longshanks de Inglaterra necesitó de un gran asedio para tomarla, con sus máquinas de guerra, mangoneles y trabuquetes puestos en la costa y un ejército real completo. Solo un rey pudo capturarlo y hasta el día de hoy no hay nadie merecedor de ese nombre en Escocia. En fin, el ejército de Alistair se asegurará de que nadie llegue tan lejos sin tener grandes pérdidas—. De repente, me sonrió. —Es bueno tenerte con nosotros, Will.

Sujeté su mano en muestra de camaradería. —Es bueno estar aquí, Lachlan.

Sonreí, pensando en el desastre que nuestros gallowglass podrían hacerle a los hombres de Percy y en cómo nuestros cáterans asaltarían, matarían y destruirían las series de suministros y a los recolectores de cualquier invasor. En este castillo Lochindorb, Alistair estaba tan seguro como cualquier rey en la cristiandad.

Había una guarnición fija, un pequeño grupo de gallowglass con rostros aguileños y cáterans morenos, tan leales con su señor como yo, que nos dieron la bienvenida con carne de venado del páramo y pescado del lago. Mi apasionada amiga Aela era una de las mujeres, pero tuvo la fortuna de captar la atención de Alistair aquel día, quien la disfrutó antes de dármela. Nos reímos juntos, Aela y yo, mientras corríamos hacia la torre más alejada y copulábamos como conejos en celo, ignorando los comentarios nerviosos de nuestros camaradas.

La vida era buena al servicio de Alistair y me sentía agradecido de haberlo encontrado. Sabía que las cosas iban a ser mejores, ya que estaba listo para los saqueos y pillajes, para la guerra y para aguantar poderosos ataques.

—¡Lachlan!— Exclamé su nombre. —¿Me enseñarías a usar una de sus claymores para poder unirme propiamente a las filas de los gallowglass?”

Respondió con disposición y otros formaron un círculo para observar mi progreso mientras Lachlan me enseñaba los golpes asesinos y bloqueos que había usado tan efectivamente al pelear contra mí. Incluso Alistair detuvo su tiempo de planificación para

mirar y Aela me dio unos gritos para alentarme, hasta que él atrajo su mirada y los dos desaparecieron.

Luego de más o menos una hora, Lachlan y yo trepamos hasta las almenas y descansamos sobre nuestras espadas, contemplando la luz del sol jugueteando en el agua.

—El obispo Burr ha oído de nuestro avance—, me dijo con sobriedad.

Me encogí de hombros. —Bien— dije. —Difícilmente es un secreto —. Señalé con un gesto la vasta fuerza de Badenoch que acampaba en las costas del lago. Debía de haber unos tres mil hombres allí, contando armas y cronistas, gaiteros y arpistas, tartanes y estandartes y grandes expectativas de saqueos. No era un ejército tan grande como el que el conde Douglas había llevado a Northumberland, pero era más adecuado para este terreno por estar compuesto de un núcleo sólido de gallowglass con sus cotas de malla y con hordas de cáterans de apoyo, quienes eran seguramente la infantería ligera más efectiva en la cristiandad.

—El obispó pidió ayuda a sus vecinos—, continuó —por lo que puede que no sea tan fácil como esperamos.

—¿Cuáles vecinos?—

—Thomas Dunbar, el alguacil de Inverness. Tiene caballeros armados y lacayos, por lo que nuestros cáterans serán superados en números—. Por primera vez desde que lo conocía, Lachlan parecía preocupado. Hablaba como un soldado profesional y me di cuenta de que estos gallowglass eran más que solo guerreros salvajes, sino que estudiaban las artes y habilidades de su profesión con la misma responsabilidad que cualquier barón armado del sur.

—Puede que los superen en números, pero no a los gallowglass—. En realidad estas noticias me complacían un poco. Me preguntaba cómo les iría a los gallowglass contra caballeros convencionales e infanterías, y ahora tenía la oportunidad de verlo.

—Es verdad—, su sonrisa volvió, tan retorcida y malvada como siempre. —¡Los haremos pedazos!

—¡Los destrozaremos!— Asentí y gritamos nuestro desafío contra el ejército del obispo hacia el cielo azul.

Pasamos dos días en Lochindorb, que era la base favorita de Alistair por su seguridad y por la caza en el páramo circundante, y luego volvimos a marchar hacia el norte desde la región de colinas hacia las tierras bajas de Moray.

Me pareció toda una vida desde la última vez que había visto acres de tierras para cultivos y contemplé Moray mientras se desplegaba frente a nosotros. Es una provincia vasta y bella de tierras agrícolas salpicada con grandes y pequeños asentamientos antiguos y que se extiende hasta las costas del fiordo de Moray, un profundo estuario

del mar del Norte. Gran parte de Moray es llano, por lo que se inunda con facilidad, especialmente luego de que la nieve se derrite en la primavera y durante la lluvia otoñal, y esa agua se ha juntado en un gran lago poco profundo llamado Spynie, en donde el obispo tiene un palacio. El Laigh de Moray es el nombre de esta tierra baja que se extiende entre el mar y las colinas. Es campo abierto, hogar de una gente sumisa y repleto de lugares para saquear.

Nos detuvimos en una pequeña elevación desde la que veíamos una amplia área de terrenos opulentos y pueblos más suculentos, todos carecían de murallas y estaban desprotegidos ante nuestros hombres, y no era el único que se relamía ante la idea de tantos botines.

—¡Vamos mis muchachos! ¡Vamos, mis bellezas de Badenoch!— Esperaba que estos guerreros gaélicos descendieran en una horda indisciplinada, pero Alistair los tenía controlados y nos adentramos sin parar en Moray. Los capitanes de los clanes enviaban a sus cáterans a quemar y saquear en los alrededores de nuestras columnas, para que el ganado y las ojeadas, como le llamábamos en la Frontera a las miradas que se daban desde el interior de las casas, no retrasaran nuestro avance.

Miré a mi alrededor. Alistair iba al frente vestido con una armadura negra que combinaba con su barba negra cada vez más desgreñada y flanqueado por sus guardias. Incluso durante la campaña estos hombres se mantenían alejados del resto, acampaban juntos y nunca parecían comer ni dormir; con esa eficacia protegían a Alistair. Respetábamos su devoción pero a pesar de que lo intentamos, nadie pudo entablar una amistad con ellos. Eran una fuerza aparte, con nosotros pero no nuestra, y empezábamos a verlos con apenas un toque de celos ya que nadie, ni siquiera los capitanes de guerra, podía acercarse a Alistair sin que los guardias dieran su permiso.

Detrás de Alistair y su guardia había un grupo de gaiteros que tocaban la música más emocionante que jamás había oído. Era tan esencial que parecía salir de la tierra y levantar nuestros pies para que ninguna distancia fuese demasiado larga mientras marchábamos a Moray.

Sin embargo, el primer día solo avanzamos diez millas hasta que Alistair ordenó que nos detuviéramos. Así lo hicimos, aunque hubo algunas quejas de los cáterans hasta que los guardias se metieron entre ellos. Un hombre fue colgado; su cuerpo se retorcía y se sacudía en la rama de un árbol y luego de eso las quejas se acabaron.

—¿Por qué paramos?— Le pregunté a Lachlan, quien solo pudo negar con su cabeza. Él sabía tan poco como yo, pero confiaba en Alistair.

—Alistair Mor tendrá sus razones—, dijo con serenidad y lo acepté.

Estábamos en un pequeño otero, una loma que proporcionaba buenas vistas del campo que lo rodeaba. Un pequeño río se enroscaba en la base, el cual no demasiado profundo como para ser una protección, pero sí nos aseguraba que tendríamos agua para hombres y caballos, y Alistair les ordenó a los cáterans que trajeran unas veintenas de habitantes de Moray para hacerlo más profundo y ancho.

—O ellos trabajan o ustedes lo harán—, dijo con una amplia sonrisa y supimos que los cáterans capturarían un buen plantel de esclavos.

Observé la tarea de estos obreros forzados y me sorprendía que no compartieran mi placer por servir a mi señor Alistair. Con los cáterans manejándolos con puños y puntapiés, su renuencia no importaba y pronto el río era más profundo y los bancos más empinados, por lo que ninguna fuerza nos podría atacar allí.

—Estamos esperando a Thomas Dunbar, el alguacil de Inverness—, le di mi evaluación. —Nos está usando para tentarlo, para poder derrotarlo en una batalla y tener el resto de Moray para nosotros.

Lachlan me miraba fijamente, como si no pudiese comprender incluso una simple trampa, pero era un gallowglass, cuya única estrategia es recibir y dar golpes y cuya virtud es solo el coraje. Yo era de la Frontera, criado con personas para quienes el engaño es su segunda naturaleza. Nadie puede vivir sobre la frontera inglesa sin estar atento a las emboscadas y a los engaños; es algo necesario cuando uno se enfrenta contra un enemigo tan traicionero, con más hombres y más recursos de los que nosotros tenemos.

Al tercer día, con las defensas terminadas, Alistair ordenó que mataran a los obreros y mandó a buscar a sus cáterans. Se reunieron de a miles: hombres delgados con zapatos de cuero, la mayoría vestidos con tartanes de varios colores y algunos con pieles de venado embadurnadas con alquitrán para servir de protección contra una puñalada imprevista. Se aferraban a sus delgadas dagas testiculares o sus puñales del largo de un brazo, cambiaban de rangos y conversaban con interés.

Mientras los gallowglass observábamos, encordábamos nuestros arcos y sentíamos las enormes puntas de las flechas, Alistair les daba órdenes concisas a los cáterans.

—Quemen, saqueen, violen y destruyan—, ordenó. —Hagan que el campo al oeste sea un desperdicio, pero no entren en los pueblos. Aún.

El vitoreo debía de haber despertado lágrimas en los asentamientos distantes de Forres y Elgin, ya que esa era exactamente la clase de órdenes que más amaban los cáterans.

—Y cuando hayan colmado sus ansias de saquear—, continuó cuando el ruido amainó a un simple rumor, —vuelvan a mí. Y traten de mantenerse con vida; tal vez los necesite en la pelea.

Riendo ante el recuerdo de su propia mortalidad, se dividieron. Guiados por sus tenientes, los hombres que rentaban tierras del jefe del clan, corrieron hacia el oeste tan rápido que solo pocos jinetes mantendrían su paso, pero con poca gracia. Excepto al danzar, los gaeles no son gente de gracia.

En una hora comenzamos a ver las columnas de humo que se elevaban hacia un cielo indiferente, humo que crecía continuamente en volumen y masa hasta que toda la llanura oeste de Moray parecía resguardada bajo una neblina azul.

—Eso atraerá al alguacil Dunbar y al buen obispo—, dijo Lachlan y tocó con su pulgar la cuerda de su arco. Su sonrisa era la de un guerrero puro, sin una chance de duda en ella. —Pelearemos en dos días, fronterizo, y luego de haber derrotado a Burr y al alguacil tendremos una provincia indefensa en la cual jugar.

Me reí, aunque no estaba seguro si deseaba más la masacre de la batalla o la idea de violar y saquear, pero de cualquier forma, el futuro se veía prometedor. La vida se había vuelta más simple y más colorida desde que le di una oportunidad a Alistair: buena compañía, mujeres fáciles, peleas y saqueos; ¿qué más podría querer un guerrero?

El resplandor de luz me tomó totalmente por sorpresa por lo que caí de espaldas, cubriendo mis ojos. Maldije sin estar seguro de lo que había sucedido y escuché la voz, como si estuviera distorsionada por el tiempo y la distancia, retumbando en mí.

—¿Quién es?

Nadie contestó y el brillo me lastimaba mientras intentaba alejarme. Maldije otra vez y agité mis manos como un niño pequeño en sus primeros intentos infantiles de pelear, pero esa luz fuerte seguía brillando, quemando mi cuerpo hasta que parecía exponer mi alma.

—¿Quién está ahí?

La pantalla opaca de cristal me era familiar y la arañé con esperanza, pero aunque podía ver las figuras del otro lado, no podía alcanzarlas. Maldije una vez más y agité mi puño por la frustración. —¿Quién eres? ¿Qué quieres? ¿Por qué no me dejas en paz?

No hubo respuesta, excepto por el anhelo desesperado que venía de afuera de mi cuerpo, y por dentro también, como el lamento de un niño solitario.

—¡Will!— Lachlan parecía casi preocupado al levantarme, negué con mi cabeza y lo miré fijamente como si fuera un extraño. —¡Will! ¿Qué sucedió?

—No lo sé. Había una luz tan fuerte que era dolorosa y que me tiró al suelo.

Movió su cabeza. —¿Una luz te tiró al suelo?— Su risa era dura. —Creo que has pasado demasiado tiempo con Aela, fronterizo. Mucha

fornicación vuelve a un hombre débil. Es hora de que tengas una buena pelea.

Nos reímos juntos mientras descartaba el incidente e intentamos un combate de práctica con nuestras claymores para refinar mis habilidades antes de que el ejército combinado del obispo de Moray y del alguacil Dunbar de Inverness llegara. Esperábamos con ansias la batalla.

Permanecimos impacientes en aquel campamento por un día más, con la mayor parte de los cáterans merodeando y unos pocos disgustados proveyendo una protección del otro lado del río, pero en la mañana del cuarto día llegó un mensaje del alguacil Dunbar.

Debió haber traído algo de su artillería móvil con él, ya que lo primero que supimos de sus intenciones fue un extraño sonido silbante y un fuerte golpe cuando un misil cayó en medio de nosotros. El sonido volvió una y otra vez mientras más misiles caían, aunque la mayoría golpeaba el suelo sin causar daños, pero uno se estrelló contra el pecho de un gallowglass, lo tumbó de espaldas y lo dejó con un jadeo enfermizo.

—¡Mangoneles!— Lachlan hablaba del tipo de catapulta que nos había lanzado los misiles. —No me lo esperaba.

—Lo que es más importante—, dijo Alistair, —es con lo que nos están disparando—. Levantó uno de los proyectiles más cercanos y lo balanceó en su mano. Era una cabeza humana, cercenada de su cuerpo con el corte limpio de un hacha. —Era Dougal, uno de mis cáterans. El obispo mordió nuestro anzuelo—. Soltó su cabeza como si no fuera diferente de una piedra, lo cual no era cierto por supuesto, ahora que Dougal no la necesitaba y trepó al árbol más cercano como si fuese un niño de diez años y no un hombre de. . . ¿Cuántos años? Nunca estaba seguro de mi señor Alistair.

—Sí; mis cáterans me informaron de la llegada del obispo y hay miles acampando ahí—. Hablaba con tranquilidad, como si hubiese estado bastante preparado para pelear esta batalla en lugar de solo organizar un ataque para enseñarle una lección al impertinente obispo.

Trepé al árbol también y observé el noroeste. Podía ver los estandartes ondeando sobre los hombres con cotas de malla y los enormes brazos de madera de las máquinas de guerra mientras se preparaban para cargar y disparar más proyectiles en nuestra dirección. El ejército de Burr se extendía en una formación de batalla en las tierras más bajas, con su caballería en los flancos y el centro, y la infantería ocupando los espacios. Se veían profesionales, con la reluciente luz del sol en sus yelmos de acero y sus múltiples puntas de lanzas, entonces me reí.

—¡Será una buena pelea, Alistair!

Hubo otro silbido tenue y otro golpe contra el suelo. La cabeza rodó hacia nosotros con su boca abierta y sin los ojos en sus cuencas. Lachlan lo movió a un lado con un golpe indiferente de su pie.

—Si seguimos aquí—, comentó Alistair con tranquilidad, —pronto cambiarán sus municiones tan simples a rocas y alquitrán en llamas. Debemos avanzar para encontrarnos.

Los obreros muertos se preguntarían por sus esfuerzos en vano cuando desfilamos desde nuestra defensa hacia el campamento del ejército del alguacil Dunbar y el obispo Burr, pero no nos importaban sus sentimientos, vivos o muertos. Después de todo, ¿no era que todo el mundo había llegado a esta tierra para servir a mi señor Alistair? Una vez más los gaiteros tocaron sus rítmicas melodías y los capitanes alinearon a sus hombres. Oí la voz de Lachlan sobre la del resto y me encaminé hacia él entre la gente.

A pesar de que el obispo había capturado a un par de veintenas de cáterans, la mayoría había conseguido volver al ejército y acomodarse en pequeños grupos, algunos riendo de la diversión que experimentaron, otros prometiendo venganza contra el alguacil que había asesinado a sus camaradas, pero todos decididos a pelear por Alistair.

—¿Insistes en cabalgar ese caballo, Ill Will? ¿O lucharás a nuestro lado?— Kenneth balanceaba su claymore sobre su hombro derecho como si fuese un juguete mientras medía la tensión de su arco.

—Seguiré montado— decidí —porque recuerdo lo fácil que fue para Lachlan humillarme con su claymore.

Se rieron de eso y se burlaron de Lachlan como lo había esperado, y comenzamos a marchar con Alistair en el medio, protegido por su guardia y con nosotros a cada lado. Los clanes iban en la segunda linea y cada jefe era apoyado por su retaguardia de guerreros, mientras la gran masa de cáterans estaba esparcida en los flancos. Oí la fuerte orden de Alistair y un estandarte se elevó sobre su cabeza. Se desplegó lentamente para revelar la cabeza de un lobo en un estandarte verde.

—¿Ves eso, fronterizo? Alistair habla enserio esta vez: desplegó el estandarte con la cabeza de lobo, ¡significa sin piedad!— La sonrisa de Lachlan no podía ser más grande mientras un tenue rumor retumbaba en los rangos. Fue el primer día que escuché su nuevo lema, pero era uno que recorrería Escocia como una plaga y que causaría que los hombres valientes temblaran con miedo, que las mujeres pierdan a sus bebes y que el peor de los niños se comporte.

—¡El lobo de Badenoch!

Esas cuatro palabras se repitieron una y otra vez mientras nuestro ejército avanzaba. Todos los varios lemas de los clanes quedaron en silencio mientras todos gritábamos las mismas palabras hasta que

parecían una fuerza sólida, una adición a nuestro ejército que giraba frente a nosotros para provocar miedo en los rangos enemigos.

—¡El lobo de Badenoch!

Me encontré coreando las palabras y miré a cada lado para ver el mismo lema en los labios de Lachlan y Angus, Kenneth y el resto. Sus ojos también eran diferentes, como si tuviesen una extraña lámina que prometía el mal a cualquier hombre que se cruzara en su camino.

—¡El lobo de Badenoch!

Podía ver al enemigo adelante agrupado alrededor de tres enormes máquinas de guerra de madera que deben haber sido los mangoneles que habían lanzado las cabezas humanas a nuestro campamento. Mientras el sol ascendía, sus rayos se reflejaban en un despliegue de acero como el que no veía desde la campaña en Otterburn, que era un recuerdo vago y distorsionado.

Teníamos cerca de tres mil hombres, pero la mayoría eran cáterans con armaduras ligeras, excelentes para merodear y hacer trabajos de guerrilla, pero de poco uso, pensaba, en la locura que implican los ataques cuerpo a cuerpo en una batalla real. El obispo y el alguacil tenían menos que nosotros, tal vez dos mil hombres, pero su núcleo era un grupo de caballería completamente armado con lanzas y acero. Vacilé, pero no estaba solo. Alistair guió al resto del ejército en un trote continuo que acortó la distancia entre nosotros con tanta rapidez que tuve que espolear para seguirles el paso.

—¡Arqueros!— Dio la orden.

Esperaba que el ejército se detuviera, como lo hacían los ingleses, y que los arqueros se concentraran en una única falange para que sus astas cayeran en una fracción seleccionada del despliegue enemigo, pero estos highlanders no peleaban de esa forma. En su lugar, los gallowglass soltaron sus claymores, se las dieron a un acompañante atento y acomodaron las flechas en los arcos mientras seguían corriendo.

Nunca había imaginado que se pudiera hacer algo así, pero en unos minutos las primeras flechas salieron lanzadas hacia el enemigo.

El suelo estaba nivelado, eran principalmente campos acaballonados que habían sido plantados recientemente y los recorrimos con rapidez. Como iba a caballo tuve mejor vista de los resultados de las flechas y vi a los primeros hombres caer, pero mientras observaba, una segunda y una tercera descarga se unieron a la primera, por lo que había unas pocas veintenas de bajas que yacían indefensas y algunas retorciéndose en el suelo mientras nos acercábamos; no era suficiente para dañar seriamente el ejército del obispo, pero lo suficiente como para provocar consternación y para inquietar su formación.

Y entonces nos encontramos.

CAPÍTULO SIETE

Fue una batalla como jamás había escuchado; un choque de culturas e ideales, completamente frontal, un enfrentamiento descontrolado entre dos fuerzas que se odiaban tanto que no cabían pensamientos de clemencia o piedad, solo existía el deseo de herir y lisiar y asesinar.

Los caballeros fueron los primeros en cargar, dejaron sus posiciones en el medio de las lineas del obispo para arremeter contra nosotros. Vi que las flechas rebotaban sin causar daños en las armaduras plateadas, aunque un caballo calló, y luego los gallowglass recuperaron sus claymores y se adelantaron mientras los cáterans, quienes yo pensaba que serían superados en número, se agolparon contra los jinetes que nos flanqueaban. Vi que la caballería se adentraba en un grupo mientras los otros se cerraban, luego, la pelea ya estaba sobre nosotros y tuve que concentrarme en mi propio frente e ignorar las otras partes de la batalla.

Fue Lachlan quien recibió al primer jinete, esquivó el golpe de una lanza con esa destreza increíble que había presenciado antes y blandió su claymore en un golpe aparentemente relajado que rebanó el cuello del caballo. Su cabeza entera cayó, el caballero salió catapultado sobre el cuello sangrante y antes de que tocara el suelo, Lachlan volvió a golpear y casi lo corta a la mitad por la cintura. Salió disparado un chorro de sangre, el primero de aquel glorioso día.

Dije una maldición por la admiración y observé a una docena de cáterans agruparse alrededor del siguiente caballero, esquivando los golpes de su espada mientras sus puñales incapacitaban al caballo y lo herían en sus zonas vitales. Gritó en agonía, el caballero atravesó a un cáteran, y luego él y su caballo cayeron al suelo y las dagas comenzaron a clavarse en cada punto débil de su armadura.

Primera y segunda sangre para Alistair, pensé, y galopé hacia el frente gritando —¡el lobo de Badenoch!— Estaba desesperado por demostrarle a mi señor que era digno pero uno de los caballeros avanzó hacia mí, apuntó con su lanza y cargó. Controlaba un poderoso corcel, una criatura vivaz que era unos dos palmos más alto que mi pequeño caballo, mientras que su lanza era tres pies más larga y tres veces más pesada. Sin embargo lo enfrenté lanza contra lanza y en el último instante moví a un lado mi caballo, esquivé su golpe y se la incrusté en su montura.

La punta hirió al caballo en su brazo izquierdo y relinchó lastimosamente, por lo que me recuperé y lo pasé, para volver y

golpearlo una vez más, consciente de que una docena de cáterans me observaban ansiosos de involucrarse. No quería su ayuda; éste asesinato era mío.

—¡Vuelve!— Di un gruñido para señalarles que se alejaran. —¡Lo quiero!

Mientras su caballo andaba con dificultad yo hacía círculos a su alrededor lastimándolo con mi lanza, pinchándolo y provocándolo hasta que comenzó a corcovear y encabritarse. El caballero soltó su lanza para intentar controlarlo pero yo seguí pinchando en sus sitios más sensibles. —¡Cae! ¡Cae, señor caballero!

Miraba a todos lados frenéticamente e intentaba desenvainar su espada, pero era lo que yo había estado esperando. Me acerqué, me incliné, preparé mi lanza y la incrusté por debajo de su coraza de acero en su ingle. Oí su grito incluso en el clamor de la batalla, y cuando cayó, los cáterans lo esperaban como lobos. Sus puñales subían y bajaban hasta destrozarlo. El yelmo rodó y se alejó, y la cabeza joven y pálida de un muchacho me observaba con los ojos y la boca abierta.

—¡El lobo de Badenoch!— Exclamé, regodeándome por haberlo matado y regresé a la batalla.

Mis camaradas gallowglass había hecho bien su trabajo. Formaban una línea, marchaban hacia adelante, blandían sus enormes claymores y atravesaban caballo, jinete y pies sin pausa. Habían tenido bajas, por lo que había hombres desplomados en el suelo, pero habían infligido muchas más en su incesante avance paso a paso. Observé por un segundo para disfrutar su progreso y cuando desmonté, tomé la claymore del lomo de mi caballo y me lancé hacia adelante.

—¡Déjenme ir! ¡Soy un gallowglass! ¡Hagan lugar para Ill Will Armstrong!

—¡Bien hecho, Will!— Lachlan me saludó con una sonrisa. Estaba escarlata desde su frente hasta sus rodillas pero intuí que ni una gota de esa sangre provenía de sus venas. —¡Agarra una cota de malla de alguno de los cuerpos, hombre, o no durarás mucho aquí!

Era un buen consejo y lo acepté, y luego de unos minutos regresé luciendo como mis colegas, aunque sin tener su habilidad.

—¡Acércate, fronterizo!— Kenneth me vio vacilando, —¡aún hay muchos más para matar!

Me abrí paso hacia el frente, alcé mi espada y me puse a trabajar. Eso era asesinar, era la gloria, era matar y matar y volver a matar. Nos abrimos paso asesinando a los hombres armados que se nos oponían; con nuestros enormes claymores cortábamos brazos y piernas, cercenábamos cabezas y, cuando los expertos como Kenneth y Angus las empuñaban, incluso cortaban hombres a la mitad. Cada tantos minutos dábamos unos pasos hacia adelante, gradualmente

empujando a los hombres frente a nosotros y escuchaba a nuestro segundo rango cantar alguna canción de batalla antigua.

Estábamos parados sobre hombres y pedazos de hombres y si alguno sobrevivía el golpe de una claymore, siempre había una hueste de cáterans listos para terminarlos con sus jabalinas o puñales. Cuando uno del rango delantero se cansaba, daba un paso atrás y el guerrero detrás tomaba su lugar, por lo que siempre había un suministro fresco de gallowglass en la linea de ataque y el ejército del obispo se encogía minuto a minuto. Al centro de nuestra línea, guiando con su ejemplo, Alistair asesinaba más de lo que uno solo hacía. Era un colega entre guerreros, un capitán del que estar orgulloso.

Los enemigos eran valientes. Pelearon con sus espadas cortas y lanzas largas, sus bisarmas y hachas y coraje crudo y desesperado, pero éramos demasiado para ellos. Tanto los gallowglass al frente y los cáterans en cada flanco, desde nuestros rangos traseros seguían descargando sus flechas y lanzando dardos con las manos, lo que disminuía el número de enemigos y evitaba que los apoyos llegaran.

Pasamos los grandes mangoneles que estaban detrás del ejército del obispo; pronto estarían detrás del nuestro. Y luego su ejército se separó. En un momento estábamos peleando con desesperación, cortando con nuestras espadas, esquivando los golpes de sus largas lanzas de dieciocho pies, matando a sus hombres por diversión y por Alistair y al siguiente todo lo que veíamos eran las espaldas de los sobrevivientes que huían aterrados.

Tiraban sus armas y soltaban sus armaduras para mayor velocidad mientras se daban la vuelta y corrían, lo que era probablemente lo peor que podían haber hecho.

—¡Suelten a los perros!— Gritó Alistair. Estaba a unos cuantos hombres de distancia, rodeado por sus guardia personal que asesinaba en silencio. —¡Suelten a los cáterans para la cacería!

Había visto unas cuantas cacerías de venados en donde los enormes sabuesos peludos corrían junto a los animales, mordiendo y asustándolos hasta matarlos, pero no era nada en comparación con ver a los cáterans sueltos tras los sobrevivientes del ejército del obispo. Aullaban como el lobo en el estandarte de Alistair, levantaban sus puñales y galopaban a la matanza. Nunca había visto a hombres disfrutando tanto de la cacería; estos cáterans competían para matar a más enemigos usando el golpe desde abajo en la ingle como su método favorito para ejecutarlos y dejando que la victima muriera gritando y retorciéndose en el suelo empapado de sangre.

Cuando me dispuse a unírmeles, Lachlan puso una mano fuerte sobre mi pecho. —Quieto, fronterizo. Ya hicimos nuestro trabajo, es el momento de los cáterans ahora; ¿les negarías la diversión de la caza?

—¿Me la negarías a mí?

Su mirada era severa. —Todos somos guerreros, Will. Peleamos lado a lado; te he visto en tu caballo y te he visto con la claymore: estos . . .— señaló a los cazadores, —estos son homicidas, asesinos y criminales certeros. Lo que ellos hacen es . . . — se encogió de hombros, —bueno, no es la labor de verdaderos guerreros.

Asentí. Aún sentía la sed de sangre, pero fui lo suficientemente sensato como para no enajenarme de hombres como Lachlan y Kenneth. Esperaba mantener su favor casi tanto como quería la aprobación de Alistair.

Observamos la matanza desapasionadamente, indiferentes, ya que esos eran los soldados del obispo de Moray, quien había insultado a nuestro señor. Luego de algunos momentos, Alistair le dio la espalda al campo de batalla.

—Hemos terminado aquí— dijo. —El obispo ha fallado. Ahora debe aprender el precio de su orden de excomulgación—. Escupió la última palabra como una maldición, se montó en su gran caballo negro y volteó su cabeza hacia el norte. Como si fuesen un solo hombre, su guardia personal se cerró a su alrededor, sus armaduras negras estaban impecables a pesar del caos sobre el que caminaban y nosotros, sus fieles gallowglass, seguimos sus pasos. Uno a uno, los jefes de Badenoch tomaron sus decisiones, si continuar con la matanza o si seguir a Alistair. No sé si a él realmente le importaba lo que hicieran; lo habían ayudado a conseguir su victoria y eso era suficiente. Tenía hombres suficientes para arruinar los asentamientos del obispo de Moray y era lo único que le importaba, y a nosotros también, ya que era nuestro señor.

Oí el tañido de unas campanas de iglesia mucho antes de ver el pueblo y el sonido era placentero. Los burgueses de Forres debieron haber conocido el resultado de la batalla y se preparaban para pelear o huir. Si Forres hubiese sido un pueblo de la Frontera, debería haber una muralla defensiva y torres robustas hacia las que los burgueses podrían correr, pero estábamos a cientos de millas al norte de la frontera inglesa y por tanto yacía abierto a cualquier intención de hombres hostiles y a cualquier tipo de arma.

La calle principal de Forres era larga y ancha, con la iglesia cerca del centro, y marchamos como si fuéramos los dueños del lugar, lo cual era cierto, por supuesto, por derecho de la conquista. Alistair lideraba desde el frente, su barba negra se movía en el viento y su guardia actuaba como su escudo protector. Los gallowglass marchábamos en una falange de cotas de mallas y cantábamos nuestro lema en un coro sin parar que retumbaba por las casas de piedra con techos de paja.

—¡El lobo de Badenoch! ¡El lobo de Badenoch!

Alistair nos detuvo con un simple gesto de su mano y su guardia se

formó a su alrededor. Nosotros nos quedamos en un grupo compacto de un lado y los clanes de Badenoch del lado opuesto. Los cáterans, compuestos de los peores criminales y hombres indeseados de toda Gaeltachd esperaron hambrientos para esparcirse en el temeroso pueblo.

—Forres es nuestro ahora—, Alistair elevó su voz. —¡Ahora es suyo! ¡Tomen lo que quieran!

Pensaba que tenía experiencia en el arte de los saqueos luego de la campaña en Otterburn, pero estos cáterans, respaldados por los clanes y la mayoría de los gallowglass, me mostraron mi error. Hasta ese día había visto el accionar de caballeros. Ahora presenciaba la forma real.

Los cáterans soltaron un grito de alegría y se dividieron, se volcaron por las estrechas calles y se movieron en manada sobre las paredes hacia los jardines de col rizada en donde los burgueses cultivaban su alimento. Seguían los clanes y luego nosotros, los gallowglass.

Vaciamos el pueblo de Forres. Saqueamos las casas, quemamos las iglesias y matamos a aquellos hombres que querían pelear, o quienes protestaban cuando sus mujeres eran violadas. La guardia trabajó en un frenesí silencioso, manteniendo su grupo cerrado alrededor de Alistair y matando sin piedad ni excusas. Mientras él y su guardia se concentraban en las iglesias, el resto de nosotros nos divertíamos con lo que quedaba. Me uní con placer por supuesto porque este era uno de los poblados del obispo. Había insultado a mi señor Alistair.

—Junten los libros sagrados— ordenó. —Quiero una pila de todos los documentos sagrados, libros y reliquias.

Hicimos como ordenó; le llevamos todas las gloriosas biblias escritas a mano y decoradas con joyas, todos los pedazos de huesos de santos, todos los pergaminos enrollados y los libros que los monjes habían tardado tanto tiempo y esfuerzo en crear, y los apilamos en el centro del pueblo. Él observaba, sonriendo mientras el montón crecía y lanzó él mismo la antorcha. Cuando la fogata alcanzó su máximo, los cáterans comenzaron a bailar alrededor de las llamas y los gallowglass los miraban sin aprobarlo ni desdeñarlo.

¿Por qué lo reprobarían? Si Alistair quería quemar cada libro de Escocia, entonces lo ayudaríamos. Éramos sus hombres.

Pasamos la noche en Forres, disfrutando de la hospitalidad de este pueblo alguna vez próspero, y estas altas horas estuvieron perfumadas con el humo de las casas en llamas y se escuchaban las melodías de los llantos de las mujeres y los gemidos de los hombres moribundos. Me incorporé también, por supuesto, y Lachlan y yo pasamos una noche agradable de saqueos y rapiña. La vida era muy dulce al servicio de Alistair.

Mi señor nos dio el día siguiente para descansar, pero luego nos

dirigimos al este, a través del llano de Moray, con el mar de un brillante azul al norte, y nuestros cáterans transformaron el paisaje verde en gris con los humos de las granjas y pueblos en llamas. Moray era aún más abundante de lo que creía al principio y nos alimentó bien, por lo que nuestro avance fue más lento a causa de las manadas de ganado y las pilas de botines de las casas. Una vez más usamos a los campesinos locales para llevar nuestros bienes y cualquiera que protestara le respondía a la espada. Solo los más afortunados morían rápido.

Quemamos la rica abadía de Pluscarden en su verde y apacible valle y nos reímos al ver a los monjes de vestimentas blancas huir de nosotros aterrorizados. Quemamos las granjas alrededor, matamos su ganado, robamos las abejas de su miel y seguimos marchando, enseñándole a Moray lo que acarreaba insultar al lobo de Badenoch.

Pudimos ver cómo huían los pobladores cuando nos acercábamos a la capital eclesiástica del obispo, Elgin, pero nuestros cáterans pronto salieron tras ellos en manada. Por más que la violación de Forres fue muy placentera, Elgin prometía mucho más ya que era ahí donde vivía el obispo y ahí se guardaban sus tesoros primordiales. Esperábamos con ansias saquear Elgin.

—¡Deténganse, muchachos!— Alistair dio esa orden inesperada y el ejército se detuvo, asombrado y descontento, a solo un disparo de flecha del pueblo; con solo las curvas del río Lossie bloqueando nuestra entrada, los chapiteles y las torres de las iglesias nos tentaban con sus riquezas.

—Escuchen, mis hombres—, nos dijo de frente, con su barba erizada y su oscura guardia en silencio a su lado. —Forres solo era el preludio: Quiero enseñarle una buena lección al obispo Burr.

Vitoreamos sus palabras; estábamos listos para hacer lo que nuestro señor requiriera, por su beneficio y por nuestro mero placer de destrucción. Ya habíamos saboreado los saqueos y la sangre, y esperábamos continuar.

—Aquí están los lugares que quiero que destruyan— nos miró por encima de su enorme caballo negro, con unos ojos enrevesados. —Quiero que destruyan el hospital de Maison Dieu, la universidad y las casas de los canónigos.

Gritamos por cada nombre, ya que eran edificaciones prósperas, entre las más ricas y espléndidas del norte, cada una tan hermosa como cualquier otra en Escocia e igual de importante que las otras en las islas británicas. Romperlas en pedazos sería una experiencia mucho más placentera que solo saquear las cabañas de los burgueses de Forres.

—Y luego—, dijo y su voz se sentía como rocas aplastadas bajo un taco de acero, —¡y luego quiero que destruyan por completo la

catedral de Elgin!

Hubo un silencio luego de esas palabras, ya que la catedral era una de las maravillas del mundo. Era un edificio enorme que bien merecía su nombre de Farol del Norte, por el conocimiento y la sabiduría que allí se almacenaba, y el cual se diferenciaba de su entorno. Estaba construida con piedra esculpida y con formas talladas, yacía a un lado del río Lossie y predominaba en el pueblo de Elgin y la mayor parte de Moray, con sus torres magníficas y enormes ventanas circulares que observaban al mundo como el rostro de dios.

Mientras que un ataque al resto sería una agresión personal hacia el obispo, destruir una catedral así era una agresión a la iglesia misma. Nos miramos por un segundo mientras entendíamos la magnitud de la demanda de Alistair y luego, uno tras otro, elevamos un aclamación que debió haber sacudido a los ángeles en sus taburetes dorados y que debió hacer que San Pedro soltara su péndola dorada.

—¡El lobo de Badenoch!— Coreamos nuestro lema de cuatro palabras, —¡el lobo de Badenoch!

—Más aún—, dijo Alistair cuando al fin nos calmamos, —no quiero que tengan nada de piedad con los hombres santos. Quiero a todos los monjes muertos, de la forma en que ustedes lo prefieran. Sepan bien esto—, se inclinó hacia adelante sobre su caballo negro y su guardia se movió a un lado para aumentar el impacto de sus palabras. —Sepan bien esto: si encuentro a algún hombre mostrándole piedad a un monje, lo colgaré muy lentamente.

Asentimos ante su amenaza y me sentía contento de no ser un hombre santo en la ciudad eclesiástica de Elgin aquel día.

Levantó sus manos en el aire, giró sobre su montura y apuntó a Elgin. —¡Ahora vayan!— Ordenó, —¡y hagan bien su trabajo!

Exclamamos por el respeto a sus órdenes y nos lanzamos en manada como los lobos en los que nos habíamos convertido. Había un solo puente sobre el serpenteante Lossie, pero la mayoría prefirió vadear el río y si alguno moría en la corriente, bueno, simplemente significaba más botín para el resto. Le presté tan poca atención a los gritos de los perdidos como el resto de nosotros y en pocos momentos nos adentrábamos en las estrechas calles y jardines florecientes de Elgin.

Forres había sido un pueblo próspero, pero Elgin era rico, fabulosamente rico; con más riquezas de las que podíamos soñar. Había visto las abadías en la Frontera: Melrose, Jedburgh, Kelso y Dryburgh, pero los ingleses habían hecho estragos repetidamente y habían arruinado mucho de su esplendor. La geografía de Elgin le traía una ventaja ya que la Frontera estaba a cientos de millas y los ingleses solo habían recorrido esta distancia dos veces a mi entender. Para hombres como nosotros, esto era casi territorio virgen y

aprovechamos nuestra oportunidad al máximo.

Mientras los habitantes abandonaban el pueblo, nos divertimos con su propiedad y convertimos al farol del norte en una caricatura de su nombre. Robamos y saqueamos, matamos y violamos y si los burgueses no cedían voluntariamente lo que queríamos, pues entonces había muchas torturas exquisitas que podíamos intentar. Me sorprendió el ingenio de algunos de los cáterans mientras le preguntaban los paraderos de las mujeres, el vino y el oro. Mis compañeros gallowglass, por supuesto, no formaron parte de tales gustos; después de todo éramos guerreros y Alistair compartiría su tesoro con nosotros cuando llegara el momento, pero miramos alegremente como Elgin se transformaba de un burgo próspero a un desastre ardiente. Estábamos ahí para enseñarle una lección al obispo y así lo hicimos.

—No insultará a Alistar de nuevo—, rugió Lachlan mientras las llamas anaranjadas destrozaban el hospital Maison Dieu.

—Nadie lo hará—, coincidí y miré como media centena de cáterans se precipitaban sobre los muros de la catedral.

Miré a un monje correr atemorizado, trastabillaba con su sotana y un cáteran caía sobre su espalda clavando su puñal. Miré mientras otro apilaba libros a un costado del muro y les tiraba una antorcha para que las llamas los lamieran hambrientas. Miré mientras una docena de cáterans competía por lanzar más alto las pesadas biblias contra los vitrales. Miraba mientras aquella catedral era destruida sistemáticamente y me reía con cada parte de su destrucción.

Cazar hombres santos se convirtió en un nuevo deporte para los guerreros salvajes y observamos, impasibles, cuando los monjes eran asesinados a puñaladas o cuando se los ahogaba en el raudo Lossie. Eran quemados o cortados en pedazos, destripados o colgados, rostizados o crucificados hasta que Lachlan y yo nos hartamos de la matanza y nos dimos la vuelta. Asesinar sin honor era algo sórdido y no hay gloria en ello.

El destello de luz llegó de la nada, me tumbó en el suelo y me quedé allí, retorciéndome en dolor y asombro.

Vi un par de figuras, una alta, una un poco menos, que me buscaban desde el otro lado de la barrera que parecía un cristal opaco, pero me alejé lentamente ahuyentándolos con mis manos levantadas.

—¡Fergus!

Oí la voz pero no reconocí al hombre que mencionó.

—¡Aléjate de mí!— Escupí esas palabras mientras me retorcía en el suelo duro. —¡Vuelve a donde perteneces!

Las figuras se volvieron más claras por un momento y pude ver que una era un hombre muy, muy viejo, pero energético a pesar de sus años y su acompañante era una mujer que reconocía pero de quien no recordaba un

nombre.

—¡Fergus!

Conocía ese nombre; una vez había conocido a alguien llamado así, pero había sido hace mucho tiempo y no podía recordar quién. Tal vez era el nombre de uno de los hombres que había asesinado o el esposo de una de las mujeres que había conocido. No me importaba.

—¡Vete! ¡Déjame en paz!

—¡Pero no estás en paz, Fergus! ¡No estás en paz!— La voz era suave pero insistente, mientras parecía entrar en mi cabeza por su propia intromisión. Me la quité de encima.

—¡Déjame! ¡Mi señor Alistair me necesita!

Fue esa palabra la que rompió el terrible hechizo y me regresó a la realidad de Elgin.

—¡Hey, fronterizo! ¡Ill Will!— Lachlan estaba arrodillado a mi lado y me miraba fijamente. —¿En el nombre del diablo, qué estás haciendo aquí abajo?

—Debo haberme caído—, dije mientras intentaba levantarme. —O tal vez fue un encantamiento, una brujería de estos monjes.

—No creo que los monjes hagan brujerías, dijo Lachlan sujetando mi brazo con manos como tenazas de herrero para ponerme de pie. —Ese es nuestro trabajo, ¿no?

Me reí de la mofa, me quité el polvo y di un paso al frente. Había un hombre santo, un monje o fraile o sacerdote, no sabía la diferencia y tampoco me importaba, tratando de escapar de los cáterans, entonces puse mi claymore entre sus pies para que tropezara y cayera.

—Ahí tienen, muchachos— dije mientras se lanzaban sobre él. Los miré mientras arrancaban su sotana y jugaban con sus puñales antes de lanzarlo, aún vivo, a una pira funeraria de libros y documentos ardientes.

—¿Te sientes mejor ahora?— Lachlan observaba desinteresado.

—Mucho mejor—, acepté y juntos paseamos por las calles en llamas para ver si los cáterans habían dejado alguna taberna intacta. Saquear puede dar mucha sed en el verano, especialmente cuando el humo se mete en tu garganta. Había una mujer escondida detrás del contador pero la lanzamos a patadas a la calle para darles una chance a los cáterans, nos servimos una jarra de metal de cerveza vulgar y brindamos por los placeres de aquel día.

CAPÍTULO OCHO

Éramos menos cuando volvimos al castillo Lochindorb. Algunos murieron en la batalla o habían sido asesinados por los vengativos hombres de Moray en el campo. Otros simplemente habían regresado a sus hogares con su botín, pero los más comprometidos, la guardia de Alistair, los gallowglass, la confederación del clan Chattan y los cáterans de Ruthven siguieron marchando por el campo humeante hacia el páramo de Dava.

El castillo Lochindorb nos dio la bienvenida al son de las gaitas y con una recepción de mujeres entusiastas, traídas especialmente desde Ruthven por la ocasión. Alistair y la guardia fueron los primeros en cruzar en el bote, luego los gallowglass y al final más o menos una veintena de cáterans con los pocos prisioneros que trajimos. Por algunos pediríamos rescates, otras eran mujeres que entrenaríamos para entretenernos y algunos pocos simplemente por curiosidades.

Había dos calabozos prácticos en Lochindorb en el cual Alistair lanzó a los prisioneros, mientras que a las mujeres simplemente las dejaron sueltas; no había dónde correr en una fortaleza en una isla, pero a las curiosidades las ató en el patio para que todos nos maravilláramos. Me sentía intrigado, ya que una mujer era igual a otra y los rehenes eran solo vacas muy caras, pero las curiosidades eran criaturas inusuales que merecían ser examinadas con profundidad.

Había una criatura con las piernas de un solo hombre pero el cuerpo de dos, como si dos personas se hubiesen fusionado en la cintura. Había una mujer que despotricaba y desvariaba en un momento con una voz y luego la alteraba al siguiente, como si estuviese poseída por un espíritu maligno; y había una criatura muy peluda, de espalda encorvada y desnudo que miraba con terror a su alrededor. Esa monstruosidad parecía atraído por mí, ya que fijó por largo rato su mirada en mí y tocó mi claymore con su dedo.

—Esa es mi espada—, la corrí bruscamente en caso de que el toque de una criatura como esa la contaminara de alguna forma. —Y si te acercas a ella de nuevo te cortaré la mano.

Esa cosa me miraba pero no volvió a tocar mi claymore. En su lugar comenzó a lloriquear y a rogar por mi ayuda.

Me reí de la idea. —¿Por qué te ayudaría?— Pregunté. —¡Eres un juguete de mi señor Alistair!

—Como tú—, dijo, pero su boca no se movió y no salió sonido de

sus labios.

Me burlé de tales palabras. —¡No soy un juguete! ¡Soy uno de sus gallowglass, un guerrero de Badenoch!— Lo golpeé por su insolencia y se cayó, pero se levantó sin quejas ni temor.

—Estás equivocado, Fergus. Eres su juguete.

Lo volví a golpear por eso y lo habría pateado hasta matarlo si Kenneth no hubiese intervenido. —A Alistair Mor no le gusta que maten a sus rarezas—, me dijo con amabilidad. —Al menos no hasta que se cansa de ellos.

—¿Pero qué es?— Pregunté.

—Es un uruisg—, me dijo y supe que había oído ese nombre antes, pero no podía recordar dónde o cuándo.

—¿Y quién es Fergus?— Pregunté. —Me llamó Fergus.

—¿Te llamó así?— Kenneth me miró fijamente como si hubiese perdido mi buen juicio. —No te llamó de ninguna forma. Es un uruisg y no pueden hablar.

Me encogí de hombres y me di la vuelta para irme. Lo habría golpeado de nuevo pero sería un desperdicio de esfuerzo, por lo que dispuse a jugar dados con Kenneth. Aún así esa cosa me había perturbado con su voz dentro de mi cabeza, por lo que esa noche dejé la barraca en la que dormíamos los gallowglass y me deslicé hacia el patio donde estaba atado.

—¡Tú!— Lo pateé bruscamente en las costillas y se despertó enseguida, se puso de pie tambaleándose mientras arrastraba el collar y la cuerda que lo aseguraban al poste. —Puedes hablar conmigo, pero los otros no te pueden oír. ¿Por qué?

Miró hacia arriba y torció sus labios en lo que podría parecer la sonrisa de una persona. —Nos hemos visto antes, Fergus.

Lo volví a patear intentando lastimarlo. Se doblegó y dio un alarido.

—¡No soy Fergus!— Reforcé mis palabras con una tercera patada, en caso de que no entendiera. —¡Mi nombre es Ill Will Armstrong!

—Trae tu claymore—, dijo la criatura entre jadeos de dolor.

—Si lo hago, te cortaré a la mitad—, dije.

—Trae tu claymore, repitió, pero recordé la advertencia que me había dado Kenneth e ignoré esa extraña petición. Creía que quería que lo matara para que no pudiera afrontar la entretenida tortura que Alistair debía tener planeada para su muerte. Bufé y regresé a mi cama, deseando un poco presenciar su larga y agonizante muerte, ya que me había inquietado y no me gustaba esa sensación.

Dormí solo en mi tartán aquella noche, no quería la compañía de una mujer. Cuando Aela vino a mí, un rato antes de la medianoche, rechacé su avance alejándola con una fuerte bofetada que pretendía que le ardiera.

—¿Qué sucede, Will?— Apretó su rostro contra el mío con ojos más animados que lo usual. —¿Ya no te satisfago? ¿Has encontrado a otra mujer? ¿O es un muchacho lo que buscas?

La abofeteé con el dorso de mi mano por eso y la habría arrastrado a la cama para probar que estaba equivocada, pero otra vez experimente aquel terrible destello de luz y me encontré solo frente a dos figuras sombrías.

—¡Fergus! ¡Soy yo!

Rodé a un lado intentando hundir mi cabeza bajo mi tartán, pero no encontré consuelo. Toda la habitación había cambiado; mis colegas se habían desvanecido, Aela también y una vez más me encontraba mirando la barrera de cristal opaco, a través de la cual me miraban dos rostros.

—¡Déjenme solo! ¡No soy Fergus!

Ahora conocía ese nombre; el uruisg me había llamado así también. —Soy Ill Will Armstrong de Liddesdale.

—¡No!— La voz era nítida y femenina, de una mujer agresiva, pero que parecía manchada con dolor o miedo. —¡Eres Fergus Scott de Eildon!

Rehuí aquel nombre, así como rechazaba a esas dos personas que buscaban separar mi ser.

—¡Ven con nosotros, Fergus! ¡Da un paso y toma mi mano!

La figura más alta extendió su mano. Pude sentir su avanzada edad; su barba colgaba casi hasta su pecho y había una sabiduría oscura en sus ojos reflexivos. Retrocedí hasta lo que debía ser la fría pared de la barraca, pero en su lugar había un cristal flexible sin fin. Casi gritaba mi miedo, pero los gallowglass de Alistair nunca gritan; les quitaría su posición y les quitaría los ojos solo por pensar en hacer algo tan endeble.

—¡Fergus!— era la voz más nítida, la mujer. —¡No seas un tonto! Ven con nosotros.

—¿Quiénes son?

La respuesta se hizo borrosa mientras las figuras se desvanecían. Quería saber más, tanto como quería que me dejaran en paz, pero oí una última frase antes de regresar a la realidad en las barracas.

—¡Fergus! ¡Confía en el uruisg!

¿Confía en el uruisg? ¿Quién en su sano juicio confiaría en un uruisg? Era una criatura horrible, se veía como el hijo entre un hombre y un oso, no podía hablar apropiadamente y estaba desnudo. ¿Confiar en uno de ellos? Me estremecí hasta que encontré la respuesta.

Era obvio que el uruisg me había lanzado algún tipo de hechizo. Debe estar intentando hacer que lo libere para poder regresar al infierno de donde ha salido. Bien, había una solución fácil para eso y era el hombre justo para la tarea. Alistair no estaría feliz, pero una vez que se lo explique, lo entenderá.

—¡Will! ¡Will! ¿A dónde vas?— Aela se encontraba en la pared

opuesta, la preocupación ocupaba su expresión y sus ojos oscuros mostraban su pasión frustrada.

Le devolví la sonrisa, le di un beso intenso en la boca y un apretón amigable. —A recuperar la cordura, hermosa mía, y cuando regrese espero que estés calentando mi cama.

Tomé mi claymore del estante en la pared y bajé las escaleras dando zancadas, articulando mi venganza y maldiciendo la falta de sueño.

Se rió de lo que dije. —¡Así que has vuelto, Ill Will! ¡Y yo creía que te habías convertido en uno de esos sacerdotes llorones!

—Te demostraré que estás equivocada en unos pocos momentos", le aseguré por sobre mi hombro y ella se rió, mostrando su cuerpo de la manera habitual.

Con un mejor estado mental, salté los últimos escalones, empuñé mi claymore y me acerqué al uruisg.

—Sabía que regresarías, Fergus—, dijo. —Y has traído la espada, como te lo pedí.

—¡Traje la espada para matarte, uruisg!— Balanceé la espada detrás de mi cabeza, apunté a la criatura y lancé mi golpe.

Oí el silbido familiar del acero dividiendo el aire, pero en lugar del satisfactorio golpe al contacto, hubo un terrible estruendo. Miré incrédulo como la espada se detuvo en el aire, sacudió mis brazos hasta los hombros y casi me hizo perder el equilibrio.

El uruisg acercó una sola pata peluda y tocó el filo de la espada.

—¡Bien! ¡Juntos podemos hacerlo!

Habían vuelto; el anciano y la mujer, quienes ahora eran más nítidos a través del cristal mientras me observaban y pude ver al uruisg también, parado a su lado sonriéndome con la boca y esos ojos amarillos.

—¿Quiénes son?— Intenté liberarme, tomar mi espalda para un segundo intento de matar a esta criatura hirsuta que me causaba tantos problemas, pero no pude. Me quedé ahí sin poder moverme mientras el hombre y la mujer pasaban por la barrera de cristal que ya no era opaca y se inclinaban al lado del uruisg. Ahora los conocía, pero aún no podía asignarle los nombres a sus caras, y grité y maldije mientras me observaban.

—¿Está bien?— Preguntó la mujer.

—Lo estará—. El anciano puso una mano en mi frente. —Pon tus dedos en el filo de su espada, mi amigo, y tu, mi señora, pon tu mano en su corazón.

Así hicieron mientras yo yacía en silencio, esperando a que Lachlan o Kenneth o Angus llegaran y me liberaran de ese tormento, pero no lo hicieron. Tenía que enfrentar solo a esos demonios con voces calmas del cristal, que ignoraban mis maldiciones como si fuese un niño haciendo un berrinche.

—Y todos juntos—, dijo el anciano, —saquémosle el veneno:

—¡Déjenme!— Exclamé en un intento de despertar al castillo. —¡Alistair Mor! ¡Ayúdame! ¡Aela! ¡Lachlan! ¡Vengan a ayudarme!

—¡Quédate callado, Fergus!— Me regañó con enojo la mujer, —estamos tratando de ayudarte, aunque dios sabe por qué. ¡Eres un tonto!— Y aún así, a pesar de sus duras palabras, sentí su preocupación.

Entonces sentí como si me extrajeran algo, como si arrastraran una parte de mí fuera de mi cuerpo. —¡Son demonios en busca de mi alma!

—¡No hables, tonto!— La mujer volvió a regañarme y presionó su mano tan fuerte contra mi pecho que juro que hurgó ahí dentro para agarrar mi corazón.

Al principio no había dolor, pero cuando llegó fue como algo que nunca había sentido. Era como si mi interior quisiera salir, como si las garras ardientes de Lucifer rasgaran mi alma para liberarla. Traté de retorcerme pero no podía mover ni tres dedos con estos tres demonios sosteniéndome, uno por la espada, otro la cabeza y el tercero el corazón. Maldije y grité y rogué, pero no tenían remordimientos, no decían nada mientras sus manos me agarraban y me destrozaban.

Al último colapsé; era incapaz de mantenerme en pie y levanté la cabeza hacia el rostro perplejo de Peallaidh.

—¿Peallaidh? ¿Qué estás haciendo aquí?— Miré a mi alrededor, al patio del castillo Lochindorb, y me estremecí. Luego me miré. Estaba tan desnudo con el día sobre un fétido charco de vómito, sangre y dios sabe que más, con la claymore en mi mano.

—Estabas a punto de matarme—, dijo tranquilamente en esa forma que tienen los uruisgs. Me sonrió. —¿Aún quieres hacerlo?

Negué con la cabeza mientras las pesadillas nublaban mi entorno, se cernían en una masa gris andrajosa sobre los rincones de mi mente. —No.

—¿Quién eres?— La pregunta parecía extraña, ya que Peallaidh sabía muy bien mi nombre. Le pedí que repitiera su pregunta.

—Pregunté quién eres—, dijo. —Dime tu nombre; dime tu verdadero nombre.

—Pues, soy Fergus Scott de Eildon—, le dije.

—Entonces libérame, Fergus, y vayámonos de este lugar.

Volví a darme un vistazo. —Voy a necesitar mi ropa—, dije, —y mis caballos.

—No necesitas nada—, me dijo. —No hay tiempo. ¡Libérame, Fergus, y corramos!

Miré a mi alrededor sin saber dónde estaba o cómo había llegado allí, apenas consciente de las terribles imágenes que se sucedían en mi cabeza.

—¡Fergus! ¡Apúrate! Si nos atrapan no tendremos una muerte rápida.

Me tomó medio segundo cortar la cuerda que lo retenía, pero escapar del castillo Lochindorb fue una tarea más compleja. Los muros eran altos y vigilados a todo momento, pero Peallaidh tenía una solución. —¿Puedes nadar?

Asentí, pensativo, y me guió hacia el pozo. —¡Salta!

Miré hacia la oscuridad y me estremecí. Parecía no tener fondo, pero mientras vacilaba me empujó y saltó después. El agua fría cortó mi grito y Peallaidh me tomó del brazo y me empujó hacia adelante, presionándome con su cabeza para asegurarse de que me siguiera moviendo. Me estaba esforzando, a pesar de estar completamente confundido sobre quién era y qué estaba haciendo, pero Peallaidh estaba ahí para ayudarme mientras tragaba agua y agitaba mis brazos con pánico.

El pasaje entre el pozo y el lago era corto y salimos a la superficie con un ataque de tos, pero Peallaidh no me permitía descansar. De a empujones me llevó a la costa más alejada, en donde los restos de los clanes permanecían en grupos ruidosos. No necesité una advertencia para quedarme callado, pero estos guerreros de la noche estaban muy ocupados en la juerga como para notarnos mientras nos escabullíamos entre sus rangos y nos escurríamos hacia el desolado páramo de Dava.

—¿Lo tienes?— Dijo una voz familiar y levanté la mirada para ver a Seonaid, que tenía una expresión ansiosa.

—¿Seonaid? ¿Por qué estás aquí?

No sabía quién era el hombre alto a su lado hasta que se volteó y asintió con su cabeza, y ahí reconocí que era Thomas el Franco.

—¡Te estoy rescatando, por supuesto, tonto!— Había suficiente veneno en el bufido de Seonaid como para abastecer a una veintena de serpientes. —¡Ahora apúrate antes de que los salvajes se despierten!

—¿Qué está pasando?— Sacudí mi cabeza, desconcertado. Los últimos días eran borrosos; solo podía recordar unos pocos momentos aislados y desconectados. —¿Dónde estamos?

—Te diremos luego—, prometió Seonaid, —¡ahora vamos!

Asentí y salí trastabillando detrás de ellos mientras se deslizaban por aquel terrible páramo con amplios árboles dispersos, las estrellas brillantes sobre nosotros y cada tanto el aullido de algún lobo o el largo grito de una zorra. Veía mis pies aparecer y desaparecer, sentía el viento en mi rostro y sabía que había emergido de un lugar de profunda e insondable oscuridad. Pero no sabía por qué, o qué había sucedido.

Luego de una hora alcanzamos una pequeña cuesta con un arroyo estruendoso en frente y una arboleda de pinos escoceses en la cima. —Ya llegamos Fergus—. Dijo Seonaid y me ayudó, ya que mis piernas seguían moviéndose aunque mi corazón y mis pulmones me rogaban

desesperadamente por un descanso. Me guió a un refugio hecho con mucha astucia; tenía ramas entrelazadas que aparentaban ser parte del páramo, y me empujó al interior. Tomé mi claymore y caí, jadeando, boca abajo sobre una cama de dulce brezo.

—Duerme—, ordenó Thomas el Franco, —necesitas dormir.

No me resistí, pero mis sueños eran más vívidos que la vida misma; estaban poblados de imágenes terribles en las que un hombre que se parecía mucho a mí asesinaba, torturaba y violaba a personas que gritaban junto con un grupo de monstruos en cuerpos de hombres, pero vigilados por una figura oscura con el rostro de un lobo. En el fondo, el fuego lamía el cielo y el aire se llenaba de los lamentos de las mujeres aterrorizadas.

—¡Fergus!— La voz de la niña me resultaba familiar pero no sabía de dónde. Traté de ver su rostro en la oscuridad, pero había algo que bloqueaba mi visión; figuras y pensamientos y criaturas tan horrendas que no las podía nombrar, pero que sabía que las había visto antes.

—¡Fergus! ¡Tienes que ayudarme!

Me desperté sobresaltado, para encontrarme con Seonaid sentada a mi lado.

—¿Has vuelto?

Había muy poca gentileza en su voz.

—Creo que sí—. La miré y sacudí mi cabeza en un esfuerzo de aclarar algo de la confusión. —¿Dónde estoy, Seonaid? ¿Qué ha pasado?

—Estamos en un pequeño campamento en el moro de Dava—, sus ojos serios exploraban mi alma. —Y estás a salvo con nosotros Si es que eres Fergus.

Pude ver a Peallaidh ahí, observando en silencio con su cabeza inclinada hacia un lado, pero no había señales de Thomas el Franco. Pregunté en dónde estaba y Seonaid frunció el ceño y negó con la cabeza. —Nunca estuvo aquí—, dijo. —Ese hombre murió hace mucho.

—Pero lo vi—, insistí. —Él, tú y Peallaidh vinieron a traerme aquí. Llegaron en una esfera de cristal y me lastimaron. . .

Ella sacudía su cabeza. —Nunca estuvo aquí. Thomas Learmonth de Ercildoun ha estado muerto por los últimos seis años o más. Lo que viste fue a ti mismo. Viste tu propia alma, al verdadero Fergus, escapando del hechizo que Alistair Mor lanzó sobre ti.

Aquel nombre me estremeció y de repente todas las imágenes se unieron para formar un todo cohesivo. Vi un patrón de muerte y destrucción, de horror más allá de la imaginación. Vi a Lachlan y a Kenneth, a Angus y a todos los demás. Vi las figuras oscuras de la guardia personal y la destrucción de Forres y de Elgin; vi a Aela con toda su lujuria y a la niña rubia en su inocencia vulnerable. Me vi a mí

mismo como Ill Will Armstrong formando parte en todo y no pude evitar que las lágrimas llenaran mis ojos.

—¿Todo es verdad?

—Todo es verdad—, dijo Seonaid y me observó al quebrarme. Solo ahí cedió. —Entonces eres Fergus y no ese engaño de Will—. Con esas palabras se acercó, me contuvo y yo lloré en sus brazos; Peallaidh me reconfortaba del otro lado mientras volcaba mi pena y aflicción, y les dije todo lo que había sucedido en las últimas semanas.

—No fueron semanas, Fergus—, me dijo en voz baja, —no fueron semanas.

—¿Entonces cuánto fue?— Miré hacia arriba sin avergonzarme de soltar mis lágrimas, ya que a pesar de ser un hombre adulto también sabía que había padecido cosas que ningún hombre debería padecer. —Deben haber sido semanas, parecía más que unos pocos días.

—Fue mucho más que días—, me dijo y presionó mi rostro contra su pecho en un gesto lleno de amor y sin rastros de lujuria. —Fueron años. El rey Robert II está muerto y estamos en junio de 1390.

La miré incrédulo. Habíamos llegado a Badenoch en noviembre de 1388. —¿Tanto? ¿Qué pasó con el tiempo?”

—En el instante en que bebiste la cerveza de brezo en el castillo Ruthven, Alistair Mor te puso bajo su conjuro—. Explicó con ternura. —Te volviste su seguidor en todo. Te olvidaste de tu nombre real y te convertiste en el hombre que afirmabas ser, Ill Will Armstrong de Liddesdale. Con ese disfraz te uniste a su ejército, peleaste sus batalles, dormiste con sus mujeres; te olvidaste de todo el decoro y el honor que había en ti. En otras palabras, te hechizó, lo que significa que te aprisionó, cuerpo, mente y alma.

—¿Mente, cuerpo y alma?— Miré hacia arriba temiendo por mi alma inmortal, porque el prospecto de una eternidad en el infierno es algo que a todos nos espanta con razón.

—Sí, mientras estuvieras bajo su hechizo tu alma corría peligro. Ahora escapaste, pero definitivamente deberías visitar a un sacerdote lo antes posible. Se estremecerá con tu confesión, pero es algo que no se puede evitar—. Seonaid me soltó y me desplomé contra la pared del refugio.

—¿Así que mantuve mi alma?

—Si no lo hubieras hecho, no estarías aquí—, dijo. Sus ojos, tan sombríos como un día de otoño pero tan gentiles como el beso de una madre, nunca se apartaron de los míos. —En alguna parte dentro de ti, el Fergus real debió haber tratado de resistirse.

Asentí y les expliqué sobre los destellos blancos de luz que me habían asustado tanto.

—Sí, era tu alma intentando liberarse del poder oscuro de Alistair. Debiste haber evocado la imagen de Thomas el Franco como un foco

para la energía, pero necesitabas ayuda. Regresé a Aberfeldy para pedirle a Peallaidh que te buscara y vio lo que había sucedido.

Había tanto que no me decía que sentí una ola de afecto renovado por Seonaid. La imaginé escabulléndose del castillo y pensé en el esfuerzo y el terror de su viaje hacia Badenoch, esquivando las patrullas errantes de cáterans. —Eres una buena amiga, Seonaid. No, eres mucho más que eso.

Dio un bufido e hizo un gesto muy poco femenino que me habría hecho sonreír en otras circunstancias. Oí la risa de Peallaidh retumbando dentro de mi cabeza aún aturdida.

—¡Y tú Peallaidh! ¡Te podrían haber matado por introducirte así al castillo Lochindorb!— De repente entendí la gravedad del riesgo que había tomado.

Miró hacia otro lado, sin palabras.

—Peallaidh es un verdadero amigo—, Seonaid ocultó su gentileza bajo una demostración de severidad, —y un verdadero amigo hará todo lo posible por ayudar. De todos modos, un uruisg no puede morir por una espada que haya creado.

—Había otras claymores además de la mía—, le recordé, temblando ante la idea del terrible peligro en el que se había puesto Peallaidh por mi culpa, —y una hueste de cáterans. Te habrían matado sin piedad.

Él se encogió de hombros. —Pero no lo hicieron—, dijo.

—Eres un hombre valiente—, le dije, pero no me respondió nada. En su lugar, le hablé a Seonaid. —¿Quién me hechizó? ¿Alistair no es un brujo, verdad? ¿Y si lo es, estabas bajo su poder también?— Me detuve cuando levantó su mano.

—Muchas preguntas, Fergus, y ninguna de ellas tiene una respuesta sencilla, pero si te sientas quieto y me escuchas, trataré de explicar lo mejor que pueda.

Así hice y me dispuse a esperar con algo de temor.

Seonaid tomó aire. —Esto solo es un cuento, Fergus, así que no estés tan nervioso. Creo que Alistair Mor nos había escogido incluso antes de que nos acercáramos a Badenoch. Sabía que mantiene a sus cáterans patrullando las fronteras constantemente, pero nos atraparon al instante en que cruzamos sus tierras, lo cual parece un poco sospechoso. Y luego pareció aceptar tu historia y tu nombre sin preguntas, aunque debió saber que yo no guardaba amor por él. . .

Asentí mientras los recuerdos regresaban. Mi mente seguía confundida, las imágenes de mi ser real se mezclaban con las de Ill Will, quien también era yo en cuerpo, pero no en propósito. Los conjuros y hechizos deben estar bien para los que los lanzan, pero la víctima siempre queda desorientada y herida; hay tan poco glamour en la magia como lo hay en la batalla.

—Creo que incluso en aquel momento Alistair nos debió haber hechizado un poco, o al menos una de sus brujas.

En ese momento la miré y me pregunté cómo hablaba de forma tan relajada sobre esas cosas. —No vi ninguna bruja.

—Sí lo hiciste—, me interrumpió. —Dormiste con al menos una de ellas y en numerosas ocasiones—. Su voz se volvía más dura mientras hablaba. —Eras como un perro en celo por una perra.

Me sonrojé, —yo no. . .

—Aela—, dijo rotundamente. —Eras más que solo amigable con ella.

Sentía la sangre quemando mi rostro mientras recordaba mi antigua lascivia. Pero incluso cuando la recordaba sentía algo dando vueltas y supe que Aela no se había ido por completo, había dejado algo más que su recuerdo en mi cabeza; tal vez nunca me desharía totalmente de aquel aterrador y hermoso deseo. —¿Sabes quién es ella?

—Todo Badenoch sabe lo tonto que fuiste con ella. Y cada vez que dormías con ella, profundizaba el impacto de su hechizo y te ponía más y más bajo el poder de Alistair Mor.

Miré hacia otro lado, me sentía afligido de que Seonaid conociera mis episodios carnales y avergonzado de haber sido engañado con tanta facilidad por Aela y Alistair.

—Fuiste un tonto, Fergus, pero tal vez has aprendido ahora—. Nunca dejó de ser sincera.

Asentí nuevamente. —Pero tú. . . no te afectó en nada. ¿Cómo escapaste? Pensé en los tiempos hace dos años cuando había sido lo suficientemente arrogante para pensar que podía ocuparme de Alistair Mor por mi cuenta. —Recuero haber visto ese odio en ti, ¿eso te protegió?

Negó con la cabeza. —No, Fergus, el odio no protege de nada. Alistair y sus seguidores sí pueden alimentarse del odio y usarlo para sus propósitos. No, ahora piensa, Fergus, ¿cuál es mi nombre?

—Eres Seonaid—, pude responder con facilidad a pesar de mi embrollada cabeza.

—Bien. ¿Y cómo me llamaban en Dunkeld?

Tuve que pensar un poco más, pero la respuesta llegó eventualmente, —Bantreach Uistean, la viuda de Hugh. Te conocían como la viuda de Hugh.

—Así es. Y piensa, Fergus, ¿por qué la gente me conocería por eso?

Me encogí de hombros. —Porque tu esposo fue asesinado y todavía lo querías?

Su mirada podría haber derretido el hielo de enero del río Tweed. —Lo amaba, Fergus, y aún lo hago. Es el *bien* lo que combate una maldición como la que usó Alistair Mor, no el mal.

Asentí aunque comprendí la mitad. —¿Entonces el amor por tu esposo actuó como un escudo contra las flechas de su maldición?

—Algo así—. Aceptó. Por primera vez desde mi rescate, casi sonrió. —También rechacé su cerveza de brezo, si lo recuerdas. La cerveza debilita tus defensas, Fergus, como casi todas las cosas que comiste o bebiste en su hogar.

Asentí y recordé cómo Seonaid se había vuelto más delgada y había envejecido en el castillo Ruthven; se había muerto de hambre en un intento de resistir el encantamiento de Alistair, mientras yo me atiborré de todo lo que me ofrecían. “He sido un tonto, Seonaid”.

—Así es—, coincidió de inmediato pero con suficiente humor en su rostro como para alivianar el pinchazo. —Pero no entiendo todo, Fergus. Solo estoy conjeturando sobre lo poco que sé del tema.

Aún sentía mucha confusión en mi cabeza y todo lo que hacía era un esfuerzo. Traté de concentrarme en ella, esa extraña y determinada mujer que se sentaba del otro lado de la choza de brezo. —¿Por qué?— Pregunté finalmente. —¿Por qué estás haciendo esto? Si conocías el poder de Alistair Mor y había matado a tu esposo, ¿por qué viniste conmigo a Badenoch”

Ella me miró directamente y su previa sonrisa desapareció. —Hugh era mi hombre—, me dijo.

Esa simple frase es por mucho más profunda que cualquier supuesta devoción o cualquier tontería romántica mascullada por algún joven guiado por la lujuria. Seonaid era una mujer madura con ideas bien desarrolladas; su declaración de posesión era más que el deseo de tener un compañero entusiasta bajo las mantas o alguien con quién compartir el trabajo en el campo. Al decir “mi hombre” automáticamente excluía a cualquier otro hombre de su vida y también a cualquier mujer de la vida, o muerte, de Hugh. Era una afirmación de exclusividad mutua, una barrera contra todos los demás y una declaración de devoción sin precio. Era mucho más importante que decir “mi esposo”.

La volvía a mirar pero de forma diferente; veía su dureza, el ardiente dolor de la pérdida, y supe que era mucho más fuerte de lo que yo nunca podría ser. Al mismo tiempo envidiaba a Hugh, muerto o vivo, por su habilidad para crear esa lealtad especial y formar un vínculo con una mujer así. Sabía que esa fuerza salía de su devoción. En ella vi la personificación del amor y no volví a preguntarme sobre el poder de Cristo para enfrentar a sus enemigos.

La imagen volvió y me sacudió hasta la médula. Una vez más vi que Seonaid estaba arrodillada sobre el suelo con aquel cuerpo postrado a su lado. Vi la angustia en sus ojos y oí su agudo lamento mientras hablaba a los cielos para que presenciaran su dolor y pérdida. Supe que no se arrodillaba por mí, como había temido la

primera vez, sino por su único hombre; había visto su pasado y había presenciado el momento que la convirtió lo que ella es ahora.

La sensación era tan fuerte que sentí que mi corazón se volcaba y la sangre en mis venas me escocía. Sentí que mi estomago vomitaba el mal causado por la pérdida, sentí el poder del amor tan fuerte que sobrepasaba al dolor y la muerte y la vida, y sentí el nacimiento del odio a causa de la pérdida de ese amor. En ese momento vi el alma de Seonaid y la profundidad de su melancolía me desgarraba; supe que una perdida así nunca podría ser superada y que solo podía ser vengada.

Regresé y me encontré con su mirada ansiosa.

—¿El hechizo ha vuelto?

Negué con la cabeza. —No, Seonaid. Solo te vi . . .— No terminé la oración; es mejor no decir ciertas cosas. Comenzaba a conocer el poder de la videncia y la responsabilidad que tenía en esta retorcida mente.

Ese conocimiento se filtró con tanta facilidad en mí que no me sentí conmocionado. —Quieres matar a Alistair Mor.

Asintió como si la idea de una venganza sangrienta fuera el deseo más natura del mundo para cualquier mujer hermosa de las Highlands. Así lo eran, noté, para la viuda de Hugh.

—Que así sea—. No podía negar su razonamiento, ya que ahora que lo había visto y había sufrido bajo su poder, sabía que Alistair era el objeto de mi misión olvidada. Albany me había enviado aquí para encontrar al gran mal que amenazaba al país y lo había encontrado. Me había encerrado y me había usado, me había denigrado y me había convertido en lo opuesto a mi verdadero ser. Ahora tenía que destruirlo de alguna manera, y sabía que podía confiar en que Seonaid me ayudaría. Solo eramos dos contra todas las hordas de Alistair, pero ahora conocíamos su maldad y no volveríamos a ser engañados.

—Somos tres, no dos.

Las palabras llegaron sin aviso a mi cabeza y me sobresalté. En el tormento del auto descubrimiento me había olvidado de Peallaidh, quien había estado sentado pacientemente en la entrada del refugio todo este tiempo. Ahora me daba cuenta de que debió haber estado constantemente en mi cabeza, leyendo mis pensamientos y escuchando nuestra conversación.

—Te agradezco—, dije con seriedad, —pero ya me has ayudado demasiado, mi amigo. No hay necesidad de ponerte en más peligro.

Negó con su peluda cabeza. —Te equivocas, Fergus de Eildon. Es muy necesario; Seonaid era mi amiga mucho antes de que se convirtiera en la tuya. La ayudaré . . .— ensanchó esa boca peluda en el semblante de una sonrisa. —Además, este país era de mi gente mucho antes de que el Hombre llegara; debo pelear para mantener la pureza que pueda.

Entonces seríamos tres. Un caballero con el poder incontrolable de un vidente y una mente marcada por memorias recientes, una mujer con un odio firme y amor ilimitado en su corazón y un uruisg, de quien no sabía nada excepto por su valentía para enfrentar a uno de los hombres más malvados de la cristiandad. Solo tres, cada uno con un pasado doloroso, mientras que Alistair tenía en completo poder de Badenoch, junto con su misteriosa guardia y las habilidades de los gallowglass y cáterans. Sería un encuentro disparejo.

Tal vez fue la influencia de Peallaidh lo que nos hizo abandonar aquel cómodo refugio y quedarnos juntos en el páramo. Pasó un día y una noche mientras hablábamos, y una luna amarilla de verano iluminaba el brezo marrón y los árboles dispersos del páramo con esas feas colinas anómalas en el sur. Un resplandor centelleante rojo bajo el horizonte del oeste revelaba la posición del campamento de los clanes y las fogatas de los guardias de Lochindorb, y casi podía saborear la maldad contaminando el viento limpio del páramo.

Cuando tocamos las aguas del arrollo recordé que los uruisgs también eran conocidos como demonios acuáticos y sentí que el poder de Peallaidh creía en mí.

—Los tres juntos—, dijo Peallaidh en un murmullo pero sin pronunciar una palabra, y repetimos sus pensamientos. —Y los tres inseparables.

La brisa nocturna se enfriaba gentilmente mientras hablábamos, como si intentaran calmar las heridas que padecimos.

Peallaidh continuó pronunciando sus palabras en un bajo murmullo en mi cabeza; —somos una trinidad sagrada que se enfrenta al mal; hombre, mujer y la tierra, porque soy un uruisg, quien representa al espíritu primordial de Escocia.

No había pensado eso, pero podía sentir sus pensamientos en los míos. Podía leer su historia y saber que su clase había habitado esta tierra desde siempre. Entendí que los uruisg habían estado aquí incluso antes que el hielo; habían batallado por la supremacía contra el gran oso blanco, el mamut lanudo y el tigre dientes de sable. Había sobrevivido en los antiguos tiempos hasta que otra gente llegó, con nuevas habilidades y nuevos números.

Fueron los números los que derrotaron a los uruisg, cuando las personas llegaron por mar y por tierra, miles y miles de ellos, talando los bosques para tener tierras, envenenando el suelo para que se formaran turberas en donde antes había habido pendientes soleadas, plantando cultivos en donde habían crecido bayas silvestres, hachando piedras para hacer fuertes y diques y casas en vez de vivir en la naturaleza. Peallaidh y los de su tipo se habían retirado a las zonas más salvajes mientras los humanos se habían esparcido, maltratando la tierra en lugar de trabajarla.

Él tenía el poder de la tierra; dañada, con cicatrices, pero aún seguía allí con la capacidad para sanar a pesar de todo lo que la humanidad le había hecho.

Luego leí a Seonaid como si fuese un pergamino preparado por un escriba: tenía el poder del amor. Tenía el amor verdadero, concentrado, desinteresado, de una mujer por un solo hombre. Poseía el amor que supera todo y se conserva puro. Ese poder era fuerte, claro y verdadero.

Sentí una sacudida cuando comenzaron a investigar en mi cabeza. ¿Qué tenía? La habilidad de un guerrero entrelazada con los dones inexplorados de un vidente. Podía ver y podía pelear. Luego aquel saber llegó tan repentinamente que me lastimó: era el hombre, la humanidad masculina con todas sus fallas y esperanzas y sueños: tenía la capacidad para construir.

Éramos tres, pero solo yo podía ver que debería haber un cuarto. Hice un esfuerzo pero verlo, pero no lo conseguí, y ahora Peallaidh volvía a hablar.

—Y con la humanidad—, ahora sus palabras eran más duras, —llegaron los males, hurgando sobre cosas que nunca deberían saberse. Dieron vuelta al mundo, abrieron las cabezas de los hombres y los uruisg y extrajeron todo el mal, el cual pusieron en un solo libro.

—¿Un solo libro?— Preguntó Seonaid. —¿Qué tiene que ver un libro con nosotros?

—Era un libro que contenía tanta maldad que no debía existir, por lo que fue destruido, dividido en fragmento y las brujas de las Highlands memorizaron cada uno de los trozos, pero una ley les prohibía divulgar tales conocimientos, ante el sufrimiento de la muerte y peor.

Escuchaba, sin entender nuevamente pero fascinado por el profundo saber de esta criatura hirsuta que una vez desprecié pero al que ahora me enorgullecía llamar amigo.

—Las brujas se dispersaron con sus conocimientos, el cual fue pasado de generación en generación, hasta ahora.

Peallaidh nos miraba y sus ojos eran tan profundos que podía ser hacia el infinito, lo cual era una visión perturbadora. —Ahora Alistair Mor las llamó a todas. Se reunirán en sus castillos y sus páramos, y se encontrarán y combinarán sus conocimientos, una pieza terrible tras otra.

—¿Y luego?— Preguntó Seonaid con toda la curiosidad de una mujer.

—Y cuando todas las piezas estén juntas, Alistair Mor tendrá todos los conocimientos oscuros y prohibidos. Poseerá el Libro de la Tierra Oscura.

Lo miré mientras un escalofrío recorría mi cuerpo. Había

escuchado ese nombre antes, en Edinburgh, y supe que había que detener a Alistair.

El poder de ese saber quebró algo dentro de mí.

CAPÍTULO NUEVE

Tal fue el recuerdo de Edinburgh lo que lo logró, pero mi confusión se comenzó a aclarar cuando llegamos al estruendoso arroyo marrón y miré directamente a Seonaid. Era más grande de lo que recordaba, o tal vez había envejecido durante el tiempo con los hombres de Alistair, pero de cualquier forma parecía mucho más madura.

—Seonaid—, dije. —Creo que he vuelto por completo.

—En ese caso, Fergus—, respondió calmadamente y con una pizca de humor, —creo que deberías ponerte algo de ropa.

Me miré con repentina vergüenza. En mi ansiedad por escapar de Lochindorb, me había olvidado de mi desnudez y no parecía importar entre amigos como Seonaid y Peallaidh, pero ahora me daba cuenta de que, sin importar si nos volvíamos más cercanos, nunca seríamos más que acompañantes. No habría nada físico entre ella y yo; todavía estaba casada con Hugh en cuerpo y alma, incluso aunque él estaba muerto.

Me agazapé para cubrirme pero ella solo negó con la cabeza. —No hay necesidad de la modestia, Fergus, pero tal vez es más práctico. Tenemos un lobo que cazar—. Le echó un vistazo al todo mi cuerpo con una sonrisa pero sin señales de deseo. —Necesitas alimentarte.

Volví a darme un vistazo. Siempre había sido delgado pero ahora verdaderamente estaba consumido, cubierto de cicatrices y de moretones que no recordaba haber recibido. Sabía que había tenido una vida dura en el hogar de Alistair pero nunca había visto los resultados hasta ahora.

—Vamos—. Seonaid sujetó mi brazo y me guió afuera del refugio.

Fácilmente podía lidiar con la pérdida de mis vestimentas, pero la de mi caballo y mi espada me dolía profundamente. Me afligí por Bernard. Era el mejor caballo entrenado que había poseído jamás y sabía que nunca iba a encontrar otro aquí en la Gaeltachd. Me estremecí pensando en las cosas que había hecho y a la gente inocente que había lastimado, y supe que debía completar esta misión. Nunca podría volver a la torre Eildon hasta que Alistair Mor, el lobo de Badenoch, fuera destruido, pero mientras analizaba nuestras debilidades, sentí que la desesperación me inundaba: no sabía por dónde comenzar.

—Empezamos con lo básico—, había olvidado que Peallaidh estaba todo el tiempo en mi cabeza. —Empezamos por conseguirte algo de ropa—. Percibí su diversión. —¡Ustedes no pueden lidiar con su

propio clima sin cubiertas artificiales y tienen ideas tan extrañas sobre la desnudez!— Ahora se reía dentro de mi mente. —Después de todo, solo hay dos géneros; masculino y femenino, y se han visto cientos de veces, entonces ¿qué importa?

Noté que Seonaid intentaba explicarle sobre la decencia y la dignidad, pero esos conceptos fundamentales de la vida cristiana no tenían ningún efecto en Peallaidh.

—¿Cómo puedes postular ideas tan antinaturales y aún así permitir que monstruos como Alistair Mor y ese conde Douglas formen enormes ejércitos de hombre únicamente para robar, violar y asesinar? ¿Cómo puedes predicar sobre la paz mientras glorificas las masacres masivas de hombres contra hombres? ¡Ciertamente la guerra es mucho mas mala que ver a otra alma sin ropa!— La risa sonaba un poco más tensa con frustración mientras retumbaba en mi cabeza. —Sus prioridades están bastante distorsionadas.

No podía negarlo, pero al mismo tiempo me sentía más que complacido cuando Seonaid creó un pequeño trozo de tela para envolver mi cintura y aún más feliz cuando Peallaidh se fue por el páramo y regresó con un tartán entero y un par de zapatos de cuero que le habían pertenecido a un cáteran.

—¿Lo mataste?— Pregunté esperanzado.

—Los uruisg no matan—, me dijo con severidad. —El hombre estaba ocupado con una mujer.

Le di las gracias, pero a pesar de que parte de mí se maravilló con su bondad, otra parte sintió que caía en la desesperación. Si Peallaidh no mataba, entonces nuestro ejército de tres se reducía a solo dos. Seonaid y yo debíamos afrontar los horrores de Alistair solos y esa era una tarea colosal.

Nos sentamos en nuestro refugio con un pequeño fuego para darnos calor, el viento suavemente susurraba a través de los árboles y el páramo ofrecía una vista inhóspita y solitaria. Reflexionaba sobre el futuro y me preguntaba cuánto tiempo nos llevaría deshacer el poder de un gigante como Alistair Mor.

—Has vivido junto a ellos—, Seonaid interrumpió mis pensamientos con su usual franqueza, —y por tanto sabes algo sobre ellos, pero siempre recuerda que estabas bajo un hechizo en ese momento, por lo que tus recuerdos son defectuosos.

Asentí. Mis recuerdos eran más nítidos ahora pero sabía que su interpretación no era muy clara. Recuerdo a Alistair como una figura paternal que repartía generosidad a su pueblo, pero sabía que era un asesino que gobernaba con el miedo y la espada. Debía aprender a separar los hechos de las distorsiones y a seleccionar lo que podía usar para destruir el mal.

—Entonces, tendremos que juntar toda la información que

podamos—, continuó. —Debemos hacer un bosquejo de nuestro enemigo para conocerlo en cada detalle. Solo así podemos tener esperanzas de derrotarlo.

Me miró a la cara. —Dinos todo lo que recuerdas, Fergus, y Peallaidh entrará en tu mente para buscar lo que has olvidado o lo que eliges no decir.

—Diré todo—, protesté y me dirigió la sonrisa más cínica que he visto mientras me enfrentaba.

—¿Incluso sobre Aela?

Me sonrojé como un joven al que pillan revolcándose en el heno con una sirvienta. Tenía razón: no iba a hablar de mi relación con Aela. Por un momento abracé su recuerdo; su aroma y su sensación eran algo que no quería olvidar nunca.

—¡Fergus!— La mano de Seonaid se sentía fría sobre mi brazo. —No importa. Todos tenemos recuerdos de amor y lujuria y tú estabas bajo su hechizo—. Sus ojos eran sombríos pero sabía que no quería que supiera todo. Negó con la cabeza con comprensión. —Está bien, Fergus. Tú y yo somos amigos, no amantes. Y nunca lo seremos.

Asentí y comencé a hablar. Les conté sobre la guardia personal y los gallowglass, de las patrullas de cáterans que serpenteaban por los límites de Badenoch y de la disposición del castillo Ruthven y Lochindorb. Les hablé sobre la armería y las barracas, los calabozos y el patio. Ellos escuchaban, y Seonaid tomaba notas en un pergamino un poco arruinado; su mirada nunca se alejó de mi rostro.

Les conté de las mujeres que infestaban los castillos, de su hábitos, apariencia y trabajos, y de los esclavos-sirvientes que vivían vidas de completa miseria con el miedo constante de los abusos y la muerte. Les dije en dónde se guardaban las armas y en dónde arreaban al ganado, qué comían y cuánta bebida había y todo el tiempo estaba consciente de que Peallaidh sondeaba mi cabeza, buscaba detrás de mis palabras, destapaba piedras que yo no tocaba y buscaba la verdad dentro de la ficción en las imágenes que pensaba que eran reales. Pero no pude hablar de Aela. Encubrí esos recuerdos muy profundamente.

—Entonces, ahora—, dijo Seonaid al final, se reclinó exhausta con una pila de pergaminos de piel de venado frente a ella, cada uno de ellos cubierto con su escritura nítida. —Ahora, tenemos tus impresiones y las palabras de Peallaidh, y una imagen de tu antiguo señor—. La gentileza en sus ojos despertó mi culpa mientras me atravesaban. —Y sabemos muy poco sobre su mujer y Aela.

Me retorcí por la incomodidad; a pesar de mis esfuerzos para ocultar mis acciones, Peallaidh las había descubierto todas, hasta el último e innombrable detalle. Algunos recuerdos me avergonzaban, otros casi me llenaban de lágrimas, pero sabía que aún había deseo, una lujuria persistente por una terrible, seductora, dolorosamente

hermosa mujer que odiaba con cada partícula de amor que tenía.

Seonaid cedió un poco y se reclinó para que su cabeza descansara dentro del refugio. Era pleno día, por lo que debimos haber hablado toda la noche; esa fue mi excusa para explicar el agotamiento que me consumía, aunque sabía que la verdadera razón era emocional. Me sentía avergonzado por las verdades desagradables que había revelado, aún más porque sentía un respeto desmedido por Seonaid. Volví a sentir vergüenza por los recuerdos que ahora ella compartía.

—Estabas hechizado—, me recordó duramente, —y no tienes la culpa—. Tenía una sonrisa de preocupación mientras se inclinaba más cerca. —Sin embargo, te sugeriría que visites a una mujer sabia lo antes posible, Fergus. No puedes saber qué repugnante enfermedad te ha dejado—.

Sentí una preocupación genuina mientras lo decía y miré hacia otro lado. Se dice que no hay acciones sin consecuencias y temblé ante los horrores de las enfermedades que pueden devastar a un hombre luego de acostarse con una mujer sucia.

No había rastros de repulsión en Seonaid. —Conozco a una mujer que puede ayudar, Fergus. Hasta que la veas, debes permanecer en celibato.

Asentí. —Sí, Seonaid.

—Bien—. Puso una mano reconfortante sobre mi hombro. —No tienes la culpa, Fergus. Era un hechizo—. Su sonrisa intentaba borrar algo de mi culpa. —Ahora: sabemos que Alistair tiene una guardia de doce caballeros negros, de los que no tenemos información. Solo aparecieron una noche, ¿no?

—Es correcto—, asentí, ansioso por cambiar de tema.

—Me preocupan—, murmuró. —Pero también están los guerreros gallowglass. Los conoces por sus nombres y costumbres, y ahora también nosotros. Angus, Lachlan, Kenneth y el resto; son asesinos profesionales; hombres difíciles de derrotar.

Volví a asentir y recordé la facilidad con la que Lachlan había dispuesto del caballero montado, y su habilidad con la claymore.

—Y los céterans de Alistair; cientos de hombres de la infantería ligera que exploran, patrullan y saquean. Gente terrible, ¿pero también fueron útiles en la batalla?

—Lo fueron. Se posicionan debajo del caballo de un caballero, lo incapacitan y apuñalan sus zonas vitales. Su fortaleza está en su velocidad y en sus números.

—Y finalmente está el poder de los clanes de Badenoch; la confederación del clan Chattan y sus asociados. Ellos proveen el poder definitivo de Alistair.

Asentí; me había sorprendido del número de hombres que los jefes de los clanes podían convocar. —Alistair es su señor—, dije. —Le

deben su lealtad.

—Entonces tenemos un enorme ejército que destruir—, de repente sonó muy cansada. —Y no estoy segura de cómo comenzar a lidiar con eso—.

Peallaidh había estado en silencio la mayor parte de esta conversación, pero ahora nos dio su opinión. —Todo esto está muy bien—, dijo —pero hemos estado olvidando una verdad elemental. Excepto por la guardia, de la que no sabemos nada, solo Alistair Mor es diferente. Hay otros gallowglass en Escocia e Irlanda. Son buenos guerreros, pero nada más. Los cáterans no son nada sin su señor y la confederación no es más feroz que los Camerons, y carece de los números de MacDonald de las Islas o de la astucia de los Campbells. Sin Alistair para guiarlos, se darían sus gustos al destrozar algo y tal vez uno o dos asesinatos de vez en cuando, pero excepto por eso, estarían más preocupados por cuidar de sus cultivos y criar su ganado.

—Así es—, coincidí. —Todo esto gira sobre Alistair Mor y su guardia.

—Entonces ese debe ser nuestro objetivo—. Dijo Peallaidh. —Remueve la cabeza y el resto morirá. Podríamos apresarlo y llevárselo al rey—. Miró hacia otro lado y sentí la confusión de sus pensamientos.

—No quieres matarlo—, dije.

—No quiero matar a nadie.

Asentí comprensivamente, pero mi mente estaba decidida: Alistair Mor tenía que morir. No podía ver otra alternativa, pero confiaba en que Seonaid señalaría un defecto obvio y fatal de nuestra estrategia.

—Nos estamos olvidando de Aela. Creo que Alistair es solo la mitad del problema—. Sentí la terrible preocupación detrás de esas razonadas palabras. —Ella es el poder detrás del trono y es una bruja. Temo que tenga el poder de crear el Libro de la Tierra Oscura.

A pesar de que no sabía nada sobre ese libro, incluso el nombre parecía evocar la maldad y no pude suprimir un escalofrío. —Albany me advirtió que jamás dejara que Alistair lo cree—, dije y supe que tenía toda su atención. —¿Cómo podemos detenerlo?

—Eso no lo sé—, dijo Peallaidh y sentí el miedo dentro de él. —Pero creo que debemos observar cada uno de sus movimientos; puede tener una debilidad que aún ignoramos.

Seonaid suspiró. —Espero que tengas razón, mi amigo. Por el amor de dios, espero que tengas razón—. Pero no podía pensar en ninguna debilidad y cuando finalmente me dormí, Aela se deslizó a mis sueños y su cuerpo era tan atractivo como siempre.

CAPÍTULO DIEZ

Nos recostamos sobre el brezo con el aire fresco de la noche en nuestras espaldas y las estrellas comenzaban a aparecer en el cielo. Si Dava me había parecido desolado, el páramo de Garnish era diez veces peor; era un lugar siniestro con piedras antiguas, cubierto de turberas y lleno de historias de druidas. Peallaidh negó con su peluda cabeza la primera vez que lo mencionó.

—He oído que Alistair tendrá una reunión en el páramo de Garnish —, nos había anunciado sin mirarnos a los ojos. —Creo que lo mejor sería observar y ver qué sucede, pero desde una distancia segura.

No hubo ninguna disputa; necesitábamos información, pero luego de mis experiencias bajo el poder de Alistair, ninguno quería aventurarse muy cerca. Me sentí presionado por el temor cuando me acerqué una vez más a la guarida del lobo, y mientras más nos acercábamos, más sentía que su fuerza sacaba mi lealtad.

—¿Estás bien, Fergus?— Preguntó Seonaid y asentí.

—Sí, pero puedo sentir que Alistair espera dentro de mi cabeza.

—Es Aela—, me dijo en un murmullo. Su rostro se veía preocupado. —Me temo que tendrás que seguir peleando o puede volver a tomar el control.

La idea no era muy reconfortante, por lo que intenté bloquear hasta su nombre mientras nos acomodábamos para observar. Estábamos a un disparo de mangonel del castillo Ruthven, acuclillados contra el borde de un charco de turba poco profundo, teníamos lodo hasta los tobillos, agua oscura y fría subía hasta nuestras cinturas y los bordes de los juncos nos ocultaban de la vista. Adelante, a apenas unos cientos de pasos de distancia, había uno de esos círculos de piedras verticales que ensuciaban el paisaje. Recordé que Lachlan lo había llamado el Círculo del Druida e incluso lo trataba con respeto, pero como nadie sabía lo que era propiamente un druida, o lo que hacían, no se los temía realmente.

Peallaidh sonrió cuando repetí el nombre. —Estos círculos de piedra son un misterio tanto para los druidas como para Lachlan—, dijo. —Estaban aquí siglos antes de que llegaran los celtas, con sus bardos y druidas y espadas de hierro. Los que vinieron después de nosotros las pusieron y las usaron para adorar a la luna.

—¿Por qué?— Seonaid, siempre tan inquisitiva, preguntó. —¿Por qué adorar a la luna?

Peallaidh se encogió de hombros. —Creían que la luna era

importante para medir el tiempo y controlar las estaciones.

—Tontos—. Seonaid no tenía tiempo para nadie que no estuviera de acuerdo con sus creencias. —¿Entonces por qué está viniendo Alistair Mor aquí, también para adorar a la luna?— Había sarcasmo en su voz.

—Ojalá fuera tan inocente—, dijo Peallaidh con seriedad. —Nunca había visto una reunión como esta, pero uno de mis compañeros uruisg sí y me dijo cosas terribles—. Levantó una pata peluda. —Sería mejor si no miráramos—. Me miró de manera significativa.

Sentí que me examinaban; la mente de Peallaidh hurgaba en la mía y los ojos de Seonaid se entrecerraron para escudriñarme críticamente.

—Estaré bien—, dije, pero pude sentir la presencia de Aela moviéndose dentro de mí y temblé ante su risa ronca.

—Espero que sí, por el amor de Dios—, su breve comentario encerraba preocupación genuina, —porque aquí vienen; guarden silencio—. Y luego de eso era muy tarde para escapar.

Nadie puede guardar silencio tan bien como un uruisg. Peallaidh yacía en medio del brezo, casi tan invisible como le era posible a un mortal y nosotros estábamos a cada lado, intentando ignorar las picaduras de insectos que permanecían incluso después de que el sol había bajado. Miramos hacia adelante para ver lo que Alistair estaba haciendo.

En ese momento no podíamos verlo, solo veíamos las piedras: eran una docena, cada una incrustada mirando al cielo, cubiertas de musgo y todas enfrentando al bloque cuadrado de granito que yacía horizontal en el medio del círculo. En la tenue noche fantasmal de pleno verano, el Círculo del Druida se veía inocente pero había un aura de vejez, y algo más, una atmósfera diferente que no había experimentado jamás. No pude reprimir mi escalofrío y sentí el escrutinio de Seonaid.

—Estoy bien—, dije, pero me quedé en silencio mientras mi susurro siseaba por el tranquilo páramo como el bramido de una trompeta de guerra.

Peallaidh percibió el movimiento primero y nos indicó a dónde mirar, pero incluso así me tomó un minuto entero poder entender lo que estaba pasando. Unos objetos oscuros comenzaron a vagar entre el brezo en el lóbrego páramo, sus cuerpos dieron una reverencia y sus cabezas se mantuvieron abajo. Vi a uno, luego a otro, y finalmente a media docena, todos moviéndose con tranquilidad hacia el círculo de piedras verticales que asentían a las estrellas con sus antiguas cabezas.

—¿Qué son?— Pensé y la respuesta de Peallaidh me llegó con claridad.

—Chailleachies.

—¿Qué?

—Brujas—, me tradujo Seonaid en voz baja, ya que a pesar de que había estado hablando gaélico estos últimos dos años, siempre había nuevas palabras que aprender.

Intenté mirar con más atención y sentía que la tensión crecía dentro de mí. Esperaba algo terrible, o al menos claramente diferente, pero en su lugar vi solo un conjunto de hombres y mujeres que podrían haber venido de cualquier pueblo o *clachan* de la Gaeltachd, o incluso de la Frontera. Se veían tan ordinarios que estaba convencido de que Peallaidh estaba equivocado, hasta que Seonaid incrustó su puntiagudo codo en mis costillas. Su mirada de advertencia podría haber derretido plomo fundido congelado y noté que había estado inquieto por los nervios, torciendo los juncos que nos cubrían hasta que comenzaron a temblar como una virgen en su noche de bodas.

—Quédate quieto, Fergus.

Me quedé inmóvil, luchando contra las imágenes en mi cabeza, ya que Aela se estaba volviendo más fuerte y se movía entre los recovecos ocultos de mi mente para recordarme los placeres pasados y para tentarme con velos transparentes de deleite macabro.

Había más brujas y juro que no las había visto aparecer. En un momento había media docena de personas en el Círculo, al siguiente había una veintena, luego treinta, cuarenta y la atmósfera se alteraba a cada minuto. El aire se volvió más frío, el suelo más duro y había un susurro persistente que no era claro, pero que estaba ahí. No era tan siniestro sino que insistente; escarbaba dentro de mí hasta que parecía ser parte de él, un factor entre miles, un alma perdida que deambulaba en un mundo repleto de pérdida y soledad más allá de la imaginación.

—¡Aela!— Oí su nombre pero no la veía. Sabía que me estaba buscando, pero Seonaid se arrimó y clavó sus uñas profundamente en mi muslo hasta que me doblé del dolor. Ella estaba viendo dentro de mí con sus ojos afligidos, mientras me arrastraba de vuelta hasta el pozo de turba en el páramo de Garnish.

—¡Debo irme!— Peallaidh comenzó a retirarse cubriendo sus oídos con sus manos y retorciéndose de dolor. —¡Las palabras! ¡No soporto escucharlas!

Seonaid era la más fuerte entre nosotros. Lo tomó del hombro al haber entendido de inmediato. —Tu mente es mucho más receptiva que la nuestra, Peallaidh. ¡Vete ahora!

Se fue en silencio, invisible en la oscuridad, y me preguntaba qué horrores contenía ese susurro y cómo estaría afectando a Seonaid y a mí. Aún podía sentir a Aela, pero instintivamente busqué que la fuerza de Seonaid me protegiera de ser arrastrado de nuevo a otro encantamiento. No podía imaginar lo que Peallaidh había

experimentado en su mente, siempre abierta a los pensamientos, sentimientos y sugerencias.

El susurro continuaba y se volvía más fuerte, por lo que algunas palabras se hicieron más discernibles. Le di un vistazo a Seonaid pero ella negó con la cabeza.

—No escuches—, me aconsejó e intentó cubrir sus oídos.

La imité pero las palabras estaban dentro de mi mente; no tenían forma pero aún así no dejaban de ser espantosas, vaciaban continuamente mi sanidad mientras retumbaban una y otra vez en mi cabeza e invocaban imágenes terroríficas que no podía entender. Me encorvé intentando enterrar mi cabeza en la turba, e incluso contemplé la idea de introducir mis oídos bajo las oscuras aguas para encontrar alivio. Pero no había escape; esas palabras venían del suelo, como si fuesen una antigua maldición que renacía en la tierra. Veía a las brujas y entendí, como si me lo hubieran revelado las páginas de un manuscrito, que no estaban pronunciando las palabras sino que las estaban sacando de algún pozo de conocimientos terribles, algún lugar en las profundidades de la experiencia humana. Eran el horror articulado de la muerte, el deseo y el sufrimiento de la mitad de los eones que la humanidad había habitado este mundo y me retorcí por su impacto sobre mí.

—Son las palabras del Libro de la Tierra Oscura—, exclamó Seonaid. —Ese es el mal que Alistair busca encerrar en sus escritos y sepultar en un libro. Es el mal que quiere controlar para poder usarlo a su gusto.

Me encogí en agonía por la idea y las palabras. —No podemos permitírselo.

—No.

Aquí había un miedo que no podía imaginar, dolor más allá del padecimiento, temor más allá de la cordura, soledad más allá de la desolación, desesperanza más allá de la compasión y eso era lo peor de todo. Sin esperanza solo hay oscuridad por siempre y ese es el verdadero infierno. Y luego las palabras se detuvieron. El páramo cambió de ser un un lugar de sonidos sibilantes a uno de completo silencio; hasta el viento cesó. La nada ascendió como el vació de un alma abandonada.

—Oh, Dios, ayúdanos en nuestra hora de necesidad—. Seonaid levantó ligeramente su cabeza para poder ver a través de los juncos hacia el círculo de piedras frías a solo unos cien pasos de distancia.

El silencio era tan tangible que una espada habría rebotado en su armadura. Era una fuerza en sí misma que acababa con el zumbido de los insectos y el susurro del viento, con el sonido sibilante de los juncos y el crujido del brezo. Nunca había sentido un silencio tan extraño, tan similar a un arma, y cuando me uní a Seonaid para mirar

a través de los juncos, supe la razón.

La guardia marchó hacia el círculo de piedras. Llegaron uno a la vez, la luz de las estrellas se reflejaba en su armadura negra y sus rostros se escondían detrás de sus viseras cerradas. Entonces pensé que nunca había visto sus caras y que nunca los había oído hablar. Solo actuaban, ligeros, silenciosos y sin piedad.

En el medio de la guardia se encontraba Alistair Mor, con su barba negra formando un embrollo y sin mostrar expresión alguna. A diferencia de la guardia, él no llevaba armadura, solo una larga túnica de seda negra que lo envolvía como el manto del príncipe que era.

Observé con fascinación mientras Alistair se paraba sobre la piedra horizontal en el centro. Se quedó allí por un largo segundo, mirando hacia sus dominios con los brazos elevados sobre su cabeza y sus ojos ardiendo sin emoción, como brasas del alba, y luego su guardia se movió. Formaron un círculo a su alrededor, doce figuras negras rodeando a una décima tercera más oscura, y por un momento el mundo dejó de moverse.

Alistair hizo un solo movimiento con sus ojos y las chailleachies dieron un paso al frente, como si fuesen las marionetas bajo las órdenes de un actor con múltiples cuerdas. Formaron un círculo doble del cual la externa enfrentaba al páramo y la interna a Alistair, quien estaba tan tieso como las piedras del círculo.

Hubo otro movimiento de sus ojos y los círculos comenzaron a moverse. Los guardias se movían en el sentido contrario al rumbo del sol, el círculo interno de las chailleachies se movía en el sentido del sol y la externa también en el sentido contrario, por lo que formaban un flujo constante de movimientos opuestos. Visto desde el charco de turba, el resultado era un caos, un embrollo conflictivo, hasta que Alistar comenzó a girar.

Al principio se movía con lentitud, contrario al sentido del sol, y sus manos señalaban hacia arriba en donde la luna lentamente aparecía por detrás de una nube que se desvanecía. Mientras la luz de la luna se intensificaba, también lo hacían sus giros, y todos los círculos lo comenzaron a imitar, moviéndose en el sentido contrario del sol.

—¿Qué están haciendo?— Preguntó Seonaid.

Tal vez fue Aela quien me dio la respuesta, pero supe que podía explicarle. —Alistair está adquiriendo poder de la luna y se lo está transmitiendo a los otros. Están usándolo para perforar el suelo, como si estuviesen usando las herramientas de un carpintero, pero están creando una grieta hacia lo que sea que yace debajo del Círculo del Druida.

—Oh, bendito Dios en el cielo, danos la fuerza para combatir este mal—. Oí su plegaria y la repetí, aunque en alguna parte dentro de mí

estaba el deseo de ver lo que pasaba. Había otra parte de mí, oculta pero fuerte que quería unirse y supe que el encantamiento seguía allí, escondido bajo la superficie, esperando la oportunidad para esconder mi consciencia y regresar.

—¡Fergus!— Su mano buscó la mía, pero ahora sabía que era ella quien buscaba consuelo y era yo la fuente de la fuerza. Sostuve su mano y sentí la humedad del miedo en su palma.

Entendía que estas brujas estaba creando una especie de hechizo y también conocía su propósito, aunque estaba demasiado asustado para ponerlo en palabras.

—Fergus—. La voz era pequeña pero insistente al explotar en mi mente. Sabía que no era Peallaidh pero tampoco Seonaid. Por un momento pensé en Aela, pero ella me llamaba Will. ¿Entonces quién era esta nueva persona que entró en mi mente?

—¿Quién eres? ¿Quién me necesita?

No hubo repuesta pero mi percepción de repente se alteró. No era más Fergus, era otra persona; alguien pequeño y joven e inocente, y alguien tan asustado que apenas podía caminar. La dama oscura a mi lado tuvo que ayudarme mientras caminábamos a través de aquel páramo hacia el terrible círculo que veía adelante.

—¡Fergus! ¡Ayúdame por favor! ¡No los dejes hacerme esto!— Podía ver el terror adelante pero sabía que no terminaría ahí; continuaría por siempre, por lo que mi existencia sería una eternidad de un sufrimiento como el que nadie se imaginaría.

—¡Fergus! ¡Solo tú puedes ayudarme!

Sentí que Seonaid me sostenía mientras miraba hacia el cielo, en donde la luna iluminaba con su sonrisa agradable totalmente ignorante de las cosas que se estaban haciendo en su nombre. Ahí entendí que la luna no era una diosa y que el mal venía de otro lugar.

—¿Fergus?— Seonaid sonaba ansiosa. —¿Qué fue eso?

—Alguien me pedía ayuda—, susurré, —pero no sé quién.

Seonaid aceptó mis palabras con un suspiro de preocupación. —No podemos ayudar a nadie ahora Fergus. ¡Escucha!

Las brujas comenzaron a cantar; las palabras sonaban despacio al principio pero pronto empezaron a sonar más fuerte, hasta que cada persona gritaba, aullaban una cacofonía de sonido que era espantosa de escuchar mientras retumbaba en nuestros oídos, una despiadada hora tras hora, así que permanecimos en el suelo retorciéndonos con la agonía de esa disonancia que amenazaba nuevamente nuestra cordura. . . Y luego se hizo el silencio mientras dos personas más entraban en el círculo.

Una era una mujer que reconocí al instante. Aela estaba tan hermosa como la recordaba, con ese brillante cabello negro que descendía hasta su cintura y una sonrisa que podía conquistar a las

gárgolas de la abadía de Melrose. Casi intento alcanzarla, apenas levantándome de mi posición a un lado de ese tranquilo y oculto charco, pero Seonaid no se dejaba engañar con tanta facilidad por la apariencia ni por la promesa de sensualidad, y me volvió a mi lugar.

—¡Fergus! ¡Mírame!

La miré y vi la sensatez y preocupación y cariño que habían logrado mantener su cordura mientras todo alrededor de su mundo se disolvía en un caos. Sacudí mi cabeza y volví a ver; Aela seguía siendo hermosa pero su atracción había desaparecido.

Uno a uno los círculos se separaron para darle paso y solo entonces recordé que no estaba sola. Aferrándose a la mano de Aela había una niña de unos ocho años. Estaba vestida de blanco, llevaba una diadema de plantas verdes sobre su rubia cabellera y se veía completamente confundida. Supe en ese instante que estaba hechizada, como yo lo había estado, y tenía una idea real de dónde estaba y qué sucedía. También sabía que la había visto varias veces en el castillo Ruthven, en donde se la había tratado con respeto, casi veneración. Había imaginado que era la hija de Alistair, una de sus muchos hijos, pero aún no entendía el por qué de su presencia aquí.

Sentí que Seonaid se estremeció y la miré; su rostro estaba contraído por el horror. —Oh, Dios, que tu misericordia caiga sobre esa niña—. Me miró con sus labios temblando y miedo en sus ojos. —¡Fergus! ¡Sácame de aquí! ¡Sé lo que sucederá y no puedo mirar!

Sin embargo lo hizo. Se aferró a mi brazo, recostada entre medio de los juncos y miró fijamente hacia adelante, a pesar de que las lágrimas iluminaban sus ojos y caían lentamente por sus mejillas. Y yo me mantuve a su lado, incapaz de ayudar, incapaz de emitir un sonido mientras Alistair levantaba a la niña en el aire, le quitaba el vestido blanco y la sostenía de cabeza.

—¡Fergus! ¡No los dejes!

Chilló esas palabras con miedo y supe de dónde habían venido. Aquella niña, rubia, inocente y desafortunada, me estaba llamando, rogando por una ayuda que no podía ofrecerle. Bajé mi cabeza por solo un segundo antes de que un temor repulsivo me hiciera mirar otra vez. No podía controlar las lágrimas que rodaban por mis mejillas, pero no me importaba y tampoco a Seonaid,. Lloramos sin vergüenza juntos mientras observábamos.

La niña empezó a emitir pequeños ruidos del miedo y me imaginé que el encantamiento se estaba acabando, o solo debía durar hasta ese momento.

—Es un sacrificio—, sollozó Seonaid. —Van a matarla.

—Fue concebida para eso—. No sabía cómo sabía eso, pero era verdad. Esa niña había sido criada específicamente para esta ceremonia; su destino se cumplía mientras observábamos. Recordé

cómo Aela le daba palmadas en la cabeza y la acariciaba con lo que yo asumía, era afecto, pero ahora sabía que solo era satisfacción. Mostraba la satisfacción de un granjero que sonríe ante su cría ganadora o el cocinero que observa al ganso antes de la matanza de navidad.

Mientras cantaba en un idioma desconocido, Alistair colocó a la niña en la piedra horizontal y se inclinó hacia adelante. Por un segundo pensé que estaba a punto de besarla, pero en su lugar la mordió y se alejó con sangre goteando de su boca. La niña daba largos y agudos gritos y parecía estar mirando directamente hacia nosotros.

—¡Fergus!

Pero no podía ayudarla.

Seonaid se estremeció. —¡Oh, bendito Jesús en el cielo! ¡Está bebiendo su sangre!

La visión fue diferente a todas las que había experimentado antes y fue mucho más intensa. Me sorprendí con su fuerza y casi grito por el dolor que atravesó mi cabeza.

Estaba indefenso en el círculo de mujeres presuntuosas y me observaban, riendo mientras cantaban algún ritual obsceno. Sabía que eran brujas por su miraba de maldad inefable en sus rostros y el hambre en sus ojos. Miré hacia abajo y noté que me encontraba en el cuerpo de una joven que yacía sobre el tabla de piedra dentro del círculo. Era esa niña y entendí que mi destino se encontraba debajo de mí.

Grité con desesperación y miré hacia arriba para encontrarme con la cara de Alistair Mor acercándose a mí. Su boca estaba abierta, sus dientes afilados para hacer una incisión, y volví a gritar sin esperanzas. No había nadie que me ayudara; no había escape; solo estaba . . .

yo. Podía verme a mí, Fergus Scott de Eildon, observando desde el refugió entre los juncos y rogué que me liberaran. Rogué en silencio, desesperada porque Fergus mantuviera algo de esa persona, ese Fergus que no era yo, para que incluso si me asesinaban no sería olvidada ni destruida por completo.

—¡Fergus!

Incapaz de interferir, solo podía observar mientras, uno a uno, los guardias inclinaban sus cabezas sobre la niña, luego Aela, y finalmente las otras brujas en una larga y horrible procesión que parecía interminable. No solo Seonaid lloraba mientras observaba.

Cuando la última bruja limpió sus labios, la niña yacía sin fuerzas sobre la piedra y Alistair la levantó. Juro que seguía con vida mientras él la destrozaba, miembro por miembro y lanzaba sus partes a las brujas. He visto lobos regateando sobre una muerte y cuervos picoteando el cuerpo tembloroso de un cordero herido, pero juro que nunca había oído tal diabólico sonido como el de estas bestias cuando luchaban por los trozos de su carne. Solo con sus uñas y dientes como

utensilios, cuidadosamente pelaban la piel de su cuerpo y miembros y hundían sus rostros debajo de la temblorosa carne

Seonaid lloraba desconsoladamente, enterraba su cara en los juncos y ocasionalmente me miraba, pero no podía hacer nada. Entonces supe que nunca podría dejar con vida Alistair hasta que esta noche fuese vengada, aunque no sabía qué podía hacer o cuándo lo haría.

—Tenemos que detenerlo—, susurré pero Seonaid no respondió.

—Estaban cantando las palabras del Libro de la Tierra Oscura—, Peallaidh dijo dentro de nuestras cabezas con una voz fuerte y clara, aunque podía sentir que estaba temblando de miedo. —Ese es el libro que nos obligó a ocultarnos en las cuevas, ríos y cascadas, y que les permitió a los humanos dominar la tierra. Están intentando recrearlo. Si lo hacen, tendrá un poder inimaginable. Le permite a su dueño hacer lo que le plazca—.

—¿Pero qué es lo que quiere su dueño?— Le susurré a Seonaid. —¿Qué crees que quiere Alistair?

Negó con su cabeza, aún con sus ojos en blanco luego de los horrores que había presenciado. —No lo sé, pero lo que sea que es, solo puede ser maligno—. Dijo en un ligero susurro. —Oh, Dios, Fergus, todavía no ha terminado. ¡Mira!

Había pensado que beber la sangre de una niña viva sería el fin de la ceremonia, pero las brujas volvían a cantar y giraban alrededor de Alistair y su guardia. Su canto era discordante, lo opuesto a la dulce música de un coro sagrado, y la melodía hería mis nervios, como el sonido de una hoja constantemente rayando un plato de peltre.

Miraba con atención, mientras el sonido me hacía encogerme y comenzaba a notar un olor nauseabundo que emanaba de dentro del círculo de piedras antiguas. No sabía lo que era, pero apestaba peor que la carne quemada en un pueblo en llamas o el hedor acumulado de una semana de estiércol humano. Sentí arcadas, asqueado, y Seonaid tomó mi mano. Pude sentir su miedo y solo reflejaba el mío.

Las brujas cantaban y giraban en un círculo infernal, y Alistair se encontraba sobre la piedra horizontal con sangre de la niña diseminada sobre su cara y goteando de su mentón. Levantó sus brazos, estirándolos a cada lado hasta parecer una obscena parodia del Cristo crucificado, y Aela condujo a las brujas en un creciente frenesí de ruido. Observaba mientras se arrancaban sus ropas, jóvenes y viejas por igual, y tomando sus manos corrían alrededor del círculo de piedras.

—¿Qué están haciendo?— Seonaid tuvo que gritar para ser escuchada por sobre el ruido, pero la voz de Peallaidh sonaba bajo y tensa en mi cabeza.

—¡Están lanzando un hechizo, un terrible hechizo!

—¿Cuál?

No necesitaba hablar, ya que vi que Aela se inclinaba y levantaba algo del suelo. Era un trozo de tela, tal vez, o un pergamino; no estaba seguro. Lo sostuvo en alto, lo lamió hasta limpiarlo y se lo presentó a Alistair.

Sentí el grito ahogado de Peallaidh en mi mente.

—¡No! ¡Eso no!

—¿Qué?— Preguntó Seonaid, pero yo estaba mirando mientras Alistair lo sostenía en alto. Solo entonces me di cuenta de que era piel del torso de la niña sacrificada, arrancada de su cuerpo y que Aela había limpiado con su lengua. Las brujas juntaron otros segmentos de su piel y comenzaron a coserlos, usando sus tendones como hilo y trozos de sus propias uñas como agujas.

—Oh, señor bendito; es una combinación entre la maldad y la inocencia, la tensión que puede sacudir al mundo—. Oí la voz de Peallaidh y supe que estaba en lo cierto. No tenía que preguntar de dónde provenía ese conocimiento, ya que pude sentir que Aela se movía en mi interior; me estaba compartiendo algo de su sabiduría maléfica y podía sentir parte de su júbilo.

La maldad sola no era poderosa, ya que siempre hay más bien que mal en el mundo, y la inocencia sola podía ser débil, pero la combinación de ambas creaba una batalla eterna y la tensión resultante alimentaría cada hechizo que esas brujas hicieran. Habían usado a la niña como una fuente de energía, ya que su esencia vivía en su piel y sus tendones, luchando por siempre al mal que venía de abajo. Esa era la salvaje y horrible belleza del Libro Oscuro, ese conflicto creado a partir de un contraste constante.

Alistair pronunció algo y Aela fue hacia él, quitándose su ropa al instante en que se subía a la piedra horizontal. Observé horrorizado mientras Alistair mordía su cuello y untaba un dedo en el flujo de su sangre. Sonriendo, ella llevó su boja a su oído y le dijo palabras que él anotó en aquel pergamino espantoso. Todo ese tiempo las brujas continuaban cantando aquella agonizante cacofonía de sonidos que herían nuestra cordura.

—¡Es el Libro de la Tierra Oscura!— Las palabras de Peallaidh sonaban retorcidas por su agonía. —Está escribiendo las palabras del libro.

—Peallaidh, dije con la esperanza de que pudiera oírme desde el recoveco o grieta en la que se escondía. —¡Alejate! ¡Ve a algún lugar seguro!

Sentí que su presencia se debilitaba y supe que estaba corriendo lo más lejos que podía del horror que contenían las palabras que Alistair escribía. Observé con una fascinante repulsión mientras una a una, las brujas se acercaban a Alistar, él las mordía y luego escribía lo que

ellas le decían en la piel del sacrificio.

—¡Fergus!— Me retorcía en la agonía de cada palabra que se inscribía sobre mi piel. —¡Fergus! ¡No me abandones así! ¡Ayúdame!

Una vez más era la niña; sentía la agonía de ser desollada, la maldad en la uña de Alistair mientras me rayaba con sangre sucia, hasta la última gota de sufrimiento que el mundo había producido, y luchaba contra él con cada pulgada y cada onza de inocencia y pureza que poseía.

Pero no podía luchar sola ni tampoco pelear por siempre. Necesitaba ayuda y solo Fergus tenía los dones. Lo llamaba mientras mi carga aumentaba con cada palabra que Alistair agregaba.

—¡Fergus!

Al fin terminaron y la última bruja volvió a la multitud danzante que seguía girando, y miré a Seonaid.

—Espero por Dios, que se haya terminado.

—Por favor, Dios—, dijo.

Ambos nos equivocamos. Habiendo escrito la última palabra y cubierto el espantoso manuscrito de piel humana con su escritura, lo dobló en la forma de un libro y gritó algo. Cada una de las brujas arrancó un pelo de su vecina y se lo entregó a Aela, quien los unió en una única y fuerte mecha.

Vi que Alistair ataba esa cuerda de pelo de bruja alrededor de la piel para formar un libro y luego rió. La guardia, que había estado presenciando todo en silencio, permanecía tiesa como estatuas de mármol negro, pero las brujas rieron también y corrieron hacia adelante, destrozaron la vestimenta de Alistair y lo arrastraron hacia el medio.

Al principio pensaba que estaba a punto de matarlo como lo habían hecho con la niña, pero en su lugar comenzaron una orgía que le habría revuelto el estómago a Calígula. Nadie que viva en un castillo, cabaña o granero era inocente sobre lo que pasaba entre un hombre y una mujer, pero solo una mente enferma podría describir lo que esas terribles criaturas hacían entre ellas. Solo pude mirar, paralizado, por un momento que se estiró por siempre y luego oí que Seonaid tenía arcadas a mi lado. Vomitó un bilis verde y supe que no podía soportar más.

—Están distraídos—, dije mientras sentía que el odio espesaba mi voz, —y ya hemos visto más que demasiado—. Tomé su mano y nos escabullimos entre los juncos hacia el honesto brezo del páramo. Solo cuando estuvimos en el oscuro horizonte nos levantamos, y entonces corrimos, sin palabras por el miedo y enfermos de repulsión. Ninguno pudo hablar por el resto de la noche y cuando Peallaidh nos encontró, encogido del miedo en una arboleda de pinos, puso un brazo alrededor de Seonaid y la dejó llorar hasta el cansancio.

CAPÍTULO ONCE

—Tendremos que matarlo—, decidí nuevamente. A pesar de mis experiencias en los castillos de Alistair y durante el ataque a Forres y a Elgin, la ceremonia en el páramo de Garnish me había impactado más que cualquier cosa que hubiera visto. El terrible sacrificio de la niña, junto con las voces dentro de mi mente, fue tan perturbador que no podía evitar revivirlo repetidamente, incluso aunque intentara esconderlo de mis recuerdos.

Seonaid asintió sin ningún argumento, lo cual era tan inusual que Peallaidh puso una pata peluda sobre su hombro. Ella se la sacó de encima.

—No—, dijo.

—Es un hombre difícil de matar— continué, imponiendo el asunto como si no hubiesen hablado.

Hubo un silencio largo antes de que Seonaid me mirara. —Casi imposible, creo, ¿cómo puedes acercarte lo suficiente con su guardia alrededor?

—Creo que sé cómo hacer eso.

Se volvió hacia mí mientras asentía. —Dime—, dijo. —Dime cómo y yo misma le clavaré el cuchillo en su negro corazón—. Sus ojos retenían el horror del sacrificio en el Círculo del Druida.

—Yo seré quien lo mate—, dije. —Me lo debe por los años que tomó de mi vida, pero como dices, la guardia hará que sea imposible acercarse y matarlo con un cuchillo.

—Entonces, ¿cómo podemos matarlo?— Su voz no mostraba ninguna emoción y comencé a pensar que había perdido la esperanza.

Encontré difícil recordar los años en los que estuve hechizado en caso de recordar a ese estado, pero lo había hecho desde el sacrificio. Quería recordar todo lo posible acerca de Alistair Mor, por si encontraba una debilidad que pudiera aprovechar. Pensaba que podía haber hallado una.

—A mi señor, es decir a Alistair, le gusta visitar sus residencias principales, Ruthven y Lochindorb. No dice cuándo viajará, pero durante el viaje inspecciona algunas regiones de sus tierras, cuelga a algunas personas y regresa. Es el único momento en el que sale del castillo sin su cuerpo completo de gallowglass y cáterans.

—¿Viaja solo?— Vi una chispa de interés en sus ojos.

—Nunca; pero solo tendrá a su guardia con él—, intenté que mi voz sonara lo más inexpresiva posible, pero vi que su gesto cambiaba

mientras su esperanza moría.

—Entonces tu plan es atacarlo cuando solo tenga a doce hombres escoltándolo. Las probabilidades serán de trece a uno contra ti—. Su voz sonaba amarga por la frustración.

—En cualquier otro momento—, le recordé, —las probabilidades serían de trecientos contra uno—. Esperé unos momentos. —Por supuesto, siempre podemos ir a Moray e intentar reclutar algunos hombres más. Allí debe haber varias personas muy enojadas luego del ataque de Alistair.

Rechazaron la idea de inmediato, como lo esperaba. El vivir en el borde de la boca del lobo había desmoralizado a los hombres de Moray por lo que no nos servirían. Intercambiamos algunas ideas más pero siempre regresábamos a mi idea original; le tenderíamos una emboscada cuando estuviese entre Ruthven y Lochindorb y cuando solo tuviese a su guardia personal para protegerlo.

Alistair no era una criatura de costumbres, pero si cruzaba el páramo de Dava tenía que evitar los terrenos de donde se había sacado la turba. En algunos lugares el páramo era un pastizal abierto, fácil de recorrer a caballo en cualquier dirección, pero estaba dividido por un arroyo profundo y flanqueado por pantanos que incluso con el clima seco borboteaban y siseaban. Solo había un camino que atravesaba este erial que llevaba a un vado poco profundo sobre el arroyo Dava. Excepto por un único pino encorvado por el viento, el vado no era más que un terreno llano y sin forma con bancos empinados y agua turbia poco profunda, sin embargo cada jinete debía usar esta ruta y sabía que Alistair pocas veces caminaba.

—Este es el único lugar para hacer una emboscada—, resolví mientras examinábamos el vado a la distancia. Se veía como un sitio excelente, con una pendiente en la que lo frenaríamos y con brezo espeso que le proveería de cobertura a un hombre agachado.

—Alistair estará consciente de eso—, señaló Seonaid.

—Entonces tenemos que ser doblemente precavidos—, dije. Ya estaba determinado a matar a Alistair aquí y ningún número de objeciones de Seonaid me convencerían de lo contrario.

Si los fronterizos somos muy buenos en algo más que sobrevivir, es en hacer emboscadas. Es nuestra especialidad, perfeccionada durante décadas de guerras en la Frontera. Revisé el vado una docena de veces, busqué cada ruta posible y cada posible terreno de batalla. Calculé ángulos y tomé las distancias en pasos, medí la profundidad del agua y probé la suavidad del suelo, busqué los mejores escondites, pero aún así sentía que mis niveles de ansiedad se elevaban cada hora.

Alistair no era ningún tonto. Esperaría una emboscada aquí, pero no había otro lugar. Miré hacia el cielo, deseando que toda esta aventura se termine y me encuentre de regreso y a salvo en la torre

Eildon. Por primera vez desde que dejé Edinburgh, deseaba que Albany hubiera elegido a alguien más para esta tarea. La vida en la Frontera suele endurecer a la gente para que se escondan o ignoren sus miedos, pero sabía que estaba mucho más asustado de Alistair Mor y de la seductora Aela de lo que jamás había estado por un ataque inglés. Lo peor que los ingleses podían hacer era torturar o matar, pero sabía que Alistair robaría mi alma.

La imagen era clara, la niña del bloque del sacrificio estaba sentada y sangraba por su cuello. Me estaba observando mientras movía su boca, pero no podía oír sus palabras.

—¡Fergus!

Sacudí mi cabeza e intentaba hacer un esfuerzo para entender lo que estaba diciendo, pero no escuché nada. Estaba hablando, tratando de transmitirme su mensaje desesperadamente, pero había algo que bloqueaba sus palabras.

—¡Fergus!

—¡No puedo oírte!— Exclamé y traté de tocar su mano estirada, pero la barrera se movió con ella y evitó que nos tocáramos y que pudiera entender el mensaje que trataba de transmitir con tanta ansiedad.

—¡Fergus!

No podía alcanzarla pero la agonía de su voz hacía que algo dentro de mí se retorciera.

Seonaid me zarandeó para traerme a la realidad. —¿Estás con nosotros, Fergus?

La miré por un momento de confusión antes de darme cuenta de en dónde estaba. —Lo estoy—, dije, pero deseaba que me hubiera dejado en donde estaba. Sabía que la niña tenía que decirme algo vital pero no supe qué era.

—¿Otra visión?— Me miró de cerca a los ojos, —pero no fue Aela esta vez.

—No esta vez—, coincidí. No le dije lo que había visto; no sería de ayuda.

Peallaidh fue nuestro explorador ya que poseía la sorprendente habilidad de fusionarse con casi cualquier ambiente sin ser visto. Tal vez su pelaje grueso lo ayudaba a ocultarse por lo que solo se mezclaba con el campo, pero podía yacer en brezo o pasto, podía estar parado entre los árboles o acuclillarse entre un grupo de rocas desnudas y desaparecer instantáneamente.

—Esperen aquí—, ordenó, —y veré si Alistair ha salido del castillo Ruthven—. Dio dos ligeros pasos y se desvaneció entre el mar de brezo.

—Esperaremos—, aceptó Seonaid y me arrastró hacia el socaire de una pila de rocas tumbadas. No sonrió. —Espero que hayas aprendido a tener paciencia en la Frontera, Fergus, porque podemos estar aquí

por un rato.

Asentí y me acomodé; en momentos dormitaba y en otros revisaba mi arco. Tomando como ejemplo las armas de los gallowglass, había creado un arco de las Highlands. Era más corto que un arco inglés pero era más fácil de llevar y se podía disparar desde el suelo. En algunas formas era superior al arco largo por ser más fácil de manipular. También sabía que sería un suicidio estar de pie y dispararle a Alistair, la guardia cerraría sus rangos a su alrededor tan pronto me pusiera al descubierto y mientras algunos protegían su cuerpo, los otros me darían caza.

En general, aunque carecía del rango y el poder de penetración, el arco de las Highlands era mejor para este tipo de ataque subrepticio. Solo que no había caballerosidad en esto; solo un deseo de asesinar que iba en contra de todo en el código de caballeros. Pero Alistair Mor no era uno, sin importar cuán ilustre sea su linaje, al menos del lado de su padre. Curvé la cuerda que había creado a partir de hebras de brezo, sentí el afilado pedernal de las puntas de mis flechas y deseé estar mejor equipado. No sería fácil asesinar a un señor como Alistair con armas tan primitivas, pero uno tenía que actuar con lo que tuviese a mano y este era un trabajo necesario.

Dejé que mi mente divagara pero la visión no volvió. Estaba solo, tendría que matar a Alistair sin ayuda; tenía que evadir a su guardia silenciosa y asesinar al hombre más peligroso en Escocia. Sentí que la desesperación se asentaba mientras esperaba allí y me preguntaba si volvería a ver las dulces pendientes de Eildon. El día pasó a ser una corta noche de verano, y también pasó.

El amanecer en el páramo de Dava era espectacular; comenzaba con una pincelada de un gris perla en el este que se extendía detrás de las Caringorms, por lo que se veían oscuras e inhóspitas, pero llenas de promesas. La luz cambió a un rosado suave, luego inundó el cielo hasta que el mundo entero brillaba y los árboles dispersos parecían estirar sus ramas para darle la bienvenida al nuevo día.

Era casi obsceno que tanta belleza pudiera coexistir en el mismo espacio con los horrores de Ruthven y Lochindorb. Sentía como si la naturaleza intentara crear una armonía de aromas y sonidos y paisajes que pudieran balancearse con la monstruosidad que el hombre había hecho en Elgin y Forres. ¿Pero qué clase de belleza podría contrarrestar aquel terrible episodio en el Círculo del Druida en el páramo de Garnish?

—Estás a millas de distancia—, Seonaid me estudiaba con compasión debajo de la dura barrera de sus ojos. —¿En qué estás pensando?

Le respondí con honestidad. Luego de mis experiencias con Alistair, no tenía razones para esconderle las pequeñas cosas.

—Es algo muy profundo para un fronterizo—. Su sonrisa era un tanto gentil. —Tu gente no tiene la reputación de tener pensamientos profundos; normalmente golpean primero y luego se olvidan. ¿De dónde has sacado tal percepción?

Me encogí de hombros. —No nos subestimes—, dije. —Sí podemos ser profundos, como todo el mundo.

Miró hacia otro lado, —tal vez algunos pueden.

No contesté nada pero probé la tensión de mi arco por décima vez esa hora.

Seguimos esperando, escuchando a los pájaros pregonando el día naciente, oliendo la frescura del brezo que crujía con la brisa, sintiendo que la luz aumentaba hasta llegar a la gloria total de la mañana. Seonaid percibió el aroma primero y me miró a través de esos ojos tan inquietantemente intuitivos.

—Caballos—, dijo e instantáneamente nos pusimos en alerta, mirando detenidamente en la dirección de Lochindorb desde donde vendría Alistair.

Yo lo sentí después; con seguridad era transpiración de caballo, pero mezclado con la siniestra sangre y algo de sulfuro, pensé. Luego nos llegó el sonido, traído suavemente por el viento; escuché el ruido de bridas, los golpes del cuero, el sonido de ropas y los relinchos de un corcel.

—No puedo ver nada—, miré a la distancia entrecerrando mis ojos a causa del viento en aumento. El páramo llegaba hasta unas colinas bajas un poco boscosas y a pesar de que no podía ver las torres de Lochindorb, sabía que estaban allí, arruinando este lugar que podría ser tan hermoso.

—Están viniendo—. Peallaidh apareció de la nada. En un momento no estaba, al siguiente salía del brezo entre medio de los dos. —Alistair Mor y su guardia. Están cabalgando lentamente hacia el sur de Lochindorb. ¿Están listos?

Levanté el arco y sentí los latidos de mi corazón. —Listo—. Mentí. No estaba listo para matar al monstruo que había sido mi señor. Oí la voz dentro de mi cabeza y supe que Aela seguía ahí, moviéndose sin descanso en las ataduras con las que había intentado atraparla. Peleé contra mi miedo.

Nos movimos lentamente hacia adelante, manteniéndonos abajo en caso de que quedáramos a la vista y midiendo el viento en caso de que le llevara nuestro olor a Alistair. Éramos tan silenciosos como gatos cazando, pero menos mortales. Tenía mi claymore sobre mi espalda y el arco en mi mano, pero deseaba fervientemente tener mi espada y mi lanza fronterizas. Conocía y confiaba en esas armas; con ellas había derrotado a Lachlan; con ellas podría enfrentar a la guardia. Con un arma de dos manos y un arco para niños hecho de raíces de árboles y

tallos de brezo, tenía mucha desventaja.

Luego de unos momentos nos detuvimos. Habíamos llegado al lugar desde el cual mataría al lobo de Badenoch, o moriría. Miré toda la extensión del páramo; excepto por el vado, era un lugar insulso para morir.

Como siempre, la visión llegó sin aviso.

Estaba indefenso entre mis propias páginas, amarrado por una fuerza que no podía entender, perforado con mis propias uñas y unido con cordeles de maldad fina. Luchaba contra el horror y sabía que nunca debía parar, solo sentía dolor y miedo, pero estaba consciente de que había una luz en algún lugar de esta oscuridad infinita de la cual estaba destinada a nunca escapar.

No había nadie que me ayudara; no había escape; solo estaba . . .

yo. Podía verme a mí, Fergus Scott de Eildon, observando desde el medio de un pantano oscuro y le rogué que me liberara: rogué en silencio, desesperada porque Fergus mantuviera algo de esa persona, ese Fergus que no era yo, para que incluso si me asesinaban no sería olvidada ni destruida por completo.

Me vi como si estuviese parado frente a una hoja de acero pulido o las aguas límpidas de un lago de la Frontera. Me vi y vi a la niña que también era yo y lloré por la distancia que nos separaba.

—¡Fergus!— Seonaid me estaba sacudiendo. —¿Qué sucede?

—Otra visión; era la pequeña niña que masacraron—. Aún podía sentir el terror, pero también algo más. Una parte de mí había cambiado y supe que ella estaba dentro de mí. El remanente de su consciencia había entrado en mí esa tarde y podía ver con sus ojos tanto como con los míos. Podía sentir su temor y su desesperación tanto como su apabullante deseo de ser vengada. Me estremecí; no, estaba equivocado. No era venganza lo que buscaba. Era libertad. Quería que la liberara del lugar en donde estaba atrapada, pero no podía hacerlo porque estaba muerta. Tan muerta como Thomas Learmonth, Thomas el Franco, el Rimador.

—Somos cuatro ahora—, Peallaidh miró a su alrededor con esa gran cara peluda olfateando el aire. —Puedo sentirla, pero no escucharla, verla ni olerla.

—Es la niña: está dentro de mí—, le dije.

Sentí que Peallaidh había entendido, aunque Seonaid solo me miraba incrédula.

—¿Estás seguro de que no es Aela?— Percibí su miedo, pero lo ahuyenté con un movimiento de mi cabeza. —Es la niña—, repetí, pero no había tiempo de explicar, ni siquiera aunque pudiera. Tenía que concentrarme en matar a Alistair Mor.

—Que así sea—. Peallaidh aceptó la situación tranquilamente con un gesto de indiferencia que hizo temblar el pelaje de su peluda

espalda. —Aquí estamos, Fergus; es momento de matar.

Eran palabras fáciles de pronunciar y una tarea fácil de cumplir en circunstancias normales. No se necesita de mucha habilidad para matar a un hombre: un esfuerzo mínimo puede lanzar dos pulgadas de acero a una zona vital, o una fuerte tensión y un disparo rápido envía una flecha tajante hacia una garganta, ingle o corazón. El acto físico de matar no es nada, pero saber que acabaste con una vida puede ser duro. En mis pesadillas revivo a cada hombre que maté en Otterburn o mientras estaba al servicio de Alistair, y ahora me adelantaba para agregar al menos una más a mi total.

Sin embargo, había una diferencia. Este hombre merecía morir por todo el horror que había desatado en el mundo y si yo no era una herramienta digna, bueno, entonces el Señor realiza maravillas de maneras misteriosas, y ninguna más misteriosa que usar a un bandido de la Frontera para terminar la vida de un jefe de las Highlands, hijo de un rey escocés.

—Vamos Fergus—, Peallaidh palmeó mi hombre mientras me acomodaba, sujetando mi arco como si fuese un talismán. Todo el tiempo estuve consciente del conflicto en mi cabeza, mientras la niña rogaba por mi ayuda y Aela intentaba conseguir la libertad que nunca me atrevería a otorgarle.

Cabalgaban en una formación libre; Alistair estaba en el centro y la guardia a su alrededor, constantemente cambiando de posición y de velocidad. Trece hombres, trece espadas, trece guerreros, y el destino de media Escocia en mis manos: temblaba ante esa responsabilidad, pero también por el miedo. Por cinco largos minutos los observé cabalgar a través del camino del páramo mientras medía la tensión de mi arco, toqué los filos de las tres flechas que tenía y esperé a que se acercaran.

La desesperación se asentó en mí más fuerte que nunca y una vez más la voz infantil comenzó a lastimarme en mi cabeza.

—¡Fergus! ¡No así!

Pero no hay otra forma.

Esperaba el sonido de los cascos, el repiqueteo y tintineo de las espuelas y el equipo, pero no hubo ninguno. Solo el caballo de Alistair emitía sonidos mientras cabalgaba hacia el vado de ese arroyo turboso y marrón, ya que la guardia se deslizaba por el brezo tan silenciosamente como cualquier uruisg. Los observaba y me preguntaba sobre sus visores cerrados, ya que ningún hombre había visto sus rostros jamás, y sobre su brillante armadura negra que nunca se oxidaba, sobre las espadas que se deslizaban silenciosamente de sus lisas vainas y sobre los caballos que pisaban el suelo pero no dejaban huellas que probaran su paso.

Estaba temblando cuando marcaba la primera de mis tres flechas,

ya que sabía que no podía fallar. Era matar o morir, pero no era la muerte lo que temía: había cosas peores bajo el poder de Alistair Mor. Respiré profundamente y me arrastré por el suelo para acercarme más, sabiendo que cada paso hacia adelante me facilitaría disparar una flecha mortal, pero al mismo tiempo cada pulgada hacia él aumentaba el peligro de ser descubierto.

El guardia al mando se acercó al vado. Sin siquiera pensarlo lo atravesó, mientras los casos de su caballo levantaban una cortina de agua que se prendía en el aire por un segundo, quedaba suspendida y luego bajaba en un millar de gotas con las tonalidades del arcoíris. Una vez en el vado, cabalgó por cincuenta yardas, se detuvo y miró alrededor. Lo miré por un momento; veía la armadura negra cubriendo su cuerpo y la visera oscura de su yelmo, y luego volví a orientar mi atención a Alistair.

Había un guardia a cada lado; se acercó al vado con la tranquilidad de alguien que cabalga por su propio jardín, lo cual, en cierta forma, era. Miró a su derecha y luego a la izquierda, y por un segundo pareció estar mirándome directamente, pero entonces sus ojos se movieron en otra dirección. Coloqué la flecha en su lugar, tensé la cuerda y apunté hacia la marca que ya había encontrado. Había una mancha en el tronco retorcido de un árbol solitario y cuando Alistair lo alcanzara, tenía que disparar.

—¡Vamos!— Escuché la voz de Peallaidh en mi cabeza, no pero no me apresuraría. Conocía mi arma y sus debilidades.

Esperé hasta que su gran corcel negro pasara por allí, con sus ojos cafés y ardientes, y tan hostiles como los de su jinete.

Sentí la tensión en mis antebrazos mientras sujetaba el arco con fuerzas. La punta de la flecha apuntaba firmemente a la marca y en el momento en que Alistair alcanzara ese punto, la soltaría, volvería a cargar una flecha y la lanzaría de nuevo. Esperaba que la guardia quedara bastante aturdida como para atacarme; si lo hacían, confiaba en mi agilidad y en que aquel paisaje de turberas y arroyos me ayudaría a escapar. Incluso si era asesinado, mi muerte valdría la pena si liberaba al mundo de un monstruo como Alistair. No podía pensar en el precio de fracaso.

Llegó hasta el árbol; su enorme cuerpo ocultó la marca y disparé. La flecha voló libre; su punta giraba mientras cubría las veinte yardas hasta Alistair. Sabía que le había dado, por lo que no vigilé su trayectoria, y mientras preparaba el arco para otro disparo.

Oí el suave ruido sordo del impacto mientras colocaba la siguiente flecha y tensaba el arco, pero cuando miré a Alistair, estaba intacto y dos de sus guardias se cernían sobre mí. Maldije sin creer lo que veía: Alistair debería estar muerto o moribundo. No pude haber fallado a tan corta distancia y mi flecha de cabeza ancha debería haber

atravesado su sobrevesta, su músculo y los tejidos de su cuerpo. Debería haber sangre y agonía mientras las puntas lo herían, pero en su lugar no tenía marca alguna, y la flecha estaba cayendo al suelo haciendo espirales lentamente como si estuviese suspendida en los hilos de un titiritero.

—¡Corre!— Era la voz de Peallaidh retumbando en mi cabeza. Sentí el pánico, lancé la segunda flecha sin apuntar y corrí. —¡Corre, Fergus, por el amor de Dios, corre!

No podía escuchar el sonido de los cascos de los caballos de la guardia, pero sabía que ningún caballo pesado podría galopar sobre un terreno pantanoso, por lo que corrí al abarrancamiento más cercano, zigzagueando y agachándome en caso de que llevaran arcos. La suavidad bajo mis pies era reconfortante; siempre fui muy ligero de pies y sabía que en este tipo de terreno accidentado podía ser más rápido que cualquier caballo de guerra, por lo que agaché mi cabeza y corrí.

Faltaban veinte pasos más; diez; cinco y luego estaría entre los estanques y lodazales que me darían una gran cantidad de seguridad. Una sensación de alivio intenso ahuyento parte de mi decepción, por lo que respiré profundamente y me arriesgué a mirar sobre mi hombro.

Oí el silbido del viento y mi mundo colapsó en una explosión de dolor cuando uno de los guardias estrelló su maza contra mi cráneo. Vi una imagen fugaz de su caballo parado sobre la turba y sus cascos parecían flotar una pulgada sobre la superficie, entonces la oscuridad descendió y no supe más nada.

CAPÍTULO DOCE

Ese golpe contra mi cráneo me envió a una pesadilla de la cual desperté para encontrar una realidad infinitamente peor. No podía recordar los detalles, pero sabía que el saqueo de Elgin y el sacrificio en el páramo de Garnish estaban incluidos, aunque palidecieron hasta ser completamente insignificantes cuando recobré la consciencia. Al principio no sabía en dónde estaba o qué estaba haciendo y supe que las cosas andaban mal, pero de a poco lo entendí y casi grito por el miedo.

Estaba colgado de cabeza, encadenado en los tobillos y muñecas en una oscuridad infernal, y rodeado de extraños susurros.

—¿En dónde estoy?— Pregunté, intentando enderezarme contra el agarre del hierro.

—De vuelta en casa, Ill Will—. La voz era dulce como la miel cayendo de los colmillos de una víbora, excepto que una serpiente sería mejor compañía que Aela, quien avanzó para sonreírme.

No sé como pude verla en aquel lugar tan terriblemente oscuro, pero comencé a temblar de miedo una vez más mientras intentaba hablar para liberarme. —¡Aela! Soy yo, Will; ¿por qué estoy atrapado de esta forma?

—Pues Will, es porque huiste con el uruisg e intentaste asesinar a Alistair Mor. ¿No lo recuerdas?— Su tono no podía ser más lógico y mientras tanto permanecía apenas en mi círculo de visión, excepto por el hecho de que solo podía verla al revés.

—Me capturaron . . .— Comencé a decir, pero Aela negó con su cabeza como si sintiera tristeza por mi intento de mentir.

—No, no, mi querido, así no fue como pasó. Me habías prometido que regresarías a nuestra cama, pero en su lugar liberaste al uruisg y los dos corrieron a los páramos. Te he estado esperando desde entonces, Will; estoy segura de que lo sabías—. Se inclinó hacia adelante y me besó lentamente. Traté de alejarme de esa boca, a la que había visto succionando la sangre de una niña indefensa. —Pero ahora te tengo conmigo de vuelta, exactamente en donde perteneces.

Su bofetada fue inesperada pero honesta. Sentí un dolor agudo en mi rostro y le siguieron más, golpeando con el dorso y la palma de su mano, por lo que me balanceaba junto al repiqueteo de las cadenas.

—Debes haberte librado del hechizo, pero te prometo que no te escabullirás una segunda vez—. Su voz aún sonaba suave y cariñosa, a pesar de los golpes con los que me estaba atormentando.

Al no poder escapar, apreté los dientes y me propuse no darle la satisfacción de una reacción. Aceptó el desafío poniendo más fuerza en cada cachetada por lo que pronto comencé a sentir que mi cara se hinchaba. La sangre llenaba mi boca mientras mis labios se partían, pero luché contra mi deseo de gritar.

Ella se detuvo, jadeando por el esfuerzo. Sacudió su mano como si le doliera. —Oh, eres un hombre valiente, Ill Will Armstrong. Lo sé. Pero dudo que un audaz bandido de la Frontera lo siga siendo cuando veas lo que tenemos pensado hacer contigo.

La miraba con odio mientras se acercaba. —Eres una bruja maligna, Aela.

—Lo sé—, aceptó con una sonrisa que habría honrado a la madona. —Pero hasta una bruja malvada tiene que tener un sirviente. Ese serás tu, Will, o debería decir Fergus; Alistair quiere hablar contigo y cuando haya terminado, lo que quede de ti será mi esclavo personal, por siempre—. Acarició mi rostro y puso sus dedos dentro de mi boca. —Tal vez tenga que cegarte y castrarte primero, pero no estoy segura; me gusta un tanto la idea de dejarte ver todo, y que sigas intacto . . .— sacó su mano de mi boca y pasó un dedo por mi ingle — puede que aún tenga unos usos para ti.

—Eso no sucederá nunca—, dije y dejé salir un grito ahogado cuando me estrujó a modo de advertencia.

—¡Oh, Fergus, Fergus! Qué poco has aprendido. Qué poco me conoces. Puedo hacer lo que sea contigo; completamente todo, ¿no lo ves?— Me estrujó de nuevo con más gentileza y dio unos golpes suaves. —Podría ponerte bajo un hechizo que te haga obedecer, mientras te mantienes consciente . . . ¿No sería divertido? Y todo lo que tendrías que hacer es sufrir—. Me abofeteó allí abajo con fuerza por lo que resoplé e intenté alejarme. —¡Sufre, Fergus Scott, sufre!

Me sentí aliviado cuando me dejó, pero sabía que mi tormento apenas estaba comenzando. No sabía lo que Alistair Mor me haría, pero sabía que no sería placentero, así que quedé allí colgado, febril por el miedo. No pasó mucho hasta que escuché los gruñidos que provenían de la oscuridad.

—Entonces, ¿quién eres? ¿Fergus Scott o Ill Will Armstrong?

—Soy Fergus Scott; ¿quién eres?

—Soy MacGregor—. Dijo el nombre con orgullo, como si debiera sentirme honrado.

—¿Solo MacGregor?— Sabía que algunos de estos jefes de las Highlands creían que su linaje igualaba al de un rey, pero no habría considerado escuchar tal orgullo viniendo de un hombre encadenado en el calabozo de Alistair.

—Mi raza es real—, dijo esa voz y acompañando a sus palabras se escuchaba el sonido de las cadenas. —Somos de la semilla de Alpin,

reyes de Escocia que estuvieron mucho antes de que los Stewarts llegaran al trono—. Percibía el orgullo en su voz incluso mientras sus cadenas repiqueteaban con frustración. —Entonces Alistair Mor ha alcanzado las Fronteras, ¿no? ¿Eres un jefe de los Scotts, por lo que te honra haciéndote su invitado?

—No soy un jefe—, no estaba seguro de cuánto podía decirle a esta voz sin cuerpo en la oscuridad. Había oído de los MacGregors, un clan tan salvaje como el de los Armstrongs en todo sentido, famoso por saquear y asesinar. Incluso entre los highlanders eran conocidos por sus incursiones nocturnas y sus saqueos, tanto que se los conocía por el título de "niños de la neblina".

—Eso es extraño. Pensaba que Alistair solo se proponía secuestrar a los líderes, como yo. ¿Entonces el gran lobo de Badenoch ha cometido un error?

Ignoré el desprecio implícito y me concentré en la información que me había proveído. —¿A qué te refieres con secuestrar a los líderes?

Oí un ligero suspiro y el ruido de las cadenas de nuevo. —Alistair Mor envía bandas de sus cáterans a capturar a los jefes de la Gaeltachd. Ha atrapado a todos los jefes de la confederación Chattan, a los MacFarlane, a los MacLaren y a la mayoría de los jefes de Mar, Appin y Strathavon.

—¿Por qué?— Pregunté; sabía que su jurisdicción abarcaba todas esas tierras y aunque debería haber estado preocupado por mi futuro inmediato, las acciones de Alistair aún me interesaban. No sabía cómo tenía la fuerza para estar preocupado, pero sospechaba que era el recuerdo de la niña sacrificada. —¿Por qué quiere capturarlos?

Se hizo un silencio que duró unos dolorosos minutos hasta que contestó. —Eso no lo sé, Fergus, pero espero enterarme cuando Alistair Mor me saque de aquí—. Su risa fue corta y poco convincente. —¿Tal vez quiera invitarnos a su próxima boda? Pero solo sucederá si primero la iglesia le concede el divorcio.

Intenté imitar su humor pero no pude. —Eres el primer MacGregor que he conocido—, dije en su lugar.

—Y el mejor—, dijo con modestia. —Por eso Alistair Mor me trajo como un invitado. Cuando escape regresaré para agradecerle su hospitalidad"; dio una pausa significativa, "pero traeré a algunos amigos conmigo.

Resoplé, ya que sabía lo duro que sería escapar del encarcelamiento. Este MacGregor, por su coraje y su humor negro, estaba destinado a convertirse en otro prisionero del ejército hechizado de Aela.

No tuvo que esperar mucho, ya que antes de que pasara una hora entraron bruscamente a la paz de nuestra celda tres hombres fornidos, lo desencadenaron y se lo llevaron arrastrando. No se fue

calmadamente; pudo derribar al primero y luchó violentamente con los otros mientras yo hacía sonar mis cadenas y le daba gritos de ánimo en vano.

—Quédate en silencio, fronterizo— susurró uno de los guardias de manera desagradable en mi oído una vez que aturdieron a MacGregor con un garrote tachonado de hierro. —Necesitarás de toda tu energía más tarde. Alistair tiene planeado algo especial para ti.

—¿Qué? ¿Qué tiene planeado?— Rugí, tensando con desesperación mis cadenas, pero el guardia me golpeó en las costillas con su garrote, para luego salir riendo y ayudando a arrastrar el cuerpo postrado de MacGregor.

Di un suspiro; me sentí apenado por las valientes palabras de los niños de la neblina y regresé a mis pensamientos pesimistas. No supe cuanto tiempo estuve suspendido ahí, pero mis brazos y piernas gritaban en agonía y parecía que lentamente se salían de sus coyunturas mucho antes de escuchar el suave clic de un cerrojo; una puerta se abrió trayendo una luz gris y el sordo eco de unos pasos.

Estaba demasiado débil para hablar, por lo que dejé que los guardias soltaran los grilletes de mis muñecas y tobillos y caí al suelo, mareado, confundido y maldiciendo por el desastre sangriento que el hierro había dejado en ellos.

—Es hora, fronterizo—, dijo esa voz áspera en un susurro. —Espero que hayas descansado bastante—. Su acompañante no dijo nada mientras me agarraba de mis inquietos brazos y me arrastraba afuera.

Luego de pasar una cantidad desconocida de tiempo en el calabozo, la luz del día hería mis ojos, por lo que los mantuve cerrados, pero me retorcí cuando salimos al patio tan familiar del castillo Lochindorb. Estaba consciente del gran ajetreo a mi alrededor y escuchaba los chillidos de diversión de las mujeres del castillo que alguna vez habían temido estar en mi camino y que se quejaban de cumplir mis órdenes. Ahora estaban tomando su ruin venganza.

—Es Ill Will el traidor—, una arpía chilló y descargó su cólera contra mí con su cepillo. Otros ser agregaron golpeándome con palos y trapos con nudos, puños, pies y lo que sea que agarrasen, hasta que mi guardia de los suspiros ásperos maldijo con fuerza y los espantó.

—¡Salgan, arpías! Aléjense. ¡Pueden jugar con él después, si Alistair lo permite!

—Oh, será interesante verlo—, el humor en la voz de Aela me atemorizó y miré hacia arriba para ver su rostro sonriente. —Podríamos entregate a ellos esta noche, Will; después de todo, se merecen algo de entretenimiento luego de un duro día de trabajo. Podría permitir que jueguen contigo por unas horas, pero entonces tendré que lanzar un pequeño hechizo restaurativo para poder usarte

—. Me dio unos golpecitos en la cabeza como si fuese su perro favorito, mordisqueó mi oreja de forma juguetona y les ordenó a mis guardias que me arrastraran hasta Alistair.

Casi me avergüenzo a mí mismo por el terror, pero luego de quién sabe cuanto tiempo en el calabozo dudo que notara la diferencia, y en su lugar puse la mejor sonrisa que podía. —Bien, Aela. Preferiría pasar toda una vida con cualquiera de ellos que una noche contigo. Considera, bruja, que la única forma en la que puedes tener a un hombre es si le lanzas un hechizo.

El veneno en sus ojos me hizo entender que mi salida la había afectado, pero supuse que me haría sufrir aún más luego. Apenas noté su bofetada con el dorso de la mano. —Llévenle esa cosa a Alistar y no lo traten demasiado bien.

El salón principal de Lochindorb era exactamente como lo recordaba, con el mismo techo alto y el enorme hogar, la misma larga mesa en la que los gallowglass hacían festines y los mismos sirvientes temerosos y presurosos. La única diferencia era Alistair Mor, ya que en donde antes había sido el corazón y alma de la fiesta, aullando canciones para beber e intercambiando bromas obscenas con sus hombres, ahora se sentaba en silencio en una mesa aparte, rodeado por su guardia. Miró hacia arriba mientras mis guardias me lanzaban contra el suelo.

—Levántate.

Hice lo que dijo, aunque mis piernas temblaban y parecían incapaces de soportar mi peso, pero me rehusaba a mostrar algún tipo de debilidad frente a este monstruo. Lo enfrenté, consciente de que era el blanco de medio centenar de ojos. Alistair se veía mucho más viejo, sus ojos estaban hundidos tras unas bolsas púrpuras y nunca había visto su barba tan desgreñada.

—Me traicionaste—, dijo Alistair, —y mira a dónde te llevó eso.

Me encogí de hombros; sabía que iba a morir, por lo que estaba decidido a irme peleando. Era un Scott de la Frontera y no el sirviente de nadie. —Tú me hechizaste—, me defendí. —Me atrapaste con un hechizo y me forzaste a hacer tu voluntad.

—Soy el señor de Badenoch—. Replicó, pero podía notar que mi negativa a asustarme lo irritaba. Supuse que temía perder el respeto de sus hombres si no lograba intimidarme hasta la sumisión. Se puso de pie, caminó alrededor de la mesa y se paró frente a mí, ese hombre enorme, tan masivo y ancho. Contemplé la idea de lanzarme a su garganta pero sabía que aún no era el momento. En su lugar, me quedé quieto y sostuve la mirada con sus ojos hinchados y nublados.

—Me traicionaste—. Dijo, —y por eso te mataré—.

Me encogí de hombros. La muerte no era nada.

Alistair se inclinó más cerca. —Morirás lentamente y con un gran

dolor—, me dijo.

Me encogí de hombros de nuevo. —Tal vez, Alistair Mor, pero incluso cuando esté gritando y rogando por piedad, aún seré un mejor hombre que tú—. No quería morir lentamente, con toda mi valentía y mis últimos restos de dignidad arrancados con las pinzas calientes de un torturador o por el refinamiento que Alistair prefería para sus invitados. Sería mejor morir ahora y peleando. Junté lo que quedaba de mi energía y salté hacia adelante con las manos como garras hacia su garganta.

No vi que el guardia se moviera, pero de repente estaba frente a mí con su visera cerrada, y sus dedos bajo un guantelete de acero se cerraron en mi cuello. Me estaba asfixiando, tenía arcadas, y escondí mi sonrisa. Era mejor morir de una estrangulación rápida, aquí y ahora, que ser un esclavo de Aela por toda la eternidad. Intenté luchar, pateando a este hombre de acero negro, pero no sentí que se debilitara.

—¡Fergus! ¡No puedes morir! ¡No dejes que te mate!

Sus palabras estallaron en mi cabeza mientras la niña hablaba. Fue entonces cuando mi egoísmo se hizo obvio: No podía darme el lujo de permitirme una muerte relativamente indolora y rápida. Tenía que vivir lo más posible para poder encontrar una manera de pelear contra él. Esa niña dependía de mí.

—¡Mi señor!— Me odié a mí mismo pero dejé escapar esas palabras. —¡Mi señor Alistair!

Lo vi regresar a su asiento, ahora con Aela a su lado, sonriéndome serenamente. —Suéltalo—, dijo.

Las manos aceradas se aflojaron pero siguieron sujetándome. Tragué, tomando bocanadas de aire, y busqué una forma de escapar aunque sabía que no había a dónde correr. Oí el sonido de las sillas moviéndose cuando los gallowglass se reclinaron para escuchar. Intenté echar un vistazo por sobre mis hombros pero un afilado cuchillo pinchando mi espalda me persuadió de mirar a Alistair.

Deseé no haberlo hecho; el filo del cuchillo era más amigable que sus ojos. No dijo nada por un momento que se estiró eternamente y luego levantó una mano y me apuntó con su dedo índice.

—Te acepté en mi hogar—, dijo muy lentamente, pero con un filo en su voz que podría cortar como una cimitarra sarracena. —Te alimenté y te vestí; te proveí de tantas mujeres como quisiste, permití que vagaras libremente por mis tierras, te di camaradas y gloria, ¿y cómo me pagas?

No dije nada, pero enderecé mi espalda. Algunos de los que estaban aquí esperaban que me matara de inmediato; otros anticipaban un final más prolongado. Quería masajear mis extremidades y coyunturas que dolían del tiempo que pasé colgado de

cabeza, pero retuve mis ganas aún más grandes de matarlo.

—¿Cómo me pagas?— Alistair aún estaba controlado. —Te digo cómo. Liberaste a uno de mis prisioneros y huiste con él. Te escondes de mí y luego, por alguna razón que aún no me has dicho, intentas asesinarme.

Se volvió a parar, controlando la habitación mientras su guardia apenas se movía a un lado para darle espacio. Miraban fijamente hacia adelante con sus viseras cerradas, y entonces supe que los guerreros gallowglass no eran más su fuerza principal de ataque; era la guardia. La idea era inquietante, ya que eran guerreros que superaban a hombres como Lachlan o Kenneth, por lo que no había quien pudiera igualarlos en los cuatro reinos.

—Si hubiera tenido éxito—, me sorprendí de lo firme que mantuve la voz cuando todo mi cuerpo temblaba de miedo, —el mundo sería un lugar más limpio.

Esperaba una respuesta iracunda, pero su repentina carga tomó a la guardia por sorpresa. Cruzó de un salto la mesa, agarró mi garganta y me lanzó contra el suelo por su mera fuerza y peso. Yací allí por un segundo, petrificado por su aura de pura maldad y luego esa pequeña voz volvió a mi cabeza.

—¡Fergus! ¡Ahora! Ahora—. La niña se movía en mi interior; sentía que me urgía que siguiera y me prestaba toda la fuerza que tenía. —Por favor Fergus; puedes ayudarme.

La voz me dio energía, me regresó la hombría que el encarcelamiento me había quitado e hizo que le diera un punzante rodillazo en la ingle.

En lugar de doblegarlo, el golpe trajo un manto de agonía sobre mi rodilla. Gemí, tratando de golpearlo pero encontrando solo acero, y maldije ante la respuesta obvia. Bajo su sobrevesta, Alistair llevaba una capa de cota de malla. Por eso mi flecha ni siquiera lo rasguñó y mi rodillazo no le había causado ninguna herida. No era el gigante de pecho amplio que había imaginado, sino un hombre ensanchado y revestido de acero.

Ese tiempo le tomó al guardia para atraparme y luego me encontraba suspendido, colgando de un puño de acero negro con tanta facilidad como un lobezno en una lanza para caza. Me resistí, pero lanzarle rocas a la luna habría tenido el mismo efecto. Nadie dijo una palabra, pero esperé a que me matara.

—A este lo quiero vivo—, dijo Alistair y supe sin dudas que la muerte sería bienvenida en el momento en que llegue. —Él no solo es un criminal vagabundo, fue enviado aquí por una razón. Quiero saber quién es y por qué está aquí.

Mientras colgaba como un trozo de tela de la mano del guardia, mis deseos de tener una muerte rápido regresaron y me burlé de

Alistar con parte de la verdad.

—Mi nombre es Fergus Scott de Eildon—, le dije —y estoy aquí para matarte. Si vivo, Alistair Mor, juro que tú no lo harás.

Las aves negra de la muerte se cernían en este salón, sus alas se agitaban suavemente y sus picos estaban abiertos. Volaban en círculos sobre los gallowglass pero no se posaban sobre nadie y no se acercaron a Alistair o a la guardia. Los veía claramente; podía ver cada ondulación de sus plumas y el frío destello de sus ojos, y supe que la muerte no estaba lejos de este lugar.

No podía ver quien moriría ni tampoco cómo.

Había algo más, algo que no había visto nunca, pero estaba escondido detrás de un velo demasiado oscuro como para poder penetrarlo. Me alejé del veneno que sentí y la criatura dentro del velo sabía que yo estaba allí. Se movía hambrienta y venía hacia mí.

La maldad era indescriptible; era más profunda y venenosa que Alistair, más cínica que Alea; no sabía lo que era, pero serpenteaba en ese salón y corrompía a todos los que tocaba.

—¿Estás aquí para matarme?— Se acercó más, con unos ojos helados como la nieve del invierno y feroces como un armiño. —¿Por qué? ¿Por qué vendría alguien de la Frontera a matarme?

Me encogí de hombros lo mejor que pude. —Tu maldad es muy conocida.

—Halagas mi vanidad, fronterizo—. Dio un paso atrás. —Pero no creo que a un bandido de la Frontera le importaría lo suficiente el distante Badenoch como para hacer todo el camino hasta aquí solo por una muerte. Siempre hay muchos ingleses con los que descargar sus rencores—. Me miró de manera pensativa. —No, Fergus Scott; alguien debe haberte elegido como su asesino a sueldo, aunque uno no muy bueno.

Intenté verlo a los ojos, pero su malicia pura me repelía. Lo había tenido como mi señor, pero era un asesino de la peor clase. No podía olvidar lo que le había hecho a esa niña en el círculo de piedra, esa niña cuya voz seguía en mi cabeza.

—Manténganlo asegurado, pero déjenlo con vida por ahora—. Alistair me echó con un movimiento indiferente de su mano. —Pensaré en qué es lo mejor que podemos hacer con él.

Esperaba que me regresaran a mi celda anterior pero en su lugar dos de los guardias me llevaron a otro pozo, abrieron unas puertas dobles que yacían paralelas al piso de piedra y me lanzaron adentro, sin cadenas.

Sentí el choque con el agua helada antes de escuchar el salpicón y miré hacia arriba a tiempo para ver cerrarse la trampilla sobre mi cabeza. Allí abajo la oscuridad no llegó como un alivio, sino como un tormento agregado, ya que no podía ver qué tipo de criaturas

deambulaban cuando no había luz.

—¡No!— Mi grito fue involuntario ya que sabía que no tenía sentido pedir ayuda en un lugar tan impío. A diferencia de mis otros guardias, la guardia personal no se regodeaba. Ni siquiera miraban hacia abajo para ver mi sufrimiento y no los oí alejarse.

Para intentar levantarme, busqué una pared y me apoyé contra ella, temblando de frío y miedo. La guardia me había lanzado al calabozo de agua, la celda maldita de Lochindorb de la cual pocos salían y solo para una ejecución lenta. Con esa agua lodosa llegándome a la cintura, no podía recostarme ni sentarme, sino permanecer constantemente de pie. Si el cansancio me hacía dormir, dormiría bajo el agua y me ahogaría; la privación del sueño solo acrecentaba la lenta tortura mental del miedo, ya que sin importar lo desagradable que fuese mi situación en ese calabozo, sabía que sería infinitamente peor cuando la trampilla se abriera y Alistair me sacara.

Me quedé contra la pared, cerré mis ojos y me pregunté cuánto tiempo viviría y qué tipo de muerte atroz tendría planeada para mí. Había muchas formas en las que un hombre con imaginación podía matar a su enemigo y no tenía dudas de que Alistair las conocía todas. Mi intento de ayudar a esa niña sacrificada solo había culminado en mi encarcelación y espera de un final prolongado. Pensaba en las dulces pendientes de Eildon y en la vista desde la cima de mi torre, y deseé estar ahí.

Fría y apestosa, el agua rodeaba mi cintura y entumecía mi cuerpo gradualmente por lo que debía seguir en movimiento o perdería toda sensación y me deslizaría lentamente hacia abajo. Por un momento o dos contemplé la idea de ahogarme, pero el suicidio era un pecado mortal y prefería sufrir por el corto lapso en este mundo que por toda una eternidad en el siguiente. Por tanto, tan pronto como perdí la sensibilidad de mis pies me forcé a mí mismo a caminar alrededor del perímetro de la celda. Tropecé una vez con algo suave y horrible, y pedazos de huevos y carne descompuesta flotaron hacia la superficie para balancearse como un recordatorio de mi probable destino. Cuando perturbé un cráneo humano, sus cuencas penetrantes me acusaban de no haber apreciado la vida que me quedaba.

Sentí arcadas y me corrí llevado por la desesperación. Entonces recé por ayuda, con más fuerza que con la que jamás había rezado por nada en mi vida, e intenté revisar mi situación tan fríamente como pude.

Estaba atrapado en un calabozo de agua de uno de los hombres más malvados de Europa, con su guardia sin rostro y una hueste de gallowglass y cáterans dándose un banquete a menos de veinte pasos de distancia. La celda estaba en un fuerte castillo en medio de un lago. El lago estaba en un páramo adentrado en Badenoch, un territorio

controlado por el mismo hombre malvado que me había capturado y sus patrullas recorrían constantemente todo el lugar, además de que los límites eran vigilados por hombres alertas y despiadados.

Solo había dos personas que sabían en dónde podía estar: una era la mujer Seonaid, quien vivía solo para vengar a su esposo asesinado. El otro era Peallaidh, un uruisg de un tiempo pasado. Ninguno compartía lazos de sangre conmigo; solo los frágiles vínculos de la amistad. No tenía armas y me atormentaban las voces en mi cabeza; las cosas no se veían muy esperanzadoras.

Gemía pero me seguía moviendo, porque era un fronterizo y los fronterizos escoceses son los sobrevivientes más naturales del mundo. Teníamos que serlo ya que vivíamos en una de las fronteras más inestables, en donde la guerra acecha detrás de la cima de la siguiente colina y los bandidos saqueadores podían volver cualquier noche espantosa.

Comencé a blasfemar; ¿qué estaba haciendo? ¿Me rendía tan fácilmente? Si había una forma de entrar, había una de salir. ¿Cómo se había construido este calabozo? ¿Qué fallas cometió el constructor? Creía que este pozo fue puesto simplemente desde los cimientos del castillo, pero había olvidado que Lochindorb había sido erigido en una isla hecha por el hombre. En algún remoto momento del pasado, los hombres llevaron grandes rocas al lago y las soltaron, una tras otra, hasta que crearon la base para la creación de toda esta isla antinatural. El castillo se construyó sobre esta isla artificial y el calabozo fue agregado más tarde, piedra por piedra argamasada. Pero la roca no es naturalmente porosa y la fosa estaba llena hasta la mitad de agua.

De repente recordé lo fácil que había sido para Peallaidh sacarme del pozo y entrar al lago.

El agua debe ingresar de alguna forma y por tanto, podía ser capaz de salir nadando. Junté toda mi determinación, respiré profundamente y me zambullí en la apestosa superficie, mientras sentía las piedras en busca de señales de un hueco. No fue difícil y en unos momentos encontré cerca de una docena de pequeños agujeros, pero ninguno más grande que el ancho de una mano abierta. Blasfemé con tanta fuerza que debo haber puesto en peligro mi alma inmortal, ya que tal vez un topillo acuático podría escapar por ahí, pero ciertamente yo no.

Salí a la superficie en una ráfaga de maldiciones y agua sucia, y golpeé mis puños contra la pared en un ataque de frustración que duró un minuto entero antes de retomar el control. Los agujeros eran solo una opción; aún no había probado con la trampilla. Miré hacia arriba, controlé mi cuerpo tembloroso y busqué en la pared de la celda algún asidero. Habían varios, ya que quien lo construyó no había pensado

que uno de sus prisioneros podría ser un fronterizo. Con las puntas de mis pies y mis manos, me moví lentamente, una dolorosa pulgada tras otra hasta que alcancé la puerta sobre mi cabeza.

Empujé hacia arriba, con más esperanzas que expectativa, pero seguía obstinadamente cerrada. Ahora que mis ojos se habían acostumbrado a la luz podía ver una leve línea de menos oscuridad que debía marcar en donde las puertas dobles se juntaban. Empujé de nuevo, lo más fuerte que pude teniendo en cuenta que estaba balanceándome sobre las puntas de mis pies, pero me resbalé, maldije y caí, aterrizando con un terrible salpicón. Por unos momentos me agité en el agua apestosa del pozo, aterrado por si alguien venía a inspeccionar el ruido, pero nadie lo hizo por lo que en unos pocos minutos lo volví a intentar.

Sabía que probablemente moriría en Lochindorb, pero al menos moriría intentando escapar. Ahora que sabía en dónde se encontraban los asideros y los puntos de apoyo, trepar por la pared de la celda era más fácil y pronto regresé a mi lugar anterior, estirando mis dedos hacia la ranura menos oscura e intentando abrir las puertas. Maldije al encontrarme con algo duro y razoné que debía haber sido el pestillo que mantenía las puertas juntas.

Aquel descubrimiento me irritó por lo que me deslicé de vuelta al agua. ¡Estaba encerrado, atrapado como una rata hasta que Alistair decidiera matarme por diversión! Sentí lágrimas de frustración y volví a golpear las duras piedras de la pared con mis puños. ¡No! Era Fergus de Eildon: ¡no me rendiría!

Me calmé concentrándome en los hechos; si estaba encerrado, podía correr el pestillo: todo lo que necesitaba era tiempo, hacer palanca y alguna especie de herramienta. ¿Pero cuánto tiempo me daría Alistair? ¿Cuánto tiempo me tendría pudriéndome aquí abajo hasta que decidiera sacarme para interrogarme?

No lo sabía, pero mientras más rápido trabajara, tendría más chances de sobrevivir.

Trepé una vez más y volví a caer, preguntándome todo ese tiempo por qué ningún guardia venía a investigar el ruido que debía estar haciendo. Y luego noté el sonido de la música y la fiesta. Por supuesto que no vendría ningún guardia: Alistair estaba dando una de sus muchas fiestas maníacas, en donde todo el mundo bebía hasta llenar su corazón, bailaba esa música diabólica y perseguía esclavas alrededor del castillo. Cualquier ruido que hiciera se perdería en el escándalo. Podría haberme reído ante el alivio de que el comportamiento excesivo de Alistair Mor funcionaba para mi ventaja, pero me desprendí de lo que reconocí como histeria. Alistair probablemente sacaría a alguno de sus prisioneros para ser torturados para mayor entretenimiento de los invitados: con certeza no estaba a

salvo.

Necesitaba alguna forma de mantenerme en mi lugar mientras trabajaba en ese pestillo. Las piedras eran muy resbalosas para sostener mi peso: ¿pero qué podía usar? La solución era horriblemente simple y me lancé a pescar en esa sucia agua, recolecté los huesos flotantes de los desafortunados que había muerto aquí y los incrusté en la argamasa entre las piedras de las paredes.

Agarrar un hueso humano no era placentero, a veces aún con trozos de carne pegados, e incrustarlos en la argamasa ablandada por el agua, pero perseveré hasta que tuve una escalera que me llevaba hacia la trampilla. La probé, me balanceé con mayor facilidad ahora que tenía un soporte, y comencé a trabajar en el pestillo.

Tenía la esperanza de que fuese una simple barra tiesa de metal que pudiera correr, pero luego de tocarlo un rato supe que había un gancho en uno de los lados. Tendría que girar el eje metálico antes de sacarlo, lo que significaba un trabajo complejo. Como mis dedos eran muy anchos para deslizarse por aquel espacio, necesitaba una herramienta, por lo que regresé una vez más al agua y busqué por algo adecuado; encontré los restos esqueléticos de una mano humana. Le agradecí a mi fallecido benefactor desconocido, le quité un par de falanges por encima de los nudillos y volví a mi tarea.

Me quedé congelado cuando oí pasos y el sonido de voces. Alguien estaba parado sobre la trampilla, sus zapatos pisaban el pestillo, y oí una fuerte risa. ¿Había venido por mí? Me puse contra la pared y me preparé para pelear lo mejor que podía, aunque sabía que cualquier resistencia sería corta e inútil. Me encogí al oír un curioso sonido de salpicaduras y un líquido tibio se empezó a filtrar a través de la grieta entre las puertas. Sentí nuevas náuseas; el hombre que no podía ver estaba orinando ahí arriba.

Siguió su camino, pero dejó a mi corazón golpeteando con fuerza en mi pecho, y comencé a girar y sacar el pestillo. Era un trabajo difícil y estresante; tenía que mover lentamente ese largo cilindro de hierro una fracción de pulgada a la vez, escuchar las pisadas de la guardia, esperar que Alistair no decidiese sacarme para proveer entretenimiento gratis y todo el tiempo estar balanceado sobre esos huesos resbaladizos de algún ocupante previo de este lugar infernal.

Pasé los fragmentos de huesos por la grieta de la puerta, inserté uno en cada lado del pestillo e hice presión. Los huesos resistieron, por lo que agarré el pestillo y comencé a girarlo muy lentamente, aunque me detenía con cada chirrido y crujido. Sentí que se movió y contuve la respiración con anticipación, pero no hubo ningún repentino estruendo de pasos, ni guardias enojados que me arrojaran de vuelta al agua. Comencé a retirarlo, fracción por fracción, rezando por tener el tiempo suficiente para abrir la puerta antes de que alguien

caminara por encima y viera que el pestillo se movía.

Mis brazos gritaban en protesta por la posición antinatural en la que estaban, pero retiré el pestillo hasta que oí un clic y, sin quererlo, empujé la trampilla. Entró una corriente de aire fresco y el volumen de la música incrementó enormemente. Me arrastré hacia afuera, volví a cerrar la trampilla y coloqué el pestillo en caso de que alguien notara que estaba abierto, rodé a través del patio pavimentado hacia la sombra del muro más cercano y me quedé allí, jadeando por la adrenalina. Mi corazón estaba acelerado, respiraba entrecortado y me dolía todo, pero estaba afuera del pozo de agua.

Estaba libre de ese calabozo pero aún me encontraba en una posición muy arriesgada. Estaba solo y desarmado dentro de la guarida del lobo en el castillo Lochindorb, con su guardia, los gallowglass y un número desconocido de cáterans a una distancia muy corta. ¿Cómo saldría de aquí?

En la última ocasión, cuando escapé de Lochindorb, Peallaidh había estado ahí para guiarme, pero ahora estaba solo. Miré sobre los muros, vi el frío reflejo de la luz de las estrellas sobre los yelmos y supe que no podía pasar por ahí sin ser visto. Recordé el pozo por el que habíamos escapado antes pero algún hombre cuidadoso le había colocado una rejilla encima, un artilugio con barras de hierro entrecruzadas que solo tenía espacio para un pequeño balde. No había forma de salir por ahí. Maldije una vez más y me oculté de nuevo en la sombra del muro cuando una puerta se abrió y un grupo de gallowglass salió bruscamente del gran salón, haciendo un gran escándalo por su ebriedad y toqueteando a varias mujeres. Reconocí a Lachlan al frente, oí la voz clara de Aela y supe que debía esconderme de nuevo.

Mientras los gallowglass acorralaban a las mujeres contra el muro en donde me refugiaba, me escabullí, pero luego me detuve bruscamente cuando una horda de cáterans atravesó otra puerta cantando alguna canción sobre un viejo saqueo de ganado y discutiendo violentamente entre ellos. Cuando se esparcieron por el patio para copular como animales con esclavas gritonas, me deslicé adentro del fuerte buscando con desesperación un lugar en donde esconderme.

Nunca antes había estado en esta parte del castillo. Era oscuro y frío, tenía pisos gélidos de granito y paredes forradas con algún material que me provocaba un cosquilleo al tacto. Temblaba mientras subía por la escalera que hacía una espiral alrededor de un pilar central y pasé por un despliegue de puertas que estaban tachonadas con acero y probablemente cerradas para evitar intrusos. Parecía que la torre seguía por siempre, aunque sabía que por fuera no se veía ninguna construcción así, y me estremecí con renovada aprensión.

Era un lugar extraño; no debería estar allí, sin embargo no pude evitar seguir subiendo por las escaleras, girando y girando contra las agujas del reloj, ascendiendo más y más a un cielo que seguramente rechazaría a los ocupantes de este terrible sitio.

El sonido de voces abajo me forzó a buscar un refugio pero no había nada. Solo había puertas cerradas y paredes de piedra escuetas, ni siquiera iluminadas por antorchas o astilleras. Me apresuré a subir; probé cada puerta hasta que encontré una que por suerte abrió. Me escabullí adentro y miré alrededor de una habitación que parecía demasiado larga para esa torre; había mayor oscuridad pero contenía una enorme mesa redonda en el centro en la cual había un conjunto de cartas, un juego de ajedrez de marfil y un frasco que debía de contener vino. Recorté la cerveza de brezo encantada de Alea; a pesar de mi sed intensa ni siquiera intenté probar un solo sorbo.

Las voces se callaron del otro lado de la puerta de esta habitación. Me escondí temblando debajo de la mesa.

—Esa no; iremos a la siguiente en el otro nivel.

Casi me desmayo del alivio. Podía escuchar claramente: la estruendosa voz de Alistar y los tonos claros y concisos de Aela que recordaba tan bien. Volvieron a detenerse y oí el chillido de la puerta al abrirse, en la habitación directamente arriba. Se escuchó el sonido de lo que debieron ser sillas arrastrándose en el piso de piedra y las voces siguieron.

—Logramos la primera parte—, dijo Alistair. —Hemos reconstruido el Libro de la Tierra Oscura.

La mención de esa monstruosidad me provocó un sudor frío. Había estado tan concentrado en sobrevivir y escapar que casi había olvidado la razón por la que estaba aquí. Albany me había encomendado la tarea de asegurar que Alistair no pusiera sus manos en ese libro, pero había fallado. Ahora esa cosa terrible sería usada para algún propósito aún más espantoso.

—Ahora debemos usarlo—. Las palabras de Alistair reflejaban mis pensamientos de una forma escalofriante y extraña. Su voz era profunda y áspera pero carecía de su habitual grandilocuencia medio burlona y me preguntaba si estaba escuchando al hombre real detrás de la imagen pública. —Debemos pelear en dos frentes, Aela; el espiritual, para derribar y destruir el poder de la iglesia, y el físico, para remover al rey y a cualquiera que lo respalde.

Los escuchaba. Mis manos estaban húmedas y respiraba de manera entrecortada. Sabía que Alistair estaba hambriento de poder, pero solo había concebido como un señor del norte. ¿Cuánto se extendía su ambición?

—Si lo usamos apropiadamente, el Libro de la Tierra Oscura anularía el poder de la biblia cristiana. Podemos usarlo para perturbar

aún más el dominio del rey en esta tierra y luego, si tenemos suficientes hombres, podemos tomar el poder.

Oí la suave y vertiginosa risa de Aela. —Debemos dividir aquel vacío equitativamente, Alistair. No quiero que tomes todo el poder y no dejes nada para mí.

—Con el libro, Aela, puedes controlar a las brujas. Puedes restaurar las costumbres antiguas, regresar a los tiempos de los druidas y adorar a la luna, o puedes ir incluso más atrás en el tiempo —. Alistair hizo una pausa. —Pero necesito hombres para pelear contra el ejército real.

—Si tus cáterans hacen su trabajo, Alistair, puedo ayudarte a reunir suficientes hombres—, dijo —pero debo tener la custodia del Libro de la Tierra Oscura.

La risa de Alistair era dura. —Aún no, bruja. No hasta que tenga mi reino.

—Tengo que tener todo el control espiritual, Alistair Mor—. Dijo lentamente Aela. —Con mi ayuda, serás el rey de esta tierra, en lugar de ser solo otro hijo ilegítimo de un hombre débil—. Aela era persuasiva; incluso sin estar bajo su encantamiento podía sentir que el poder de su lengua y el hechizo de sus palabras tejían redes en la mente, corazón y ambiciones de Alistair Mor. —Pero a cambio, debes permitirme controlar el otro lado.

¿A qué se refería con el otro lado? ¿Planeaba hacer una reunión de brujas aún más grande que la que habíamos presenciado en el Círculo del Druida? Y si era eso, ¿con qué fin? ¿Estaban planeando destruir completamente la iglesia y al rey?

Sentía los fuertes latidos de mi corazón; ¿cómo haría Aela para conseguir los hombres necesarios que Alistair necesitaba para desafiar al rey? ¿Planeaba invitar a algún otro país para invadir Escocia? Sacudí mi cabeza por el miedo; teníamos suficientes problemas con los conflictos de la nobleza y los avaros ingleses sin haber agregado alguna nación desconocida a nuestras preocupaciones. Tal vez pensaba en persuadir a los noruegos para que vinieran: apenas pasaron ciento veinte años desde que Escocia había visto la última invasión nórdica; otra podría resultar desastrosa en tiempos de conflictos.

—Mis cáterans traerán a los jefes, uno por uno o todos juntos— dijo Alistair con un gruñido que parecía volverse más áspero a medida que lo escuchaba hablar. —Los traerán a Badenoch y puedes hacer tus encantamientos, Aela. Bajo mis órdenes, ellos me proclamarán como el *Ard Righ*, rey supremo de Escocia, y marcharé hacia el sur, reclutando a mi paso, y cada nuevo jefe agregará sus hombres a los míos.

Escuchaba, paralizado por la sencillez tan básica del plan. Ahora

entendía por qué había secuestrado a MacGregor y a los demás jefes. Sus cáterans los atrapaban, los encarcelaba por un tiempo para ablandarlos y luego Aela usaba su hechizo para convertirlos en seguidores de Alistair. Era retorcidamente simple y podía ser retorcidamente efectivo.

Con todo el poder amasado de la Gaeltachd de su lado, Alistair podría ir al sur, y sus cáterans capturarían a cada jefe y señor en su camino y Aela lanzaría sus hechizos.

—Una vez que sea el rey consagrado y tenga el *Clach-Bhuai* para protegerme de tu magia, te daré el libro. Hasta entonces, seguirá bajo mi control.

Escuchaba con atención aunque entendía parcialmente. No tenía idea de lo que ese *Clach-Bhuai* podría ser, pero el resto era obvio. Alistair estaba usando a los clanes para conseguir el trono, Aela lo estaba ayudando, pero él no confiaba completamente en ella. No podía culparlo por eso.

—*Alistair Mor*, *Ard Righ*: rey supremo de toda Alba—. La voz de Aela chorreaba miel mientras acariciaba su ego, —¿y qué mejor hombre?

—Ninguno es mejor—, Alistair coincidió con tanta facilidad que me preguntaba si ya estaba bajo su encantamiento.

—Ahora, esos jefes—, ronroneó. —Tienes al clan Chattan y a algunos de los clanes menores firmemente en tu poder, pero es una pena lo de MacGregor . . .

—Él no importaba—, dijo rápidamente Alistair.

Suspiré; así que mi compañero del calabozo había muerto en lugar de rendirse. Ojalá me hubiera agradado, por más que hubiera sido indudablemente un canalla.

—Tal vez no—, continuó Aela con suavidad, —pero si quieres desafiar al rey necesitarás el poder completo de la Gaeltachd. Tus gallowglass son buenos guerreros, pero apenas son suficientes . . .

—Tengo a la guardia—, le recordó un tanto abruptamente.

—El *Clach-Bhuai* podría ser usado para disolver sus poderes—, dijo Aela de manera cortante. —Y solo serían hombres mortales.

Eso me sorprendió. No había pensado en que la guardia fuera inmortal, pero luego recordé su silencio y su velocidad; nunca los había visto comer, beber o . . . o hacer lo que los hombres normales hacen. Quien sea o lo que sea que fuese este *Clach-Bhuai*, eso, el o ellos debían ser muy poderosos para detenerlo.

Alistair se mantuvo en silencio por lo que pareció un largo rato. —Necesitaré más que solo unos pocos jefes insignificantes de mi lado—, dijo. —Necesito a los hombres más poderosos de la Gaeltachd.

—No será fácil capturarlos—, dijo Aela con una voz sedosa.

—No—, respondió Alistair. —Envié a un grupo de cáterans a

capturar a Cameron de Lochiel y solo uno regresó con vida. Tuve que colgarlo, por supuesto.

—Por supuesto—, coincidió Aela, con su voz tan objetivo que podría haber estado hablando sobre qué vestimenta usar. —¿Pero hay otros además de Cameron?

—Tengo un centenar de cáterans marchando hacia Campell de Argyll justo ahora, pero es a Donald a quien quiero.

—¡Donald de las Islas!— El arrebato en mi cabeza coincidió con el renovado interés en el tono de Aela. —Sería un buen premio, realmente: ¿cuántos hombres tiene a sus órdenes?

—Diez mil de los mejores—, contestó pero percibí su irritación. —Pero eres la bruja suprema de Alba. Sabes estas cosas.

Mantuve el aliento. Sabía que MacDonald, el señor de las Islas, era poderoso, pero no sabía que tenía diez miel hombres. Era más que el conde Douglas: la idea de tantos gallowglass y cáterans bajo las órdenes de Alistair era aterradora; si le agregaba tal fuerza a la suya propia podría arrasar con el sur y tomar el trono.

—Sabes más que yo—, mintió Aela. Sabía que estaba bajando su mirada y se hacía pequeña ante Alistair, pero también sentía que lo estaba halagando. Estaba jugando su propia mano, pero no supe cómo lo sabía.

—Eres el señor aquí, Alistair—, su voz sonaba baja y sabía que se estaba deslizando hacia él, lanzándole esa sonrisa tentadora con su boca medio abierta y asomando la lengua en su dirección. Lo recordaba muy bien y si cerraba mis ojos podía ser yo en el lugar de Alistair, mientras ese delicioso, suave, tentador cuerpo curvilíneo se acercaba más y más.

—Me alegro de que lo entiendas—, Alistair sonaba complacido y me pregunté momentáneamente si sabía que Aela estaba jugando con él. ¿Quién estaba a cargo del castillo realmente? Sería Alistair Mor, el enorme y violento hombre, quien tenía una guardia de hombres sin rostro y a los experimentados gallowglass a su llamado, o sería Aela, quien lo manipulaba con su sensualidad casi con la misma facilidad con la que me sedujo a mí. Entonces me doblé del dolor cuando sentí que se comenzaba a mover en mi cabeza, pero la envié a su rincón y seguí escuchando.

—¡Fergus! ¡Ten cuidado! ¡Sabe que estás cerca!— Era la voz de la niña sacrificada, aguda como el dolor mientras me advertía.

—¡Lo sé!— Contesté directamente. —¡Lo sé, pero debo quedarme!

No puedo irme de esta habitación todavía. Debo recolectar la mayor cantidad de información posible. Podría haber algo, una palabra, un lugar, una idea, que me ayude a derrotar a este hombre.

—¡Fergus ten cuidado con los dos orbes! Dos orbes, Fergus; ¡dos orbes y uno te traicionará! ¡Vigila la luna!

—¿Dos orbes? ¿Qué significa?

Ya había oído esa advertencia, antes de la batalla en Otterburn, y en ese entonces no había significado nada. Todavía no lo hacía. ¿Cuáles orbes? Parecía que se apilaba un misterio tras otro mientras el tiempo pasaba. Estaba este *Clach-Bhuai,* lo que sea que fuese, y ahora esta advertencia sobre los dos orbes y la luna.

—Entonces, ¿qué harás ahora, Alistair?

Hubo una larga pausa antes de que respondiera. —Necesito a MacDonald—, dijo —así que deberé preguntarle al Libro en dónde está y luego enviar a mis hombres a capturarlo.

—Si Cameron expulsó a tus cáterans, MacDonald se los tragará por completo . . .— percibía duda en la voz de Aela, pero Alistair la mitigó.

—Envié dos veintenas de hombres para atrapar a Cameron, pero MacDonald es mucho más importante. Enviaré doscientos, incluso mil si es necesario. Si todos mueren excepto uno, pero ese hombre captura al señor de las Islas, la pérdida habrá valido la pena—. El tono de su voz disminuyó y se volvió más profundo, más intenso. —Imagínalo, Aela, tener todo el poder de las Islas a mi cargo: el clan Donald y todos sus clanes subordinados, los MacLeods de Dunvegan, los MacLeans de Duart, los MacNeils de Barra y sus galeras; los MacPhees; MacMillans; Morrisons; MacAuleys y el resto. Obtendré cientos de gallowglass experimentados y miles de cáterans.

Pude sentir su ambición mientras hablaba y me lo imaginé marchando al sur con la mitad de los guerreros de la Gaeltachd detrás de él. Nada, excepto un ejército real, podría detenerlo. Los clanes pequeños podrían luchar por sus territorios pero serían liquidados, el amigable abot de Dunkeld vería cómo su abadía arde igual que en Elgin; la ciudad amurallada de Perth resistiría, pero eventualmente caería. Entonces no habría más entre las fuerzas de Alistair y las Tierras Bajas; temblé al pensar en que Edinburgh y Dunfermline y las ricas tierras de Fife y Lothian serían devastadas por los cáterans.

¿Y qué pasaría con mi frontera? La imagen del caos y la muerte se intensificó. Atrapada entre los hombres de Alistair y los ingleses, se convertiría en una humeante tierra de nadie. Las familias salvajes de jinetes de Liddesdale y de las tierras debatidas probablemente se unirían a Alistair sin tener opción, pero el resto pelearía contra cualquier invasor del norte o del sur.

—Dos orbes, Fergus; ¡dos orbes y uno te traicionará! ¡Vigila la luna!

Otra vez oí la advertencia, ¿pero qué significaba? ¿Cuáles orbes y cómo me traicionaría uno? Me detuve cuando sentí otra cosa. Aela volvía a hablar pero su voz sonaba impaciente.

—Y cuando tengas el poder de MacDonald, entonces ¿gobernarás como rey?

—Y entonces seré el rey indiscutido de toda la tierra sobre el suelo y de los poderes debajo de éste. El Libro me ha dado la habilidad de combinar los dos.

—Y si me tomas por encima de él—, la voz de Aela era tan sensual que casi salgo de la habitación y corro hacia ella en el piso de arriba, a pesar de saber con certeza de que una acción así me llevaría a una muerte terrible. —También tendrás el poder de la bruja suprema del reino—.

Esperé su respuesta e imaginaba cómo se le acercaba y envolvía ese cuerpo voluptuoso sobre él como lo había hecho tantas veces conmigo. Podía imaginar la sonrisa que se mostraba más en sus ojos que en sus labios. Ese aroma peculiar almizcleño que parecía encender mi lujuria siempre que se acercaba y sabía que Alistair estaba intentando tomarla, con sus ojos muy abiertos, sus fosas nasales dilatadas y su respiración áspera en su garganta. Casi podía ver el brillo en su rostro mientras perdía el control, como si estuviera dentro de la cabeza de Aela o ella en la mía.

Sentí que el poder emergía mientras miraba directamente al rostro de Alistair.

Recordé que fue Aela quien me había encantado y que un pequeño residuo persistía, lo suficiente como para que se hubiese formado un vínculo entre nosotros, por lo que cuando nos acercábamos sabía lo que ella estaba pensando, pero lo mismo sucedía al revés. Ella estaba consciente de mi presencia; estaba dentro de su cabeza y también sabía que yo estaba en la suya.

De repente llegó un arrebato de maldad tan grande que empequeñeció todo lo que había pasado antes. Sabía, instintivamente y sin preguntas que Alistair Mor había abierto el Libro de la Tierra Oscura y que estaba tanteando su poder, y que Aela estaba observando fijamente a un abismo de tanta oscuridad que amenazaba con engullirlos a los dos, pero que al mismo tiempo los tentaba con una depravación sensual sin medida.

Ese poder me hizo temblar y me tiró de espaldas, golpeando los cimientos de esta torre encantada, y sentí que la niña comenzaba a gemir y retorcerse en mi cabeza.

—*¡Fergus! ¡Ayúdame!*

—*¡No puedo! ¡Oh, Dios, me gustaría pero no puedo!*

—¡Muéstrame a Donald MacDonald!— Ordenó la dura voz de Alistair. —Muéstrame a MacDonald, el señor de las Islas, para poder capturarlo para mis fines. ¡Muéstrame su debilidad para poder aprovecharla!

Sentí, en lugar de escuchar, que algo gemía, como si el suelo mismo estuviese adolorido, y una fuerza se elevó por debajo de mí. No tengo palabras para describir esa sensación, pero todos los cimientos

parecieron separarse, como si se rasgaran, y algo ascendió, pasando a mi lado con una explosión de aire pútrido, para quedarse en la habitación de arriba.

Oí resonar la risa de Alistair, un grito agudo de Aela y luego una sucesión de imágenes entraron bruscamente en mi cabeza. No eran coherentes, estaban desordenadas y llegaron tan rápido que apenas tenía tiempo de entender una antes de que la siguiente tomara su lugar. Había un hombre alto con un bigote caído que estaba parado bajo el estandarte de una galera: MacDonald de las Islas. Había una colina con una forma distintiva detrás de un extenso lago y montañas pronunciadamente contorneadas en el fondo. Había algo que podía haber sido un mapa o una cara náutica, pero estaba presentada de una forma que nunca antes había visto, como si algún águila hubiese volado alto y lo hubiera dibujado, y me di cuenta de que estaba mirando hacía el territorio de MacDonald abajo, un basto despliegue de islas y el mar, con partes agregadas de la tierra firme escocesa y las nubes circulando. La imagen cambió mientras el águila descendía y entonces supe que me estaban mostrando exactamente en dónde estaba MacDonald. Y luego vi a un grupo de hombres y mujeres cazando, llenos de buen humor y risas, algunos bardos cantaban canciones, había sennachies contando historias, arpistas tocando su dulce música y los enormes lebreles escoceses con su duro pelaje jadeaban al lado de sus señoras y sus amos.

—¡Te atrape!— Oí la risa triunfante de Alistair. —Te tengo Donald MacDonald; ¡estás cazando en la isla de Skye, con tu séquito y tus damas!

Estaba en el suelo, respirando con dificultad por el dolor, temblando por la conmoción, pero había experimentado una parte del poder del Libro de la Tierra Oscura. Alistair le había dado una orden y él obedeció, por lo que ahora sabía en dónde estaba MacDonald. Me levanté y me paré sobre la mesa para poder escuchar lo que decían en la habitación de arriba.

—Enviaré a mil hombres—, exclamó, —con la orden de ignorar a todos excepto a Donald. Me lo traerán aquí y entonces tú, mi bella Aela, puedes hacer tu magia. Él será uno de mis hombres y con su séquito de guerreros voy a sacar a mi hermano Robert del trono y me convertiré en el rey de esta tierra.

Su voz bajó hasta ser un amargo seseo sibilante. —Será un buen comienzo.

¿Solo el comienzo? ¿Qué más tenía pensado Alistair?

—¡Alistair!— Aela dijo rápidamente, como si estuviese agitada. —¡El fronterizo está en mi cabeza! ¡Lo sabe!

—¿Qué? ¿Cómo puede estarlo?” Respondió sin aliento, como si Alistair se estuviese recuperando de un gran esfuerzo, y entendí que

haber abierto el Libro había drenado parte de su fuerza.

—A veces, si un hombre tiene algo de poder, puede meterse en la mente de su hechicera—, dijo con algo de duda.

Sabía que Alistair la golpearía, pero ella no lo esquivó. —¡Eres una tonta, Aela! Es muy peligroso como para que tenga esa información—. Pude sentir la sangre en la boca de Aela y sabía que ella estaba saboreando esa sal agria tanto como abrazaba el dolor.

—Será mejor que averigüemos qué tanto sabe—, dijo Aela y escuché la placentera anticipación en su voz. —Quiero hacerlo.

—Juega con él todo lo que quieras, pero asegúrate de no lastimarlo.

—Oh, lo haré— dijo suavemente y noté que estaba en mi cabeza. Recibí una repentina imagen de una criatura ciega, emasculada y gimoteante que la seguía atrapada con una cadena de plata, y rogaba por una muerte que nunca llegaría. —William, mi amor traicionero, estamos yendo por ti ahora.

Busqué un lugar en dónde esconderme, pero no había nada. La habitación estaba vacía excepto por la mesa y las cillas, y no había ninguna ventana. Estaba tan atrapado como si estuviese encadenado a la pared.

Oí las voces arriba pero no pude distinguir las palabras; sabía que no podía correr; tenía que pensar con claridad. Si Aela estaba en mi cabeza, debía pensar en algo con tanta fuerza para que pensara que era verdad: tenía que hacerle creer que aún estaba dentro del calabozo de agua.

Cerré mis ojos y me concentré en la celda. Pensé en el agua hasta la cintura, de la fría pesadez del aire y en el miedo y la desesperación de estar atrapado. Podía sentirla dentro de mí, por lo que también pensé en ella poniendo su rostro ante el mío y permití que parte de mi antigua lujuria apareciera. No fue difícil: a pesar de conocer su maldad, seguía siendo la mujer más físicamente atractiva que jamás había conocido.

Tal vez podía usar parte de su vanidad como una herramienta: si ella creía que aún la deseaba, aunque fuese apenas, su concentración podría fallar. Por más que sabía lo peligroso que era, me concentré en su cuerpo y dejé que mi mente vagara sin control, y entonces me imaginé resbalándome, por lo que aún estaba bajo el agua helada de aquel calabozo por un momento.

Oí pasos arriba y el sonido de las voces aumentó. Los escuché en las escaleras: los pasos pesados de Alistair y el rápido correteo de Aela. No se detuvieron frente a mi puerta, sino que pasaron rápidamente, pero aún así sabía que no debía parar. Revisarían el calabozo de agua para asegurarse de que seguía allí, pero una vez que se dieran cuenta de que no estaba, Aela sabría que había estado cerca.

Regresaría corriendo junto con Alistair y luego me capturarían.

La idea de que aún la deseaba aumentaría el placer de Aela mientras me torturaba. Podía imaginar fácilmente la lujuria mal formada en su rostro mientras me acariciaba antes de deslizar lentamente sus uñas bajo mis partes más suaves.

Abrí la puerta y casi colapso al ver a dos de la guardia personal avanzando sigilosamente abajo de la escalera. No los había oído: sus pies no emitían sonidos sobre los escalones de piedra como los cascos de sus caballos no lo habían hecho en el páramo, pero tampoco miraron detrás de sus espaldas. ¿Qué clase de criaturas eran estos guardias; silenciosos, fuertes, impasibles, con la habilidad de flotar sobre el suelo y el agua?

No lo sabía, pero sí sabía que no había nada mortal en ellos. Venían de otro reino, tal vez del mundo de los elfos o del de las hadas de los que los poetas hablaban. Estaba a punto de seguirlos por las escaleras pero dudé; sería muy obvio. El calabozo de agua estaba en el patio, a plena vista desde esta torre, por lo que Alistair me vería al instante. ¿Pero qué había más arriba? Sabía que esta torre no se veía en el castillo, entonces ¿tal vez habría un puente invisible hacia el páramo de Dava? Ideas alocadas llenaban mi mente mientras intentaba razonar frenéticamente cómo lograría estar a salvo; tal vez no estaba pensando con claridad, pero la idea de ser capturado y entregado a Aela me atemorizaba hasta la locura.

Aún podía sentirla dentro de mi cabeza, pero de forma leve ahora que se apresuraba hacia el oscuro patio. Sin embargo aún había luz en esta torre; las piedras emitían una luminosidad antinatural por lo que podía ver todo como si fuese pleno día. Negué con mi cabeza; estaba muy lejos de Eildon y de mis preocupaciones normales sobre el pasto para el ganado y las disputas menores entre mis villanos.

Por la misericordia de Dios, deseaba estar ahí.

Las escaleras me invitaban a subir y entonces obedecí; dando un paso cauteloso y aterrado a la vez, hasta que llegué al siguiente nivel en donde la puerta de la habitación estaba cerrada. La invitación era acogedora y me retaba a abrir esa oscura puerta y mirar adentro. En su apuro, Alistair y Aela habían abandonado al Libro; se encontraba allí en todo su espanto, con el cabello de bruja uniendo en su lugar al pergamino humano y a todas las palabras de un brillante rubí.

Me obligué a mirar; ese libro era la encarnación de la maldad. Representaba todo lo que un caballero jura combatir; la crueldad hacia los indefensos, la difamación contra la cristiandad, la muerte y el horror, y aún así me estaba llamando. ¿Por qué me llamaría? Sabía que debía darme la vuelta y correr, o me arriesgaba a perder mi alma inmortal para siempre, pero la tentación era más fuerte que la razón. Di un paso hacia adelante, acerqué mi mano y toqué la cubierta hecha

de suave piel humana.

La imagen me llegó con una repentina claridad y me lanzó de espaldas, pero mantuve mi mano sobre el Libro; su fuego chamuscaba mis dedos, carne con carne, persona con persona, y me transformé entre una agonía tan intensa que debí de haber gritado.

Ya no era Fergus.

Miraba desde mi lugar de gran tormento y Fergus se estaba acercando. Podía sentir su repulsión mientras me observaba.

—¡Fergus! ¡Aún estoy aquí! Una parte de mí está aquí, debajo de la maldad. ¡Ayúdame!

Él aún no estaba completamente consciente de nuestra conexión: yo estaba dentro de su mente, intentando contactarme con él, pidiendo con desesperación su ayuda mientras me miraba con sus ojos fríos por el sufrimiento y abiertos por el miedo. Tenía miedo de la cosa de la que formaba parte pero aún así se acercó. Me levantó y sentí sus manos ásperas y cálidas sobre mi piel, pero aún así sabía que estaba asustado.

—Sácame de aquí, Fergus Scott de Eildon. ¡Llévame a algún lugar seguro!

Me levantó, salió de esa habitación en la que había habido tanta maldad y subió corriendo por las escaleras. No sabía lo que estaba haciendo, pero tenía que hacerlo, a pesar de la maldad dentro de los muros de este castillo. Sabía que estaba asustado, que estaba en más peligro del que se imaginaba, pero también que era mi mejor oportunidad para liberarme de esta agonía constante y desgarradora por la que pasaba. Tenía que llevarme lejos.

La voz se fue de mi mente y miré hacia abajo, a la cosa que sujetaba bajo mi brazo. Tenía el Libro, el terrible Libro de la Tierra Oscura, y estaba corriendo. Podía sentir que el poder emanaba de él; las fuerzas rivales del miedo y la malicia, la pasividad y la malevolencia, el infierno y la paz, como si albergara todo el horror del inframundo pero también la piedad de la pureza. Tal vez era la tensión creada por la mezcla del bien y el mal, los conocimientos antiguos y la atemorizada inocencia lo que lo hacía tan poderoso. Era esa batalla constante en el límite de lo correcto y de lo terriblemente malo, una fuente de energía de ambas fuerzas. Podía sentir ese conflicto incluso aunque sus palabras me repelieran y sintiera esa profunda, terrible empatía por la niña cuyo sacrificio y piel lo había hecho posible.

Las escaleras seguían siguiendo en un círculo interminable alrededor del pilar central hasta que terminaron abruptamente ante una puerta completamente tachonada color verde. ¿Por qué verde? Me pregunté estúpidamente hasta que recordé que era el color sagrado al Otro Mundo, el color de la resurrección y de la primavera, el tinte de las hadas. Había un picaporte con la forma de un puño humano que

giró sin esfuerzo y entré de un tropezón, preguntándome en dónde estaba.

El patio se expandía frente a mí, oscuro y frío, pero lleno del ajetreo de la actividad. Podía ver una veintena de káterans gritando, una multitud de sirvientes aterrados, un grupo de gallowglass que se veían furiosos y allí, en un rincón alejado, estaban Aela y Alistair, rodeados de la guardia de armadura negra. El libro bajo mi brazo se tensó por su presencia, las palabras intentaban liberarse de las páginas pero la piel las mantenía en su lugar.

—¡Ha escapado!— Oí las palabras de Alistair claramente mientras me metía en la sombra de la pared. —Quiero que maten a todos los guardias. Cuelguen a un par inmediatamente y lancen al resto al calabozo de agua. Haré que sean el ejemplo más tarde.

Vi un revuelo de káterans que corrían para ser los primeros en aprehender a los desafortunados guardias. Por primera vez me pregunté si los káterans eran realmente tan crueles como parecían o si solo eran gente ordinaria bajo el hechizo en el que yo había estado. Me tomó un momento darme cuenta de que la conmoción me daba la oportunidad de escapar y para ese entonces ya era casi demasiado tarde.

Mientras todos estaban mirando al grupo de káterans sonrientes rodeando dos guardias que protestaban frenéticamente, corrí hacia la puerta en el agua. El rastrillo de hierro estaba levantado y los vigilantes estaban distraídos con el tumulto, por lo que seguí por la profunda sombra del muro interno y repentinamente salí corriendo, manteniéndome lo más agachado posible. El fresco aroma del lago y el dulce brezo del páramo de Dava me dio la bienvenida como una bendición de la iglesia.

Casi pensaba que me había escapado cuando escuché una molesta voz en mi oído.

—¡Will! ¡Ill Will Armstrong! ¡Detente ahí!

CAPÍTULO TRECE

Me di la vuelta rápidamente, listo para correr o pelear, pero Lachlan estaba completamente armado y me miraba fijamente. Levantó un brazo sobre su hombro, desenvainó su claymore y la sostuvo contra su pecho, preparado para golpear.

—Ill Will—, dijo y su voz era tan suave como la brisa de verano y tan amigable como el gruñido de un lobo acorralado. —Nos encontramos, Ill Will—. Era tan ancho y feo como siempre, su cota de malla llegaba debajo de sus rodillas y la luz de las estrellas jugueteaba en todo el largo de su letal claymore.

—En estas circunstancias—, coincidí observando la espada. Si Lachlan elegía matarme, no tendría ninguna oportunidad, pero incluso en mi indefenso estado aún era un guerrero. Podría correr de Alistair y Aela y sabría que estaba haciendo lo correcto, pero no podía escapar de una pelea de frente y conservar algo de respeto. Me preparé para soltar el Libro y resistir lo mejor que pudiera.

—Abandonaste la compañía—, me acusó severamente. Vi que sus músculos se tensaban y esperé el golpe asesino. Me preguntaba si debía saltar a su garganta o intentarlo y sacarle los ojos con los dedos. Ciertamente no me rendiría tan dócilmente.

—Así es—, era un fronterizo, de una raza acostumbrada a pelear con nuestro ingenio tanto como con nuestra espada, por lo que seguramente podía escapar de esta situación hablando. —Y tú también deberías, Lachlan. Eres un guerrero, no un asesino; tú mismo lo dijiste cuando Alistair soltó a los cáterans en Elgin. ¿No ves lo que está pasando aquí?

Tuve un pequeño vistazo de la confusión que se formaba detrás de él, pero el ángulo de la pared, además del tamaño del gallowglass, me ocultaban de la vista.

—Abandonaste la compañía—, repitió. Levantó apenas la claymore y vi cómo sus grandes bíceps se tensaban y sobresalían. Me preparé para dar un salto, aunque sabía que nunca podría igualarlo en cuanto a musculatura. Si lograba esquivar el golpe de su espada, tal vez podría agarrar el puñal que llevaba bajo su brazo y matarlo con eso. Las chances eran mínimas, pero no podía hacer mucho más. Sonreí con amargura: era irónico que había logrado sobrevivir a todo lo que Alistair y Aela me pusieron por delante, escapé del calabozo de agua y presencié la fuerza del Libro, solo para ser asesinado por un hombre a quien una vez llamé amigo. Si solo lo hubiera matado cuando tuve la

oportunidad, pero las buenas obras siempre tienen que retribuirse. Me di cuenta de que seguía hablando.

—La compañía cambió— dije con desesperación. —Cuando me uní, este era un lugar de guerreros, hombres que peleaban por un valiente capitán, pero mira lo que es ahora . . . este castillo es un refugio de ladrones, torturadores y brujas—. Pausé por un segundo intentando captar su reacción. —¿Y quiénes son esos guardias sin rostro?

Lachlan elevó su claymore y sostuvo esa espada de cinco pies sobre su cabeza. Había visto su velocidad y sabía que un golpe de esa espada me cortaría a la mitad, o por los costados, a lo largo o diagonalmente, de la forma que eligiera.

—¡Vete!— El brazo con el que la sostenía se relajó. —Vete; podrías haberme matado, Will, cuando combatimos, pero no lo hiciste. Esa compasión debe ser recompensada, y luego peleamos lado a lado como camaradas. Si te mato ahora, Alistair me colgará, pero si te llevo de vuelta, la bruja Aela te hará pedazos lentamente; esa no es una muerte para un guerrero. Huye mientras puedes—. Me miró con angustia en sus ojos y se volteó abruptamente. —No puedo ayudarte más; ¡tengo un juramento con Alistair!

Sentí una mezcla de alivio y gratitud por el código de guerreros que había dejado que Lachlan saqueara un pueblo indefenso sin piedad, mientras que seguía siendo leal a un camarada que lo había traicionado.

—No lo olvidaré—, dije en voz baja, pero no dejé que el alivio me detuviera mientras colocaba el Libro bajo mi brazo y me escabullía rápidamente, temiendo que Lachlan cambiara de opinión. Mi siguiente movimiento era obvio: me zambulliría en el agua y nadaría hasta la costa. Me verían, por supuesto, y los gallowglass me dispararían con sus flechas mientras Alistair enviaba un bote para perseguirme. No podía ganarle a una galera, pero había una solución también obvia: dañar el bote. Eso retrasaría la persecución y tal vez dejaría varados a Alistair y a sus hombres por un par de horas.

Mientras más consideraba ese plan, mejor sonaba. Aún había alborto en el castillo, entonces lentamente rodeé la parte externa del muro mientras el lago subía por mis pies y la luna creciente se escondía detrás de las nubes. Me detuve cuando vi la cuadra y otra idea surgió espontáneamente en mi cabeza.

Tal vez Bernard estaba ahí.

Mi corazón comenzó a golpear ante la idea de volver a ver a mi caballo, entonces abrí la puerta de un empujón y me escabullí, entonces tomé una bocanada de ese aroma familiar a heno húmedo y caballos. Un caballo era tan esencial para un caballero que no sabía cómo había sobrevivido sin él. Lo llamé por su nombre con un tono lo

suficientemente bajo para que no me escucharan desde los muros, pero fuerte para que llegara a sus oídos.

—¡Bernard!

Me respondió de inmediato con un relincho tan familiar que me hizo suspirar.

—¡Bernard!

Estaba entre un grupo de caballos, más flaco de lo que debería estar, pero sus ojos se encontraron con los míos en un reconocimiento mutuo. Lo acaricié por un minuto que podría haber gastado en correr antes de soltarlo y dirigirnos a la puerta. Retrocedió, lo cual me alarmó hasta que me di cuenta de por qué estaba asustado.

—Solo es un libro—, le dije, —no puede hacerte daño—. Extrañamente sabía que era verdad. Estaba consciente constantemente del conflicto dentro de él, la pelea entre el bien y el mal, entre la inocente niña y los horrores indescriptibles hechos palabras, pero mientras la cubierta estuviera cerrada, nada saldría. No estaba seguro, pero sospechaba que necesitaba de algo para desatar la maldad que yacía en su interior, y Alistair o Aela actuaban como los catalizadores. La presencia de ambos o tal vez de alguna otra fuente igualmente desagradable inclinaría la balanza para que el conflicto culminara en una victoria para el mal. Mientras tuviese el Libro asegurado, solo le podría provocar dolor a la desdichada niña cuya piel conformaba sus páginas.

La agonía regresó y di un grito ahogado al sentir el terrible, dolor doblegante que parecía arrancar los órganos dentro de mi cuerpo. Me retorcí intentando buscar un alivio que no existía y luego ese otro yo tomó el control.

—Ayúdame Fergus—, miré hacia arriba desde mi posición bajo su brazo y le rogué que me liberara, pero Fergus no podía escucharme. Estaba demasiado concentrado en su propio problema como para escuchar la plegaria de una niña muerta.

Lo intenté de nuevo, más fuerte, gritando silenciosamente mientras esas espantosas palabras rasgaban cada parte de mí, por lo que me retorcía en una agonía que me penetraba más allá del dolor físico. Sabía que resistir eternamente era mi destino y que no podía hacer más. Mi futuro estaba repleto de sufrimiento, pero si me debilitaba, entonces toda la humanidad tendría que pagar. Debía advertir a Fergus.

—Dos orbes, Fergus; ¡dos orbes y uno te traicionará! ¡Vigila la luna!

El dolor disminuyó al terminar esa frase, y entonces miré hacia arriba y hacia afuera mientras me preguntaba si esa advertencia significaba que la luz de la luna me revelaría ante Alistair. Cuando una nube veloz ocultó a la luna, negué con la cabeza: no tenía tiempo que perder en fantasías.

No había monturas y ni bridas, pero había crecido cabalgando a

pelo sobre las colinas de Eildon, por lo que subí a Bernard sin titubear, cuando una voz se abrió paso en la oscuridad.

—¡Hey! ¿A dónde crees que va?

El palafrenero era pequeño, delgado y no era una amenaza hasta que corrió a la pared del establo y tomó un hacha de Lochanber, una de esas grandes armas de las Highlands con un filo curvo y una punta torcida. Maldije con dureza al recordar lo eficientes que habían sido estos cáterans al disponer de la caballería y este hombre no tenía un ápice de miedo a los caballos. Esa arma podría matarme con facilidad, o podría lastimar a Bernard para que cayera al suelo como un objetivo suave y vulnerable.

—¡Sal de mi camino, compañero!— Intenté lo más que pude que mi voz sonara autoritaria. —¡No sabes a quien te estás enfrentando!

—¡Reconozco un ladrón cuando lo veo!— El hacha estaba lista y su filo curvo estaba a tres pies de mi pecho.

—¡Hazte a un lado!— Pero en lugar de hundir mis talones, como él lo esperaba, lancé el Libro directamente a su cara y salté del lomo de Bernard. Se agachó para esquivarlo y antes de que reaccionara le di con mi codo derecho con fuerza en la mandíbula. Maldijo y soltó su hacha, la cual hizo un fuerte ruido al caer. La levanté, hice una pausa y se la incrusté en el cuello. La sangre comenzó a salir con rapidez y su olor fuerte se mezcló con los placenteros aromas del establo, y cuando solté el hacha vi algo que colgaba de la pared.

Estaba oxidada y descuidada, pero aún así emocioné de gusto: era mi espada fronteriza que me había sido tan útil en Otterburn.

De mi boca salió un grito inesperado, —¡Por Douglas! ¡Por Douglas!

Haber hecho una provocación así en un lugar tan peligroso y con la mitad del ejército de Alistair tan cerca era estúpido, inservible y loco, pero no puedo decir que me arrepentí de hacerlo. Una vez más era Fergus Scott de Eildon; tenía mi montura y mi espada; era libre y sabía que podía enfrentar a los hombres de Alistair y a todos los demonios del infierno si lo deseaba.

—Por Douglas! ¡Por Douglas!

Mientras mis gritos causaron nueva consternación dentro de los muros de Lochindorb, tomé el Libro, volví a montar a Bernard y lo espoleé hasta el bote. Flotaba sobre el agua, sus ocupantes estaban despiertos y buscaban sus puñales. Los asesiné sin tener piedad; casi le arranqué la cabeza del cuerpo a uno y al otro le atravesé el corazón.

—¡Por Douglas!

Esa batalla a las afueras de Forre había sido la única vez que experimenté una alegría tan salvaje al matar y saboreé la sensación por medio minuto antes de volver a prestarle atención al bote.

Un hombre con una espada fría y una ardiente furia en su corazón

puede hacer una gran cantidad de daño en un corto espacio de tiempo, por lo que lo destrocé. Corte los cables, arruiné el timón, atravesé la vela e incrusté profundamente mi espada en el casco para que hubiesen agujeros que dejaran entrar el agua.

—¡Síganme ahora, perros del infierno! ¡Síganme ahora!— Blandí mi espada y cambié mi grito de guerra de aquel por Douglas a uno de mi propia familia. —¡Por Bellendaine! ¡Los Scotts están libres! ¡Por Bellendaine!

Grité mi última provocación mientras el gran rastrillo de Lochindorb se abría y una aglomeración de gente salía afuera; gallowglass blandiendo sus claymores, cáterans con puñales y targes, y una veintena de esclavos que los ralentizaban. Pero peor, mucho peor era el resplandor de las estrellas en las armaduras negras de la guardia.

No sé qué fue lo que hizo que me volteara. Tenía toda la ventaja, una montura confiable, un lago frente a mí y la sorpresa, pero me volteé para pelear. Quería asesinar, hundir mi espada profundamente en algo y oler la sangre, por lo que clavé mis talones y me lancé con Bernard en un medio galope. Sus cascos levantaban el agua a lo largo de la costa del lago y me incliné hacia adelante, apunté mi espada al primero de los guardias y grité mi nuevo lema, el grito de batalla de los Scotts.

—¡Por Bellendaine!

Había peleado contra los ingleses de Percy y el ejército del obispo, había matado a guerreros y caballeros; sabía como anticipar la sacudida del impacto mientras me tensaba para golpear.

—¡Por Bellendaine! ¡Muere, monstruo!— Me preparé y lo golpeé con fuerza en el espacio entre su yelmo y su cuello, en donde solo una cota de malla cubría la unión de acero. La sacudida fue mucho peor de lo que había esperado, ya que, como no tenía montura ni estribos, me empujó tanto por el lomo de Bernard que lo único que evitó que me cayera fue toda una vida de experiencia.

Miré hacia el guardia y esperaba que estuviera tambaleándose, pero estaba intacto. Ese yelmo cerrado me enfrentó y el brazo de acero negro me intentó devolver el golpe, cuyo puño dentro de un guantelete negro sostenía una maza de madera oscura y tachones de hierro negro.

Sin ningún sentimiento de vergüenza, hice que Bernard se volteara y huí hacia el lago. Sabía que había tal vez un cuarto de milla de aguas tranquilas de la isla hasta la costa, y no estaba segura de que tan rápido podría cabalgar la guardia, pero apostaría cualquier dinero por la habilidad de mi caballo sobre la de esos enormes sementales negros. Hubo gritos y alaridos detrás de mí y alguien agarró la cola de Bernard, pero un golpe hacia atrás con mi espada removió el brazo y

entonces le clavé mis talones para que avanzara.

—¡Nada, Bernard! ¡Nada hasta la costa!

Hubo más gritos y los ruidos de nadadores ineficaces en el agua, pero no pude escuchar el sonido distintivo de caballos. Eché un vistazo sobre mi hombro, vi que la guardia estaba alineada en la costa, me observaban pero no entraban al agua y sonreí.

—¡Por Bellendaine!— Grité, y luego me agaché cuando las primeras flechas comenzaron a volar sobre mí.

Aunque la mayoría fallaba por la oscuridad, algunos arqueros sensatos tenían el suficiente ingenio para apuntar a la espuma blanca que dejábamos a nuestro paso, por lo que una o dos de sus flechas entraron en el agua a nuestros costados. Me encogí a sabiendas de que mi cuerpo desprotegido sería un blanco suave y vulnerable, y tenía miedo del daño que estas flechas de las Highlands, con sus anchas cabezas con puntas, podrían causarme.

La voz seguía en mi cabeza y me acariciaba suavemente.

—William; Ill William; soy yo, tu amante. Te extraño Will.

Por un segundo mis recuerdos me tentaron. Sentí el toque de sus manos sobre mí y la sensación de su suavidad presionando contra mi cuerpo. Rechacé esos recuerdos; Aela seguía ahí, pero podía sentir el estrés en su voz y supe que su poder estaba disminuyendo a medida que me alejaba del castillo.

—¡Aléjate, arpía! ¡Rechazo tu poder! Mi nombre es Fergus.

—Pero William, estábamos tan bien juntos. Eres mucho más hombre que Alistair, él está envejeciendo y sus impulsos disminuyen. Solo piensa en lo que tú y yo podríamos hacer juntos, William. Solos tú y yo: los poderes que podemos tener, la grandeza que podemos lograr.

Las imágenes eran vívidas y sorprendentemente atractivas. Podría haber estirado mis brazos para tocar los tesoros, las joyas, los castillos y los amplios acres fértiles. Casi podía sentir la corona de oro en mi cabeza y las pieles y seda de mi manto real. Podía ver a Aela sonriendo dentro de mi mente y de a poco comenzaba a dejar caer su vestimenta; cada capa que descartaba revelaba una nueva delicia.

—¡No!— Exclamé y me sacudí de encima esas sucias tentaciones. —¡Soy Fergus Scott!— Podía sentir que el Libro se retorcía bajo mi brazo mientras la maldad buscaba escapar, mezclarse con los deseos que Aela creaba mientras que la inocencia intentaba contenerla, pero sabía que su interferencia había debilitado la fuerza de la niña y los horrores desconocidos presionaban contra sus frágiles ataduras.

Fue la última flecha la que me hirió; cortó mi antebrazo y cuando lo retraje casi solté el Libro, pero entonces ya se había terminado y me encontraba gateando hacia una pequeña playa de arena y guijarros que me protegían a la sombra de un árbol vigilante. Volví mi mirada hacia el lago, esperando ver cómo la guardia cruzaba con sus caballos,

pero en su lugar solo divisé las luces que resplandecían en las murallas del castillo y el sonido de las fuertes voces que traía con claridad la noche.

—¡Síganlo! ¡Naden si lo necesitan pero capturen al fronterizo! ¡Juro por los poderes que colgaré a cada uno de ustedes!

Elevé mi voz en una última provocación —¡Por Bellendaine! ¡Los Scotts están libres!— y volví a bajar el tono para susurrarle a mi caballo. —Vamos Bernard, buscaré un lugar seguro para ti.

No tenía idea de a dónde sería ese lugar, pero no importaba ya que tenía mi libertad, mi caballo y mi espada. Sabía que había fallado al no matar a Alistair Mor, pero lo había desafiado en su propia guarida y había escapado casi ileso. También había robado su preciado Libro de la Tierra Oscura y sin él, sus poderes se habían reducido severamente. Era un buen resultado sin importar lo que sucediera después.

El hombre surgió con tanto sigilo de un montón de brezo que no lo escuché hasta que estuvo frente a mi camino con su gran rostro hirsuto sonriente y sus brazos estirados.

—Entonces has escapado, Fergus—. La voz de Peallaidh dentro de mi mente en lugar de la de Aela era un placentero cambio.

—Como puedes ver—, dije intentando sonar despreocupado mientras mi sonrisa amenazaba con rasgar mis mejillas. No me sorprendía ver al uruisg: ya me había acostumbrado a esas habilidades extraordinarias.

—Y como puedo oír—, asintió y seguía sonriendo. —Eres un guerrero muy ruidoso.

—Con razón—, me jacté,—ya que tengo a Bernard y a mi propia espada, junto con esto—. Le mostré el Libro.

No había calculado su reacción. Peallaidh se encogió de miedo cubriendo su rostro con uno de sus brazos para evitar mirarlo.

—¡Llévatelo! ¡Nunca debo ver esa cosa! ¡Llévatelo!— Las palabras resonaron en mi cabeza y estaban llenas de agonía.

—Por supuesto—. Lo escondí rápidamente poniéndolo debajo de mí como si fuese una montura y luego lo seguí mientras trotaba en silencio a través del oscuro brezo. Sabía que podía confiar en que Bernard seguiría el paso sobre cualquier superficie y ciertamente disfrutaría de la oportunidad de estirar sus patas luego de haber estado tanto tiempo en los establos.

La cabalgata no duró mucho y Peallaidh pronto se detuvo a un lado de Carn Ruagh Chorrach, una colina que se elevaba lentamente y tenía una superficie irregular repleta de árboles dispersos y rocas que habían sido arrastradas. Había un conjunto de enormes piedras que estaban amontonadas y formaban una cueva; la astucia de Peallaidh junto con las labores domesticas de Seonaid habían creado un refugio

acogedor. El brezo entretejido evitaba que entrara el agua de lluvia y ocultaba la entrada, mientras que el interior era tan limpio como el de una casa que cualquier mujer orgullosa desearía. Seonaid había creado una escoba con brezo para poder barrer el interior de la cueva.

—Gracias a Dios—, dijo sorpresivamente y le dio unos golpes a mi muslo mientras seguía sentado en el lomo de Bernard. —Pensé que nunca volvería a verte.

La miré con cariño. Se veía más anciana, tenía unos ojos cansados y nuevas líneas en su rostro, pero su bondad seguía allí. —Aunque te mantuviste cerca, Seonaid

—Peallaidh sabía que estabas vivo—, dijo, —y yo sabía que ni siquiera tu atracción hacia Aela te retendría allí por mucho tiempo—.

Intenté sonreír en un intento de mostrar buen humor, pero en su lugar comencé a temblar cuando las acciones de los últimos días finalmente cobraron efecto. Fue Peallaidh quien me ayudó a bajar del caballo, evitando con cuidado el Libro, pero Seonaid me guió hacia adentro, me quitó la ropa transpirada y sucia y me acomodó en el catre de brezo fresco. El tartán con el que me cubrió olía a madera de abedul y era suave al tacto.

—Ahora duerme—, dijo con calidez aunque su rostro permaneció sombrío, —podemos hablar luego. Yo cuidaré de Bernard.

Miré a su rostro serio y sensato y asentí. Ahora Seonaid estaba aquí, así que todo estaría bien. Todo estaba bien cuando Seonaid estaba ahí: era la mejor mujer, la más amable y la más gentil que existía. Sabía que podía dormir en paz y cuando despertara, habría buena comida y una cálida conversación.

CAPÍTULO CATORCE

—¿En qué estabas pensando, por el amor de Dios?— Seonaid me despertó de una sacudida un tanto ruda y me dio una bofetada resonante.

La miré fijamente. —¿Qué?— Levanté mi mano para defenderme pero me abofeteó en el otro lado más fuerte que la anterior. La miraba sorprendido; sus golpes eran tan duros como los de Aela y me dolían más porque ella me agradaba.

—¡Esto!— Me refregó el Libro bajo la nariz. —¿En qué estabas pensando cuando trajiste esta basura aquí?— Antes de que pudiese objetar algo, tiró del tartán que cubría mi desnudo cuerpo y me pegó fuerte en las costillas. —¡Levántate! ¡Levántate y danos una explicación!

Me puse de pie con dificultad, —es el Libro de la Tierra Oscura . . .

—¡Sé exactamente lo que es, Fergus Scott!— La siguiente cachetada iba dirigida a mi espalda y di un aullido por el inesperado dolor. —No pregunté lo que era: pregunté por qué lo trajiste aquí.

Levantó la escoba de brezo y me propinó dos fuertes golpes más que me hicieron darme la vuelta en protesta, pero cuando comenzó a seguirme me olvidé de mi dignidad y salí corriendo mientras ella me perseguía y me golpeaba sin piedad hasta que su temperamento se enfrió.

—Ven aquí y habla conmigo—, dijo aún blandiendo su feroz arma.

—Preferiría pelear contra el ejército de Percy—, respondí mientras acariciaba mis cuartos traseros tan maltrechos.

—No seas un bebé—. Soltó la escoba y dio un suspiro. —Ven Fergus; estás a salvo ahora.

Regresé a regañadientes y me posé con cuidado sobre una roca que presionaba mis partes recientemente lastimadas. Es el deber de un caballero el proteger a una mujer, pero nunca me enseñaron nada sobre defenderme contra una enojada. Tal vez se debería revisar el código algún día.

—Sin el Libro de la Tierra Oscura—, expliqué mientras la observaba con algo de nerviosismo porque la escoba seguía estando cerca de su mano, —Alistair tiene menos poder.

Negó con la cabeza y se acercó. —Lo sé. Lo siento, Fergus, pero no tienes idea de lo preocupada que he estado. Pienso en ti como más que un amigo, ¿sabes?

Seonaid debió haber notado que me estaba dando esperanzas, ya

que puso una mano gentil sobre mi brazo. —Eres como un hermano menor para mí, alguien a quien proteger—, vio en qué dirección estaba mirando y se encontró con la escoba, entonces comenzó a reír sin vergüenza. —Creo que difícilmente podría lastimar a un guerrero con una cosa como esa—, dijo y sabía que tenía razón. El dolor había estado en su ira y sus palabras, no en sus golpes. —Me preocupaba que volvieras como Ill Will y no como Fergus, pero entonces él me habría matado por. . .— señaló la escoba de nuevo.

Sonreí y negué con la cabeza. —No podría lastimarte, Seonaid. Nunca.

—No—, me dio unas palmadas en el hombro. —Ahora ponete algo de ropa, Fergus, y cuéntame todo.

Repetí exactamente lo que había oído en esa pequeña habitación en la torre escondida y también lo que había experimentado con Aela. Escucharon pacientemente, pero noté que Peallaidh estaba lo más alejado posible del Libro.

—¿Mencionaron el *Clach Bhuai*?— Peallaidh sonaba interesado.

—Así es—, dije, —pero no sé lo que es.

Él sonrió. —No mucha gente sabe que existe—, dijo. —Significa Piedra de Poder y es un pequeño orbe de cristal que se encuentra sobre un cetro real. Alguna vez le perteneció a Broicham, el druida supremo de Escocia, y protege a su dueño de las artes oscuras.

—¿Entonces el rey está a salvo?

—El rey Robert, el medio hermano de Alistair, está a salvo de todo excepto del Libro de la Tierra Oscura. Nadie está a salvo de esa monstruosidad—. Podía percibir algo diferente en su tono de voz pero no pude descifrar qué. Intenté indagar más profundamente pero había una nueva barrera allí, como si estuviera ocultando sus pensamientos de mí con deliberación.

—¿Podemos tomar posesión de este *Clach Bhuai*?— Pregunté.

—No te haría nada bueno, Fergus—, dijo con algo de remordimiento, —solo quienes tengan sangre real pueden usarlo.

—Entonces continúa, Fergus—, me ordenó Seonaid y les relaté todo lo que sabía, desde la misericordia de Lachlan hasta los planes de capturar al señor de las Islas.

—Lo más extraño fue— concluí, —que la guardia no me siguiera. Sus caballos deberían haber cruzado el lago con facilidad.

Vi que Peallaidh miró hacia arriba y su voz retumbó en mi cabeza. —No pudieron cruzar por el agua, Fergus, y tu espada no tuvo efecto. ¿Es verdad?

Asentí. —Así es.

—Y en la emboscada contra Alistair te persiguieron hacia la turba sin dificultad.

Asentí nuevamente.

—Entonces eso confirma lo que acabas de decir. Los hombres de su guardia personal no son mortales—. Dijo esas palabras con tanta autoridad que solo pude coincidir con él. —Así es que pudieron cruzar la turba, pero ese tipo de criaturas no pueden pasar por aguas profundas, ya sea un río con una corriente rápida o las aguas calmas de un lago. La guardia habría necesitado el bote, Fergus, y tú lo rompiste. Alistair o tal vez Aela las ha llamado desde algún otro reino y ni tu espada ni la de nadie puede matarlos.

Me estremecí. No me asustaba combatir contra un hombre mortal, pero enfrentar criaturas que no podían ser asesinadas era otro tema totalmente distinto. —¿Entonces cómo podemos derrotarlos?

—Solo hay una forma—, dijo Seonaid. —Debemos matar primero a Alistair. Sin él, no tienen razón de existir.

—Fergus ya lo intentó—, señaló Peallaidh con tranquilidad, —y falló. Debe haber otro método".

Lo miré y me pregunté si estaba en lo correcto. Mi emboscada no había funcionado y solo había podido escapar de Lochindorb gracias a la amistad de un hombre y por mera persistencia. Parecía que dábamos vueltas en círculos al no poder encontrar una solución para el problema principal.

Cada transformación parecía ser más dolorosa y me retorcí en agonía cuando las imágenes llegaron a mi mente para tomar el control.

—¡Podemos hacerlo— Estaba de vuelta en ese terrible combate, una vez más la niña del Libro se enfrentaba a toda la maldad del mundo e intentaba transmitirle mi mensaje de esperanzas a Fergus. Lo veía borroso, sentado en esa cueva y rodeado de amor y naturaleza. —¡Fergus! ¡Podemos hacerlo entre nosotros!

Pero Fergus no me entendía. Sabía que podía oírme, pero solo era uno del montón de voces dentro de su cabeza. Intenté conseguir espacio peleando contra la fuerza de la naturaleza y esa terrible sombra que esperaba agachada en un rincón, esperando su oportunidad para retomar el control.

—¡Fergus!— Parecía estar escuchando; miraba hacia arriba y peleaba contra el dolor, el cual era la única forma de llamar su atención. —¡Fergus, usa a tus aliados!

Regresé articulando algo sobre aliados, pero ni Peallaidh ni Seonaid entendían, de modo que suspiré y retomé mi idea original.

—Nada ha cambiado—, dije. —Tenemos que matar a Alistair.

El problema estaba suspendido en el aire, fastidiaba mi consciencia y devoraba mi cordura mientras trataba de encontrar una solución inexistente. Sabía que me habían enviado para descubrir qué era esa úlcera maligna que estaba infestando el reino, pero había pensado con frecuencia que Thomas el Franco y Albany habían elegido al hombre

equivocado. Habían confiado en mi combinación de experiencia en batalla y la clarividencia para derrotar al mal, pero no fue suficiente; ni siquiera estaba cerca de poder derrotar el conjunto entre los guerreros de Alistair y la magia negra de Aela. Debía haber otra razón por la que me eligieron.

Por primera vez en mi vida evalué las cualidades que podrían hacerme único. Era un guerrero, es cierto, pero también la mitad de los hombres en Escocia; teníamos que serlo debido a esa nación increíblemente agresiva que aguardaba afilando sus garras de leopardo en nuestra frontera sur. Era un vidente pero no tenía reglas ni control. Era un fronterizo, por lo que sabía del arte de las emboscadas y . . .

Me detuve ahí. La emboscada en el vado había fallado, pero había sido obvia, prevista y convencional. Debía usar esa misma teoría fronteriza pero tenía que agregarle unos ajustes más sutiles que Alistair nunca se esperaría. Pero incluso así, sabía que tenía que encontrar una forma de matarlo.

¿Por qué matarlo?

La pregunta me tomó por sorpresa. ¿Por qué qué? ¿Por qué matarlo? ¿Había otra forma mejor? ¿Pero quién estaba haciendo esa pregunta? No era Peallaidh, quien me observaba con una expresión confusa en su rostro peludo, y ciertamente no era Aela, quien yo sabía que estaba esperando a que me debilitara para poder engatusarme de nuevo para tomar el control. Era una voz infantil y entonces recordé una vez más a la niña sacrificada en el Círculo del Druida.

¿Por qué matarlo? Hay otra forma.

¿Qué otra forma? ¿Qué más podía hacer? ¿Capturarlo? Pensé que la idea era ridícula ya que sabía que eso sería incluso más difícil que un asesinato rápido. La guardia de Alistair siempre estaba presente; tenía que apartarlos antes de que pudiera acercarme a él. ¿Pero cómo podía hacerlo? ¿Tal vez podría despistarlos creando una amenaza en otra parte de Badenoch?

—No—, sonó la voz de Peallaidh de nuevo, con un tono lúgubre, en mi mente. “La guardia se quedaría cerca de él”. —Debe haber una forma de separarlos, pero solo se irán si Alistair se los ordena en persona. ¿Cómo podemos hacer para que lo haga?

Esa vez la transformación fue más tranquila, como si mi otro yo hubiese estado esperando a que hiciera esa pregunta. Dejé que el dolor me llevara a otro lugar y vi el mundo a través de los ojos afligidos de otro.

—¡Fergus! ¡Él ansía tener poder ilimitado!— Me esforcé para hacer que Fergus me escuchara por sobre el terrible alboroto de mi pelea. Levanté mi voz sobre el constante caos y confusión que el mal creaba, la incertidumbre, las medias verdades y las mentiras con las que el mal

desdibuja la realidad para poder tejer sus patrones de engaños. —¡Fergus! ¡Poder!

La palabra me llegó con tanta claridad como si la hubiese pensado yo mismo. —Poder. ¡Alistair quiere poder!— Recordé la conversación en la torre. —Quiero que los hombres de MacDonald peleen por el para poder conseguir el trono de Escocia.

La voz de Peallaidh hizo eco en mi cabeza. —Una vez que controle este país, Fergus, querrá más. La gente como él siempre quiere todo lo que ve. ¿Recuerdan a Edward Plantagenet de Inglaterra? Era de la misma clase: tenía Inglaterra, luego fue tras Gales y entonces intentó conquistar Escocia.

Las ideas me llegaron en ráfagas, como si hubiesen estado colmando un pasillo esperando a que alguien abriera la puerta.

—Debemos atraerlo; tenemos que tentarlo con encontrarme. Si puedo pelear contra él cara a cara, puedo matarlo.

De manera extraña, no tenía dudas sobre eso. Sabía que era grane y fuerte, malvado y tenía una vasta experiencia, pero yo era rápido y ágil y estaba lleno de ira. Podía matarlo. Quería matarlo.

Vi la preocupación en el rostro de Seonaid. —Es un guerrero muy experimentado, Fergus, y la guardia seguirá estando ahí.

Ya tenía preparada mi respuesta. —Una de las condiciones será que venga solo.

Ella negó con la cabeza, —no puedes confiar en que Alistair mantendrá su palabra.

Pero no dudaba de estar en lo correcto. —Confiamos en su ambición de poder.

—Y en el Libro de la Tierra Oscura—, estaba escuchando todo lo que Fergus decía; estaba dentro de su cabeza incluso mientras el combate contra el mal me destrozaba, pero sabía que para alcanzar la paz tenía que esforzarme aún más para ayudarlo. —¡Fergus, usa el poder del Libro! Soy parte de él y voy a guiarte.

—Pero Fergus; vigila la luna. ¡Te traicionará!

Sacudí mi cabeza para deshacerme de esas extrañas imágenes. Sentía como si estuviera compartiendo mi mente con un escuadrón de otras personas, quienes deseaban tomar el control, sin embargo sabía que mis propios pensamientos tenían que prevalecer. Por eso me habían elegido Albany y Thomas el Franco; ese pensamiento me llegó con una claridad increíble. Por mí mismo tenía la habilidad de un guerrero combinada con la astucia de un fronterizo y el poder de un vidente, y la unión de los tres me daba la capacidad para encontrar el verdadero camino.

—También tenemos el Libro—, dije lentamente. —Podemos usar su poder—. Al momento en el que lo dije sentí que Peallaidh salía de mi mente. Incluso la mención del Libro de la Tierra Oscura era

suficiente para asustarlo.

—No sabes lo que podría pasar si lo usas—; advirtió Seonaid. —Vimos su creación, recuérdalo; es tan malvado que sus fuerzas pueden ser incontrolables.

Recordaba muy bien la fuerza de su poder. Pensaba en el poder que me había lanzado al suelo incluso cuando estaba en una habitación diferente a la suya. —No tengo intenciones de abrir esa cosa, menos aún de usarlo—, prometí, —pero Alistair lo necesita y podemos usarlo como señuelo.

—¡Te ayudaré!— Intenté mandarle mi mensaje pero su mente estaba repleta de cientos de imágenes. —Siempre estoy contigo y a pesar de la lucha constante para retener este terrible poder, te ayudaré de la forma que pueda. Pero debes escucharme y prestarle atención a lo que digo. No te rindas, Fergus, y no dejes que ni siquiera un rastro de la maldad te corrompa, o el bien disminuirá.

Esta vez no sentí el dolor cegador de la transformación, pero estaba consciente de la pequeña voz en mi mente. Sabía que era la niña sacrificada aunque también había algo más ahí. ¿Era mi consciencia? ¿O mi alma? ¿O era algo incluso más básico que me estaba guiando? No lo sabía, pero sí que a pesar de la dulzura, era poderosa.

—Creo que podemos hacerlo—, dije sacando la fuerza de esa voz desconocida dentro de mi mente. Veía que Peallaidh se encogía aún más, por lo que busqué reconfortarlo. —Hay alguien que me está guiando—, dije, pero su voz, alguna vez tan tranquila, se elevó en un grito que atravesó mi cordura que con tanto cuidado mantenía equilibrada.

—El Libro no.

—Tenemos que hacerlo—. Tomé la decisión. Albany me había enviado aquí y hasta ahora no había conseguido nada. Alistair y Aela me habían hechizado para que formara parte de sus ataques a Forres y Elgin. No había podido evitar eso, había fallado en impedir el sacrificio humano en el Círculo del Druida y no había podido impedir que Alistair creara el Libro de la Tierra Oscura. Ahora debía cambiar mi suerte: tenía que detener a Alistair de la forma que pudiera y si eso significaba trabajar sin Peallaidh, entonces así sería.

—Peallaidh—, dije con más severidad de la que quería, pero porque tenía una nueva fuerza dentro que me impulsaba. —Sé lo mucho que le temes, pero necesito tu ayuda.

Miró hacia arriba con su rostro peludo y podía percibir que la esperanza se mezclaba con el terror.

—Es obvio que no puedes vivir cerca de él, por lo que tendré que pedirte que me ayudes de otra forma igualmente importante. Probablemente eres más rápido que cualquier hombre y por eso quiero

que le lleves un mensaje al duque de Albany.

No estaba seguro si la gratitud o el miedo lo hizo aceptar con tanta rapidez, pero cualquiera era preferible a ese grito lastimero en mi cabeza. Junto con Seonaid compuse una nota, hice unos garabatos en los trozos de pergamino que encontramos y use una mezcla entre mi sangre y hollín como tinta. Mientras escribía, recordaba los días en los que menospreciaba a mi clérigo por su trabajo humilde y sus estudios, pero ahora podía ver lo importantes que podían ser esas tareas administrativas. Si alguna vez regresaba a la dulce torre Eildon, prometí que sería un hombre diferente Mis vasallos me considerarían un señor compasivo, mis sirvientes me verían como un amigo y apreciaría todo lo que mi clérigo hiciera.

—Llévalo a Edinburgh—, le ordené —y dáselo al duque Albany—. Vacilé por un segundo. —Dudo que te vea en persona, ya que poca gente sabe sobre los uruisgs, pero estoy seguro de que puedes transmitir el mensaje de alguna manera. Lo dejo a tu ingenio.

Peallaidh asintió, pero sospecho que era más por las ansias de alejarse del Libro que por el entusiasmo de llevar mi mensaje. Tomó el pergamino doblado, se agazapó y comenzó a andar dando grandes zancadas en el páramo con dirección al sur, hacia Edinburgh. No esperaba volver a verlo, ya que incluso si me las arreglaba para matar a Alistair, estaba seguro de que nunca me iría de Badenoch con vida.

—Y ahora debemos planificar la trampa—, le dije a Seonaid. Podía sentir el júbilo en mi cabeza y supe que había tomado la decisión correcta.

—¡Fergus! ¡No!— Intenté advertirle, hacerle llegar mi mensaje, pero la presencia del Libro fortalecía al ser malvado por lo que bloqueaba mi camino. Podía percibir su risa mientras lo atraía con promesas falsas y esperanzas sin sentido. Ella sabía que Fergus necesitaba que el poder de la tierra lo ayudara a derrotar a Alistair, pero ahora había enviado lejos al uruisg y se llevó al espíritu de la tierra consigo. Ahora Fergus era demasiado débil para enfrentar la maldad de Alistair y a sus seguidores. Vi cómo la arpía merodeaba en un rincón de la mente de Fergus y luego se volvía hacia mí. Estaba sonriendo, y yo comencé a debilitarme. La oscuridad se hacía más fuerte y no había mucho que pudiera hacer para ayudar.

—Bien, Seonaid—. La miré de frente; no estaba dispuesto a lidiar con más de sus dudas. Me habían enviado a cumplir con un trabajo y tenía la intención de cumplirlo. —¿Estás conmigo en esto o estoy solo una vez más?

—Estoy contigo, por supuesto, pero . . .

No le di tiempo para que terminara. —Bien. Entonces esto es lo que haremos. Encontraremos a una de las patrullas de cáterans y les diremos al líder que Fergus desea hablar con Alistair Mor. Por

supuesto que no escuchará, pero lo persuadiré y le diré que le devolveré el Libro. Eso seduciría a Alistair por completo y aceptaría mis demandas.

—¿Y entonces qué?— Percibí la resignación en su voz y supuse que no estaba convencida.

—Diré que debo encontrarme a solas con Alistair; eso será parte del trato. Entonces lo mataré.

Seonaid negó con su cabeza. —Lo haces sonar muy fácil, Fergus, pero ambos sabemos que Alistair no es confiable.

—¡Él desea el poder!— Elevé mi voz hasta convertirla en un grito; era la primera vez que le hacía eso a una mujer, pero sabía que tenía razón: algo en mente me lo decía. Tenía que intimidar a Seonaid para que aceptara mi decisión en lugar de escuchar sus lloriqueos y quejas. —Vendrá sin dudarlo.

Seonaid me miró de forma extraña, —¿Fergus? ¿Eres tú?

—Por supuesto—, dije frunciendo el ceño pero ella no me estaba viendo a los ojos. No entendí a lo que se refería, pero sus palabras me persiguieron por un tiempo. —Si no vienes, Seonaid, entonces actuaré solo.

—Hazlo entonces, Fergus—, dijo con una mirada profunda y triste como el mar en la noche, —y que la gracia de Dios vaya contigo.

Entonces lo haría solo. Que así sea: era Fergus Scott de Eildon y no necesitaba la ayuda de nadie. Primero necesitaba cambiar mi apariencia y mi experiencia en la frontera me ayudó a elegir solo la vestimenta de mejor calidad de las tiendas de Moray en donde, como uno de los gallowglass había exclamado, “cada hombre caza a sus presas”. Me vestí como un caballero, monté a Bernard, revisé que tuviera todas mis armas (la claymore, la espada fronteriza y las dos lanzas) y me emprendí mi camino hacia el límite de Badenoch. Con toda la fachada de ser un caballero de alta cuna, esperé al comienzo del paso de Drumochter hasta que la patrulla de cáterans llegó trotando.

Eran exactamente una docena y avanzaban con entusiasmo, aunque solo comenzaron a detenerse cuando vieron que yo no mostraba miedo ni vacilación. Era la misma infantería ligera de hombres enjutos, hábiles y peligrosos que había dañado tanto al ejército del obispo a las afueras de Forres y quienes eran capaces de ser totalmente salvajes si se los provocaba. Los observé con cautela mientras se acercaban y mantuve mi mano derecha lista sobre el puño de mi espada. Solté las riendas y descansé mi mano izquierda de forma indiferente sobre el mango de una de mis lanzas.

—Quédate ahí, compañero—, gritó el cáteran más cercano antes de venir hacia mí. Al igual que sus compañeros, estaba sonriendo, pero sus ojos eran inestables en un rostro castigado por el clima. Se detuvo

a unas pocas yardas de distancia y deslizó su puñal de la vaina bajo su brazo. —¿Y dime qué asuntos te traen a Badenoch?

Mientras esperaba para darle una respuesta, sus compañeros formaron un círculo a mi alrededor. Era una patrulla agresiva típica que llevaba la selección de puñales usual, dagas testiculares y jabalinas arrojadizas. Desenvainé mi espada a la mitad e hice que Bernard retrocediera hasta quedar protegido contra un peñasco de granito para que no pudieran ponerse detrás de mí. Si tenía suerte podía matar a la mitad sin siquiera transpirar; si no la tenía me harían pedazos. Había aprendido que la suerte importaba tanto como la habilidad en este sórdido juego de muerte.

—Mis asuntos involucran a tu señor—, dije luego de un rato. —Tengo un mensaje para él.

El cáteran líder sonrió curvando sus labios como un perro rabioso y lo dejé que disfrutara esos pocos momentos de gloria. —Dame el mensaje; se lo llevaré.

—No lo harás—, dije. Todo fronterizo que se precie puede usar una lanza con cualquier mano y si no puede atravesar un pez en el río, sus compañeros lo tratarán con desdén. Yo no era la excepción y el cáteran lo descubrió cuando le atravesé el muslo.

Su grito contenía tanto sorpresa como dolor, pero su herida actuó como un ejemplo para los demás, quienes retrocedieron velozmente.

—Voy a decirles esto a todos, con la esperanza de que su inteligencia combinada sea suficiente para que el mensaje llegue sin problemas. Mi nombre es Fergus Scott de Eildon y Liddesdale, y quiero ver a Alistair Mor—. Esperé unos momentos para asegurarme de que todos habían entendido. —Pero quiero verlo a solas, sin su bruja mascota y sin su guardia personal—. Miré a los rostros predadores a mi alrededor esperando alguna reacción. Uno o dos asintieron, lo cual era una señal suficiente. —Díganle que quiero hacer un trato con él: le regresaré su Libro de la Tierra Oscura si acepta compartir su poder conmigo. Díganle que habla Ill Will Armstrong tanto como Fergus Scott: él lo entenderá.

Se miraron entre ellos y al hombre que yacía gimiendo y retorciéndose en el suelo. Podía ver que ninguno deseaba llevarle mi mensaje a Alistair, pero no me importaba. —Váyanse ahora.

—Alistair no estará contento—, dijo otro cáteran.

—Díganle que estaré en la cima de Carn nan Dun al mediodía, una semana a partir de hoy, para escuchar su respuesta—. Eso debería darnos tiempo para prepararnos. —Lo veré llegar y más le vale que esté solo. ¡Ahora vayan!

La imagen llegó tan inesperada e inoportunamente como siempre. Estaba sentado sobre Bernard, la mitad del páramo de Dava se extendía frente a mí y veía que Alistair se acercaba. Estaba solo y yo tenía mi lanza

en una mano. Al acercarse, la oscuridad descendió, luego me vi a mí mismo arremeter con la lanza y entonces no vi nada más, excepto por un ave volando sobre nuestras cabezas. Mientras la miraba, estaba cambiaba de color; de negro a escarlata y luego a un brillante blanco como nunca había visto.

La visión se desvaneció y me encontraba solo en la cima del paso de Drumochter mientras los cáterans se retiraban llevando al herido con ellos y lanzándome miradas venenosas.

—No creo que debas ir, Fergus Scott—, dijo Seonaid exaltada. —No puedes engañar a Alistair Mor; es el maestro del engaño, las mentiras y la traición. Así es como trabaja, él y esa bruja que tiene.

—Soy un fronterizo—, respondí con suavidad, ya que estaba bastante seguro de mis arreglos para ese encuentro. —Y también tengo algunos trucos bajo la manga.

—Entonces llévatela para que te haga compañía—, dijo de forma cortante, —porque no voy a cabalgar por propia voluntad hacia la muerte.

—La muerte estará allí—, le dije, —pero envolverá con sus negras alas a Alistair Mor.

Se dio la vuelta para alejarse de mí y supe por la posición espalda que no hablaría más del tema. Hace unos pocos días eramos un fuerte trío que se enfrentaría a Alistair Mor y ahora todo dependía de mí. Entonces que así sea; Albany me había enviado al norte para cumplir con esta tarea y la completaría yo mismo. Silbando por pensar en que entendía la naturaleza de la bestia a la que me oponía, afilaba mi espada fronteriza con una piedra. Alistair podría ser el maestro de la traición, pero nosotros, los fronterizos, entendíamos la naturaleza de la guerra y las embestidas mejor que cualquier hombre con vida. Tenía toda la confianza de que podía ser más listo que él y sus trampas, y si culminaba en una pelea, pues bien, había demostrado que era un guerrero y era mucho más joven que Alistair Mor de Badenoch.

También tenía una ventaja muy grande: poseía el Libro de la Tierra Oscura y él no.

—Ese es mi niño, mi dulce, dulce niño—. Las palabras envolvieron mi corazón, recordé la ternura de su acogida y le sonreí a mi amante. —Así se hace, Ill Will Armstrong.

CAPÍTULO QUINCE

Había elegido el mediodía para encontrarme con Alistair porque quería que el sol estuviese en su cenit y que así no hubiese oscuridad que pudiera ocultar a los cáterans en la ladera. Había estipulado que vendría solo, sin su guardia personal, y esperaba que su deseo de volver a tener el Libro opacara su prudencia natural.

Seonaid me había dado la espalda a propósito cuando salí de esa cueva impecable, pero podía sentir su preocupación al montarme sobre Bernard, coger el Libro de la Tierra Oscura y comenzar la cabalgata de diez millas hacia Carn Nan Dun, el cual estaba exactamente en el límite entre el páramo de Dava y las montañas Monadhliath. Esperaba que no me estuviera observando cuando desmonté luego de dos millas y lo escondí. Sentía la seguridad de que podía matar a Alistair en una pelea justa, pero no era lo suficientemente tonto como para entregarle un premio tan valioso. Si aparecía con una escolta, lo que sospechaba que haría, entonces aún tendría un as bajo la manga; mi muerte no lo beneficiaría en mucho y el Libro se quedaría en el páramo por siempre. Me apenaba la niña sacrificada, ya que sabía que la estaría condenando a un infierno de tormentos inimaginables, pero la alternativa era mucho peor. El futuro de la nación estaba en juego y tal vez las almas de medio millón de personas.

—*¡Fergus! ¡Vigila la luna!*

No había luna durante el día, de modo que ignoré esa persistente advertencia mientras lo escondía bajo una roca en un otero prominente, una pequeña colina que sobresalía en el páramo. Di un paso atrás y me aseguré de poder reconocer el lugar: tres pinos silvestres sobre un montón de peñas redondeadas y un arroyo turbio que parecía reírse ante el creciente amanecer. Era un lugar tan bueno como cualquiera para uno de los libros más diabólicos que uno pudiera imaginar, sin embargo por alguna razón le di unos golpecitos a la piel humano antes de cubrirlo de brezo.

—Buena suerte, mi joven amiga. Si todo sale bien, tal vez aún pueda ayudarte.

El alba fresca limpiaba el cielo del este mientras atravesaba el páramo a un medio trote, y revisaba cada árbol y matorral prominente en busca de cáterans. No tenía razones para confiar en Alistair y no deseaba terminar contra el borde filoso de un puñal. Siempre y cuando tuviese el Libro, Alistair no me mandaría a matar, pero el

golpe astuto de uno de sus filos podría dejarme incapacitado en el páramo. La idea era escalofriante, ya que si quedaba indefenso Aela podría usar su magia o me torturaría, y ningún hombre puede soportar ambas cosas por mucho tiempo.

Frente a mí yacía la colina de Carn Nan Dun, el brezo duro se extendía hacia arriba, hasta un terraplén estropeado de rocas irregulares. Hace mucho, los antiguos tenían una fortificación, o "dun", aquí arriba, y los restos yacían como los recuerdos silenciosos de su gente vetusta y desaparecida. Subí eligiendo con mucho cuidado mi camino y con recelo, en caso de que hubiesen hombres ocultos, pero las cuestas estaban vacías, excepto por una única liebre que me esquivó y saltó frente a mí, mientras sus orejas con puntas negras parecían saludar la creciente luz. En alguna parte sobre mi cabeza, un gavilán plañía y su llamado parecía una mofa de los horrores que Alistair esperaba desatar sobre los habitantes de esta tierra.

Los muros del fuerte había colapsado hacía mucho tiempo, pero quedaban algunas rocas aisladas; algunas apuntaban hacia abajo para prevenir los ataques de las caballerías, otras formaban un óvalo defensivo, y la sección más elevada de Carn Nan Dun tenía pastos cortos que el viento había aplastado alrededor de un túmulo central de piedras apiladas. Esa era la característica que le daba su nombre a la colina: era la tumba de algún héroe pasado, cuyas hazañas se había olvidado pero que permanecían en el canto del viento. Había mucha tristeza aquí; era el recordatorio de la poca importancia de los esfuerzos del hombre contra el paso del tiempo, pero también se sentía la desalentadora continuidad. Era apropiado que lo que esperaba que fuera la última batalla de Alistair sucediera en un lugar tan antiguo. Moriría y sería olvidado, como la gente que había construido esta fortaleza.

Bernard jadeaba cuando llegó a la cima, ya que era una subida muy larga para un caballo pequeño, entonces desmonté, le di un puñado de avena como recompensa e investigué el páramo que se extendía hacia el este.

Estaba vacío. Salvo por una liebre solitaria, no podía ver nada con vida en todo ese vasto lugar; ni un ave, ni una bestia, ni un ser humano. Estaba solo en este mundo y ni un solo sonido rompía la quietud que le seguía al amanecer. Incluso los pájaros no se movían, por lo que cada movimiento que hacía parecía hacer eco en el luminoso vacío del cielo. Observaba el reflejo de la luz del sol que enrojecía el horizonte del este y luego el gran orbe rojo apareció, parte por parte, mientras comenzaba su lento movimiento hacia el cenit de mediodía.

En el oeste se extendían las poderosas montañas Monadhliath, una

gris hilera tras otra que seguían sin fin hasta el horizonte. En alguna parte por allí estaba el lago Ness, el de la bestia, y más allá, pasando el páramo de Glen, se encontraba el Gran Glen que dividía Escocia, en donde había tierras y personas incluso más salvajes. No sabía nada sobre ellos y luego de mis experiencias en Badenoch, quería saber menos aún. De ahora en más solo quería mi Frontera y estaría agradecido de que solo debiera temerle a los Percy.

Y estaba asustado. Probablemente más de lo que jamás había estado en mi vida, a pesar de que apenas podía admitirlo y nunca habría dejado que Seonaid se enterase. Para el final del día terminaría victorioso, muerto o como un esclavo afligido. O mataba a Alistair o el me mataría a mí, y si sucedía lo segundo, rogaba que lo hiciera rápido. Mi peor miedo, más atemorizante que la muerte, era ser capturado y perder mi alma. Respiré profundamente, desenvainé mi espada y probé su filo con mi pulgar; era lo suficientemente filoso como para cortar seda, pero ¿podría tener la habilidad suficiente para matar al señor de Badenoch?

Tenía dos lanzas, ambas estaban afiladas y equilibradas casi a la perfección, y llevaba la temible claymore de Peallaidh como reserva. Estaba en posición, aguardando y listo; el Libro de la Tierra Oscura estaba oculto. Alistair o sus seguidores no podrían acercarse sin ser vistos y era pleno día. No podía hacer más.

—Dos orbes, Fergus; ¡dos orbes y uno te traicionará!

Otra vez esa advertencia, esas mismas palabras repetidas que tenían tan poco sentido ahora como cuando las había escuchando antes de la batalla en Otterburn. ¿Cuáles orbes? ¿Cómo podía traicionarme un orbe?

—¡Vigila la luna!

Era una frase sin sentido: no había luna durante el día. Aparté las palabras, me senté sobre una de las piedras más sobresalientes de la muralla defensiva y esperé afilando mi espada en silencio.

El sol subió lentamente hasta llegar a la media mañana y el páramo seguía vacío. Observaba, paseando mi mirada lentamente pero concentrado en la dirección de Lochindorb, pero no había movimientos, ni polvo que delatara el paso de cascos, ni sonidos traídos hacia el aire tranquilo de la montaña. Tuve la sospecha de que Alistair se acercaría por detrás para tomarme por sorpresa, por lo que me volteaba constantemente y revisaba la posición de cada arbusto, de cada roca y de cada árbol azotado por el viento. Me negaba a ser engañado por sus trampas.

—*¡Fergus!*— La voz regresó, insistiendo con desesperación, —*¡vigila la luna!*

¿La luna? Había luz plena y el sol se hacía más fuerte. No se vería la luna al menos por unas doce horas. Así que otra vez aparté la

advertencia, pero regresó empujando mis pensamientos y fastidiando mi mente.

—*¡Fergus! ¡Vigila la luna!*

Suspiré; ya había escuchado esas palabras antes de forma seguida y nada había surgido, por lo que ahora me encogí de hombros y volví a seguir vigilando. Casi era mediodía; el sol me azotaba como el martillo de un herrero sobre un yunque por lo que casi sentía que languidecía, pero estaba agradecido de no llevar mi armadura puesta. Por un minuto sentí pena por los antiguos cruzados que peleaban en la Tierra Sagrada con cotas de malla bajo el despiadado sol del desierto, y entonces sentí la sombra.

¿Se puede sentir una sombra? Si: era como algo que nunca había experimentado, una vacilación del sol, una bajada de temperatura singular, y entonces vi que una oscura franja comenzaba a cruzar el cielo. Miré hacia arriba, protegiendo mi mirada del brillo del sol con mis dedos, y maldije con fuerza.

Había una sombra definida atravesando el sol. Era un eclipse, cuando el paso de la luna bloquea la luz del sol y el mundo entero se sumerge en la oscuridad. No sé por qué ocurren estas cosas, pero lo hacían, y ahora era una víctima de este formidable acto de la naturaleza o de la terrible muestra del poder de Aela.

—*¡Fergus! ¡La luna! ¡El orbe te está traicionando!*

Me estremecí al entender finalmente la repetida advertencia. Había precisado que nos encontraríamos al mediodía, el momento más brillante y seguro del día, para tener la ventaja de la luz y la visión, pero ahora ese benefició estaba desapareciendo con rapidez. La luna, la diosa a quien Alistair le había ofrecido el sacrificio de la niña en el Círculo del Druida, se había levantado de su lugar y estaba bloqueando la luz. Ahora él tenía la ventaja; sabía exactamente en dónde estaba y en la oscuridad no podría verlo en absoluto.

Maldije vilmente mientras me movía de mi posición tan visible y busqué otro lugar en donde refugiarme. Aún así no pude evitar mirar con asombro cómo la luna lentamente se posaba frente al sol y la luz del día se convertía en la oscuridad de la noche.

—*¡Fergus! ¡Vigila la luna! ¡Es el primer orbe y te ha traicionado!*

Otra vez la voz me advertía y esta vez entendía, pero ya era muy tarde. Sentí el movimiento antes de verlo; algo subía rápidamente por la colina.

—¡Alistair Mor! ¿Eres tú?

—¿Quién más?— La respuesta sonaba alegre, era como la voz de un viejo camarada en lugar de la amenaza de un enemigo jurado. —Ven, Will, y podemos llegar a un arreglo. ¿Así que quieres poder?— Dio una carcajada tan jovial que me hizo sonreír, al recordar los emocionantes tiempos en el castillo Ruthven con mis compañeros

gallowglass. —¿Por qué simplemente no lo dijiste, mi amigo de la Frontera? Bebamos juntos y discutamos el asunto, y despídete de los malos recuerdos. Comencemos de nuevo, ¿sí?

Por provenir de la Frontera, mi visión en la noche siempre ha sido buena y podía verlo ahora mientras cabalgaba con más lentitud de la que esperaba sobre su caballo de guerra negro casi invisible, aunque se estaba esforzando más de la cuenta en la cuesta, casi como lo había planeado. Solo la oscuridad había arruinado mi idea. Monté rápidamente a Bernard y cabalgué hacia él mientras con un movimiento rápido despreocupado tomé la primera lanza y la balanceé con facilidad en mi mano. Casi a unas cien yardas bajando la colina me detuve, echando vistazos a la oscuridad en caso de que hubiesen otros presentes, pero solo podía ver a Alistair. Apunté la lanza para que su punta estuviera al nivel de su pecho.

—Ahí está bien, Alistair Mor.

Detuvo a su caballo sin vacilar. —Vamos, Will; eso es difícilmente un acto amistoso de un viejo camarada a otro. Will, Will, hemos peleado lado a lado, estoy seguro de que significa algo. Hablemos, ¿sí? Puedo concederte un título propio; tierras, mujeres, poder, Will. ¿Qué dices, eh?— Su voz retumbaba en la oscuridad, intensa como un festín de Yule y tan confiable como un sacerdote deshonrado.

Ahora era mi momento. Lo tenía a punta de lanza, a unas pocas yardas abajo pero a una distancia a la que tenía un lanzamiento fácil. La última vez tenía un arco para niños y flechas débiles, pero ahora portaba una lanza de nueve pies, un arma que me era familiar desde mi sexto cumpleaños. Todo lo que tenía que hacer era lanzarla a su garganta y estaría muerto. Tensé mis músculos, me preparé para lanzarla y entonces apareció la guardia.

Hasta ese punto había hecho todo bien; había elegido un lugar alto con buena visibilidad a la redonda, había esperado a que Alistair viniera hacia mí y había hecho que se cansara subiendo la colina. Pero no esperaba un eclipse y aún no entendía lo peligrosa que era la guardia.

Debieron haber cabalgado usando su oscuridad como una capa mientras Alistair me frenaba con sus promesas y su discurso grandilocuente. Pero ahora toda la docena estaba aquí, acechando en la oscuridad que me rodeaba con sus espadas o mazas en alto y sus rostros todavía ocultos detrás de viseras cerradas.

—¡Rompiste tu palabra!— Exclamé al ver el resplandor blanco de su sonrisa en la oscuridad. —¡Te dije que vengas solo!

—Oh, Will, Will, vamos. No viniste para intercambiar el Libro por una parcela de tierras, viniste para asesinarme, así que no deberías quejarte si traje a algunos amigos para protegerme.

Grité por la frustración, levanté mi lanza y se la lancé lo más fuerte

que pude, pero el guardia más cercano apenas se inclinó a un lado y la detuvo en el aire como si hubiese sido un trozo de pasto flotante.

—Ahora tráemelo—, me ordenó. En ese instante su voz cambió de aparentar una encantadora amistad a ser totalmente autoritaria. Desenvainé mi espada y le di un golpe limpio al guardia mientras se acercaba, pero el filo no lo afectó, como si estuviese hecho de papel, lo cual podía ser cierto por el uso que podía darle. Dos de esas criaturas de armaduras negras me levantaron de Bernard y nos inspeccionaron a ambos, hurgando cada orificio con esos guanteletes de acero sin piedad ni brutalidad. Me dejaron aturdido, arrodillado y con las manos contra el suelo, con mi vestimenta hecha pedazos y el sabor de la sangre y la violación en mi boca.

—¿Nada, eh? No pensaba que serías lo suficientemente estúpido como para traerlo contigo—. Desmontó, se acercó a mí y me pateó con desinterés. —Ahórranos el trabajo, Will, y dime exactamente en dónde está.

No dije nada pero la agonía de la derrota sabía amarga en mi boca.

—Como desees—. Alistair elevó su voz una vez más. —¡Aela!

Apareció a su lado justo cuando la luna comenzaba a alejarse del sol y la luz del día volvía a filtrarse sobre el páramo.

—Hola William—, dijo, —pensé que podía traerte aquí. Planeamos esto juntos, Will; tú y yo. Planeamos una emboscada el día del eclipse, cuando nuestra luna cubriría tu sol—. Sonrió, puso una mano a cada lado de mi cara y me dio un beso largo y pausado, profiriendo pequeños gemidos cuando su lengua se encontraba con la sangre en mi boca.

Intenté liberarme y rechazarla, pero la guardia me sostenía con fuerza mientras ella presionaba su cuerpo contra mí.

—¡Oh, William; todavía te preocupas por mí!

Estaba dentro de mi cabeza, hurgando mi mente, explorando mis pensamientos y recuerdos y haciendo preguntas que no estaba dispuesto a responder.

—*¡Fergus!*— La niña del sacrificio estaba allí y languidecía ante este renovado ataque. —*Fergus; no te rindas. ¡Hay dos orbes, recuerda!*

Como siempre, sus palabras no significaron mucho para pelear contra esta maldad que invadía mi mente y me presionaba con imágenes vívidas de ella intercaladas con imágenes del Libro de la Tierra Oscura. Peleé contra su presencia, intenté bloquear sus intentos de hurgar mi mente con pensamientos sobre ríos y campos fértiles y las grandes abadías de la Frontera, hasta que mordió con fuerza mi labio.

Di un grito ahogado por el repentino dolor; mi resistencia colapsó por un momento y ella dio un grito triunfal.

—¡Lo veo! ¡Veo en dónde se esconde!

—¡No!— Dije e intenté bloquear mi mente de nuevo, pero sus palabras habían abierto la imagen y por una fracción de segundo le había revelado el lugar en donde lo había ocultado.

—Veo tres pinos silvestres sobre un montón de peñas redondeadas y un arroyo turbio en adelante—. Aela le comunicó exactamente lo que había visto.

—¡Búsquenlo!— Ordenó Alistair y mientras dos de los guardias seguían sujetándome, el resto se dispersó por el páramo en su búsqueda.

No había nada que pudiera hacer mientras los hombres de acero me tenían, por lo que los observé irse y sentí que toda esperanza desaparecía. Aela también lo sintió.

—Así es, Will. No es bueno luchar; solo acepta tu destino. Ahora eres mío; por siempre mío.

—Llevarán el Libro a Ruthven—, dijo Alistair con calma, —y nos encontraremos allí.

Ruthven. El castillo se erguía frente a nosotros como un monstruo de los cuentos antiguos; la maldad emanaba de sus viles muros. A pesar de que Lochindorb era el más impresionante de los dos, odiaba al castillo Ruthven con una pasión más profunda. Aquí había sido en donde me habían hechizado, aquí fue en donde perdí mi alma; aquí fue en donde perdí el respeto por mí mismo.

Me paré frente a su colina defensiva, sus muros parecían sólidos como el granito y la guarnición se veía eficiente y nefasta al abrir las enormes puertas tachonadas para permitirnos entrar. Algunos me miraban mientras cabalgaba con mis manos atadas detrás de la espalda y mis tobillos amarrados debajo de la panza de Bernard, pero nadie decía nada. ¿Por qué lo harían? Para ellos, yo era solo otro prisionero con el que Alistair Mor podría jugar y si alguna vez fui un miembro de los gallowglass, no era el asunto de nadie más que de Alistair.

En silencio, la guardia me desató y me arrastró hasta el gran salón en donde el hogar estaba vacío y abierto y la mesa ya tenía un banquete preparado.

—¿Ya puedo tenerlo?— Preguntó Aela, frotando sus manos sobre mi rostro y mi cuerpo. —Me gustaría jugar con él antes de comer.

—Aún no, hermosa mía—, Alistair le sonrió. —Más tarde; ahora disfruta de tus placeres.

—Oh, sí—. Esas manos maliciosas me acariciaban mientras Aela planeaba su entretenimiento. —Nos divertiremos tanto, Will. Tanto—. Se inclinó y volvió a besarme, pero en lugar de alejarme como ella esperaba, moví con fuerza mi cabeza hacia adelante y la golpeé en la frente. Raras veces he sentido tanta satisfacción por un golpe tan simple.

Se tambaleó hacia atrás pero me devolvió el golpe con entusiasmo, por lo que la guardia tuvo que levantarme y sostenerme mientras me pateaba, me abofeteaba y me daba puñetazos. La escupí con la esperanza de hacerla enfadar para que me matara y así evitar una vida de tormentos, pero Alistair la detuvo con un movimiento de su poderosa mano.

—Luego, Aela. Guarda algo para después.

Le escupí sangre mientras la guardia me colocaba en una silla de la cual me caí, apenas consciente y con sangre formando un charco a mis pies.

No oí a la guardia entrar hasta que ya estaban allí, los doce formaron un semicírculo alrededor del sillón de Alistair y mientras uno le entregaba el Libro de la Tierra Oscura, otro sujetaba un premio infinitamente peor.

—Ah, Bantreach uistean: la lamentable viuda de Hugh. ¡Otra vez!

Miré hacia arriba a través de un velo de sangre para ver a Seonaid luchando en los brazos de uno de la guardia y sentí que me enfermaba. Alistair había ganado; me había capturado, había recuperado el Libro y ahora tenía a Seonaid. La competencia había acabado y yo había perdido. En mi arrogancia y orgullo, había pensado en derrotar a esta criatura con mis propias manos pero él había ganado todo en una sola mañana de trabajo.

—¡Seonaid!

Cuando me miró solo había desesperación en su rostro y luego se volteó a otro lado.

El grito nos tomó a todos por sorpresa, —¡Alistair! ¡Se aproxima un ejército!

CAPÍTULO DIECISÉIS

—¿Un ejército?— Alistair la miró, —¿Qué clase de ejército?”

El cáteran que había traído la noticia colapsó y dejó un desastre de sudor en el suelo. Tenía sangre en el rostro y una herida abierta en su muslo. —Es Donald de las Islas, mi señor. ¡Está viniendo con todo su poder!

—¡MacDonald!— Alistair miró hacia arriba. —¿Viene en son de paz o de guerra?

—Viene a pelear, Alistair.

—Que así sea—, dijo Alistair negando con su cabeza. —Que así sea. Envíen las cruces ardientes y reúnan a los clanes de Badenoch. Quiero a cada hombre. Si alguno se rehúsa a venir, quemen la casa frente a él. Llamen a los gallowglass; que las guarniciones salgan de los castillos de Ruthven y Lochindorb—. Sus órdenes eran fuertes y claras; estaba nuevamente frente a un capitán de guerreros, un hombre que pelea en contiendas justas en lugar del asesino salvaje que había saqueado Forres y Elgin. Por primera vez casi sentí admiración, ya que solo un hombre valiente podría enfrentarse a MacDonald de las Islas.

—¿Qué tan lejos está?—, le preguntó al cáteran.

—A un día de marcha, Alistair; está al sur de Inverness.

—¡Un día! ¡Tan cerca!— Alistair golpeó su mano abierta con su puño. —¡Guardia! No corro peligro aquí, así que pelearán con el ejército—. Me sonrió mientras sus ojos bailaban con la alegría del combate inminente. —Podría dejarte con vida, fronterizo, para que veas cómo los pelean los verdaderos hombres de Badenoch.

Me encogí de hombros. Con el cuerpo magullado y el espíritu quebrado, no podía hacer mucho para ayudar a nadie. No sabía por qué MacDonald había decidido atacar a Alistair, pero deseaba que hubiese sido unos días antes. Como iba la cosa, la guardia simplemente caminaría por su ejército matando a voluntad y no habría armas mortales que pudieran matarlos; no podían perder.

—Espero que MacDonald te destruya, Alistair—, Seonaid luchaba contra el guardia que la sujetaba, pero Alistair solo se reía.

—Eso no puede pasar, Seonaid—. Se inclinó más cerca. —Quieres matarme con desesperación, ¿no es así, bella mía—” Su tono era burlón y, al acercarse, puso un grueso dedo bajo su mentón. “Sabías que ordené que mataran a tu esposo, ¿no? Se resistió a mis cáterans en Dunkeld, entonces ordené un ataque únicamente para él”.

Escuché y sentí el profundo dolor de Seonaid. Supuse que los hombres de Alistair habían matado a Hugh, pero ahora la estaba haciendo revivir la muerte de su esposo. Lo miró con una expresión contraída y con esos expresivos ojos mostrando su tristeza y melancolía.

—¿Crees que quiero matarte?—, dijo al fin. —He querido asesinarte desde hace años, Alistair, pero no ahora—. Lo miró a los ojos y nunca había visto una expresión de puro desprecio en el rostro de nadie. —Tu muerte no traerá a la vida a mi Hugh, Alistair, entonces, ¿cuál sería el punto? La venganza solo arruinaría el recuerdo de Hugh y me convertiría en alguien tan vengativo como tú, lo cual es algo que ninguna persona desearía jamás—. Negó con su cabeza y su expresión se borró. —No, Alistair: debería agradecerte, porque me revelaste lo mucho que Hugh significaba para mí y mis recuerdos son de su juventud, su fuerza y su vigor.

Se enderezó y le sonrió. —Me das pena Alistair, porque nunca experimentarás el amor de verdad, y te perdono, ya que es lo que Hugh hubiera querido que su esposa hiciera.

Alistair la miraba fijamente, sin palabras, y no puedo describir lo que sentí en ese momento. Sentía orgullo por ella y una tristeza más profunda de la que jamás había sentido; sentía que mi espíritu se levantaba al presenciar una bondad tan primordial y, detrás de todo eso, un sentido de triunfo. Sabía que, sin importar lo que Alistair hiciera, nunca podría derrotarla; su espíritu, su decencia tan profunda y su amor eran una fuerza más poderosa que cualquier maldad en él o en cualquier otra persona. Sentí una gran humildad por conocer a una mujer así, pero también un gran placer de venganza cuando vi que Alistair, el enorme, fuerte y salvaje asesino, miraba hacia abajo y luego hacia otro lado al no poder sostener su mirada.

—Te unirás a tu amigo—, dijo Alistair. —Y tú, Aela, ¡ahora tienes dos nuevos juguetes para divertirte!

El grito de placer de Aela me dio un último arrebato de energía. A pesar del dolor de los moretones y cortes, salté de mi asiento y me lancé contra Alistair, pero cuando la guardia comenzó a acercarse hice un ligero cambio de dirección. Recordé cuan poderosa había sido la fuerza del Libro abierto incluso cuando estaba en el piso de abajo, por lo que ahora abrí sus páginas y me agaché antes de la explosión.

Lo que emergió no fue solo un poder metafísico. Era algo como una luz oscura, si es que tal concepto es posible. Una explosión de calor tiró a todos en el gran salón al suelo, volteó la mesa y los bancos y volvió a encender las brasas apagadas del fuego por lo que comenzó a rugir como un gran oso atrapado en un pozo.

Esperaba que se hiciera un alboroto, pero nada como eso. La explosión me tiró al suelo y me hizo rodar sobre el piso de piedra,

jadeando y maldiciendo, hasta que vi que las armas también se habían caído de la pared y repiqueteaban por el suelo como cáscaras en la lata de un molinero.

Tomé una claymore, me ayudé a levantarme y miré a mi alrededor, hacia el caos que había ocasionado.

—¡Alistair! ¡Alistair Mor! ¿En dónde estás? ¡Ven y enfréntame como un hombre en lugar de esconderte detrás de tu bruja!

—¡Aquí, Fergus!

Era enorme, un hombre impresionante lleno de músculos y poder, quien me observaba del otro lado del desastre en esa habitación hecha añicos. El Libro expulsaba una tormenta ardiente y la guardia no se veía por ningún lado. Tenía la claymore desnuda en su mano, cinco pies de acero azul en manos de un experto: lo miré y me pregunté si alguna vez podría vencer al campeón que había dominado media Escocia.

—¡Ven aquí y muere, fronterizo traidor!

—¡Tú y yo, Alistair Mor! ¡Uno de nosotros morirá este día!

El ave negra de la muerte se cernía sobre nosotros con su pico abierto y sus garras brillaban con el reflejo del fuego.

Blandí mi espada con fuerza e intenté degollarlo antes de que estuviera listo para pelear, pero me bloqueó con un golpe hacia arriba y nuestras espadas se encontraron en un estrépito de acero que retumbó en la habitación, la cual aún era azotada por los terribles vientos del Libro.

—¡Eres demasiado débil, Fergus! ¡No tienes la fuerza para derrotarme!

—¡Por Bellendaine!

Esquivé su golpe y retrocedí cuando comenzó a avanzar hasta que una pared de piedra me detuvo. Arremetió una vez más, su enorme barba negra se extendía hasta la mitad de su pecho y sus ojos ardían como carbones en llamas.

—¡Muere, Fergus! ¡Muere!

Lo bloqueé con mucho esfuerzo, sentía la presión de cada golpe, pero entonces vi que algo salía del Libro y se metía en él. No era algo de la oscuro, sino más bien algo manchado, una masa sin forma que se fusionó con el cuerpo de Alistair por lo que parecía incluso más grande y se movía el doble de rápido.

Di un grito ahogado cuando blandió su claymore y chocó contra la mía con tal fuerza que me hizo tambalear. Su siguiente golpe llegó desde un ángulo diferente e hizo que me espada saliera volando y chocara contra la pared más lejana con un gran estrépito.

En silencio, dio un paso hacia adelante con la espada sobre su cabeza, buscando el equilibrio para dar el último golpe, pero entonces Seonaid intervino.

—¡Alistair!— gritó y cuando le dirigió la mirada de forma instintiva, ella me lanzó otra espada.

Supe en ese instante que era mi propia claymore, la que Peallaidh creó. El puño entraba en mi mano como un guante italiano, la espada tenía el balance perfecto que la hacía ligera y fácil de maniobrar, y detuve el golpe de Alistair sin esfuerzo.

—¡Fergus! ¡Úsanos!

Las palabras llegaron de la nada pero reconocí a la niña del sacrificio.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo usarlos?

—Déjame.

Sentí que se movía en mi mente y entonces sentí que ya no estaba a cargo de mi cuerpo. Había otros ahí; podía sentir a Peallaidh guiándome y la completa bondad leal de Seonaid parecía anclar todo.

Me enfrenté a su claymore y comencé a empujarlo, fuerza contra fuerza, músculo contra músculo, espada contra espada. La idea me llegó en un destello: no estaba peleando solo contra Alistair; yo solo era un recipiente para otros elementos. Era el catalizador, el foco de las fuerzas del bien; Peallaidh me daba la fuerza de la naturaleza, el poder de las plantas y el de la tierra y el de las cosas vivas; Seonaid era el amor, el amor puro e ilimitado de una mujer por su hombre, en la vida y en la muerte, y la niña, esa niña sacrificada, era la inocencia. Era la pureza; su sacrificio había sido necesario para traer el poder y ella era el puente entre el bien y el mal.

Juntos éramos poderosos, pero recordé esa masa deforme que había entrado en Alistair. Su fuerza también había incrementado, entonces estábamos igualados, Alistair y yo. No éramos solo nosotros, pues actuábamos como el vehículo para fuerzas más fundamentales, él por la maldad y yo, por alguna combinación de milagros, por el bien.

Peleamos sin parar, compitiendo con nuestras espadas y nuestros músculos, golpe tras golpe y corte tras corte; ninguno de los dos conseguía la ventaja y cada persona en la gran habitación nos observaba mientras ocupábamos su largo y ancho chocando nuestras enormes claymores, y las largas hojas de acero se retorcían y cantaban su aguda canción de violencia.

Luego de un rato nos separamos, ambos jadeando sin aliento y, si mis músculos dolían por el esfuerzo, mi espíritu brillaba como nunca.
—Puedo pelear todo el día y toda la noche, Alistair—, le advertí, —y el día siguiente.

—Y luego de eso te mataré, Fergus Scott—, se mofó Alistair, su barba era una mata negra y sus profundos ojos estaban muy abiertos y terribles.

Vino una vez más y lo enfrenté de nuevo; sentía el poder de la inocencia y el amor defendiéndome de su maldad y su odio, y sentía las profundidades de las naturaleza formando una barrera contra su

avaricia y su concupiscencia. Percibía leves imágenes de la gente a nuestro alrededor: Seonaid observaba mientras cubría su boca con una mano; Aela sonreía, esperando sangre y dolor; Lachlan me observaba con el interés de un compañero guerrero y la guardia formaba un círculo a nuestro alrededor sin poder intervenir por nuestra cercanía.

Una vez más, toda una vida o un segundo después, nos alejamos pero cuando la guardia se cerró, Alistair los despachó.

—Este debe ser mío—, dijo y reconocí que detrás de la maldad que lo poseía todavía había restos del caballero guerrero que alguna vez había sido.

—No tiene que terminar de esta forma, Alistair—, dije pero me dirigió una mirada de odio.

—No puedes ganar—, dijo.

—Tampoco tú—, le respondí. Podía sentir la combinación de las fuerzas elementales fluyendo en mi interior pero también estaba consciente de la respuesta de Alistair. La lujuria, la avaricia, la ira, el odio y los celos lo atravesaban. Sabía que habíamos llegado a un callejón sin salida; no podía haber un vencedor y este combate constante era más apropiado para la maldad que para la bondad.

—Podemos pelear por siempre—, dije y lo ataqué mientras pensaba en una respuesta.

—Fergus—, la voz infantil sonaba diminuta y cansada, como si estuviese sufriendo mucho dolor. *—No puedes pelear por siempre. No te beneficiará nada; pregúntale lo que más desea.*

—¿Por qué?— Dije esa frase en voz alta y Alistair rió.

—¿Por qué? ¿Por qué pelearé por siempre? ¡Para poder matarte, fronterizo!

—Solo pregúntale, Fergus; confía en mí.

Podía notar por su voz que la niña se estaba por agotar su fuerza, entonces hablé rápidamente.

—Alistair, no estamos yendo a ningún lado.

Dio un golpe salvaje contra mis piernas, me recuperé, amagó a mi garganta e intentó golpearme vilmente en la ingle. Bloqueé los tres golpes con la misma facilidad con la que él bloqueó el corte que lancé contra su cuello.

—¿Tienes miedo, Fergus Scott? ¿Te estas cansando, Ill Will Armstrong?

Sentí que Aela se arrastraba dentro de mi mente mientras respondía, —No lo estoy, pero podemos terminar con esto. Podemos hacer un acuerdo.

Su risa tenía tanta compasión como un gato jugando con un ratón. —¿Cómo podemos encontrar un acuerdo, Fergus? Quieres una cosa, yo busco lo contrario; no hay un término medio.

Pensé en lo que la niña había dicho. —¿Qué es lo que realmente

quieres, Alistair? Esta batalla durará por siempre y ninguno de los dos ganará. Dime lo que realmente deseas y podemos encontrar algo con lo que los dos podemos salir victoriosos.

—¡Todo!— Gritó Alistair. —¡Quiero todo y tú estás en mi camino, hombre muerto!

Esperé la ayuda de la niña, pero no llegó y emití un gemido. ¿Qué debía hacer ahora? La inspiración me llegó de la nada, pero no sabía si era Aela o la niña quien puso las palabras en mi boca. “Entonces pregúntale al Libro cómo conseguirlo. Él puede terminar con esto ahora, Alistair”.

No necesité escuchar la carcajada de Aela o el grito desesperado de *—¡Fergus! ¡No! No estoy lista—* de la niña para darme cuenta de que había cometido un error.

—¿Por qué no?— Rió. —Oh, Libro de la Tierra Oscura, ¿qué debo hacer para conseguir todo el poder de esta tierra?

Era una pregunta simple formulada con simpleza, pero el resultado alteró todo cuando la voz tranquila, tan sincera como la de cualquier abogado, se deslizó hacia la habitación como seda fina.

—Pues Alistair, mi sirviente y mi más querido amigo; todo lo que debes hacer es quitármelo.

Se hizo un silencio repentino en el gran salón. El fuego siguió resplandeciendo en el hogar, aunque las llamas estaban quietas y el humo formaba espirales sin moverse en su paso por la amplia chimenea. Los cáterans y los gallowglass seguían dispersos en sus diferentes posiciones, Seonaid y Aela continuaban mirándose con enemistad entre ellas, pero nadie podía hablar y nadie podía moverse. Era como si estuviésemos congelados en el tiempo, paralizados y adormecidos mientras el dueño de esa voz tan prístina salía de la nada y tomaba el control. Corrió nuestras armas a un lado con su dedo índice mientras movía su oscura y elegante cabeza.

Me quedé inmóvil, petrificado junto a una tronera mientras el recién llegado avanzaba hacia Alistair, y sus pies no hacían ni un sonido sobre el piso de piedra.

—Déjame hacer espacio, Alistair Mor—, dijo y en un instante todos los gallowglass y los cáterans y la guardia completa desapareció del lugar. Parado junto a la ventana, veía cómo los gallowglass y cáterans se caían y rodaban hacia afuera, maldiciendo y protestando, para luego levantarse y mirarse entre ellos. La guardia apareció como un cuerpo compacto e inmediatamente formaron un círculo mirando hacia afuera de forma defensiva.

—Más espacio—, dijo el recién llegado y todos los muebles y las armas aparecieron afuera, pero el Libro de la Tierra Oscura seguía allí, suspendido en medio del aire, sin mesas ni sillas, solo flotando, libre y maligno, a un brazo de distancia de la figura. De la población de

Ruthven solo quedaron Aela y Alistair, y nos observaban a Seonaid y a mí con ojos venenosos.

El recién llegado se acercó a Seonaid como si fuese algo curioso pero se detuvo a unos tres pies de distancia. “Eres una criatura extraña”, reflexionó inclinando su cabeza a un lado. —Una mujer completamente leal; no puedo tenerte—. Se alejó. —Debes proveer el balance—, dijo y se volvió hacia mi dirección.

Sentí algo frío dentro de mí. Había pensado que Alistair era malvado, pero solo era un bruto violento maldito con una profusión de ambición, energía y sangre real. Había pensado que Aela era malvada y estaba en lo correcto al pensarlo, pero ella era principalmente la personificación de la lujuria y el sadismo. Una combinación entre Alistair y Aela multiplicada por cien mil ni siquiera se acercaría a un décimo del completo y retorcido terror que percibía en esta criatura (nunca podría decir que era un humano) que nos acompañaba. Cuando volteó su cabeza de un lado a otro para examinarme, sentí como si me arrancaran la piel del cuerpo y entonces comenzó a caminar a mi alrededor mientras sus ojos infernales le sonreían vilmente a mi alma.

Por fuera se veía presentable, incluso atractivo; tenía una cara delicada, con características regulares, era alto y hablaba con facilidad, tenía una capa oscura suelta que barría el piso y su sonrisa podía ser más encantadora que la canción de un mirlo. Pero por dentro podía ver un atascadero de conflictos, un mar de engaños y caos, duda y confusión. Podía sentir todos los elementos conflictivos que creaban la miseria desalentadora y el dolor interminable.

—Dijiste que podría quitártelo—, Alistair no parecía estar asustado de esta criatura. Avanzó más cerca, sonriendo. —¿Qué tengo que hacer?

—Derrótame en un juego, Alistair, y te entregaré todo mi poder sobre Escocia. ¿Prefieres el ajedrez o las cartas?— La cosa dio una amplia sonrisa y produjo una mesa redonda negra y dos sillas acolchonadas de cuero. Podría jurar que las sillas se encogieron cuando los jugadores se sentaron.

—Hay más habilidad en el tablero que en la mesa. . .

—Entonces será el ajedrez, Alistair.

Un tablero de ajedrez apareció sobre la mesa, pero no se parecía a nada que hubiera visto antes. El tablero era rojo y negro; los cuadros rojos burbujeaban como la sangre caliente y los negros lanzaban humo como el carbón ardiente. Cada pieza era un individuo con rostros claramente definidos y atormentados y había una agonía desalentadora en sus ojos. Supe instintivamente que esas piezas estaban conscientes de quienes o de lo que eran; almas atrapadas en las garras del demonio, y mi corazón lloró por tanta miseria.

Podía sentir a Aela dentro de mi mente y su gozo al relamerse confirmaba mi odio hacia ella.

—*¡Lucha, Fergus! Todavía falta un orbe*—, la pequeña voz sonaba más vaga, como si su fuerza casi se hubiese extinguido y podía percibir el triunfo que sentía Aela. Mis esperanzas disminuyeron al ver el movimiento de Alistair cuando la criatura inmediatamente se comió un peón.

La pieza de ajedrez gritaba cuando la criatura la empujó hacia uno de los cuadros negros y una llama viva comenzaba a consumirla lentamente.

—Buena movida—, aprobó Alistair, pero su oponente solo sonrió.

Jugaron con lentitud, pensando cada movimiento y cada vez que sacaban una pieza, gritaba y se retorcía ya que estaba destinada a los desechos humeantes de los cuadros negros o se hundía en el gel sangriento de los rojos. Pero el juego continuaba con una lenta frustración, pieza tras pieza tras pieza y nada marcaba el paso del tiempo mientras permanecíamos congelados junto a la tronera.

La luz era permanentemente tenue, no era ni día ni noche, por lo que podían haber pasado cinco minutos o cinco días antes de escuchar el agudo desafío de las gaitas y vi al primer despliegue de batalla de Badenoch mientras se formaba afuera de los muros del castillo.

Me maravillé ante eso, ya que había supuesto que el miedo hacia Alistair era lo que hacía que los clanes de Badenoch se juntaran, pero ahora estaba presenciando algo más profundo que miedo. Lo que veía era lealtad: lealtad a una causa incluso cuando estaba mal y hacia un hombre, incluso cuando no se la merecía. Eran las costumbres gaélicas. Veía a los clanes juntarse como lo habían hecho antes del ataque en Moray, los mismos jefes y los mismos estandartes. Veía a los Mackintosh y a los MacPherson, a los Shaw y a los Davidson y a los feroces MacGillivray. Veía a los capitanes de los clanes y sus tenientes: los veía formar regimientos; los guerreros principales adelante y los sucios campesinos en la retaguardia, y al verlos mi corazón se emocionaba ante tanta valentía y lealtad.

Llegaron miles y los gallowglass se les unieron. Vi a todos los rostros familiares: Lachlan con su enorme tórax y al silencioso Kenneth, Duncan y su bigote y al tuerto Callum; eran hombres a quienes había llegado a conocer, a temer y a respetar. En cada flanco, como nubes de mosquitos o niños inquietos en un aula vespertina, estaban los cáterans. Había miles de ellos, más de los que jamás había visto, ya que Alistair había reunido a todos los malhechores y renegados a lo largo de Escocia y los había llamado a su servicio. Eran hombres malos, sin principios, despreocupados e inmorales; la basura de la basura y, en lugar de Alistair, la guardia los guiaba.

Doce caballeros con viseras cerradas y armaduras negras que no

podían ser penetradas por ninguna arma mortal lideraban una hueste con las personas más terribles del país. ¿Qué podría hacer Donald de las Islas contra ellos?

No lo sabía, pero me acongojé por el bienestar de Escocia, justo al momento en que Alistair dijo la palabra mortal.

—¡Jaque!

Sentí que la tensión aumentaba en la habitación mientras la criatura revisaba el tablero. —Así parece—, dijo con una voz que contenía más maldad que todo el ejército de Percy. Movió una pieza y escapó, pero ahora había una nueva tensión en el juego.

—Quiero que Escocia sea mía—, dijo Alistair Mor sonriendo.

—Y mi Amo quiere tu alma—, respondió la criatura.

Sentí el temblor en el suelo antes de escuchar el alboroto de afuera, pero supe antes de mirar que los isleños de Donald habían llegado. El ejército de Badenoch levantó sus armas hacia el cielo y las sacudió mientras coreaban una veintena de lemas que paraban los vellos de mi nunca. Era una cacofonía de sonidos muy mala y alocada, por un lado el clamor de cinco mil gargantas y por otro el estruendo alucinante de las gaitas. Luego todo se detuvo y la guardia comenzó a golpear sus espadas contra sus corazas de acero en un ritmo lento y monótono que sonaba como el palpitar del corazón de un gigante.

Entonces comenzaron a cantar ese lema ominoso que ya había oído.

—¡El lobo de Badenoch! ¡El lobo de Badenoch! ¡El lobo de Badenoch!

Sin detenerse, esas palabras eran una maldición que arruinaba esta bella provincia, se elevaban hasta el cielo y desafiaban la justicia y la bondad, y hasta el amor a Dios.

—¡El lobo de Badenoch! ¡El lobo de Badenoch! ¡El lobo de Badenoch!

Pero esta vez, hubo respuesta. Era un lema que no había escuchado antes pero que ahora viajaba por la llanura a las afueras de Ruthven y retornaba desde las Monadhliath, como si fuesen un objeto de granito y acero en lugar del mero sonido de palabras.

—¡Fraoch Eilean! ¡Fraoch Eilean!

Lo traduje con rapidez: “islas de brezo”, lo que difícilmente era un grito de guerra, pero aquel día sonaba como una sentencia de perdición, y vi a más de un hombre de Badenoch caer de rodillas. Incluso los reyes se cuidaban del clan Donald, pero ahora las Islas habían llegado a Ruthven y los cuervos se saciarían con la sangre y las entrañas de los muertos.

Cientos de aves negras de la muerte se cernían sobre ellos: no eran los cuervos asesinos, sino presagios de que la muerte estaba cerca.

—Jaque, Alistair—, se sentía el triunfo en el tono de la criatura y di un vistazo a mi alrededor, temeroso de lo que podría ver, pero el juego continuó cuando Alistair sacrificó a un obispo aterrorizado y la criatura lo condenó a un prolongado y ardiente final.

—Adoro quemar a un hombre religioso—, dijo pero luego blasfemó cuando Alistair movió a un caballero para amenazar a su reina.

—Juegas bien, Alistair Mor. Tal vez deba darte esta tierra como recompensa después de todo. Podrías hacer grandes cosas para mí.

El alboroto afuera aumentó sin previo aviso y cuando miré por la ventana, la batalla había comenzado. No parecía haber ninguna táctica, solo una confusión enorme de guerreros; espadas y targes, puñales y hachas subían y bajaban y caían sobre un montón de sangre y huesos astillados e intestinos arrancados y cuerpos desmembrados que hacían que cualquier noción de caballerosidad y gloria fuese un chiste. Las batallas son el trabajo de carniceros, pura y simplemente. Una neblina sangrienta se suspendía sobre el valiente despliegue de hombres.

En el medio del frente del ejército de MacDonald había un grupo de hombres bajo un enorme estandarte. Amarillo y blanco, contenía la imagen de la galera de un mástil de las Hébridas, y supe que Donald estaba allí. Era su estandarte personal y estaba liderando a sus hombres contra la maldad de Alistair y sus guerreros salvajes.

—¡Fraoch Eilean!

Su lema se repitió acompañado de las gaitas y el clan Donald arremetió una vez más. Los clanes de Badenoch flaquearon cuando los isleños comenzaron a presionarlos: el gran esfuerzo de estos hombres con cotas de malla y hachas los hacía retroceder, pero entonces la Guardia avanzó. Los hombres del clan Donald eran valientes y tan hábiles como cualquier otro guerrero que hubiese visto, pero ningún mortal podía enfrentarse a estos monstruos de acero que asesinaban sin compulsión y no podían salir heridos.

La matanza fue inmensa ya que los isleños no iban a retroceder. Siguieron peleando, gritando su lema, abalanzándose contra la Guardia, "otro por Donald", anunciaban, mientras la Guardia los destrozaba, "otro por Donald". Era un grito que nunca olvidaré, mientras los isleños luchaban la maldad con puro coraje. Sentían orgullo de morir al servicio de su jefe, pero esa siempre era la costumbre de los gaeles.

—¡Fergus! Puedo sentirlo. El orbe se aproxima. Si el clan Donald resiste, tienen una oportunidad.

—¿Qué orbe?— Pregunté, —¿qué es el orbe?

—Espera y lo verás. ¡Pero Fergus!— La voz de la niña se convirtió en un grito, —¡ayúdame!

Miré a mi alrededor; la criatura había parado el juego y me estaba

mirando fijamente con esos ojos infinitos. —Fergus Scott—, dijo y se levantó de la mesa. —¡Estás interfiriendo en mis asuntos!

Dio un paso hacia mí, sonrió, y colocó una delgada mano sobre el Libro que aún seguía abierto. En ese instante sentí una explosión de agonía dentro de mi mente y la niña comenzó a gritar sin parar y sin vergüenza. La figura de Aela se hacía más fuerte mientras se movía dentro de mí, libre de los límites que había construido.

—Eso te mantendrá ocupado—, dijo y regresó al tablero.

Aela dominaba mi cabeza; luchaba por tomar el control y yo me resistía, peleando con toda mi cordura por mi propia alma mientras los ejércitos afuera batallaban sin conocer el por qué. Podía sentir cómo mi resistencia se debilitaba en el momento en que veía a la Guardia asesinar con determinación entre los rangos de los MacDonald y se acercaba al estandarte amarillo y negro de la galera para asesinar a Donald. Y una vez que Donald hubiese muerto, Alistair tomaría el control de toda su hueste.

—Te tengo, Will—, dijo Aela y me sonrió. Sentía la atracción de su cuerpo y recordaba el deleite sensual de toda su hábil pasión, lo cual me debilitaba. ¿Por qué debería pelear, cuando podía ganar mucho más? ¿Qué podía perder más que mi preocupación, dudas y miedo?

—Así es, Will. Recuerdas como era. Podemos volver a estar juntos, tú y yo.

Sus palabras eran la miel de una colmena, tan seductoras y suaves como el beso de un amante, tan sutiles como las mentiras de un abogado; sentía lo que estaba aceptando y me acerqué para lamer esa dulzura. ¿Para qué quiero ser Fergus cuando puedo ser Will? ¿Para qué quiero la rectitud devota de Seonaid cuando podía tener el cuerpo de Aela?

—¡No!— Sentí que Aela retrocedía. —¡No! ¡No puede ser!

Esa sensación desgarraba mi alma; no sentía dolor, sino algo más profundo, por lo que no podía gritar pero en su lugar permanecí aturdido con la boca abierta. Nunca podría describir ese sentimiento, pero era como si dos mundos compitieran dentro de mí y yo solo fuese un recipiente vacío.

—¡Sí! ¡Al fin, el orbe!— La voz de la niña retumbó, más fuerte de lo que había sido en mucho tiempo. —¡El Clach Bhuai!

Era cómo un bálsamo que me aliviaba, que curaba las rajaduras en mi cabeza, y entonces volví a escuchar a Peallaidh.

—¡Fergus! ¡Toma mi fuerza! ¡Usa el orbe, usa el Clach Bhuai!

Su voz hacía eco en mi mente y se sentía más poderosa que nunca, entonces, una nueva energía entró a mi cuerpo. Respiré hondo y sentí cómo se retorcía Aela. —Sal de mi cabeza—, dije y ella se encogió frente a mí.

Afuera, la batalla continuaba con una nueva intensidad y los lemas se elevaron hasta llegar a la ventana.

—¡Fraoch Eilean! ¡Fraoch Eilean!

Miré hacia afuera y vi a Peallaidh. Desarmado y cubierto solo por su pelaje, se encontraba bajo el gran estandarte del clan Donald y sostenía algo en su mano. No podía verlo, pero su poder no se parecía a nada conocido. Supe por instinto que era el Clach Bhuai del que habían hablado, pero no se me ocurría cómo había logrado apoderarse de él.

No importaba. Peallaidh estaba al lado de un hombre alto con cabello cobrizo y largos bigotes, quien adiviné que era Donald de las Islas, y le entregó el Clach Bhuai, la Piedra de Poder, el orbe de cristal que le había pertenecido al druida supremo y que ahora era propiedad de Robert III, rey de Escocia.

Donald lo sostuvo en alto, y entonces recordé que él también tenía sangre real de los Stewarts por parte de su madre, además de la sangre de los Somerled, quienes descendían de un linaje de reyes muy antiguo. La Guardia se acercó a Donald abriendo su camino entre los valientes rangos de las islas cortando con sus espadas, pero una cosa extraña sucedió. Mientras Donald sostenía el orbe de cristal y pronunciaba unas palabras, la Guardia comenzó a tambalearse; luego hubo un destello de luz, como si algo hubiese salido de sus cuerpos. Fue entonces que los gallowglass que habían sobrevivido del clan Donald, hombres tan grandes y musculosos como Lachlan de Badenoch, comenzaron a avanzar.

Los siguientes enfrentamientos parecían suceder en cámara lenta solo para mí. Ese gallowglass debió haber notado que la Guardia había asesinado a todos los que se le enfrentaron; debió haber visto a sus compañeros ser asesinados en vano, pero aun así dio un paso al frente con tanta convicción como si tuviese la victoria asegurada. El Guardia intentó golpearlo con su espada larga, el gallowglass bloqueó el golpe con el mango de su hacha y entonces le lanzó un poderoso golpe a la cabeza.

Observé el movimiento de su hacha y esperaba verla rebotar contra su armadura, pero en su lugar le atinó; atravesó su yelmo de acero hasta partir en dos su cráneo y se incrustó en su cuerpo acorazado.

—¡Fraoch Eilean! ¡Fraoch Eilean!— Volvió a surgir el grito de guerra, agudo y triunfante, y los gallowglass del clan Donald dejaron sus puestos defensivos alrededor del jefe y arremetieron contra los nueve Guardias restantes.

El combate fue violento pero breve, ya que sus hachas se incrustaban en sus armaduras negras. Las cabezas, brazos y piernas volaban; incluso pude ver a uno cortado en dos. Todos yacían muertos y derrotados, y entonces los isleños arremetieron con un gran estrépito contra los hombres de Badenoch.

Esperaba una retirada, pero no sucedió. Seguía siendo un combate obstinado en el que ningún lado quería perder, envuelto en una neblina de sangre suspendida sobre los valientes de cada bando, en el que las aves de la muerte merodeaban y se precipitaban sobre ellos. . . Entonces la criatura rió.

—¡Jaque mate!

—¿Qué?— Alistair levantó la mirada con sorpresa y el mundo enteró cambió. Se escuchó el estruendo de una tormenta con truenos y rayos dentro de la habitación, y entonces vi que Seonaid intentaba alcanzarme con una mano abierta y con brillo en sus ojos. La niña en mi cabeza lloraba y Aela se encogía en un rincón, y entonces todo se volvió negro y no supe más.

CAPÍTULO DIECISIETE

—Hay alguien que desea verte, Fergus—. Miré hacia arriba para encontrarme con los amigables ojos amarillos de Peallaidh y me pregunté qué había pasado. Sentía una gran paz interior ya que no había más voces en mi mente, solo la mía. —Pero tómate tu tiempo; solo es el hombre más poderoso en Escocia.

—Puede esperar—. No tenía deseos de encontrarme con Albany o nadie más, hasta que entendí exactamente lo que había sucedido en esta habitación. Seonaid yacía de espaldas, tenía un brazo estirado y estaba tomando la mano de un atractivo joven; miré a Peallaidh, quien asintió.

—Es su esposo—, dijo. —Se lo han regresado.

—¿Regresado? ¿Con qué poder?— No estaba seguro de cómo me sentía; hubo muchos momentos en los que me hubiera gustado que fuese mía, pero sabía que solo estaba siendo egoísta. Era la esposa de Hugh y así se suponía que fuese.

Peallaidh se encogió de hombros. —No estoy al tanto.

Una niña yacía a un lado de Seonaid, entonces tomé un tartán del suelo y cubrí su desnudez. Ella me sonrió. —¿Eres Fergus?

—Así es—, dije.

—Tuve un sueño sobre ti—, me dijo y solo entonces me di cuenta de que era la niña a quien habían sacrificado. Estaba viva, sana y sin miedo. —¿Qué sucedió?

—Alguien te trajo hasta mí—, dije. —Ahora duerme.

—Soy Krista—, dijo simplemente, —pero no estoy cansada.

Me arrodillé frente a ella. —Eres la más valiente de todos, Krista, y has hecho grandes cosas—. Doblé el tartán bajo su mentón y sonreí cuando rió,—y tienes una larga y feliz vida por delante.

El cuerpo de Alistair yacía solo, y apenas pude reconocer al hombre alto y poderoso que se encontraba muerto sin un rasguño, solo con terror en sus ojos. Había un cuerpo más en esa habitación, pero yacía contra la pared. Aela era tan hermosa como la recordaba e incluso en la muerte era atractiva. La miré y solo pude sentir pena. —Ahora estás con tus dos amos—, dije, —y ese es el final.

—Vamos, Fergus—, Peallaidh estiró una pata peluda y lo seguí afuera. Los cuerpos formaban una alta pila, pero los hombres de Badenoch y de las Islas reían juntos, compartían quaichs de whisky y se contaban historias de sus hazañas.

—Por aquí—, me guió hasta el estandarte amarillo y blanco que

había visto desde la ventana, en donde la figura alta de Donald de las Islas me esperaba pacientemente.

—¿Eres Fergus Scott de Eildon!?— Su voz era suave y musical y sus ojos alertas. Al verlo, pensé que podría ser un mejor rey que cualquier otro en Escocia, y deseé que fuese él quien estuviera en el trono.

—Lo soy—, asentí y me incliné en un gesto que era más genuino de lo que normalmente era.

—Soy MacDonald—, dijo con simpleza, y sentí que había más orgullo en esas dos palabras que en la mayor parte del resto de la nación.

—Nos salvaste a todos—, le dije. —¿Pero por qué viniste?— No quería creer que había venido en son de guerra, pero ¿por qué otra razón habría traído su ejército?

—MacGregor me contó sobre los planes de Alistair—, dijo y entonces lo vi, mi antiguo compañero de celda estaba detrás.

MacGregor me sonrió como si fuese perfectamente normal estar sentado a la sombra del jefe más grande de la Gaeltachd y el hombre más poderoso de la nación.

—Pensé que estabas muerto. ¿Cómo escapaste?— Pregunté y se encogió de hombros.

—Soy un MacGregor—, dijo aquél divertido hombre, —y no existe calabozo ni prisión que pueda encerrarme por mucho tiempo.

Cerré la boca. Había pensado que era ingenioso por haber podido escapar de Lochindorb, pero no había pensado que otros también lo habían hecho. Me reí y le pregunté mi última duda.

—¿Qué ocurrió aquí?

Como forma de respuesta, MacDonald me mostró una bola de cristal del tamaño de un puño. —Ésto ocurrió. Es el Clach Bhuai, la Piedra de Poder; Peallaidh la tomó del cetro real para dármela a mí o a MacGregor.

Miré a MacGregor, quien sonreía. —Mi raza es real—, me dijo, —y el orbe solo funciona con quien tenga sangre verdadera de reyes de Escocia. No le sirve a Robert Stewart, como bien lo sabe el uruisg.

Peallaidh dio una profunda carcajada en mi mente y escuché su historia. Lo había enviado en busca de un ejército real y me había traído uno. Había recorrido medio Escocia en busca de Albany o su hermano, el rey Robert III, pero ninguno se encontraba en Edinburgh, por lo que se introdujo en el castillo, sacó el Clach Bhuai de su posición en la punta del cetro real y fue en busca de MacDonald, en cuyas venas fluía la sangre de un antiguo linaje de reyes. Llegó a Ruthven cuando los dos ejércitos se encontraron y le entregó el orbe a MacDonald. Su poder despojó a la Guardia de su inmortalidad y, una vez que se convirtieron en caballeros ordinarios, los gallowglass de las

Islas dispusieron de ellos sin mucha dificultad. Sin más Guardias y con Alistair devuelto al infierno en donde pertenecía, el hechizo sobre Badenoch se desvaneció y no hubo más necesidad de pelear.

—Es muy simple, en realidad—, dijo MacGregor y no pude negarlo.

—Se necesitaba de todos nosotros para derrotar la maldad de Alistair— dijo Peallaidh, —el poder de la naturaleza, de la inocencia, del amor, pero tú eras el conducto, Fergus.

Asentí. Era hora de regresar a mi torre de Eildon.

Nos detuvimos en las afueras de esa casa familiar al lado del río Braan y esperamos a que el polvo desapareciera.

—Bien, Seonaid—, dije, —tú y Hugh. Aquí es donde nos separamos.

Me sonrieron como uno solo y sentí envidia de su amor. —Compórtate, Fergus—, dijo Seonaid, —y tengan cuidado.

Asentí. —Lo tendremos, pero con estos dos de compañía, no espero que la vida siga siendo tranquila—. Señalé con mi pulgar detrás de mí. Lachlan estaba sentado sobre un corcel que alguna vez adornó los establos de Alistair, ya que no tenía razones para permanecer en Badenoch y le dije que siempre habría peleas y gloria a lo largo de la frontera inglesa. A su derecha, con una postura elegante y una tímida sonrisa en su rostro, Krista esperaba con la paciencia que solo las mujeres de las Highlands tienen. Desde que la había encontrado con vida en Ruthven, se había pegado a mí como un niño recién nacido, por lo que vendría a casa conmigo, aunque solo Dios sabe qué haría con ella.

Sonreí. No me importaba. Sería bienvenida en Eildon.

Podía ver adelante a Peallaidh, quien regresaba a su cascada, y sabía que estaría allí si alguna vez volvía a necesitarlo. Me aseguré de que el Clach Bhuai estuviese a salvo para regresárselo a Albany y espoleé a Bernard con suavidad.

—Vamos, Bernard; vamos a casa.

Nota del Autor

A pesar de que esta historia es obviamente fantasía, en parte está basada en algo real. *Alisdair Mor Mac an Righ*, el Gran Alisdair, hijo del rey, sí existió y se lo conoció como el lobo de Badenoch o, menos colorido, como el Gran Alexander. Desde el 30 de marzo de 1371 fue el señor de Badenoch, esa hermosa región de colinas y valles al sur de Moray en Escocia, y desde esas tierras extendió su control sobre gran parte del norte de Escocia.

Cuando su medio hermano, el rey Robert II, lo nombró conde de Buchan, Alistair se convirtió en el hombre más poderoso del norte de Escocia excepto, tal vez, por el señor de las Islas, pero por su forma de gobernar era sin dudas el más temido.

En junio de 1382 se casó con Euphemia, condesa de Ross, quien desafortunadamente no pudo darle un legítimo heredero. Buscó consuelo con un gran número de otras mujeres y engendró un estimado de cuarenta hijos. Cuando despachó a su esposa para poder vivir con su amante principal, posiblemente Mairead Inghan Eachann, Euphemia recurrió a Alexander Burr, el obispo de Moray, para pedirle ayuda. El obispo no estaba nada contento con su concepto de gobernar a fuerza de fuego, espada y cáterans, y rápidamente lo excomulgó. Luego de un periodo de reconciliación y arrepentimiento, Alistair llevó a sus cáterans a Moray y quemó los pueblos de Forres y Elgin, además de la abadía de Pluscarden.

Puede haber algo de verdad en los rumores que sugerían que Alistair estaba inmerso en las artes oscuras o tal vez eran mentiras que había difundido el obispo Burr, pero las historias eran atemorizantes. Afirmaban que Alistair le había vendido su alma al diablo por medio de un ritual oscuro. Aseguraban que él y sus cáterans bebían sangre tras los muros del castillo Lochindorb, que había juntado a las *chailleachs,* las brujas de las Highlands, y había copiado sus hechizos para crear una copia del Libro de la Tierra Oscura con sus oscuros conocimientos prehistóricos. Las historias también afirmaban que Alistair presidía reuniones en un antiguo círculo de piedra y bebía la sangre de bebés.

Su muerte fue tan espectacular como su vida. Estaba en el castillo Ruthven cuando un hombre misterioso completamente vestido de negro, lo visitó. Jugaron ajedrez por horas hasta que el visitante dijo “jaque mate” y se desató una tormenta. Cuando los rayos y los relámpagos terminaron, Alistair y sus cáterans yacían muertos, como si un rayo los hubiese alcanzado. Fue enterrado unos pocos días después en la catedral de Dunkeld, un largo camino desde Ruthven, y todavía se puede visitar su tumba en aquel significativo lugar.

GLOSARIO

A'loutrance - un duelo a muerte, sin tener piedad (francés).

Athol – un distrito al sur de las Highlands escocesas.

Badenoch – una región en las Highlands, al sur de Inverness.

Bandidos (*reiver*) – jinetes de ambos lados de la frontera entre Escocia e Inglaterra. Normalmente actuaban en grupos familiares para robar ganado, caballos o cualquier cosa sobre la que pudieran poner sus manos.

Caballeros de la rama roja - antiguo cuerpo legendario de guerreros irlandeses.

Carn nan Dun (gaélico) – literalmente, túmulo del fuerte.

Cáteran – hombre de la infantería ligera, usualmente armado con un puñal y tal vez un targe.

Clachan (gaélico) – aldea compacta de las Highlands.

Clach-Bhuai (gaélico) – piedra sagrada o piedra de poder.

Douglas – familia poderosa del sur de Escocia.

Escalera de caracol - escaleras circulares o en espiral.

Familias de jinetes – clanes de la frontera que vivían de asaltar a sus vecinos.

Fingal – antiguo héroe gaélico; también conocido como Finn MacCool.

Gaeltachd (gaélico) – la región de Escocia en la que se habla gaélico y tiene cultura gaélica.

Gallowglass (gaélico) – hombres de la infantería pesada, normalmente armados con una espada larga o un hacha pesada.

Hobbler de la Frontera – tipo de caballo pequeño que se usa en la Frontera escocesa, muy fuerte y resistente.

Jardín de coles rizadas (escocés) - la col rizada es un tipo de vegetal rico en vitaminas que se consumía extensivamente en la vieja Escocia. Crecía en largas franjas de tierra pegadas a las casas.

Lachlan Beg (gaélico) – pequeño Lachlan.

Learmonth: Thomas de Ercildoun – también conocido como Thomas el Franco o Thomas el Rimador; poeta y profeta del siglo XIII. Supuestamente era incapaz de mentir.

Leine (gaélico) – camisa larga de lino que se usaba en las Highlands de Escocia.

Liddesdale – un valle en la frontera de Escocia, infame por los renegados y salvajes que vivían allí.

MacDonald – o clan Donald; el clan más numeroso y poderoso de las Highlands. Controlaba la mayor parte de las Hébridas y gran parte del continente. El jefe del clan tenía sangre real y podía juntar 10.000 hombres.

Mangonel – artillería medieval para lanzar rocas

Percy – familia poderosa del noreste de Escocia

Picto – gente que vivió en gran parte de Escocia antes de que los gaélicos llegaran de Irlanda

Poblado – comunidad de las Highlands, usualmente cabañas esparcidas en una gran área

Pueblo de la Paz – pueblo misterioso que debe haber sido el primero en habitar Escocia; se los conoce normalmente como hadas. Hay muchas leyendas respecto a ellos, verdaderas y apócrifas

Puñal – cuchillo de filo simple de las Highlands del largo del antebrazo de una persona

Scott, Michael – 1175 – 1232; científico que trabajó en la corte del emperador Federico II de Sicilia; alquimista, traductor y químico. Es posible que sea uno de los primeros científicos de su época

Sennachie (gaélico) – contador de cuentos y leyendas

Targe – de *target*[1]; escudo redondo de madera y cuero de los guerreros de las Highlands

Tartán – capa larga de algodón que vestían los Highlanders

Tigh na bantreach uistean (gaélico) - la casa de la viuda de Hugh

Trabuquete – artillería medieval para arrojar piedras

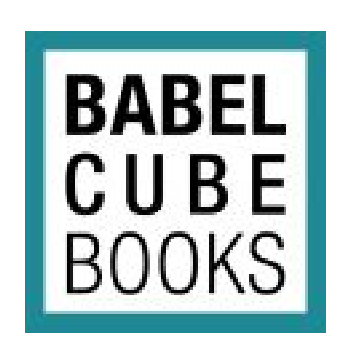
Uruisg – posiblemente un espíritu acuático, se dice que estas criaturas hirsutas vivían cerca de las cataratas en partes de Escocia, con su rey en las cataratas de Moyness en Aberfeldy, Perthshire

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor deja un comentario, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

[1]1N. del T.: Apodo formado por una combinación de palabras: "calor" e "incitar", que hace referencia a la impulsividad de Percy.

[1]1Sistema de uso, división y cultivo de las tierras en el norte y oeste de Gran Bretaña.

[1]1Pony nativo de Escocia e Irlanda

[1]1Cota de mallas, generalmente larga hasta media pierna y con mangas completas.

[1]1Tipo de danza popular escocesa de ritmo rápido

*[1]*1“Blanco de práctica” en inglés. Se refiere al objeto que protegía de las flechas.